CRONICA DE LA REJA

POR

JUSTINO ZAVALA MUNIZ



GRABADOS EN MADERA
DE ADOLFO PASTOR

MONTEVIDEO
IMPRESORA URUGUAYA S. A.
1930

JUSTINO ZAVALA MUNIZ

CRÓNICA DE LA REJA



GRABADOS EN MADERA
DE ADOLFO PASTOR

MONTEVIDEO
IMPRESORA URUGUAYA S. A.
1930

DE ESTA OBRA SE HAN IMPRESO
1500 EJEMPLARES EN PAPEL VERGÉ
"ANTIQUÉ", NUMERADOS DEL 1 AL
1500, Y 150 EJEMPLARES FUERA DE
COMERCIO, NUMERADOS DEL
1501 AL 1650



EJEMPLAR

Nº 0185

Para María Elena y nuestro hijo, este libro aprendido en noble memoria.

EL AUTOR




JUSTINO
ZAVALA
MUNIZ

CAPÍTULO I

FRENTE a la plaza desierta, en la mañana luminosa, Ricardo hacía largo rato que se paseaba inquieto, cuando desde el cuartel le llegaron los ecos de la diana. La nerviosidad del viaje que había de emprender apenas si le permitió dormir durante la noche, y cuando el pueblo despertó en el canto de los gallos, saltó presuroso del lecho para abrir la ventana por la cual, con los primeros rayos del sol, llegó una ráfaga de aire fresco que borró de su rostro toda huella de somnolencia.

Desierta estaba la calle; dormitando apoyado en el poste de la esquina, el guardia-civil conservaba aún la noche en el rostro, cuando ya el sol brillaba sobre los naranjos.

Ricardo sentía en el cuerpo la frescura de la mañana. Paseándose en espera de la diligencia, se sentía compenetrado con la ingenuidad de aquella mañana de su pueblo, fijándose como por vez primera en las filas de casas que se extendían, chatas y descoloridas, sobre las calles rectas y angostas que iban a morir al pié de las colinas de naranjos o a las márgenes del arroyo; en el laurel cubierto de flores róseas que se alzaba frente a la puerta de su casa y en cuyas ramas saltaban, llamándose, los chingolos.

La calle se animaba por instantes. Comenzaban a abrirse las puertas, y en los zaguanes asomaban las criadas en espera de los lecheros que se veían llegar al precipitado trote de los caballos.

Alto sobre la colina, el sol estiraba la luz sobre los pastos húmedos, hasta iluminar el rostro de Ricardo.

Éste sentía un extraño deseo de saltar como los chingolos que bajaban a picotear junto a sus pies, y le inquietaba ya la tardanza de la jardinera en que había de emprender aquel viaje para ir a trabajar a un comercio de Laguna del Negro.

Huérfano desde niño, y sin que sus hermanas tuvieran otro medio de hacer su porvenir, le era preciso marchar al campo en calidad de empleado cuando aún no había terminado la adolescencia. El había oído contar que en la soledad de los campos moraban hombres de costumbres extrañas y cuyas vidas en nada se parecían a las de las tranquilas gentes de su pueblo.

En la mañana diáfana recordaba la visión de aquellos jinetes que entraron cuando la guerra ennegreciendo las casas con el barro que en las calles chapoteaban los caballos, hasta detenerse y formar círculo en la plaza donde un caudillo les habló de la lucha. Aún conservaba el recuerdo de los rostros cetrinos, de bigote hirsuto y con la perilla lacia y dura, de aquellos gauchos que se decían venidos de Treinta y Tres.

¡Oh, los «gauchos cruz»! ¡Cómo fueron su asombro de niño, con sus arreos de guerra; las botas de potro; los sombreros cuyas copas casi cubrían las divisas blancas, y la expresión sombría! Entre gente como ésa iba él a vivir; quién sabe por cuánto tiempo abandonaría las ruedas amigas bajo los naranjos en las noches calladas del pueblo, para estarse perdido en la abierta extensión que se ofrecía a sus ojos, más allá de la línea montuosa del Conventos que ahora miraba.

—¿Ya tienes todo pronto, Ricardo?—dijo una doncella que asomó en la puerta.

—Sí, Elisa. Espero a Felipe, que está demorando.

Y los hermanos se empezaron a pasear, mientras Elisa abrumaba al joven de recomendaciones a las que él contestaba invariablemente con un sí nervioso.

Acomodóse Ricardo junto al conductor; chasqueó el látigo de éste sobre los caballos, y avanzó la descolorida jardinera por la calle del pueblo en la cual Felipe saludaba a los vecinos madrugadores que se paseaban sorbiendo el mate, mientras el sol alargaba sus sombras sobre las aceras de las cuales pretendían barrerlas las afanosas escobas de las sirvientas.

Las seis de aquella mañana de verano marcaban las agujas del reloj de la capilla, cuando el coche dejó a su espalda la Plaza Nueva y avanzó hacia la amplia calle que daba al Paso.

El ambiente y los hombres, tenían un acento inédito para el espíritu de Ricardo, entonces.

Y su atención iba desde las ancas húmedas de los caballos, hasta las casitas que se extendían cerrando las calles del barrio de Sancti-Spíritu y de las cuales sentía al pasar el golpeteo de los martillos sobre los yunques o el chillido áspero de las sierras de los carpinteros; o acompañaba a Felipe en el saludo a los vascos pobladores del barrio y que entonces se paseaban en las aceras, ingenuos como la hora, sus rostros.

Bien pronto cruzaron el paso del Conventos y dejaron a sus espaldas las últimas casas de Melo.

En vano era que el conductor pretendiese interesarlo con la historia de los rocines o evocaciones de pasadas peripecias en aquel viaje que realizaba todas las semanas; él estaba absorto en la contemplación del paisaje. Frente a sus ojos el arenoso Camino Nacional era una cinta grisácea extendida en el verde de los campos; soledad uniforme sólo alterada por la gracia de una loma interrumpiendo el paisaje, o un ombú cuyas ramas apenas se alzaban en la cuchilla.

Desde allí venía una brisa fresca que inundaba sus pulmones, mientras su vista espaciábase en las praderas envueltas en luz.

A medida que avanzaban en la marcha, Ricardo comenzó a sentirse solo, y por primera vez desde que pensó en aquel viaje, se acongojó por la vida dejada en el pueblo cuyos techos veía relucir ahora, a la distancia, cuando volvieron un recodo del camino.

En aquél amontonamiento de casas había transcurrido su infancia. Ahora veía con claridad elevarse en la diafanidad del cielo, la aguja de la capilla; más allá, bajando al Conventos, parecían más limpios los ranchos de la Cuchilla de las Flores; frente a la iglesia, cuyos ventanales brillaban al sol, estaba su hogar; y al fondo, envolviendo el caserío, las colinas cubiertas de naranjos.

Así, pequeño y como ahogado por los campos que lo invadían por todas las calles, era Melo, el pueblo en cuyos horizontes se perdieron sus sueños del mundo desconocido.

A medida que avanzaban en el viaje sentía pesar sobre

su espíritu la soledad de los campos; y el espectáculo que tanto le sorprendiera en un principio, comenzó a tornarse monótono y a fatigar su vista fija en las afiladas cuchillas de la lejanía.

Subían penosamente los caballos el Cerro de los Manantiales, cuando Felipe interrumpió las voces de aliento dirigidas a los rocines desde que empezaron a subir la cuesta, para señalar a su compañero la loma sobre la cual, semejante a un quitasol, un arbolito se alzaba solitario.

—Al lao de aquel árbol—comenzó a decir—estuvo en otro tiempo el rancho del capitán Virgilio.

Y con breves interrupciones para chupar el cigarro o alentar a los caballos, contó este episodio:

—A poco de terminar la de Aparicio, allá por el 72, el capitán Virgilio pobló en esa cuchilla y trajo al rancho a su reciente esposa. Nadie le conocía enemigos. Pequeño caudillo del lugar, su nombre apenas si fué conocido por gentes de otras comarcas, cuando le encontraron mandando a los suyos en el combate.

Gozaba fama de hombre piadoso cuyo puñal jamás se había manchado con la sangre de un caído en la lucha.

Una madrugada de invierno, cuando la niebla apenas si dejaba ver en los patios en los cuales silbaba el viento, voces oídas en la puerta de su rancho, hiciéronle salir en recibimiento de sus huéspedes que decían ser gente de paz.

Desde su lecho sintió la criolla las voces apagadas de los hombres, que fuéronse perdiendo hasta dejarse de oir, como si se alejaran hacia el bosquecillo de mimbres que hay en el bajo.

¿Quiénes eran aquellos desconocidos que sin protegerse del frío de la madrugada, volvían al campo con su esposo? ¿Por qué, si eran gente de paz, no se quedaron al abrigo del galpón donde su hombre pudiera ofrecerles hospitalidad?

Atormentábase con tales preguntas la inquieta mujer, cuando presa de zozobra por lo extraño del suceso, y sin saber a punto fijo la razón de sus voces, salió a los patios buscando a su hombre en la penumbra.

Por algún tiempo sólo los ecos de sus voces, perdiéndose en el silencio de la hora, respondieron a la angustiada esposa.



En su desesperación, corrió hacia los campos, haciendo levantarse a las lecheras que rumiaban junto a los corrales.

—¡Virgilio!, ¿dónde estás? ¿No me oyes...?

Repetía con espanto de saber la verdad que presentía la infeliz, que anhelaba hendir con la vista la niebla en que se había perdido el esposo.

Mas las sombras sólo un silencio trágico dábanle por respuesta.

El sordo golpear de los cascos de un caballo le indicó ya muy cercana la llegada de alguien, cuando vió surgir la confusa silueta de un jinete en cuya mano balanceábase un bulto.

La mujer y el hombre se miraron un instante en silencio.

—¿Dónde está Virgilio? — musitó la criolla, con temblor de miedo.

Y el desconocido, al tiempo que hacía rodar por tierra el pequeño bulto que trajera en la mano, díjole:

—Ahí está la cabeza; lo demás lo están picando los otros en el bajo.

Cuando el frío de la mañana volvió la sensibilidad a la mujer, hallóse tendida junto al corral, y a sus pies, trágica y sangrante, la cabeza de su hombre.

—¿Y los asesinos, qué fué de ellos?—interrogó Ricardo ansiosamente.

—Nadie pudo saber quiénes eran. Es fácil apartarse de los caminos, cruzar los campos abiertos y no dejar güeyas. Pero dicen—agregó Felipe—que en algunas noches de invierno, anda rondando en la cuchilla el alma del capitán Virgilio.

Y el conductor volvió a ocuparse de sus caballos, mientras el joven observaba con asombro aquellos campos por los cuales ya no sentía deseos de correr a su antojo, cuando al pasar junto a una tropilla que pacía a la vera del camino, veía salir de ella un potro de enarcada cola, nervioso galopar, huir relinchante por las lomas.

Rojizo y sudoroso el rostro por el calor del mediodía que se acercaba, Felipe continuaba en su charla incesante sin lograr interesar en ella a su compañero de viaje.

La desvencijada jardinera adelantaba camino dejando a su paso, ahora una cañada que ofrecía a la vista la verde

humedad de sus gramillas; luego un pajonal del que se elevaron en sereno vuelo las garzas sorprendidas; después una serranía sobre la cual reflejábase, escintilando, la luz; desierto todo, como si aquel camino llevara a una región de olvido de toda vida humana.

Cruzaron llanos; detuviéronse a la sombra de los mimbres de Laguna del Negro, y volvieron a continuar la marcha subiendo hacia la Cuchilla Grande, mientras en las ancas sudorosas de los caballos brillaba el alto sol.

Ricardo advertía una callada hostilidad en aquellos campos extendidos en la luz de la mañana, por los cuales se veían los lentos ganados descender las cuestas que daban a los arroyos, y las majadas temblorosas de sol, avanzar en busca de una sombra donde esconder la cabeza.

Todo era mudez en torno; sólo los teru-terus y las lechuzas dejaban oir sus voces cuando la jardinera les hacía volar del camino.

A la distancia, de legua en legua, unos ranchos y el ombú, eran los únicos signos de que moraban hombres en la verde inmensidad. Y así se sucedían las lomas, siempre idénticas en sus suaves ondulaciones, sin que un sólo jinete se divisara sobre aquellos campos en los que tampoco veíanse brillar las rejas de los arados sobre los huertos.

Subían por un sendero rojizo cuando Felipe golpeó la rodilla de Ricardo, para dirigir su atención hacia un rancho a punto de tenderse en la ladera, a corta distancia del camino.

—¿Ves ese rancho y el paraíso del patio? Pues ahí vivió y murió Ña Tomasa.

—¿Quién era Ña Tomasa?

—Una vieja, bruja y borracha, que echaba maldiciones y curaba maldeojos, y que al último la mató el hijo. A él ya lo vas a conocer en la reja y te van a hacer el cuento de su vida. Pero sacate el sombrero, pues no está demás saludar a los dijuntos.

Y los dos se descubrieron en silencio.

Volvió Felipe a reanudar el diálogo, mas lo fué para indicar a su compañero el caserío que coronaba la cuchilla por la cual ascendían bajo las sombras de una fila de eucaliptus.

Allí era el término del viaje. Rodeado por algunos paraísos y una acacia levantábase el pesado edificio a cuyo frente, en el fondo de dos arcos, se veía una reja.

Ladraron los perros al sentir el ruído de la jardinera acercándose; pero bien pronto acallaron los ladridos al reconocer la voz de Felipe llamándolos por sus nombres.

—Estamos; — dijo el conductor estirándose contra el respaldo del asiento.

La puerta del negocio se hallaba entornada; todo parecía en silencio. Bajáronse los viajeros y Felipe delante, penetraron en la pulpería. En un rincón de la pieza, en mangas de camisa y desbruzado sobre el mostrador, dormitaba un hombre de cabeza cana.

—¡Eh, Don Manuel!—gritó el conductor a su oído, mientras conmovía el mostrador de un puñetazo.—Aquí está el muchacho. Eche una ginebra grande que hace un sol capaz de partir los sesos. Muevasé, Don Manuel, pues todavía tengo que ir a almorzar en la otra posta.

Y el locuaz conductor continuó dando órdenes y haciendo comentarios sobre los caminos y el tiempo, mientras el sorprendido Don Manuel y Ricardo dábanse las manos.

Ya está el joven en su nueva vida.

A la puerta del comercio aún mira alejarse en medio del polvo que levanta, mísera bajo el sol, la descolorida jardinera en la que Felipe continúa hablando a sus rocines a falta de mejor compañía.

CAPÍTULO II

EN el verano del año 80, cuando Ricardo llegó a la pulpería de Laguna del Negro, la región permanecía en paz después de haber visto pasar tantas guerras desde los años de lucha contra los españoles, hasta el 75, en que fracasó la Revolución Tricolor.

Sobre el Camino Nacional, en una de las más altas cumbres del contorno; pesado y extraño; singular trasplante de una arquitectura medioeval, se elevaba el edificio construído por Don Zenón para morada suya y asiento de la pulpería que ocupaba la parte este y mirando al camino en dirección a Melo.

Los habitantes de la comarca dábanse allí cita cuando los días de fiesta, que se pasaban bajo la sombra de los paraísos junto a las canchas de taba; protegidos bajo los arcos de la reja cuando en los días de lluvia un payador hacía pasar inadvertidas las horas, o rodeando la carpeta en que se jugaban las haciendas, en tanto que algún veterano contaba por centésima vez aquella carga de lanza cuando el Sauce, o la hazaña del caudillo comarcano, que él pudo ver mejor que nadie.

Del Tacuarí, cuyos montes se ven serpentear en las hondonadas del sur antes de llegar al horizonte cerrado por el Cerro-Largo; de Bañado de Medina, sobre cuyas llanuras levántase, único, el cerro en cuya cumbre blanqueaba la estancia del caudillo Marcos Ramírez; del Frayle Muerto, a cuyas espaldas ábrese gigantesca y azul la puerta que simulan en el horizonte los Cerros de las Cuentas, y de la Cuchilla Grande desde donde el sol, al ponerse, envía sus rayos que hacen aún más intenso el rojo del camino, acudían los gauchos a la Azotea de Don Zenón, porque allí estaban seguros de encontrar a sus caudillos; al payador más renombrado del lugar y a la rueda de aparceros

con quienes jugarse a la taba los escasos ahorros, al tiempo que sabrían de la próxima carrera en épocas de paz, o de las actitudes del caudillo cuando comenzaban los rumores de una nueva patriada.

Centro de reunión de los criollos del lugar, era así mismo la Azotea escenario obligado del forastero que pretendiese avecindarse en la comarca.

Payador o matrero; hombre en desgracia en busca de la protección amistosa de los paisanos para ocultar el recuerdo de una tarde de pulpería en que hubo de empuñar el facón por defender su altivez; pendenciero en procura de nuevos campos para sus hazañas cuya fama fué sembrando en las reuniones de las rejas, o jugador de oficio, ¿cuál de ellos llegaría al pago sin detener su caballo bajo los paraísos de la Azotea?

Don Zenón sabía, desde las bromas que Don Frutos dió a los «gallegos», y Urquiza a los paisanos que pretendieron requerir de amores a su china cuando de sus manos recibían el mate, hasta las hazañas de Tomás Moreira, El Clinudo y El Largo, tal como podía gloriarse de ser de los únicos que conocieron las mocedades de Justino Muniz.

Tanto como era de popular su Azotea, lo era el propio Don Zenón a quien los gauchos respetaban por su bonhomía y honradez.

Criollo de otros pagos, largos años iban ya que él moraba en la comarca, siendo su mansedumbre y vida laboriosa, la nota extraña en aquel ambiente donde las gramillas llegaban hasta ahogar en los patios los jardines de flores silvestres.

Extraño como su morada era el paisano que había sorprendido a la comarca con sus huertas florecidas; con las copas rosadas de los durazneros en flor agrupados junto a los manantiales, y el verde sombrío de los naranjos cuyos azahares cubrían los senderos de la cuesta.

En medio de aquella sociedad bravía, en cuyos ranchos se guardaban los arreos de la última campaña, prontos para la que siempre se esperaba, en aquel ambiente donde el facón y el valor daban primacía y honra, Don Zenón era el hombre de paz, bondadoso y decidor, a quien nadie pensó en llevar a

una patriada, a pesar del pañuelo blanco que lucía en el cuello como símbolo de sus amores partidistas.

En su alma no cabían rencores, y siempre fué su palabra oída cuando en la reja los gauchos echaron mano a los puñales para dirimir viejos pleitos de hombría.

Como su casa; como el trozo de camino sombreado por los eucaliptus de la cuchilla, él era una nota característica del pago, apareciendo con su barba ya blanca, pesado el andar de su cuerpo; reposada y picaresca la charla, cuando por el camino adelantaba el polvo de la diligencia o frente a la pulpería deteníanse a desuncir las carretas al caer de las tardes.

Tal como sirve de punto de referencia en los abiertos campos el blanco caserío de una estancia o el grupo de ombúes de una tapera, así él soñaba con que en los tiempos después de su muerte, dijeran los viajeros al señalar la ruta recorrida: Pasé por la Azotea de Don Zenón.

A pesar de sus condiciones de hombre de paz, jamás se cebaron en su persona las burlas de los paisanos, tal como ocurría con el pulpero Don Manuel, objeto de burla y escarnio cuando las ginebras quitaban la razón a los reunidos en la reja.

Y no era porque aquél no tuviese en su vida un aspecto ridículo bien fácil de observar. Pues Don Zenón de tal modo perdía el seso viendo unas faldas, que su historia estaba llena de incidentes pintorescos de conquistador frustrado.

Mas los gauchos, en su tímido respeto por la mujer desconocida, jamás pararon mientes en tales desventuras del laborioso morador de la Azotea. Y hasta este episodio, de todos conocido, terminó por olvidarse de las conversaciones, produciéndose en torno de él el piadoso silencio de los gauchos.

Sabíase que en sus mocedades, cuando Don Zenón iba de carrera en carrera ofreciendo al numeroso concurso allí reunido los frutos de su quinta, una humilde muchacha del Tacuarí, hija de un guerrero de Don Frutos, era requerida de amores por el paisanito.

Camino de la rinconada que el río forma entre las sierras cercanas al Cerro-Largo; donde el rancho del guerrero se perdía entre los precipicios en que los lagartos salen a bañarse al sol sobre las piedras a las que apenas tocan las hojas de las palmas



nacidas en lo hondo de las quebradas, veían los paisanos cruzar en las mañanas del domingo al mozo que, a la sombra de los sauces crecidos junto a la corriente, o bajo los higuerones agrupados en torno del rancho, ofrecía sus amores a la muchacha.

No estaba allí la madre para que su mirada celosa defendiese a la joven de los arrestos de Zenón; y ésta, olvidada por el guerrero que confiaba en la mansedumbre del enamorado, pasábase las tardes corriendo en procura de camoatíes o nidos en el arroyo, hasta que el sol comenzaba a tenderse sobre los pajonales del bañado.

Pasaron los meses idílicos, hasta que una tarde Zenón anunció, entre el pintoresco comentario de la reja de la pulpería, que su rancho tendría dueña dentro de breve. La paisanita del Tacuarí le había esperado el último domingo, con la faz llorosa para anunciarle que de aquellos paseos junto al arroyo, bajo los sauces y las palmas, sentía en su vientre agitarse una vida en germen. Y Zenón, enternecido, quitó al viejo guerrero de la rinconada del Tacuarí la alegría de la muchacha para llevarla a ser dueña de su rancho de Laguna del Negro.

Hasta aquí, nada de extraño tenía para los de la región, la aventura del mozo. ¿Quién, de todos los de la reja, no tenía que contar el mismo romance con idénticos idilios bajo los sauces, a la vera de los manantiales o a la luz de la luna?

Pero he aquí que, próximo a tener en sus brazos el fruto de aquel romance vivido entre las asperezas de las sierras, supo Zenón que cuando él se perdía en la última cuchilla del horizonte, otro gaucho que moraba en la falda de los cerros llegábase hasta la ventana que la muchacha dejaba abierta en su espera.

Murió sin haber vivido más que breves días aquel niño que era un escarnio para el rancho de Zenón, y a poco dejó también de alegrar los patios la silueta nerviosa de la madre, muerta de extraño mal, contra el que nada pudieron los embrujos de Ña Tomasa.

Tal era la triste aventura de sus mocedades, que todos los gauchos sabían de Don Zenón, quien conservó siempre para



la joven cuya cruz cubrían de azahares los naranjos de la loma, un piadoso recuerdo.

Fué la honrada mano suya, la primera que estrechó Ricardo aquella mañana azul de verano, cuando los dos caminaban hablando como viejos amigos, hacia el corral del que comenzaban a salir las vacas cuyos hijos impedíanles marchar, al pretender chupar las ubres exhaustas.

—Pues sí, amigazo; decía Don Zenón, avanzando entre las lentas vacas. Los hombres de por aquí, son güena gente. La cuestión es entenderlos. A veces, — ¿compriende?, — cái algún malevo; pero ése es de otros pagos. El pulpero lo que tiene que hacer, es no meterse en asuntos ajenos. Usté vé: yo van pa muchos años que estoy aquí, y entoavía no he tenido cuestión con naides. Los criollos hacen guerras; se pelean entre ellos; pero si usté se ocupa de su trabajo, no lo molestan pa nada. ¿Quiere dar una güelta por la quintita?

La diafanidad de la mañana, cuya frescura llegaba hasta las narices de Ricardo desde los pastos aún húmedos por el rocío, tanto como de los naranjos que descendían poblando la cuesta; el cielo azul, con grandes nubes enrojecidas por el sol que en las quebradas perseguía a las temblorosas nubecillas de la cerrazón aún flotando sobre las carquejas; quietos y dispersos los ganados sobre las lomas, y en la cuchilla próxima un jinete viajando sobre las ondulaciones del camino, ponían en el espíritu de Ricardo deseos de andar, atento a lo que entonces narraba con voz reposada su bondadoso amigo.

Costumbres; modos de vivir; hechos de guerra o sucesos en la reja, iba contando el viejo paisano entre aventuras amorosas y cuentos burlescos.

A medida que su amigo le hacía conocer el espíritu de la sociedad en la cual iba a vivir, Ricardo menos se explicaba el asombro de espanto que le produjo el cuento del mayoral. Ahora, él mismo iba adquiriendo la tranquilidad de sus narradores al pensar en la vida del campo.

¡Ruda lucha aquella, si decían verdad sus glosadores!

No obstante, en la frescura del ambiente, andando bajo los naranjos sobre la tierra manchada a cada paso por el sol caído a través de las hojas, se complacía oyendo a Don Zenón.

—Güen día, viejo;—dijo deteniéndose junto al alambrado, el jinete que vieran venir sobre la cuchilla.

—¿Cómo le va diendo, Martín?;—preguntó afectuoso Don Zenón al tiempo de extender la mano al recién llegado.

Era éste un tipo débil, de ojos vivaces, de escaso bigote bajo el cual sobresalían los labios carnosos; duro el gesto y altanera la voz.

Ricardo sintió una súbita repugnancia hacia aquel indio cuyas piernas colgaban flácidas, sobre las costillas del petizo overo que montaba. Entre ellos no hubo más que una mirada de mutua desconfianza; pero Ricardo creyó ver en los labios del otro un gesto de insulto cuando le miró al despedirse.

Y Don Zenón le contó su historia.

En aquel rancho casi tendido sobre la cuchilla, el mismo que le indicó Felipe, vivían Martín y su madre, a quien todos conocían por el nombre familiar de Ña Tomasa.

Habían llegado al pago huyendo del paisano a quien Ña Tomasa olvidó por el pardo jugador que la acompañaba. Martín era ya casi un hombre cuando su madre fuése en seguimiento del pardo, y él también prefirió hacer traición al gaucho infeliz que dejaron olvidado en una rinconada del Río Negro.

Altanero y borracho, no tardó el pardo en armar pendencia junto a una carpeta con un gaucho que, sin darle tiempo para desviarse, le deshizo la frente de un trabucazo.

Ña Tomasa y su hijo continuaron viviendo en el rancho, al que dejaban solo de contínuo; una, para ir a vencer a la criolla atacada de mal de ojo o de feitizo; y el otro, para pasarse en las pulperías las tardes junto a las rejas en que jugaba todo cuanto tenía, y las noches caído en los caminos, presa de continuas embriagueces. Curandera de renombre en el pago, Ña Tomasa no titubeaba jamás en montar en la jardinera de Don Zenón cuando éste iba en su busca, deseoso de llevar el auxilio de la vieja a los vecinos de la comarca.

No faltaba entonces quien afirmase que Don Zenón gozaba de los favores de la curandera; aunque éste, con sonrisa ambigua, exclamaba:

—¡Qué cuála, amigo... si es tan vieja!...

Cierto es que la fama de Ña Tomasa corría en el pago, en cuyos ranchos pensábase inmediatamente en ella, cuando cualquier extraño mal parecía anunciar que allí se había fijado el embrujo, fruto, las más de las veces, de los despechos de algún gaucho o los celos de una criolla.

Honra y dineros fué adquiriendo prontamente la vieja curandera, a quien sus abusos del tabaco y la ginebra servían para acentuar en la imaginación de los paisanos el poder misterioso que acaso una fuerza divina ponía en sus sortilegios y predicaciones. Temida y respetada de todos, aún mismo de los que aparentaban no creer en sus poderes de brujería, Ña Tomasa sentíase declinar, mientras su hijo continuaba en las rejas y enramadas de las pulperías, sin acordarse de ella más que cuando hasta sus armas habían ido a dar a manos extrañas.

Una noche de invierno, madre e hijo tomaban mate junto al fogón que conservaban encendido en la cocina.

Martín había llegado, bajo el azote de la lluvia y el viento cuyo rumor se oía sobre las pajas del rancho, cubiertas de barro las ropas a causa, según dijo a la madre, de una rodada del «maldito petizo». Entonces, junto al fogón que le separaba de Ña Tomasa, puestos los ojos en los tizones que ardían llenando de humo la pieza, sorbía, distraído, su mate. La madre, sobre un banco de ceibo, recordaba sus años de juventud y la historia de criollas seducidas a quienes hubo de asistir; intentando interesar a su hijo en la monotonía de su charla, en tanto apuraba los últimos sorbos del frasco de ginebra que acariciaba en su falda.

De labios de Martín, en una noche de embriaguez, supo Don Zenón lo demás.

Había llevado ginebra con el propósito de hacer perder la razón a su madre y, entonces, hacerle decir en dónde escondía las onzas que él sospechaba en su poder. El se había embriagado para darse coraje.

—¿No tenés con qué pitar?;—dijo la vieja cuando ya en el frasco no quedaba ginebra.

—Sí, mama, ¿quiere que le pique un cigarro?

—Güeno.

Martín púsose a cortar el tabaco, y con los ojos puestos en lo que hacía, comenzó a decir:

—¡Vea, mama: es pa pagar una deuda del juego. Usté sabe que con Don Fermín no se pueden hacer embrollos. ¿Por qué no me empresta esos pesos?

Pero la vieja negóse de todos modos a ayudarlo en aquel trance.

La ginebra puso en boca de una y otro violentos insultos, hasta que Martín, picando para él un cigarro, salió al patio en el cual continuaba la lluvia. En la mano el puñal, con el que devolvía a la oscuridad de tormenta el latigazo de luz de los relámpagos, Martín atisbaba los movimientos de su madre.

Cuando relató a Don Zenón aquel instante, dijo que la embriaguez había fijado en su frente el pensamiento del crimen. El compromiso con Don Fermín, impedido de cumplir por su madre y por el que debía ausentarse del pago; los insultos de Ña Tomasa; el asco de aquella vejez miserable por la embriaguez, todo se agolpaba en su frente haciéndole odiar a la curandera.

No obstante, permanecía con el arma dispuesta, sin vencer aún el terror supersticioso que en su espíritu ponía la fama de su madre. Y allí estaba, pegado junto a la puerta, bajo la lluvia y los relámpagos que hacían de los paraísos fantásticas sombras sacudidas por el viento, cuando Ña Tomasa, tambaleante por la embriaguez, se detuvo sobre el umbral y abrió los brazos sosteniéndose en el marco de la puerta.

Sin aventurarse a cruzar la oscuridad del patio, la vieja pareció atisbar un instante las sombras.

—¡Martín!;—gritó alargando el rostro hacia afuera.

Bajo el temor de que la voz quisiera indicarle que su madre había comprendido su intención; instrumento de una oscura voluntad que en él surgió irreprimible y salvaje, Martín hundió el puñal en el cuerpo de Ña Tomasa cuyas manos oprimieron el cabo del arma mientras ella se arrodillaba sobre el piso de la cocina.

Entre las ropas mojadas de sangre y de lluvia, Martín miraba con horror el puñal sin atreverse a arrancarlo del cuer-

po de la madre. En vano fué haber bebido ginebra para crear coraje.

—¡Mama, mama, perdóneme!—lloraba desesperadamente el asesino sobre la blanca cabeza sostenida entre las manos. Pero la vieja, esforzándose, le miró con los ojos brillantes y díjole:

—Dios permita que te arrastrés como una víbora.

—¡No mama, no; se va a morir, mama, no me maldiga!

Presa del terror, sacudía la cabeza de su madre intentando animarla de vida para que negase la fatídica maldición y continuaba gritando con el rostro casi junto al de Ña Tomasa que ya la agonía tornaba rígido. Un estremecimiento que recorrió todo el cuerpo y él sintió en los brazos, detuvo el fatigoso respirar de la vieja, tal como si fuera a hablar. Martín, con la ansiedad del miedo, le apoyó el busto en sus rodillas trémulas y con voz ahogada imploró:

—¡Mama... perdón!...

Ña Tomasa pareció aunar todas las fuerzas para abrir los ojos, cuando en sus labios entreabiertos asomó una bocanada de sangre.

En presencia de la muerte, Martín sintió hundirse su pensamiento en un pesado vacío, y se aflojaron sus brazos por los cuales se deslizó hasta el suelo el busto de la madre.

No pensaba nada, y hasta le parecía a breves instantes que Ña Tomasa no estaba muerta sobre el piso de la cocina, y él velando su cuerpo, mientras la lluvia sonaba sordamente sobre las pajas del rancho. Pero a medida que la noción de las cosas se concretaba en su pensamiento, la madre comenzaba a evocarle las leyendas que sobre sus diabólicos poderes circulaban en el campo, y a sus ojos se ocultaban los rasgos familiares, para ver en aquel rostro sólo los signos de la misteriosa mujer con quien había vivido sin temerla. Entonces, muerta por su mano, Ña Tomasa cobraba en el espíritu del hijo un poder que él nunca hasta esa hora conociera. No eran el dolor filial ni el arrepentimiento los que le tenían allí, vencido y despechado. Confusamente mezclábase el odio con el terror, dueño ahora de su espíritu al sentir que había lanzado sobre su cabeza los misteriosos poderes de aquella vieja temida de todos.

¡La maldición... la maldición!... Zumbaban en su cerebro estas palabras fatídicas mientras un tinte violado iba invadiendo los labios que las pronunciaron. Y la cobardía y la ignorancia, hostigaban a su pensamiento con la certeza de una fatalidad que acaso ya había empezado a cumplirse en su destino. De pie junto a la muerta, no había lágrimas en sus ojos que llenaba el espanto.

Pegábanse al piso del rancho las ropas mojadas de Ña Tomasa junto a la puerta por la cual continuaba entrando la lluvia; los relámpagos mostraban las sombras de los paraísos moviéndose pesadamente en el patio, y entre el humo que despedían los troncos casi apagados del fogón, clavado sobre el pecho de la madre, Martín veía el mango de su puñal.

Aquellos ojos sobre los cuales apenas si se cerraban los párpados pareciendo fijos en una visión lejana, resumían para Martín todo lo inevitable de su suerte; mientras él se desesperaba en el pánico, aquellos ojos acaso lo mirasen desde la oscura región en que habitaría ya el alma de la bruja junto a los demonios de los cuales recibió tan poderosa ayuda cuando infundía miedo entre los hombres.

Su puñal clavado en medio del pecho, había abierto un abismo de sombras entre la madre y él; y desde allá adonde él envió temerariamente a su alma, ella le estaría enviando la maldición que acaso ya le cercaba. Cuando él creyó que aquellos labios se abrían por última vez para decir el perdón, sólo dejaron escapar un coágulo de sangre.

Temeroso de que sus pies tocaran los de Ña Tomasa atravesados en la puerta, Martín salió hacia afuera de un salto.

Bajo la lluvia, fué en busca del petizo y ensilló para marchar.

Pasó sin mirar hacia la puerta de la cocina y puso al galope al rocín. Pero cuando llegaba a la portera del camino tiró bruscamente de las riendas y le pareció como si el sombrero se levantase en la punta de los cabellos. Escuchó un instante con la respiración en suspenso, hasta convencerse de que sólo el viento silbaba en el ala del sombrero, y volvió a espolear al petizo. No había andado dos pasos, cuando se detuvo de nuevo.

—¡Martíiin!...

Era la voz ronca de Ña Tomasa llamándolo desde la cocina. ¿Volvería? ¿Echaría a correr lejos de aquellos ranchos?

Y sin decidirse aún, dejó andar al caballo hasta que, como sacudido violentamente por una mano empeñada en detenerlo, de nuevo oyó la voz:

—¡Martíiin!...

Aquello era más fuerte que el miedo y la voluntad. El asesino volvió como guiado por una fuerza desconocida hacia la cocina desde donde partían las voces.

Por un instante apareció en su frente el pensamiento, que no alcanzó a concretarse en esperanza, de que su madre aún viva le llamase para perdonarlo.

De nuevo se encontró frente a la puerta; y los ojos ansiosos se fijaron en los labios de la vieja. Rígida, a la escasa luz del fogón que se consumía, Ña Tomasa continuaba con la misma mancha en los labios; apenas entornados, sus ojos parecían mirar desde lejos el mango del puñal clavado sobre el pecho, y a los ojos absortos de Martín.

El terror dió fuerzas a aquel mísero espíritu y le hizo correr por los caminos fangosos, lejos del rancho en el que a los muchos días, atraídos por los círculos que en el cielo describían en sereno vuelo los cuervos, encontraron los vecinos el cuerpo de Ña Tomasa.

Huyendo bajo la tempestad hacia tierras brasileras, descubrieron aquella noche los relámpagos la silueta de El Maldito, cuyo terror aumentaban las lechuzas cuando a su espalda le gritaban desde los postes:

—¡Chis, Martíiin... Martíiin!...

Hubo de dejar inconcluso el relato Don Zenón, pues ya llegaban junto a la reja en la cual se hallaban reunidos algunos gauchos entre los cuales, sentado en el banco de piedra, Ricardo volvió a ver a Martín.

Sin poderlo evitar, la mirada del joven se fijó en las piernas flácidas de El Maldito.

CAPÍTULO III

BAJO los arcos de la reja hallábanse los paisanos departiendo sobre sus sencillas labores, cuando Ricardo y Don Zenón penetraron a la estancia.

Don Manuel, con el cuerpo pesado de obesidad; los cabellos canos y las fuertes mandíbulas, iba desde los barriles de vino hasta el mostrador de la reja, haciendo sonar el piso enmaderado con sus grandes zuecos.

Cada uno de los hombres tenía delante suyo el vaso de vino o de ginebra, mientras se iban tejiendo las narraciones y venían los recuerdos heroicos, mezclados con las hazañas en los rodeos o en las domas.

Vestían chiripá algunos, junto a los otros de amplias bombachas; bota de potro los más pobres, y campera de rugoso caño los otros; en la nuca los sombreros dejando ver las frentes huesosas y tostadas por el sol; ocultando el cuello por detrás, las melenas románticas; golilla blanca todos, pues de blancos era el pago, y bajo los ponchos de verano asomando las mangas floreadas de las humildes camisas. Rostros de líneas fuertes en los que la barba creciendo a su antojo sólo dejaba al descubierto las narices rectas y severas y los ojos oscuros. Tales eran los hombres que recibieron a Ricardo con palabra amiga cuando el mozo fué presentado por Don Zenón.

Era el hablar reposado, como si aquellos hombres que habitaban perdidos en las lomas lejos de toda sociedad, hubieran venido a reunirse bajo los arcos de la pulpería, con el único fin de enterarse de la noticia que cada uno llevaba, y luego quedáranse allí buscando en la memoria algún recuerdo de su vida con cuyo relato animar al concurso. Y entre ellos, interrumpiendo a cada instante el tranquilo dialogar, la voz ágria de Martín profiriendo palabras de injuria.

El Maldito sentíase cada día que pasaba, más enemigo de los hombres. Largos años anduvo ambulando por las pulperías brasileras hasta que por fin, cuando nadie se acordó ya más de Ña Tomasa y de su crimen, resolvió volver a los pagos donde su presencia fué desde entonces como el anuncio de una divina justicia cumpliéndose implacablemente.

Primero una pierna; después la otra; una mañana la imposibilidad de mover un músculo; una noche un agudo dolor que terminaba en la inacción de un pié; así fué paralizándose el cuerpo de Martín ante los ojos asombrados de los parroquianos de la pulpería.

Lástima y terror inspiraba en las reuniones el cuerpo miserable cuando llegaba casi arrastrándose hasta el banco de piedra de la reja. Pero Martín, agobiado por la certidumbre de la fatalidad de su destino, parecía no comprender el sentido de las palabras de los gauchos. Se diría que a medida que menguaban sus fuerzas y se hacían más flácidas las piernas, su espíritu cobraba mayor pujanza de odio.

Ya entonces nadie deseaba su compañía. De contínuo Martín interrumpía los cuentos de burla de los gauchos con voces de injuria. Ninguno de los que en la reja de Don Manuel se reunían, deteníase a contestar a aquel hombre cuyos agravios eran como el forzado final de cada cuento. Se sabía cuánto odiaba él a todos y a todo, para que los gauchos se detuvieran a sostener pendencia con quien amenazaba a cada hora con desenvainar el puñal que su mano temblorosa no podría sostener siquiera.

A veces, cuando en la rueda la ginebra excitaba los ánimos, no faltaba entonces quien recordara a El Maldito el origen de sus miserias, hiriéndolo en su oscuro terror.

—Si vos no matás más que a tu madre, aleyao;—respondía el desprecio del ebrio a los insultos de Martín, en cuyo espíritu caían las palabras como crueles latigazos. Congestionábase el rostro por el esfuerzo del hombre para erguirse y contestar con el puñal al ultraje; buscaba la mano crispada el barrote de hierro para sostenerse y avanzar; pero sus piernas apenas lograban moverse levemente, mientras el otro continuaba la interrumpida charla.

Entonces, sus palabras buscaban la expresión capaz de sustituir al filo del puñal que no podía hundir en el cuerpo del otro. Y en la elocuencia brutal de su odio, eran las palabras sucediéndose nerviosas y precisas, como aceradas dagas hiriendo la altivez del gaucho.

La sotera del rebenque cruzando los labios de Martín, terminaba de contínuo la disputa.

Aquella mañana de domingo, cuando Ricardo comenzó su vida de pulpero alternando con Don Manuel en el servir de los vasos y galletas, era la reunión numerosa y animada.

Según las distancias que debieron trasponer, fueron llegando hasta detenerse bajo los paraísos, los paisanos que moraban en los distintos puntos del pago y maneando los caballos junto a los otros que ya esperaban, nerviosos con el fresco de la luminosa hora.

El Comandante Yáñez comentaba con el Comandante González las lejanas proezas realizadas en las campañas de las provincias argentinas, mientras Chispa narraba a los gauchos admirados, dejando ver en su acento la orgullosa satisfacción de ser el mentor de tales hechos, los episodios más nimios de la vida de su Coronel Marcos Ramírez a quien acompañaba a lo largo de los caminos.

Y mientras iba la charla contando gestos de guerra y hazañas de trabajo, el sol continuaba elevándose en el cielo claro, en el que grandes nubes blancas viajaban pesadamente.

A veces desde la reja, cansado el andar en el sopor del ambiente que comenzaba a pesar sobre los campos, veíase adelantar la nubecilla de un jinete sobre la franja gris del camino.

A la distancia, no era más que una mancha descendiendo la curva de una cuchilla, avanzando por la llanura hasta llegar frente a los eucaliptus cuyas sombras manchaban de violeta el rojo del camino.

Por el caballo; la manera de llevar el poncho o cualquier otro detalle, los de la reja conocían si era del pago el jinete en cuyo recibimiento salían los perros del pulpero.

Desmontábase el recién venido entre saludos de camaradas, si él también lo era, o entre miradas de examen, si acaso

iba de viaje; pero siempre, amigo o extraño, encontraba un lugar en la reja, oídos atentos a sus relatos, o un adversario para probar suerte en la cancha de taba.

Otras veces era la nube de polvo de la diligencia que se veía adelantar rápida por el camino de «adentro». Era primero una mancha oscura en medio del gris del polvo que levantaban los caballos, bajo el claro sol. Luego distinguíase ya la figura del cuarteador, ondulando de uno a otro lado del camino en galope fugitivo ante la masa de caballos que arrastraban a la diligencia en cuya «vaca» se veían brillar las lonas extendidas.

—¡A la derecha... tira animal! ¡Rosillo... Moro... Azulejo!...—se sentían las voces del mayoral subiendo la cuesta, sobre el claro chasquido del látigo en el lomo de los caballos sudorosos, hasta que Macricho, el famoso cuarteador, arrollaba su cuarta para que no la pisaran los otros caballos al detenerse envueltos en el polvo frente a la reja.

Por unos instantes callaban los parroquianos, atentos a los rostros y vestidos de los que iban saltando de la diligencia y, una vez en tierra, sacudíanse las ropas, observaban el cielo consultando la hora, espaciaban la mirada en los campos amarillentos y desiertos, y comenzaban a pasearse para reanimar los músculos doloridos de aquel andar opresos a través del país. Macricho, viejo conocido, con su rostro desfigurado por la viruela; las crenchas largas y sucias del polvo de los caminos; el sombrero en la nuca sujetándose el barbijo en la nariz; curvadas las piernas por su vida de jinete, se llegaba a la reja en demanda de un vaso de ginebra, en tanto en el corral se alistaban los caballos que un peón fué a buscar en los campos de Don Zenón. Y luego, otra vez los viajeros a encerrarse detrás de las ventanillas de la diligencia; el mayoral a acomodarse en el pescante y a hacer chasquear el látigo, y Macricho a extender su cuarta, y perderse el tropel detrás de la curva de la cuchilla, en medio del polvo bajo la sombra de los eucaliptus.

Reanudábase la tranquila charla de los de la reja, mientras bajo el sol ardoroso del mediodía se acallaban los ecos de la diligencia que unos instantes puso su extraña nota de algarabía en el ambiente.

Llegaba la hora del almuerzo, en el ambiente pesado del sol reverberante sobre las cuchillas y los tejados de la Azotea.

Bajo los paraísos, no cesaban de espantar a las moscas los caballos asustados de contínuo por las gallinas que llegaban a guarecerse a la sombra de los árboles. Saltaban sobre los postes los carpinteros; posábanse en las esquinas de la Azotea o en las ramas de los árboles cercanos, y hendían el pesado silencio con sus gritos nerviosos. Sobre el rojo camino, las grandes manchas de las nubes que se estaban quietas en el amplio cielo de horizontes perdidos más allá de la vista; eran menos blancas las casas de las estancias; de las lomas habían huído los ganados buscando la sombra de las cañadas; sobre los pastos dorados del verano temblaba la luz.

Sentado a la mesa de Don Zenón, Ricardo estaba atento a las lamentaciones de la prima de su amigo, que se esforzaba por hacer concebir al mozo sus años de mocedad cuando a los compases del minuet ella oyó frases galantes de los labios del general Oribe. Ahora, sin familia, sin hacienda, acompañaba a su primo perdida en aquella soledad, sin más vida social que la que le deparaban los viajeros obligados a hacer noche en la Azotea y, de tarde en tarde, recibir la visita de las hijas de los caudillos comarcanos, que más la molestaban que placíanle, de tanta como era la ingenua grosería de las muchachas.

—¡Ah, aquellos tiempos de mi juventud!... ¡Quién habría de decirme que desprecié tantos hombres para terminar en esta cuchilla no viendo sino guerras y gauchos domadores! Si supiera Vd., joven, el pesar con que veo perderse desde la ventana a la diligencia bajando aquellas cuchillas del camino a Montevideo!...

Y Misia Lolita, erguido el delgado talle; cruzadas las finas manos sobre el pecho, suspendía la mirada de sus ojillos oscuros en la lejanía del camino.

Durante el resto del día Ricardo no pudo olvidar la expresión de angustia de aquella anciana recordando sus días de mocedad, en el brillo de las bujías de un salón ciudadano, cuando en las ruedas del minuet recibió el homenaje de los caballeros.

El crepúsculo comenzó a hacerse sobre los campos. En la lejanía de las lomas el azul fué invadiendo el rojo del horizonte, y borrando en las cuchillas las manchas blancas de los caseríos.

Desde la reja, Ricardo sentía llegar balando las majadas a acostarse al abrigo del corral; en los bretes llamaban los terneros a las lecheras que subían mugientes, la cuchilla de la pulpería. Bajo los paraísos ya sin sombras, Don Zenón charlaba con los gauchos que ajustaban sus recados y luego partían en pequeños grupos al trote diligente de los caballos, en el ambiente místico de la hora.

Don Manuel dormitaba caída la cabeza en las piezas de género sobre el mostrador.

A su espalda Ricardo tenía la sombra de los muebles y objetos de la pulpería; frente a él, la serenidad de la tarde, un trecho del rojo camino, y las lomas en las cuales los ganados pacían con los cuellos extendidos, que sólo erguían al paso de los gauchos alejándose de la pulpería.

A veces desde los campos silenciosos, llegaba el relincho de algún potro que alargaba el hocico de anchas narices aspirando en el aire la cercanía de la tropilla.

El joven evocaba los incidentes desde su salida del pueblo; las voces y el aspecto de los gauchos; la soledad en que ahora vivía; las palabras de Misia Lolita; El Maldito... Lejos de sus hermanas, de los amigos y del pueblo, el mozo se sentía más hombre al disponer de su vida en aquella sociedad extraña.

En el silencio del despacho oía el respirar acompasado de Don Manuel.

Ondulante en la brisa el blanco cabello, Don Zenón pasó con su andar reposado junto a la reja.

—¿Extraña, amigazo, a su pueblo?

—Sí señor, algo...

—Esta hora siempre es triste en el campo...

Por las losas de la vereda, aún Ricardo sintió un instante alejarse los pasos de Don Zenón.

El horizonte se acercaba por momentos, mientras en el cielo se extendía el azul y brillaban unas después de las otras, las estrellas; en los campos las cuchillas perdieron sus perfiles,

y eran entonces como una continuada meseta sobre la cual curvábase el cielo.

Frente a la reja, el vuelo de un pájaro fué una flecha hundiéndose en la sombra.

Por el camino desierto llegaba el eco de los ejes de una carreta y las voces del hombre que la guiaba.

Ladraron los perros al viajero que sentían llegar, despertando a Don Manuel.

—¿Cerramos?,—preguntó el pulpero, con voz de sueño, desde su asiento.

—Cerramos.—Respondió Ricardo levantando el postigo de la reja.

—¡Naranjo... Comoquiera... Siga, siga, síiiga güey!... Pasaron frente a la reja y se alejaron, las voces del carrero por el camino dormido.

CAPÍTULO IV

SUCEDIANSE los soles sobre los campos de Laguna del Negro, en tanto que Ricardo habituábase gradualmente a su vida de pulpero, ayudando a Don Manuel en la atención de los clientes, escasos en los días ordinarios y numerosos el domingo.

La vida sana y libre, tanto como los rayos del sol de aquel verano que ya se extinguía, acentuaban en el rostro del joven los rasgos de su fuerte mocedad.

A poco de estar allí, ya Ricardo sentíase unido a Don Zenón por lazos de afecto que parecían al joven existir desde largo tiempo antes.

Cuando el sol comenzaba a enrojecer el horizonte sobre el Cerro-Largo y la brisa desgarraba las azules gasas de las arboledas, él abría la puerta del negocio por la cual entraba el aire, sonoro de cantos de pájaros en los árboles cercanos y balidos de majadas dispersas en blancas columnas por las quebradas. Con el espíritu ágil y diáfano como aquella hora de los campos, esperaba el joven a Don Zenón, cuya silueta familiar asomaba todas las mañanas en la esquina del edificio, sonriente el rostro de blanca barba, y en la mano el mate amargo con que obsequiaba al amigo. Sentados en bancos de ceibo junto a la puerta de la pulpería, o paseándose sobre el camino bordeado de gramillas y ajo-machos en cuyas flores violetas brillaban las gotas de rocío, el viejo paisano narraba a su amigo la vida de los pobladores de las estancias y los ranchos que se divisaban en los campos luminosos y ondulantes.

Por los relatos de su amigo; los comentarios injuriosos con que Don Manuel despedía al gaucho que se alejaba ya de la reja, o las décimas de los payadores, Ricardo fué conociendo la vida y carácter de los vecinos del pago. Unos, como

Martín Cristo; Chingolo; el Comandante González y Patricio, contaban con sus familias criollas del lugar, desde sus abuelos, guerreros de Frutos Rivera y Manuel Oribe; otros, Ninfa; el Pardo Gil; Candinio Viraré; el Comandante Yáñez, habíanse avecindado en el pago, donde encontraron propicio refugio para su constante ambular por las tierras de «adentro», perseguidos siempre por la justicia.

Algunos de estos últimos gozaban fama de hombres de valor, gracias a las hazañas que decían haber realizado en otras rejas de pulperías o en reuniones de carreras, cuando los comisarios pretendieron rendirlos.

Cierto que el misterio que rodeaba sus días anteriores, era auxiliar poderoso para impresionar durante los primeros tiempos a los gauchos del lugar; pero cierto, también, que una tarde habría de llegar en la cual cada uno de los de «pa dentro», se vería forzado a demostrar, puñal en mano, que no eran vanas leyendas las que él contaba de su coraje.

Ayudado por la simpatía que entre los gauchos despertaba la franqueza de su carácter, y protegido por los prudentes consejos de Don Zenón, Ricardo era ya amigo de todos los contertulios de la reja, en quien no se cebaban las burlas que herían de continuo el amor propio de Don Manuel.

Hijo de la tierra, al fin, bien pronto el joven comprendió los hábitos y se ajustó al modo de vivir de aquellas comarcas.

Habían pasado los meses; deshojábanse los árboles del camino en tanto se hacían más sombrías las copas de los naranjos de la quinta; era más breve el paso del sol sobre los campos verdes del otoño, y aún Ricardo no había logrado conocer a los dos personajes que más habían despertado su curiosidad desde sus primeros días en la comarca.

En las décimas de Zacarías Peñaflor, mezclado con los nombres de Martín Fierro, Paja Brava y Caracará, había él oído glosar el nombre del Coronel Marcos Ramírez, cuyas hazañas narraba el cantor en el silencio admirado de la rueda de la reja. Todas las patriadas lo contaron entre sus caudillos, y en todos los entreveros agitó el viento de su caballo al galope su ensortijada melena, mientras la lanza brillaba al sol o, describiendo semicírculos bruscos, adentrábase en las entrañas del

enemigo. Fué una vez en el Sauce; otras en Corralito, en Polanco o Frayle Muerto, cuando los escuadrones enemigos le vieron descender las cuchillas, adelantándose en el rápido galopar de su caballo overo, firmes los pies en los estribos, curvado el busto sobre el cuello del flete, mientras en su pos erizaban el aire las lanzas de sus gauchos del Zapallar y Laguna del Negro.

De seguro, nadie más que Ricardo, de todos cuantos prestaban oído al extenso recitado de Peñaflor, seguíale con más aguda atención. Y era que para él, tenían aquellas décimas el poder de trazar en su imaginación la silueta del héroe de sus cantos, ora durmiendo sobre el caballo que busca por sí mismo el camino de la querencia donde encontrar refugio su dueño perseguido; ya provocador en el gesto y la palabra frente a los batallones enemigos cuando poblaban las quebradas con las columnitas de humo de los fusiles; junto a las trincheras de Melo o entre la densa polvareda del combate del Agua Fría; en todos y en cada uno de los combates evocados por el payador, destacábase la silueta romántica del Coronel Marcos Ramírez.

Después, en la charla cansada de Chispa, el viejo asistente, el joven se esforzaba por comprender las horas de trabajo del caudillo, cuando en los rodeos era su lazo el más certero; más brioso su caballo en las reuniones de las carreras; sus gallos los mejores que calzaban «puñal» en el reñidero del pago, y alegre como ninguna de la comarca, la estancia blanca sobre la cumbre del cerro, más allá de Laguna del Negro.

Muchas veces Ricardo había preguntado a Don Zenón cuándo vendría el Coronel Marcos Ramírez a la pulpería.

—Ese ya no es hombre de rejas, amigazo;—respondía el paisano.—Di antes, cuando era mozo, mesmo, llegaba algunas ocasiones; pero lo más se lo pasaba domando baguales y tropiando ganao chúcaro por las estancias. Mi compadre Marcos, es gaucho de otra laya, que éstos que vienen todos los días. Aquel es hombre de guerras y de trabajo; demasiao tiene un caudillo pa rejuntar en la paz las haciendas que pierde en las patriadas.

Cada vez que en las charlas junto a la reja Ricardo oía

mentar el nombre del caudillo, se avivaba su deseo por conocer al hombre cuyo prestigio recorría los campos en las décimas de los payadores y las narraciones de los gauchos.

¡Cuántas veces, en los atardeceres lentos del otoño, había deseado estar frente al caudillo, en la estancia sobre la cual se tendía el crepúsculo!...

El otro personaje a quien Ricardo desesperaba ya de conocer, adquiría en su imaginación los contornos imprecisos de los matreros cuyas vidas de lucha oyó narrar en las veladas del pueblo cuando los días de la infancia.

Aquella mañana el comisario del pago había llegado a la reja en demanda de noticias acerca de El Macho. Una china del lugar, deseosa de recibir los homenajes del comisario, servíale de espía cuando el matrero llegaba por aquellos contornos y dormíase las noches en sus brazos sin sospechar la traición de la mujer.

Cuando el comisario Carreras alejóse de los paraísos de la pulpería, en la reja un paisano aseguró haber estado el atardecer anterior con el temible muchacho, y narró algunos episodios de su vida trágica y andariega.

A medida que el gaucho iba suspendiendo la atención del auditorio con el calor orgulloso del narrador enterado de los más nimios detalles de la vida de El Macho, Ricardo se imaginaba los primeros años del matrero, cuando boleaba los baguales a la puerta de la manguera para saltar en sus lomos desnudos y perderse en las quebradas en un vértigo de lucha, mientras sangraban los ijares del potro embravecido y las voces del muchacho poblaban con sus ecos los campos; la tarde aquella cuando cavó en el dorso de una loma la tumba de su padre, muerto en singular pelea con otro caudillo comarcano; la lenta y total destrucción de la hacienda y la familia, con cuyos campos quedóse el pulpero del lugar a cambio del dinero otorgado con premeditada largueza, y las hijas fuéronse del hogar en seguimiento de sus amantes unas, y otras en compañía de la madre que en el pueblo vivía de los dineros que dejaban los paisanos de visita en su casa, conocida desde entonces en el pago con el mote de «la casa de las locas Suárez»; y por fin, la noche de pulpería cuando su primera desgracia.


BIBLIOTECA
MONTEVIDEO

En medio de aquella narración en que se mezclaban la desgracia, con el crimen y el valor; el dolor de unas vidas miserables y la bella fortaleza del matrero, Ricardo sentía producirse en su espíritu una creciente admiración por la figura de El Macho.

—Parece qu'el comesario le anda con ganas al muchacho;—concluyó el narrador, comentando su aparición en el lugar.

—Pa mí que esa carrera no se corre; — murmuró El Maldito.

—Pueda ser, nomás... Aunque el hombre tiene fama de diablo.

—Pa castigar sotretas no hay como el lagarto,—continuó Martín. — ¿Por qué no se le animó al Largo cuando anduvo por estos pagos? Lo que es ese Carreras no sirve más que pa prender negros del Tacuarí y castigar chinas.

—No crea, amigazo,—intervino Don Zenón—mire que el hombre pelea...

—¡Qué ha de peliar esa oveja!;—repuso vivamente el paralítico. — Ahí está Chispa que puede atestiguar lo que pasó en el camino con el Coronel.

Gozoso por ser una vez más llamado a narrar el episodio ocurrido hacía unos meses entre el Coronel Marcos Ramírez y el comisario Carreras, Chispa bebió un sorbo de ginebra; cruzó una pierna sobre la otra, recogiendo un extremo del poncho que extendió cuidadosamente en la falda; aspiró una bocanada de humo del cigarro, y clavando los ojos en El Maldito, comenzó:

—Nosotro veníamos viniendo rumbo a la pulpería, la mañana en que se jugó la de la tostada del Coronel con la zura del Comandante. Dende que salimo de las casas, yo vide que el Coronel tráia el alma atravesada. En un galope subimo y bajamo las cuchillas de la estancia, sin que me dijiera una palabra en todo el viaje. Cuando pasamo frente a lo Caitán, los perros le hicieron espantar el rosillo, y él se dió güelta pa decirme: Pegale un mangazo a ese bicho. ¡Gringo trompeta, no sirve más que pa criar perros!—Pero no paramo el galope ni una sola vez, hasta que subimo arriba del puente de Saca-

Calzones. Dende allí yo bombié al comesario que venía con dos milicos armaos a carabina. Y me dije: Aura sí que no te escapás. El Coronel con la sangre hirviendo y vos cruzártele en el camino. ¡Perra suerte te sigue, Carreras!

—¿El comesario los vido? — preguntó ansioso uno de la rueda.

—¡Y cómo no!... Ahi nomás le cerró de piernas al matungo, y se vino derecho al Coronel, como pa pararlo antes de bajar el puente. ¡Jué pa pior! El viejo cuanto lo vido venirse apuró el rosillo y bajó aquel puente que era sólo la polvadera, sin darme tiempo a echar mano a mi trabuco. Ya estaban cerca los hombres, y yo entoavía no me había emparejao al Coronel. ¡Hombre fiero cuando se enoja! En un redepente yo no vide más que un montón de polvo en el bajo, y la voz del Coronel que le gritaba: ¡Animate, maula; peliá si sos hombre!

—¿Y el comisario?

—Nada, aparcero. Mientras el Coronel le había trenzao el pescuezo del rosillo po arriba de su caballo, manchándole de espuma el poncho, el hombre no hacía más que disculparse y pedir perdón, y decir que eran chismes aquellas historias que le estaba contando.

—¿Y los milicos?

—Pa ésos me bastaba yo.

—¿Qué dice aura, Don Zenón?;—preguntó con no disimulado regocijo El Maldito.

—Que aflojarle al Coronel, no es ser flojo, amigazo.

—Ansina es — asintieron los otros.

De la charla de los hombres, Ricardo dedujo que El Macho y el comisario Carreras tenían empeñado un duelo en que se estaban jugando ante el paisanaje su reputación de hombres astutos y de coraje.

¿Cómo y por qué se empeñó aquella extraña lucha?

Nadie lo dijo entonces, y era ésta la pregunta que a cada instante se formulaba en la mente del joven cuando, sentado frente a Don Zenón, jugaba a las cartas en el comedor en que Misia Lolita remendaba sus vestidos a la luz de una lámpara de roja pantalla, que avivaba extrañamente el rostro de la anciana.

Era ya pasada la hora de la cena, cuando un mozo de regular estatura y ancho pecho, cuyo carácter recio parecía mostrarse en el brillo de los ojos negros, se paró frente a la puerta del patio.

—Güenas noches, pa todos;—dijo con sonora voz el recién llegado, en tanto su mano en cuya muñeca balanceábase el rebenque, quitaba el sombrero de la cabeza de larga y negra melena.

—¿Vos por aquí, Juan? Pasá pa adentro, muchacho.— Respondió con su calma habitual Don Zenón, al tiempo que hacía ademán de levantarse.

Ricardo fijaba la atención, ora en el desconocido cuyo cuerpo cubría un poncho de verano, ora en Misia Lolita, que había dejado caer en la falda su costura al sentir el saludo del otro.

El anciano y el joven cambiaron breves palabras.

—¿Entonces le digo que se allegue, nomás?

—Sí, muchacho; decile que aquí hay comida y cama pa él.

Cuando el extraño visitante hubo desaparecido en la sombra del patio, en donde resonaron los tacones de sus botas sobre las baldosas, Don Zenón anunció que El Macho estaba a llegar y era preciso ofrecerle cordial hospedaje.

Casi entre dientes, murmuró Misia Lolita al tiempo de alejarse:

—Yo no sé, Zenón, cómo puedes tratarte con estos bandidos. Si lo supiera el comisario...

—Yo me doy con todo el mundo, Lolita. No hay pa qué meterse en cuestiones ajenas.—Replicó aquél con dulzura.

Mientras la cocinera arreglaba un extremo de la mesa para el invitado, y Don Zenón paseábase frente a la puerta del patio, Ricardo se esforzaba por imaginarse la silueta del matrero que unos instantes después habría de estrecharle la mano.

¿Se parecería, acaso, a aquel hermano menor en el perfil severo del rostro, en la firmeza de la palabra; en la brusquedad con que alargaba la mano, o en el brillo de los ojos negros?

A través de las narraciones de la reja había intentado muchas veces representarse a El Macho cuando sus primeros años

de matrero; la noche en que hirió de muerte al Pardo Antonio, y sus horas de vagar en las sombras de los montes.

El perfil moral recibido en las conversaciones de la reja, era audaz y temible; por fuerza, el joven debió atribuir al rostro de El Macho, las líneas físicas que coincidieran con las de su vida de matrero.

En los serenos planos del rostro de Don Zenón, fácil era advertir la imperturbable bondad de su alma; las palabras y gestos de El Maldito, denunciaban claramente a los ojos del joven al asesino de su madre; los ojos de Candinio Viraré; el gesto del pardo Gil; el entrecejo siempre arrugado del Comandante Yáñez y el silencio austero de Cuchilla Grande, anunciaban el temple de espíritu de aquellos hombres.

¿A cuál de ellos se parecería El Macho?

De seguro, estaba a un instante de conocer al tipo más singular de la comarca, después del Coronel Marcos Ramírez.

¿Cómo habría de recibir la mirada de fuego del matrero, cuando le extendiese la mano?

Debatíase Ricardo en tales cavilaciones, cuando en las losas del patio se sintió el eco de un golpe breve y seco, como de un hombre que avanzase dejando caer bruscamente el bastón sobre el piso.

Don Zenón y Ricardo se miraron con extrañeza.

Ya más cerca, el ruído de una rodaja al golpear las baldosas, sucedía, alternándose, con el primer sonido.

Frente a la puerta, cruzadas las manos por detrás de la espalda, Don Zenón esperaba con gesto de bienvenida; Ricardo no apartaba los ojos del patio en el que se sucedían cada vez más claros los ruídos.

—Güenas noches, Don Zenón;—dijo un hombre al detenerse frente a la luz.

—Adiosito, Macho. ¿Cómo vas diendo? Pasá, sentate. Caramba, esta vez sí que juíste del pago.—Y las palabras de cariñoso saludo, mezclábanse con los abrazos que el viejo comarcano prodigaba al matrero, en tanto éste sonreía con dulzura y oscilaba su cuerpo bajo los brazos del amigo.

—Este es El Macho, amigo Ricardo. Acerquesé que no es mal hombre.

El Macho y Ricardo se estrecharon las manos por encima del hombro de Don Zenón.

—Pero entrá, muchacho. ¿Qué te has quedao haciendo aquí?

En los finos labios del matrero, apenas cubiertos por un débil bozo de juventud, la sonrisa tornó a jugar, haciendo aún más dulce el mirar de sus ojos oscuros bajo los párpados caídos con gesto de humildad.

—Si usté no me deja dentrar, Don Zenón;—replicó al tiempo que se quitaba el sombrero dejando al descubierto el pelo sedoso, que a la luz de la lámpara adquiría tintes azulados.

El matrero inclinó brevemente a la izquierda el cuerpo que cubría un poncho negro, y dió un paso hacia adelante produciendo el mismo golpe, seco y breve, que se sintiera en el patio.

—¿Pero que tenés, muchacho? ¿Venís herido que tráis muleta?,—decía el dueño de casa fijando sus ojos en las piernas del matrero.

Una exclamación de asombro y de piedad, brotó de sus labios cuando El Macho recogió el poncho en la falda, al sentarse.

—¡Bárbaro!... ¡Si estás inválido!...

—Es verdá, Don Zenón. Esta vez me boliaron.

CAPÍTULO V

FRENTE a la mesa Ricardo examinaba las facciones de El Macho, que respondía, cordial, a las preguntas de Don Zenón.

Entre bocado y bocado, su palabra reposada, como si él mismo se escuchase, sentíase en la estancia alumbrada por la luz roja de la lámpara que suavizaba los rasgos de su rostro tostado de sol, sobre los cuales se destacaba la frente amplia y pálida en la que descansaba un mechón negro de pelo. De nariz recta y fina; ojos oscuros casi ocultos por la habitual inclinación de los párpados; el mentón terminando el óvalo de la cara sin ninguna brusquedad en las mandíbulas ni en los músculos; arqueadas las cejas, la fisonomía de El Macho desconcertaba a Ricardo que creyó ver en él los signos fuertes de su vida de matrero. Era reposado el ademán de sus largas manos huesosas que un instante nomás sostenía la copa de vino junto a los labios.

Cuando la cena hubo terminado, los tres hombres eran ya amigos entre quienes se cruzaba una cálida simpatía.

—Muchas gracias, Don Zenón.

—Güen provecho, muchacho.

—Está linda la noche. — Insinuó Ricardo en el deseo de salir a continuar frente al camino la velada.

—Demasiao clara — repuso el matrero.

—¿Por qué no abrimo la ventana y dejamo entrar el fresco?

—Como usté ordene Don Zenón; pero vamo a tener que apagar la luz.

—¿No es mejor con luz? — dijo el joven deseando no perder el más leve gesto de El Macho.

—No señor. ¿Usté carcula hasta aonde va esta luz de lámpara, en esos campos llenos de sombra? Pa nosotros es chica

la luz; agatas si da pa vernos la cara. Pero dende lejos, en los campos a oscuras, no hay cuchilla de la que usté no vea esta luz como un ojo sangriento aguaitando en la noche.

—¿Pero en eso qué mal hay? — Interrogó aún el joven sin alcanzar el sentido de las palabras de El Macho.

—Hay, amigo, que de cualisquier lao nos están bombiando sin que nosotros lo maliciemos. Y pa mí que matrereo, me sé muy bien que cuando un comisario anda cansao de trotiar al ñudo en la noche, cualisquier luz de rancho lo está llamando dende las cuchillas.

—Y ha de ver amigo Ricardo — agregó Don Zenón — cuando usté ande galopiando por las cuchillas sin ver más que las orejas del caballo, cuando no se puede mirar ni pal suelo, ni pa arriba, porque abajo lo encandilan los bichos de luz y en el cielo las estrellas, cómo usté tira recto su rumbo pa la cuchilla de donde lo está mirando la luz de un rancho.

—Y dispués, — terminó El Macho — por algo dicen los paisanos que a la luz viene el hombre.

Don Zenón abrió la ventana junto a la cual sentáronse, mientras Ricardo dejaba en sombras la pieza.

Ladraron un instante los perros al sentir el murmullo de la charla, y sus voces se perdieron con lejanas resonancias en el silencio de la noche.

Frente a la ventana la curva de la cuchilla próxima desdibujábase esfumándose en la incierta claridad; en el cielo estrellado, tenso el arco luminoso de la Vía Láctea apoyándose en los dos horizontes, guardaba en su seno a la Cruz del Sur.

Todo era silencio en los campos dormidos bajo la clara luna. Sólo a veces, desde el rodeo venían las voces de la oveja y su hijo llamándose entre las sombras móviles de las majadas; otras, era el relincho de un caballo vibrando sobre las cañadas, al que respondían alarmados los teru-terus en las cuchillas.

Junto a la ventana enrejada, El Macho comenzó a narrar la lucha que le costó su pierna derecha, interrumpiéndose a intervalos para chupar el cigarro cuya luz rojiza iluminaba un instante su rostro.

Tiempo hacía que ambulaban por el Brasil, protegidos de la buena suerte en las carpetas, cuando a Juan se le ocurrió el

propósito de visitar a la madre llevándole parte de sus abundantes ganancias. Acaso el muchacho sólo deseaba hombrearse a los ojos de la madre narrándole los peligros habidos en su vida de matrero y enseñándole sus capacidades de jugador que de tal modo tenían repleto su cinto. Pero para El Macho no se ocultaban los riesgos que era preciso salvar para cumplir el extraño capricho del hermano. Desde la frontera hasta Melo, buscaban afanosamente los policías el medio de dar caza al matrero cuya fama iba de reja en reja poniendo en escarnio el valor de aquéllos. Decíase en los fogones que los comisarios evitaban el encuentro con el matrero y, apoyándose en sus verdaderas hazañas, la imaginación de los paisanos continuaba acrecentando la leyenda de su astucia y de su audacia.

Mas, ¿cómo negarse a acompañar al hermano que había abandonado la estancia en donde trabajaba, para ir a reunirse con él el día en que le supo perseguido? ¿Acaso negarse a acometer esta empresa que el muchacho le proponía, no era lo mismo que deshacer en su imaginación de gauchito audaz el deslumbramiento que su propio ardor había puesto en él, al juzgar el arrojo del matrero?

Cuando alejándose de la pulpería en que aumentaron las ganancias en el juego del monte, Juan insistía en su capricho, El Macho comprendía que su prudencia sólo era extraño temor ante los ojos del otro. Así fué cómo, dispuesto a jugarse la vida antes de aparecer cobarde frente al hermano que en él veía un héroe, decidió poner los caballos rumbo a Melo, sin apartarse siquiera de los caminos. Al declinar el sol que estuvo pesando sobre sus espaldas durante todo el viaje, los dos hermanos detuvieron los caballos y apeáronse para ajustar los recados en una de las colinas que rodean al pueblo. Desde allí divisaban el caserío extendiéndose en líneas rectas hasta perderse en la hondonada del Conventos.

Melo, con sus casitas rosadas, azules y blancas, sobre las cuales la aguja de la capilla hendía el limpio cielo de atardecer; con la línea de palmas cuyas grandes hojas parecían doblarse en el recogimiento de la hora; las oscuras curvas de los naranjos ascendiendo las laderas, y el trozo de arroyo teñido por el rojo del horizonte, se adormecía en el ancho abrazo de los campos. De

los ranchos cercanos veían elevarse en el aire tranquilo pequeñas columnas de humo de los fogones encendidos en los patios, bajo cuyas parras aguardaban los pobres la hora de la cena.

Por el camino sobre el cual se habían detenido a meditar el modo de aproximarse hasta el rancho de la madre, confundido entre los muchos que poblaban la loma próxima, los matreros vieron venir los carros de los vendedores de cebada, pasar junto a ellos, y alejarse envueltos en el polvo al lento trote de las mulas, mientras en el cercano monte de eucaliptus multiplicábanse los ecos de sus cantos hasta perderse en el silencio extendido del atardecer. A la izquierda, las ojivas de las parvas interrumpían el monótono sucederse de los surcos violados; verdeaban los plantíos de maíz por cuyos senderos llegaban cantando tras los bueyes, los labriegos de las blancas casas entre los álamos. A la derecha, el olor de los abrojos hacía fatigoso el respirar en la llanura próxima; estirábase lentamente el Conventos bajo el arco de los sauces llorones; más allá, la franja del camino perdiéndose en los campos silenciosos.

Los matreros tornaron a montar, dirigiéndose con lentitud hacia el viejo puente de piedra rodeado de sauces a cuya sombra un guardia-civil cuidaba la entrada al pueblo.

Ya cerca, distinguieron al policía conversando con un carrero cuyos caballos acababa de soltar en el campo por el cual ellos avanzaban.

—Viá a ponerme el pañuelo en la cara y a hacerme el borracho pa atropellar al puente. Vos me seguís de atrás, tratando de asustar al milico con tu caballo.

—Güeno — respondió Juan, gozoso de la aventura en que se hallaban.

—¿Llevás prontas las armas?

—Sí.

—Güeno; si me descubren, voltiamos al milico y agarramos monte arriba. Caminando esta noche, podemos dir a quedarnos al Frayle Muerto.

—¿Y si no?

—Salimos mañana dispués de cerrada la noche.

Dispuesto a jugarse la vida en aquel riesgo que el ánimo

ardoroso de Juan había buscado, El Macho clavó las espuelas en el caballo y partió en sonoro galope hacia el puente.

Juan le seguía, gritándole:

—Parate, borracho, vas a rodar.

El policía y el carrero apenas si tuvieron tiempo para echarse sobre una de las paredes del puente, envueltos en la nube de polvo de los caballos que cruzaron piafando junto a ellos.

—¡Bárbaros!—gritó el policía cuando los matreros ya habían pasado.

—¿Van mamaos? — preguntó con ira el carrero.

—Es éste; — repuso Juan cuando El Macho doblaba una calle y él detenía su galope.

Dos noches después, los matreros avanzaban en silencio, evitando alarmar a los perros que denunciaban su paso ladrándoles desde las próximas cuchillas.

Descubiertos en Melo, debieron huir por entre los terrenos sembrados de maíz y los naranjos de las chacras, apartándose de los caminos que en la claridad lunar mostrarían sus siluetas fugitivas a los perseguidores. Al principio anduvieron al galope a fin de cobrar distancia, y entonces, perdidos en los campos cuyos escasos alambrados iban cortando, poder marchar lentamente para que los caballos resistiesen el viaje hasta el Brasil, sin que les fuera preciso detenerse un instante.

A veces, al coronar una cuchilla a cuyos pies las sombras de la noche ya sin luna fingían un profundo bajo, los hermanos trataban de reconocer el lugar en que se hallaban, calculando las leguas que aún les quedaban por andar. Otras veces, la silueta confusa de una estancia donde ladraban los perros al sentir el paso de los viajeros, desconcertaba un instante a El Macho obligándole a detenerse y buscar afanosamente en las tinieblas un detalle del terreno que le indicase la dirección en que avanzaban.

Ante las preguntas ansiosas de Juan, que entonces todo lo confiaba en su hermano, éste recorría en su memoria los lugares por los cuales habían pasado.

—Primero juimos al Chuy; dispués doblamos pasando cerca de aquel ombú que dejamos a la izquierda; dispués cruzamos el camino y juimos rumbo a Aceguá. Aquella cañada... aque-

llos talas... la estancia... la pulpería que tenía luz encendida...

Así iban acudiendo a la frente pensativa del matrero todos los accidentes que él había adivinado en la claridad lunar, hasta que en lo alto se agolparon las estrellas a mirar las calladas sombras de la tierra.

Entonces comenzaron a confundirse las visiones de El Macho, y sus ojos clavaban la mirada ansiosa en los más pequeños detalles del terreno, a fin de reconocerlo. Con el espíritu suspenso en un doloroso afán por reproducir en la memoria la visión de todas las cuchillas, cañadas y llanuras andadas desde la última vez que comprobó la certeza del rumbo, El Macho avanzaba seguido de Juan, estirándose unas veces hacia adelante intentando medir la altura de la cuchilla que presentía interrumpiendo la cañada; atento el oído a los ladridos de los perros, que le llegaban desde las lomas; o aspirando el aire tibio de la noche para descubrir en él el perfume que las "yerbas de pajarito" prodigan abundosamente a los montes.

Ni un arroyo; ni laguna; ni sierra, para reconocer la región por la cual adelantaban al lento trote de los caballos. Seguramente aquéllos eran campos de la Cuchilla Grande; pero, ¿hacia dónde iban?

Y era preciso continuar marchando, si esperaban que la madrugada los encontrase ya por la Cañada de Aceguá.

Desde que dejaron de sentir a sus espaldas los disparos de los policías, los matreros apenas si habían cambiado breves frases de comentario sobre el riesgo en que se hallaban. Como dos sombras confusas iban coronando cuchillas y cruzando llanuras, mientras el eco de los cascos de sus caballos sonaba sordamente sobre los pastos. De pronto sentían que frente a ellos se levantaban grandes cuerpos oscuros y se hacían a los lados, asustando a los caballos, mientras en el suelo sonaban los golpes de las pezuñas de los ganados que huían, sorprendidos en su sueño; otras veces, eran sus fletes que comenzaban a jugar nerviosamente con la coscoja del freno, para terminar en un relincho de reconocimiento al sentir en la oscuridad la cercanía de una tropilla que huía por las lomas, poblando con los ecos de su galope el silencio de los campos. Nerviosos, los matreros clavaban las espuelas en los ijares de sus caballos, que aún

trotaban unos minutos piafando de inquietud por quedarse a pastar con los que sentían huir por las cuchillas.

—¡Malditos campos, éstos. Siempre los mesmos! — exclamaba El Macho.

—¿Faltará mucho pa la madrugada?

—Me palpita que sí. La luna dentra muy temprano.

Breves, sobre los campos dormidos, las voces de las lechuzas y los teru-terus delataban el paso de los fugitivos cuyos ojos sufrían el martirio de sondear las sombras vacías y sin límites.

—¿Se acabó la caña?

—No; tomá un trago.

—La verdá que si no juera por ésto, era capaz de dormirme. Llevamos toda la noche trotiando. — Dijo Juan al devolver el frasco que el otro se llevó a los labios y luego guardó en el caño de la bota.

Al subir una cuesta, los caballos comenzaron a piafar nerviosos y su trote se hizo más rápido y breve.

Comenzaron a levantarse y huir las ovejas, al sentir el trote de los caballos entre cuyas patas chocaban, balando.

—¿Vos no ves un bulto en la cuchilla?

—Pa mí que es una estancia; y ha de estar ahi nomás, porque aquí se siente el olor del rodeo de la majada; — repuso El Macho.

—¿Llegaremos? Parece que hay luz. Pudiera ser una pulpería aonde estén de jugada.

—Allegate vos y preguntá por el camino. Yo te espero en el bajo.

Ladraron desde la cuchilla próxima los perros al balar sorprendidas las ovejas cuyas carreras producían un sordo rumor en la ladera que descendían los matreros.

—Esto parece una manguera.

Frente a ellos extendíase una pared de piedra a la cual llegó El Macho y desmontóse.

Subía Juan la cuchilla donde brillaba la luz, cuando sintió junto a él el galopar de un caballo que describió, relinchante, el círculo de su soga en derredor de la estaca.

Jinete en su caballo nervioso, ya andaba sobre el piso endurecido de la playa del corral, cuando una voz le detuvo:

—¡Alto! ¿Quién vive?

El matrero sofrenó bruscamente a su flete inquieto por los perros que le olían las patas y el hocico alargado en el afán de librarse de la sujeción de las riendas.

Mientras ganaba tiempo para reflexionar, contestó:

—Gente de paz.

—Abajesé y arrime; — respondió la voz con aire de amistad.

¿Acaso, en el desconcierto del rumbo, habían ido a dar a una comisaría? Si por desgracia todas las apariencias eran ciertas, estaban perdidos. Parecíale sentir bajo la sombra pesada del ombú del patio, agitarse a los hombres que estarían en su acecho, dispuestos a descargar sobre él las armas al menor indicio suyo de alejarse.

En el breve instante en que el matrero se hacía tales reflexiones, levantó la cabeza del caballo y clavó las espuelas en sus ijares para cerciorarse del ardor que aún le restaba. Satisfecho del animal, una leve esperanza volvió el ánimo a su espíritu; si aquella era la comisaría de Aceguá, aún le quedaba el recurso de atraer al policía al campo abierto y, ya frente a frente, darle pronta muerte y huir.

Juan decidió audazmente correr el riesgo.

—No puedo bajar por los perros. Haga el servicio de venir a espantarlos; — dijo al tiempo que preparaba su arma en espera de que el soldado cayera en su terrible argucia. Pero el otro volvió a responder desde el ombú:

—Abajesé que no muerden.

No quedaba otro recurso sino llegar.

Disimulando el rencor que le dominaba al verse preso de tan extraño modo por un centinela que desde la sombra le estaría apuntando para obligarlo a entregarse sin lucha alguna, Juan se adelantó hasta el ombú desde donde avanzó el policía cogiéndole el caballo de la rienda, al tiempo de invitarlo a ver al comisario. El comprendió que sólo pareciendo no temer nada, podría volver al lado de El Macho; dispuesto a ello, traspuso el patio y se detuvo en la puerta de la comisaría.

—A güena hora muchacho, — dijo el comisario a modo de bienvenida.

—Gracias, Don. Venía a ver si me quería decir el camino del Brasil.

Juan notó que el otro le examinaba de pies a cabeza, como si tratara de recordar su fisonomía. El mismo le había reconocido, pues más de una vez había estado en su casa, cuando vivía el caudillo.

—¿Pero vos no sos hijo del comandante Suárez?

—Sí señor; yo soy Juan.

—¡Ah!... — y los ojos del otro volvieron a fijarse en todo el cuerpo del muchacho, mientras el rostro parecía satisfecho del recuerdo.

—Sentate, pues.

—No señor, gracias. Voy de apuro.

—Ta bien...

Comenzaba ya a sentir angustia por la incertidumbre en que le tenía aquel hombre a quien tuvo unos instantes deseos de asestar una puñalada, para correr hacia su caballo, cuando un soldado vino a decir algunas palabras al oído del comisario, quien volvió a fijarse en él y le dijo:

—¿Y esa coscoja que se siente sonar en el bajo, es de algún compañero tuyo?

—Sí señor.

—Entonce andás con tu hermano...

Extraño olvido el de Juan y El Macho, era el no haber ensordecido la coscoja de los frenos, signos de elegancia gaucha, para una noche como aquélla; pero ni un solo movimiento de los músculos de su cara traicionó a su voluntad, cuando respondió con impasible calma:

—No señor; yo voy, justamente, a ver a mi hermano, al Brasil.

El comisario continuaba mirándole, sin decir palabra; él comprendía que de su audacia dependía el que tuviera que hacerse matar para salvar a El Macho. Y dispuesto a terminar aquella situación de angustia, agregó:

—¿Cómo va a matreriar mi hermano con un freno coscojero? ¿Quiere que llame a mi amigo pa convencerlo?

—No; podés dirte, nomás. Si ves a tu hermano decile que se cuide de pasar la línea, porque se va a encontrar conmigo, que no soy Carreras.

—Sí señor. Güenas noches.

—Mirá: pa encontrar el camino, seguí costiando la manguera y dispués agarrá derecho que vas a salir a la Cañada de Aceguá.

Cuando Juan volvió a encontrarse junto a El Macho, no pudo evitar el suspiro de alivio que ensanchó su pecho al sentirse libre.

Orillando la manguera que veían extenderse junto a ellos, se alejaron los matreros sin decirse más que breves palabras, temerosos de que el eco de sus voces llevase en el viento el rumbo de su marcha.

Mientras subían y bajaban cuchillas en cuyos pisos pedregosos sonaban claros y rítmicos los cascos de los caballos al trote, El Macho echaba cálculos sobre la distancia que aún faltaba recorrer para llegar a las sierras.

Comenzaba ya a anunciarse en las cumbres la brisa de la madrugada cercana cuando, inquietos por el tiempo que llevaban trotando junto a la pared de piedra cuya sombra se alargaba subiendo las lomas o entre las altas piedras de las que surgían las siluetas confusas de los arbolitos, volvió a preguntar si nada más que una portera habían indicado para fijar el rumbo.

Al principio Juan afirmaba que en la próxima hondonada hallarían la portera; pero siempre un doloroso fracaso hería sus esperanzas.

Luego, ya no supo más; y en el largo silencio de angustia, trotaba al lado de su hermano quien, por su parte, callaba obstinadamente.

De pronto, sin que supieran explicarse cómo, se hallaron coronando la cuchilla en cuya cumbre brillaba la luz de un fogón.

—¿Habremos dao con el camino?; — preguntó Juan, ansioso de que El Macho pudiera afirmarlo en su esperanza.

—Pueda ser.

—¿Querés que vaya a averiguar?

—Güeno, pero andá con cuidao.

A medida que se acercaba hacia las sombras confusas de las casas que entonces se percibían en el comienzo de la ma-



drugada, la desconfianza acentuábase en su ánimo. Iba ya a retroceder desalentado, cuando desde el ombú le detuvo la misma voz de su primera llegada.

—¡Alto! ¿Quién vive?

—Soy yo, amigazo, que no he dao con la portera.

Por breves instantes sintió el murmullo de varias voces, como si el centinela consultara con otros su respuesta.

—¡Caramba, aparcero, se ve que usté no es criollo de estos pagos; ¿por qué no se abaja y espera a que aclare pa seguir viaje?

—No señor, gracias. ¿No podía darme otra seña pa encontrar el rumbo?

—Agarre esa senda que sale de la manguera y va a dar, justo, al camino.

—Gracias, güenas noches.

—Adiosito...

Ni Juan ni El Macho podían ver la senda anunciada, pues no alcanzaban a divisar el suelo envuelto aún en sombras; pero los matreros tenían urgencia en alejarse de la comisaría, pues acabarían por provocar las sospechas de los soldados que ya entonces se sentían andar en los patios.

Interminables, parecían aquellos instantes que pasaban sin que se iniciaran por fin en el cielo los resplandores del amanecer.

Mientras se hacía cada vez más tardo el galope de los caballos en cuyos músculos ya invadía el cansancio, El Macho continuaba acechando las sombras, fija la vista en la manguera y maldiciendo a instantes su situación.

—¡Si nos habrá tocao la hora del Destino!

—¿Por qué no nos apiamos, Macho, a esperar el día?—Se atrevió a insinuar el hermano, cuyos párpados cerrábanse ya de cansancio y la mano apenas si sostenía débilmente la rienda.

—¿Pa que nos agarren durmiendo y embretaos como unos cochinos?

Y El Macho, estoico ante su propio cansancio, oponiendo a la malaventura la terquedad del ánimo disciplinado en tantas correrías; insensible al dolor de los músculos entumecidos de apretarse contra el recado; más fuerte que su propia desgracia,

hincaba las espuelas en los ijares sangrantes del pobre caballo cuyo galope menguaba a cada instante.

Entonces, entregado a la fatalidad anunciada para él en el agotamiento de todas las energías, Juan admiraba como nunca hasta ese instante el temple moral y físico del hermano, como si recién comprendiese la dura vida del matrero, ahora cuando él caía en una pérdida absoluta de la voluntad.

—¡Cosa fiera es el sueño!

—Tomá un trago pa espantarlo.

Desde la lejanía llegaba con largos intervalos el ladrido de los perros.

Al principio caminaron cuidándose de dejar siempre a la espalda la luz de la comisaría; pero luego, a causa de la propia curva de la manguera que se extendía cerrándoles el paso, veían con angustia llegar hasta la cumbre de la cuchilla que acababan de coronar, estirándose en las sombras, la luz de los fogones.

En la penumbra de la madrugada los matreros adivinaban los campos, inmensos y solitarios, abriéndose detrás de aquel círculo fatídico de piedra que sus caballos no podrían saltar. A veces, al sentir salpicar el agua de alguna corriente entre las piedras, percibir la confusa silueta de un árbol o notar cómo los cascos del caballo se hundían en los tembladerales próximos a un manantial, Juan repetía a El Macho:

—Parece que por aquí no pasamos hoy. ¿No habremos dao con el camino?

Y por unos instantes la esperanza templaba su ánimo desfallecido hasta que, fatalmente, como un centinela persiguiéndolos en la sombra, en la cuchilla próxima les alcanzaba el ojo fatídico del fogón.

Otras veces intentaba iniciar cualquier charla, para ahuyentar el sueño que ya le doblaba sobre la cabezada del recado y entumecía sus piernas; pero El Macho, sordo a las preguntas, continuaba espoleando a su flete, interrumpiendo a largos intervalos su silencio con palabras de comentario acerca de algún accidente del terreno.

Y pasaban las horas, bajo el cielo inalterable con la infinitud de sus estrellas tendiéndose en una lejanía imperceptible; sobre los campos sumidos en absoluto silencio sólo turbado a

instantes por el llamado de las lechuzas posadas sobre las piedras; venían hondonadas y cuchillas, unas después de las otras, con fatal regularidad, y los matreros continuaban andando como esclavizados a la interminable pared de piedra que con ellos se hundía en las quebradas y con ellos coronaba las cuchillas en las cuales les esperaba el haz de luz roja del fogón.

—Macho: se me cai, de pesada la cabeza.

—Aguantá otro poco que aura sí, creo que vamos bien.

Deseoso de animar a su hermano, ya a punto de rendirse a la fatiga, El Macho comenzó a simular la esperanza de haber hallado por fin el rumbo, en aquel cañadón sobre cuyas gramillas sonaban sordamente los cascos de los caballos.

Largo rato iba ya que, sin saber cómo, se habían alejado de la manguera, cuando de pronto al subir una cuchilla, rígido, inevitable, les llegó, picaneándoles los cuerpos doloridos, el haz rojo de la luz del fogón.

Con la rabia de su desesperanza, dijo El Macho:

—¡Canejo, si estaremos presos como la víbora en la baba del venao!

Juan no contestó; oía cómo la brisa llevaba por el cañadón sus voces, hasta despertar a los perros en la cuchilla.

—¿Otra vez habremos caido en la comisaría?;—preguntó al cabo en su ansiedad.

—Me palpita que no. ¿No ves que no hay luz? Tal vez esté ahi el camino.

Cruzaban ya el bajo cuando el relincho jubiloso de un caballo vibró sobre la cabeza de los matreros.

El viento les trajo, y alejó por las cañadas, un silbido.

—Arrimate Juan, y si es la policía, correte pa acá que los vamos a peliar.

No bien había el muchacho subido la cuchilla, cuando sintió martillar un arma y la voz del centinela:

—Parate y echá pie a tierra.

La inminencia del peligro y sus ansias que ya colmaban el ánimo ardoroso poniendo en su espíritu el deseo de terminar pronto con aquel martirio, volvieron al cuerpo de Juan las energías que parecían perdidas en aquella noche de angustia; hiciéronle detener el caballo, empuñar el arma y acechar en

la penumbra de la madrugada el cuerpo sobre el cual disparar. Sobre la cuchilla hubo un breve silencio de espera; Juan sentía llegar desde el bajo el sonido de la coscoja del caballo de su hermano.

Repercutió, en el callado ambiente de los campos, el eco de un disparo.

Juan esperó un instante. Cerca suyo, oyó el chocar de sables en las botas de los soldados que se hablaban en voz baja.

Sobre el caballo embravecido por el disparo, continuaba atisbando a sus enemigos, cuando una bala pasó silbando cerca suyo y fué a perderse en el viento.

A su derecha, a su izquierda; frente a él, sonaban, potentes y repetidos en el silencio de los campos, los disparos de los policías pareciendo que un círculo de fuego le cerraba el paso.

Eran las descargas de los otros a cada instante más nutridas, y el muchacho aún no había logrado descubrir una sola de sus siluetas entre las piedras que se hacían por grados visibles a sus ojos en acecho.

Junto a los cascos de su cabalgadura vinieron a chocar dos plomos, mientras un tercero silbó delante de su pecho.

La imposibilidad de apuntar a los enemigos enardecía sobremanera a Juan, que oprimió con rabia el gatillo del arma.

Lleno de asombro notó que a sus movimientos no sucedían las detonaciones.

En la febrilidad de su cólera, Juan se dió a oprimir sin descanso el gatillo que chocaba incesantemente contra las balas, produciendo un leve sonido metálico. Entre tanto, eran cada vez más próximas las detonaciones en la cuchilla, mezcladas con insultos a los que él contestaba sin medir el mal que se hacía delatando su situación.

—¡Juan! ¡Juan!... ¿Estás asustao?, — le gritó con ansias incontenidas El Macho, al notar que su hermano no respondía al fuego de los otros.

—¡Qué he de estar, canejo! ¡Malhaya esta arma que no tira!

—Correte pa acá, pues, que yo hago frente.

Y El Macho espoleó el caballo que galopó dando grandes saltos hasta detenerse bruscamente al comenzar la ladera.

—¿Quieren a El Macho, sotretas? Aquí lo tienen, tiren!

Como si la sola enunciación de su nombre esperaran los otros, cinco detonaciones respondieron a las palabras del matrero, cuyo caballo abalanzábase, respirando sonoramente, cuando silbaban junto a sus orejas los plomos.

A espaldas de los policías comenzaban a desgarrarse las nubes, hendidas por los resplandores primeros del amanecer; en los árboles de la comisaría cantaban los gallos sorprendidos, mientras en los campos vibraban los relinchos de los caballos. La brisa del amanecer llevaba a las narices de El Macho el olor a pólvora de los fusiles, enardeciendo su coraje que no reparaba en que el sol lo hallaría a pocos metros de los enemigos y sin saber cómo huir.

Por la cuchilla el matrero divisaba a intervalos la silueta de los soldados intentanto cercarlo, guiados por sus propios disparos.

De pronto, una voz le gritó muy cerca suyo:

—¡Ya cáiste, bandido!

Torció bruscamente su flete hacia la izquierda, y disparó.

Sonaron casi simultáneas las dos detonaciones.

Como si alguien le hubiese tirado hacia atrás la pierna, El Macho sintió perder el estribo, al tiempo que su caballo se paraba, resoplando, sobre las patas traseras. Volvió a apuntar, esperando a que el otro apareciese tras unas piedras, pero sólo oyó una voz que le gritaba:

—¡Nos mataste uno, asesino!

El iba a contestar, cuando notó que un líquido caliente corría por su pierna pegándole sobre ella las ropas.

Faltáronle las fuerzas para detener la carrera de su caballo, que huía relinchando hacia el bajo; la brisa del amanecer refrescaba su frente afiebrada; en el cielo hacia el cual levantó los ojos, se apagaban ya las últimas estrellas y un rosa tenue invadía la inmensidad del horizonte. En las casas las detonaciones de los fusiles turbaban la limpia alegría del canto de los gallos.

—¡Macho! ¡Macho!... — creyó oir la voz de Juan cuando un dolor agudo crispaba sus manos.

De pronto le pareció que el piso se ahondaba súbitamente

y las sombras volvían a cercarlo. Dobló sobre el pecho la cabeza; cayéronse de sus manos las riendas, y tuvo la sensación de que se hundía en un profundo e irresistible sueño, mecido por el galope del caballo...

Cuando volvió a ver, estaban junto a un limpio arroyo, bajo los árboles en cuyas ramas cantaban los pájaros y se quebraban los rayos del claro sol de la mañana. A su lado Juan dormía sobre el recado; del anca de su caballo manaba un débil hilo de sangre. A lo lejos, escintilaba la luz sobre las tierras sedientas del bañado de Aceguá; más allá, elevábanse, recortándose bruscamente en el espacio, las sierras azules.

Quiso levantarse pero se lo impidió el agudo dolor de su pierna envuelta en el poncho de verano.

La brisa que jugaba sobre los altos pastizales del monte, no bastaba a refrescar su frente por la cual se cruzaban los recuerdos de la noche anterior, como visiones de una interminable y dolorosa pesadilla.

Declinaba la luna, cuando El Macho terminó su narración, a la que prestaron atento oído Don Zenón y Ricardo.

En el silencio encerrado en el patio, resonaron los ecos de la muleta y la rodaja y saltaron sobre el brocal del aljibe donde cayeron, multiplicándose.

CAPÍTULO VI

COMENZABAN a entrar por las rendijas de las ventanas los primeros albores de un amanecer de otoño, cuando Ricardo despertó de improviso a las voces de los gauchos cuyos caballos piafaban de inquietud junto a los paraísos. Tiempo hacía ya que era obligado tema de la charla de los paisanos, la carrera que esa tarde habría de correrse entre el «Sarandí» del Coronel Marcos Ramírez y el «Fierro» del Comandante Sánchez. Allí mismo entre los que se agrupaban demandando vasos de ginebra, Ricardo escuchaba por centésima vez las probabilidades de triunfo de uno u otro caballo, deducidas de las virtudes de su compositor, de la ascendencia del animal, o de la habilidad de los corredores para «largar cortando».

A medida que el sol desgarraba las nubes sobre el Cerro Largo, los grupos de jinetes llegaban en el mejor flete de la tropilla, flameando en la brisa de la mañana la golilla blanca, animando las cuchillas y el rojo camino desde donde escindía a intervalos el grito estridente de los venteveos sobre la charla inquieta de las cotorras. Algunos se detenían a aumentar el conjunto de los que ya esperaban en la reja, en tanto que los más iban a detenerse en el bajo, frente a la casa de Don Zenón, bajo los árboles y las enramadas que indicaban el lugar de la carrera.

Ricardo encontraba particular gozo en asistir a aquella bulliciosa reunión de hombres de campo, ágiles y seguros sobre los briosos caballos, mientras vibraban sobre las cabezas los ardorosos relinchos de los potros presintiendo la proximidad de las yeguas.

Semejante a un pueblo nómade descansando de una larga jornada, era aquel campamento pacífico a cuyo alrededor pastaban los caballos en las sogas, mientras los hombres se agru-

paban sobre las húmedas gramillas a la sombra de los mimbres, junto a las mesas de las carpas.

Bajo el sol de la mañana sin nubes, todo era una fiesta de colores sobre el verde de los campos.

Ricardo sentía llegar hasta la reja los ecos de la alegre reunión, mientras él y Don Manuel no se daban descanso en el servicio de los que llegaban en demanda de ginebra, y volvían a la cancha luego de cambiar breves frases de augurio sobre la carrera, con los que allí quedaban.

En la jovialidad de los rostros; en la desusada animación de las conversaciones, como en las constantes burlas que se cruzaban entonces, comprendía el joven cuánto significaba para aquellos hombres la fiesta para la cual continuaban llegando de las cuchillas numerosos grupos de jinetes. El hecho de pertenecer los caballos a los caudillos de más renombre de la comarca, tanto como la circunstancia de que cada uno de aquéllos había conquistado su fama en canchas que jamás pisaron juntos, daba particular interés a la carrera, ya que los aparceros de cada caballo ponían en él la adhesión que en la guerra tenían a su dueño.

Los de aquellos lugares, en la paz como en la guerra, jamás se mezclaron con los del Comandante Sánchez que vivían reducidos a las sierras del Infiernillo, hoscos, por su parte, a confundirse en las pulperías con los de otros pagos, como si obedecieran a un ancestral e irreductible antagonismo que nadie, de seguro, sabría explicar. Los de Cuchilla Grande, desde Frayle Muerto hasta los límites de Bañado de Medina, tenían su caudillo, su pulpería, sus oficiales cuando las guerras, sus payadores y su tradición, siendo difícil que en su ambular por los campos llegaran a avecindarse en otro pago, donde sin duda serían extraños para quienes no habría lugar fácil de conquistar sin luchas en la gran familia reunida en torno del caudillo y de sus glorias. Sólo cuando las guerras, en seguimiento del caudillo, era la verde inmensidad de los campos, como una abierta esperanza para que en ella pasearan sus sueños heroicos las montoneras gauchas.

Era ya pasado el mediodía, y aún continuaban los grupos alegrando la soledad de las cuchillas. Uno de ellos suspendió

la charla de los parroquianos de la reja, cuando al asomar en un alto del camino fué conocido el jinete que lo encabezaba.

—Allá viene el Coronel...

Volviéronse todos los ojos hacia los eucaliptus bajo cuyas sombras adelantaban numerosos jinetes rodeando al caudillo cuya barba blanca se destacaba sobre el negro de los vestidos.

En las cabezadas de los recados y en los pasadores de los estribos se quebraba el sol entre ligera nube de polvo que envolvía el trote de los caballos rodeando al Coronel Ramírez, mientras la brisa agitaba blancos gallardetes en el cuello de sus gauchos.

Al pasar junto a la reja, Ricardo apenas pudo distinguir el fuerte busto del guerrero y la cabeza de recias líneas terminando en su rizada y blanca barba, entre los soldados que saludaron cariñosamente a los que en la pulpería esperaron, quitados los sombreros, el paso del Coronel.

—¡Juerte está el viejo!...

—Pa ése no pasan los inviernos.

—¿Conociste el rosillo?

—De juro... el de la Tricolor.

—Animal güeno pal camino.

—Probao lo tiene dende aquella vez, cuando nos sacudimo en los arenales del Conventos con Aguilar.

Y el paso del caudillo torció el rumbo de la conversación que hasta entonces fuera acerca de caballos y célebres carreras habidas en el pago, para enderezarse al relato de las hazañas del guerrero cuya silueta quedó en los ojos de Ricardo como la imagen de un patriarca a cuyo alrededor vivían los gauchos de sus glorias, y soñaban con volver a acompañarlo en las patriadas.

Por fin llegó para el mozo la hora de cerrar el postigo de la reja, e ir a confundirse en la alegría de la reunión que poblaba de colores y de ruídos la llanura cercana, de la que huyó sorprendido el ganado tambero que en los mediodías protegíase del pleno sol bajo los mimbres.

Ni la más leve nube turbaba el azul profundo del cielo curvándose en la lejanía de las cuchillas.

En la llanura, Ricardo veía aquí y allá alzarse las enra-

madas ocres de los mataojos resecos, alternando con las blancas lonas de las carpas que manchaban a intervalos el verde de las gramillas. Bajo las carretas pintadas de blanco y rojo, los carreros dormían indiferentes a la alegría de los otros, el cansancio de sus largos viajes bajo las lunas. Pacían con el cuello extendido los caballos en las sogas, conjunto multicolor en el ambiente, mientras el sol quebraba sus reflejos en los aperos de los que se agrupaban, fatigoso el respirar, junto a las carpas y enramadas. En la abigarrada multitud diseminada en la llanura, oía Ricardo las voces de los payadores elevarse en el silencio de admiración hecho en la carpa, mientras la carpera, enrojecida de calor, distribuía el mate o los pasteles al final del almuerzo; cruzarse los desafíos y las apuestas en la cancha de taba o junto al círculo reunido en torno de una carona sobre la que el tallador dejaba caer las cartas, o las voces de los hombres que saludaban al pasar frente a las enramadas donde beben y ríen sus aparceros. Y a intervalos, la juventud de un caballo ponía en su cuerpo las vibraciones del relincho, al que contestaban aquí y allá los otros, dominando a la algarabía de los hombres, la alegría de aquellos relinchos que escindían en el sopor de la hora, y cuyos ecos se alejaban en la brisa hasta perderse en las lomas luminosas y desiertas.

Ricardo iba de uno a otro lado, deseoso de verlo y oirlo todo, contagiado por la alegría de los otros, cuando junto a los trillos comenzaron a alinearse los jinetes a la nueva de que ya estaban sobre la cancha el «Sarandí» y el «Fierro». Entre el apretar de manos amigas y detenerse a escuchar las décimas de los payadores, había pasado el tiempo sin que hubiese logrado ver al Coronel. Temeroso de que al terminar la carrera pudiese volver el caudillo a su estancia sin que le fuera dado oir su voz y examinar sus actitudes, ahora que su nombre estaba en los labios de todos y en las décimas de los poetas comarcanos, el mozo recorrió el largo de la cancha, sin hacer caso a los gauchos que pasaban al galope, en alto la mano ofreciendo la apuesta, provocador el gesto y en la nuca el sombrero, mientras en la leve brisa de la tarde flameaba la golilla y el poncho de verano, y ellos iban gritando:

—¡Al «Sarandí», señores, lo que paguen... No respeto parada con el caballo del Coronel...

Hasta que otro gaucho surgía de la multitud y se cruzaba con el desafiante al tiempo de gritarle:

—¡Pago!

Otras veces era un partidario del «Fierro»:

—Si dan luz con el zaino, señores, juego...

Al que respondía un chusco:

—¿Pa éso hizo el viaje? Más seguro estaba en su casa.

Algo retirado de la multitud, próximo al extremo de la cancha, Ricardo vió un carruaje ocupado por señoras de claros vestidos, rodeado por varios jinetes, entre los cuales creyó ver destacarse el fuerte busto del Coronel. Fué a pasar los trillos, cuando un policía le empujó con su caballo, al tiempo de decirle:

—Recule amigo; recule que ya están partiendo.

En el principio de las rectas tendidas sobre el verde que entonces impedían ver los cascos de los caballos, Ricardo vió enardecerse a los parejeros sobre cuyos lomos los corredores semejaban pequeños arcos a punto de ser despedidos.

—¿Pa dónde va, amigazo? ¿Quiere jugarse unos riales?

—Hola, Don Zenón, Ud. es el hombre que andaba buscando; quiero conocer al Coronel.

—Güena ocasión, amigo Ricardo, pa arrimarse al Coronel, áura que está con la familia.

—¿Es su familia la que está en la jardinera?

—Sí; pero tenga cuidao con Misia Adela si piensa echarle el ojo a la gurisa.

Así iban hablando los dos amigos, mientras hacían el largo rodeo de los trillos junto a los cuales se agitaban nerviosos los caballos, y los policías iban de uno a otro lado demandando cancha para los parejeros.

—Se nos va el hombre, pero es lo mesmo; irá a hacer alguna jugada y volverá.

Rodeado por los hombres de su confianza, el caudillo alejábase de la jardinera, cuando hasta allí llegaban Don Zenón y Ricardo.

—Contra el zaino lo que pague, Misia Adela; — dijo el paisano dirigiéndose a una criolla de cabellos blancos y fuerte mirar, que desde el coche respondió jovialmente:

—El campo es poco pa darle al doradillo.

Desde que se aproximaron al grupo, Ricardo sintió sobre sí dos miradas que turbaban su espíritu: la de Misia Adela, que parecía medirle y examinarle escrupulosamente, enterada ya de que aquel era el «pulperito», y la de la joven morocha, de suave y gracioso busto, negro el cabello como los ojos profundos y asombrados, cuyas mejillas enrojecieron levemente al tiempo de extenderle la mano.

Aquella debía ser la «gurisa», rara flor de delicadeza en el ambiente semi-bárbaro de los campos, en torno de la cual el cuidado celoso de la madre ahuyentaba los requiebros de los galanes gauchos.

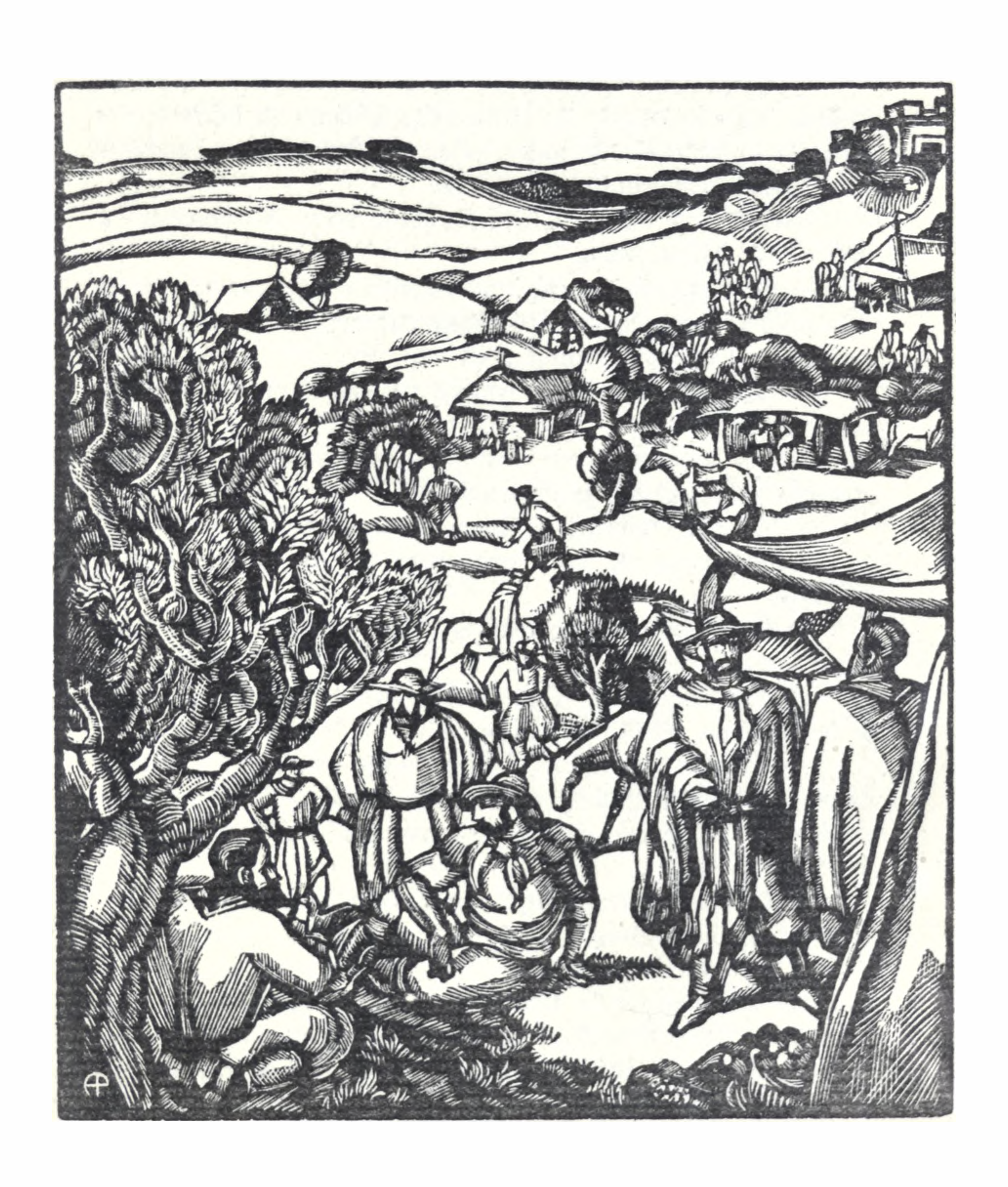
Eran del grupo, Misia Lolita, vestida con exagerada pulcritud ciudadana, afectando suma corrección en la palabra y en el gesto, que contrastaba con la despreocupada franqueza de la esposa del caudillo, mujer inquieta y nerviosa, cuyos ojos fijábanse en cada jinete que pasaba junto a los trillos proponiendo apuestas, y cuyas manos, tostadas de sol y algo endurecidas por las faenas familiares, arreglaban de contínuo el cuello del vestido que le causaba un evidente ahogo. Junto a ella una criolla ya cuarentona, de fuerte pecho anunciándose bajo la bata rosa, y en el rostro una nariz blanda y gruesa que le daba un extraño aspecto de humildad, se esforzaba por hacer a Ricardo memoria de los triunfos del «Sarandí».

Pero el joven apenas si contestaba brevemente a las preguntas de Misia Adela, y simulaba atención a las palabras de la criolla sentada a su lado.

Sin precisar las causas, notaba que su ánimo se habia vuelto triste, como si la tardanza en ver la carrera le hubiese causado hastío.

Por los costados del coche continuaban pasando los jinetes, en alto la mano en que mostraban los dineros ofrecidos en apuesta en favor de uno u otro parejero; relinchaban inquietos los otros caballos junto a los trillos, mientras elevábanse de contínuo carcajadas que partían de los grupos donde algún chusco hizo menosprecio de la fé de un gaucho por el triunfo de su parejero favorito.

Otras veces, un movimiento de inquietud corría a lo largo



de la reunión, y estirábanse hacia adelante los jinetes para ver mejor, al tiempo que trasmitíase la voz de:

—¡Se vinieron!—Hasta que un mismo comentario murmurado en un extremo de los trillos, iba de labio en labio aquietanto la impaciencia de todos, mientras frente a los banderas continuaban partiendo los parejeros.

—Había sido lerdo Cartucho pa largar; — rezongó, ya impaciente, Misia Adela.

—Dicen que es gaucho muy alarife y esperará enojar al «Sarandí», porque el «Fierro» es un matungo, de manso, en las partidas; — comentó Don Zenón.

—Pero Baqueta ya le conoce las mañas y no se va a dejar cortar.

—¿Ud. cree que gane el «Sarandí», mama? — Interrogó con inquietud infantil la doncella.

—Ta claro, m'hija; si nunca ha estao mejor compuesto.

—Pero hace ya tanto que están partiendo, que pueden cansarlo.

—Eso no es mella, muchacha; porque el zaino está como variao en la arena.

En ese instante pasó un jinete, cuya melena ondulaba en la brisa de su caballo al galope.

—¡Al zaino, señores, al zaino. Doy luz, señores, con el caballo «Sarandí». ¿No hay quien se anime? — Y sus palabras se perdieron, como su silueta, en la multitud de la cual partían voces y relinchos.

¡Bella fiesta gaucha, cuya alegría no alcanzaba a disminuir la interminable espera a que estaban sometidos los hombres por los corredores que, en lance de habilidad y de astucia, querían merecer entonces la fama de que con largueza gozaban en la comarca. Pero Ricardo, sorprendido por la gracia de Maruja, que él no sabía en qué encanto suyo colocar plenamente, ya no podía gustar del espectáculo que en un principio pusiera retozona alegría en su espíritu. Ahora todo era para escuchar sus breves palabras y mirar de soslayo la clara sonrisa de la joven, en cuyo rostro parecía haberse dulcificado el sol para no quitarle el encanto rosa de las mejillas.

En la plena luz de la tarde, frente a las verdes lomas de la lejanía, sus ojos parecían llenos de una visión azul y rosa,

recogida en la ligera falda, en los ojos, en el cabello y en la sonrisa de Maruja.

Intentó hacer un cumplido, pero hubo de detenerse bajo los ojos fuertes de Misia Adela, que le miraban como si inquiriesen bajo su frente los temerosos pensamientos.

¿Habría la criolla adivinado con sus ojos sagaces, el estado de ánimo suyo frente a aquella joven que de tal modo parecía extraña al ambiente en que se criara? Sin que se precisara claramente en su espíritu, Ricardo sintió temor de que los celos de la madre le apartaran bruscamente de su hija. Pero Misia Adela cambió de súbito la actitud, distraída de su presencia, para dirigirse a un jinete que se llevaba la mano al sombrero en el momento de pasar junto a la jardinera.

—¿Y usté no juega, capitán?

—Ya jugué, Misia Adela, — respondió el paisano de ojos azules y noble gesto. — Pero aura la cosa se está poniendo fiera.

—¿Se enojó el «Sarandí»?

—Y Baqueta también. Parece que Cartucho lo está aguaitando pa cansarle el caballo.

—¡Endiablao el pardo... ¿Y el «Fierro» cómo está?

—Como chingolo'e patio, de tan manso. Dicen que el Coronel ya mandó largar como lleguen a las banderas.

—Es lo que debía hacer; van pa más de dos horas que están partiendo al ñudo.

—Ansina es, sí señora.

Cartucho comenzaba ya a inquietar a la aparcería del zaino, con sus recursos de maestro en las largadas, pues conocedor del ánimo de los dos caballos, intentaba sacar partido de la mansedumbre del «Fierro», que se detenía tranquilamente en las banderas, mientras el «Sarandí», a cada instante más ardoroso, abiertas y temblorosas las anchas narices, manchándose el pecho con la espuma de la boca, en alto la cabeza y enarcada la cola, atravesábase en el trillo que apenas tocaban sus finas manos, sujeto su impulso por lanzarse a correr.

Arrollados sobre el lomo de los parejeros; firme la mano que sostenía fuertemente la rienda; encogido, en ademán de golpear el rebenque sobre las ancas, el brazo que lo empuñaba;

puestos los òjos del uno en los del otro, Cartucho y Baqueta se acechaban con ansias, sin que pudieran darse el «tajo» digno de sus famas y de la carrera que habrían de decidir, tanto como los caballos.

Agobiados de sol, los banderas esperaban con la inalterable paciencia de hombres acostumbrados a tales lides.

De pronto, tres palabras pasaron, breves, por todos los labios nerviosos, a lo largo de la cancha:

—¡Aura!... ¡Se vinieron!...

Empináronse sobre los estribos en líneas paralelas hacia los trillos, los jinetes; remolinearon los caballos, mientras los policías gritaban a los que se adelantaban: ¡Reculen! ¡Reculen!... En la emoción del breve silencio de angustia, sólo se sentía el golpear de los cascos de los parejeros sobre el piso endurecido de la cancha de la que se levantaba pequeña nube de polvo.

Ricardo vió adelantar los caballos, extendidos como agudas proas cortando el aire los cuellos, mientras los hombres extendíanse, elásticos, hacia adelante, imitando el impulso de sus fletes, pareciendo que iban a saltar de sus lomos, y continuaban vuelta la cabeza hacia el contrario. Frente a él percibió entre el polvo que los envolvía, las fauces abiertas de los caballos cuyas crines erizaba el viento, y las caras enrojecidas de Baqueta y Cartucho.

La angustia de la escena se apoderó un instante de su ánimo. El «Fierro» llevaba pequeña ventaja, cuando de pronto vibró un grito salvaje de Baqueta:

—¡Ahaáa!... —y el «Sarandí», en un esfuerzo heróico, cruzó como un dardo delante de sus ojos.

Al paso de los parejeros sucedió un épico tumulto. Se encabritaron los caballos de los otros en una emulación ardorosa, tal como gritaban enardecidos los jinetes, ¡Sarandí! ¡Fierro! ¡Sarandí!; según era su esperanza por la posición de los caballos al pasar frente a ellos.

Y en sonoro tropel de cascos, voces y relinchos, envueltos en nubes de polvo, corren todos hacia la sentencia, mientras en la llanura verde, más allá de las líneas rectas y grises de los trillos, saltan aún los parejeros cuyos bríos quieren dominar los corredores curvados en sus lomos.

Pocos momentos después partían de la sentencia los primeros jinetes, sobre sus fletes embravecidos por la espuela que la alegría hincaba en los ijares, mientras aquéllos agitaban en el aire los sombreros y voceaban calurosamente:

—¡Sarandí! ¡Sarandí! ¡Sarandí! ¡No hay pareja pa ese flete...

Comenzaba a declinar dulcemente la tarde. Más allá de la Cuchilla Grande, el sol daba aspectos fantásticos a los eucaliptus de las estancias, mientras las nubes parecían danzar en un inmenso círculo, sobre los cerros de las Cuentas y el Largo, bajo el cielo profundo y azul.

En la transparencia de la tarde, las verdes lomas se alejaban sosteniendo en las curvas de sus ondas el blanco caserío de las estancias hasta perderse en la remota lejanía bajo el horizonte.

Era suave y diáfana la brisa que jugaba sobre los altos pastos y en las melenas y golillas gauchas, trayendo aromas de gramillas y el largo balar de las majadas. Continuábanse corriendo carreras en los trillos, y en las enramadas cantando los payadores, cuando una extraña visión sobre las cuchillas dejó en suspenso a todos los espíritus.

—¡Franco Aguilar!...

—¡Sangre'e toro!...

—¡El Coronel Aguilar!...

Repetían las voces con admiración, ante la presencia de un grupo de jinetes que al galope rítmico de sus caballos, acababa de coronar la cuchilla en seguimiento de un jinete en cuyas cabezadas de plata se quebraban los rayos del sol mortecino, mientras flameaba, en el aire azul, el pendón de su poncho rojo.

Y los gauchos de pañuelos blancos o celestes; los dueños del pago entre quienes sentíase la presencia de sus caudillos, esperaban con asombro a los del grupo que ya bajaban la ladera y continuaban galopando en la llanura; diez, a lo más; firmes, arrogantes en los elásticos fletes, tras el jinete cuyo poncho man-

chaba de sàngre el azul de la tarde, aleteando en la brisa las puntas de sus rojas golillas.

—¡Bien montaos, los indios!

—¡Qué viento lo habrá tráido a ese pájaro!

—¡No pierde la maña de cáir de sorpresa!

Aún comentaban los de la reunión, cuando los de Franco Aguilar paseaban ya, entre el flamear de las golillas blancas y celestes, el romanticismo de las suyas rojas.

CAPÍTULO VII

—JUEGUE, Comandante; ahi tiene a la sota que se ha puesto salidora y querendona.

Dijo Franco Aguilar, levantando los azules ojos hacia el Comandante Yáñez que erguido el cuerpo gigantesco bajo el poncho de verano, ceñudo el gesto y fría la mirada, atendía sin decir palabra al sucederse de las cartas sobre la carpeta.

—No soy aficionao a las mujeres — respondió sin mirar a Aguilar, cuyo poncho parecía de un rojo más sombrío a la luz de la lámpara pendiente de un tirante de la pulpería.

El tallador colocó cuidadosamente las cartas sobre la mesa, y miró a los que a su alrededor se sentaban, en espera de la jugada.

—¿Y a usté, Don Zenón, que es entendido en polleras, no le gusta esa moza?

—No, Coronel; en negocio de hembras no hay que fiarse mucho.

—Va éso a la sota—dijo el Coronel Marcos Ramírez, colocando junto a la carta varias monedas de oro.

—Usté siempre ha de ser el que me aceta el convite, Coronel.

—Es razón; aunque más me hubiera gustao ganarle con el zaino; pero usté no pierde la maña de cáir siempre a los pasteles.

Rieron los de la rueda, uniéndose sus voces a las de los gauchos que acodados en la reja miraban jugar a los caudillos, al comprender la alusión picaresca del coronel blanco, mientras Franco Aguilar, vuelto de cara el naipe respondía, recalcando intencionalmente las palabras:

—No, Coronel, no es que tenga maña de llegar tarde, pues a peliar y a jugar, sólo el maula llega tarde. Yo — y aludía

ahora francamente a su hábito de caer de sorpresa sobre los enemigos y dispersos escuadrones — gaucho pobre y oficial de poca gente, me reservo la plata pa jugármela seguro. Y ocasiones acontece, y más si es con usté la partida, que por mucho madrugar me fallan los palpites.

—Es que el Coronel — intervino Don Zenón jovialmente — en las sierras es como animal que extraña la querencia; no se echa en toda la noche.

Así, mezcladas la broma regocijada acerca de los vaivenes del juego, con la alusión escondida a guerreras hazañas, iba la charla animando la rueda de los paisanos dentro de la pulpería; en la reja se agrupaban los gauchos de rojas y blancas golillas, atentos a las palabras y a la suerte de los caudillos, mientras por encima de sus cabezas se ahondaba la noche.

Era fresco el aire que venía de los campos, trayendo el eco de las voces de los payadores en las carpas.

Junto a la mesa de juego sentábanse los caudillos blancos del contorno, teniendo entre sus manos las monedas que colocaban o recogían de sobre las cartas que distribuía Franco Aguilar, cuyo poncho rojo era allí una nota audaz, en tanto él divertía al concurso con sus constantes agudezas.

Cebaba el mate Don Manuel, insensible al cansancio de un día de afanosa labor, por la orgullosa alegría de ver tan encumbrada reunión en su negocio, y cuidaba Ricardo de que estuviesen llenos siempre los vasos de ginebra con que el caudillo ganancioso en la carrera obsequiaba a los gauchos.

Enjuto de carnes; angulosos los hombros que cubría el poncho de verano; largo el cuello rodeado por la golilla; arisco el mirar, el Comandante Sánchez atendía el juego, interviniendo apenas con monosílabos en los comentarios que provocaba la partida. Junto a él, Don Zenón anunciaba con un mote a cada carta ganadora, mientras el Comandante Yáñez, de pie a espaldas de Aguilar, insultaba con ronca voz a la carta que le había hecho perder.

Nervioso por el abuso de la caña; llevándose de contínuo la mano al bigote encanecido, Fernando González seguía obstinadamente, en el juego como en la guerra, la suerte de su coronel Ramírez.

Como abstraído profundamente en reflexiones extrañas a la escena, o saboreando con fruición el humo del largo cigarro de chala, Isabelino Quiroga estábase de pie, perdida la mirada de sus ojillos negros en la espesura de la barba que ocultaba el rostro, para intervenir, en raros palpites, con su inalterable pregunta: «¿Me lleva una puntita, Coronel?». Dejaba sobre la carpeta el dinero y, perdedor o ganancioso, tornaba a sus largos silencios.

Eran pues, Don Zenón, Marcos Ramírez y Aguilar, quienes animaban con breves comentarios y recuerdos las horas de aquella noche de jugada.

Los dos caudillos enemigos en la guerra, tratábanse entonces con visible cordialidad, movidos por el concepto que uno a otro merecía.

Sobre ellos estaba detenida la atención de Ricardo, como la de los gauchos que comentaban con repetidas carcajadas las agudezas de aquéllos que eran allí los primeros, como lo eran en los días de la lucha.

Altivo, con instintiva y despreocupada altanería en el gesto; serenos la palabra y el ademán como quien pesa lo que dice y está pronto a afirmarlo con el puñal, si es preciso; finos y severos los labios bajo la blanca barba sobre la cual brillan, profundos, los ojos negros, el Coronel Marcos Ramírez gozaba con la presencia de aquel gaucho de ojos azules, llena de movibles rugosidades la cara, que le daban, según fuera la contracción de sus labios finos, fisonomía de pícaro o de cruel.

Sin duda la presencia de aquel rostro audaz y cínico a un tiempo mismo, produciría en cualquier espíritu recto el desagrado que sintió Ricardo al extenderle la mano. Pero en cambio, era tan insinuante en sus ademanes; tan grata la charla regocijada de su voz de sonoridades femeninas, que a poco de oirle, se comenzaba a descubrir en el fondo de aquellos ojos azules, al caudillo audaz y valiente, y se olvidaban las manchas que su crueldad había puesto en la clara fama de su arrojo.

Viéndolo de pie, calzadas las botas de potro; curvadas por el caballo las piernas; cubierto con el poncho rojo bajo el cual se anunciaban los bordes del chiripá de merino; de cuerpo pequeño, Ricardo observaba cómo perdía Franco Aguilar la des-

envuelta arrogancia con que llegara ese atardecer, sobre el caballo vibrante, a la reunión gaucha. Para sentarse, como ahora lo estaba, en aquella pulpería de pago blanco, él contaba con el respeto que el arrojo despertaba en el gauchaje y con su inalterable gratitud, nacida en la guerra, hacia el Coronel Ramírez.

Criado en las asperezas de Sierra de Ríos y Aceguá, Franco Aguilar era como un fruto autóctono y genial de aquellas comarcas en las que a cada instante muda el paisaje y las quebradas se suceden, imprevistas, entre las afiladas sierras que interrumpen contínuamente el horizonte.

Gaucho voluntarioso y rebelde, él entendía la guerra a su modo, sin que le fuera posible admitir una voluntad extraña sobre la suya, tenaz y salvaje.

Señor de las sierras, en la paz recortábase su silueta en los horizontes sobre las afiladas curvas, ocupado en contrabandear con el Brasil y hallando en cada rancho un «compadre» aliado suyo para engañar a los policías.

De aquellos gauchos, criados en el hábito de seguir los rumbos más ocultos de la frontera, se formaba la legión de baqueanos a cuyo frente Franco Aguilar permanecía cuando las guerras los días escondido en las quebradas de las sierras, esperando la noche para descender a los llanos, viajar en el silencio de las sombras y caer como un vendaval sobre las dormidas huestes del enemigo, y desaparecer, perdido el rastro en sinuosidades sólo de ellos conocidas, dejando en los ojos de espanto de los vencidos, la temida visión de sus ponchos rojos.

Solo, apartado de todo ejército regular, aquel caudillo enemigo del orden que limitaba el impulso de su potente individualidad, era como un centinela apostado sobre las sierras desde las cuales esperaba ver surgir las columnas enemigas y diseminarse en los campamentos, ignorantes del peligro que guardaban las lejanías azules de Sierra de Ríos desde las cuales descendería sobre ellos el pánico, venido en el correr sonoro de los caballos de Aguilar.

Sólo una vez, recordaban las crónicas lugareñas, había abandonado sus sierras y seguido al ejército de Goyo Suárez cuando el 70, más allá de sus pagos.

Entonces los hechos de su audacia sembraron en el país

la fama de aquel jinete de poncho rojo, cuya silueta fué familiar a los de Timoteo Aparicio, perdiéndose, alíjera, en las cuchillas del horizonte. Mas, si era cierto que Aguilar dejaba en la mente de quienes vieron pasar la guerra sobre sus campos, el recuerdo de su audacia, no era menos cierto, también, que todos evocaban con espanto la llegada de aquellos indios de golilla roja, pasar como un viento de desolación sobre las huertas, diezmar las haciendas, saquear las pulperías y ultrajar el honor de las mujeres.

La disciplina y el honor del ejército ataron, como a un perro de caza, con el hastío de las jornadas al tranco, a aquel caudillo en espera siempre de un próximo peligro, para dar libre acción a su espíritu ardoroso.

Y contaba la fama, que cuando en los escuadrones dispersos de Timoteo Aparicio relinchaban en las sogas los caballos asustados por el viento que estremecía los montes; o cuando en las hondonadas se sentía el galopar de fuga de los matreros, en la desolada curva de una cuchilla envuelta en sombras, el «centinela perdido» empuñaba temeroso el fusil, pronto el caballo para la huída, creyendo oir en los ecos que llevaba el viento acercarse a través de la noche el galope de los indios de Aguilar.

Así cruzó el caudillo los campos del país, hasta que por fin las andanzas típicas de la guerra gaucha trajeron nuevamente al ejército de Suárez a los campos de Cerro Largo.

Marcos Ramírez, transida y desmoralizada su división, reorganizábase en los pagos de Franco Aguilar, y el guerrillero audaz partió una tarde del ejército de Suárez a defender con el centenar de sus indios el señorío arisco de las sierras.

Hacíase lentamente el crepúsculo sobre las llanuras en las cuales se apagaban las líneas sinuosas de los caminos, y acallábanse en los montes próximos del Chuy los cantos de los pájaros. Sobre la más alta cumbre del lugar, Franco Aguilar observaba cómo empezaban a encenderse en el cielo las estrellas y en el valle los fogones, mientras pacían diseminadas las caballadas de Marcos Ramírez, agrupábanse en las pequeñas lomas los ganados, y venía en la olorosa brisa el relincho de los potros.

Después, todo fué silencio en la llanura bajo la claridad lunar.

De súbito un alarido salvaje precedió al estruendo de cien trabucos disparados sobre las caballadas, y fué como un huracán trágico que sacudió el sueño del ejército en la noche de improviso poblada de voces, sonar de cascos y relinchos, vibrando sobre el tropel de los caballos que huían despavoridos, la voz del clarín ordenando el degüello.

Presas del pánico, los de Marcos Ramírez dábanse traidora muerte unos a los otros; alzaban en el aire tizones encendidos pretendiendo ahuyentar el avance de los caballos que reventaban las sogas y huían, relinchantes y aterrados, por la abierta llanura; o eran los sorprendidos escuadrones, diezmados por las lanzas de Aguilar que no cejaban en su galopar arrollando todo cuanto encontraban a su paso.

Huían desesperados de salvarse los escuadrones blancos ante aquella legión de fantásticos jinetes surgidos en la noche del seno de las sierras, cuando de pronto, sobre los árboles del Chuy, vibró un clarín de pelea, y la voz de degüello respondió a la voz de degüello del clarín de Aguilar, cuando del paso de Pesiguero galoparon sobre la llanura nuevos jinetes cuyas lanzas recortábanse, rectas, en el claro de luna.

Franco Aguilar se detuvo, sorprendido a su vez.

¿Es que acaso alguien le esperaba? ¿Quién era el caudillo de aquellos que ya estaban cercanos a los suyos?

—¡Sangre de toro! — vibró, potente, una voz de reto sobre el sordo sonar de los galopes.

—¡Pampa! — gritó Aguilar con su voz afeminada, recordando que la barba blanca y su corpulencia dieron a Marcos Ramírez, en la imaginación de sus contrarios, semejanza con un toro pampa.

Y los caudillos se buscaron en el entrevero, donde chocaban lanzas, algunas de las cuales saltaban tronchadas por el golpe de los sables; rodaban por tierra jinetes y caballos; tocaban a degüello los clarines, y oíase gritar, ¡aura salvajes!, ¡cayeron sumacos!, entre ayes y blasfemias.

Conocido y rodeado por tres indios de Aguilar, Marcos Ramírez buscaba el modo de abrirse entre ellos paso con su lanza que en fieros botes amenazaba el pecho de sus bravos atacantes, cuando de pronto su caballo cayó pesadamente, herido



de muerte por un hachazo en la cabeza. Al verlo a pie, uno de Aguilar fuése sobre él, con la ciega confianza de su arrojo; mas detúvose bruscamente el caballo, y el jinete cayó junto a sus patas, herido de un lanzazo. En medio de la lucha que sostenía con los dos indios que le atacaban, Marcos Ramírez vió llegar galopando un jinete y oyó su voz familiar:

—¡Reventaste, salvaje! — Y un hondo quejido de dolor señaló la curva descripta por un cuerpo al caer delante de su caballo.

—¡Chengo!; — gritó el caudillo.

—¡Ahi va su negro, Coronel!;—respondió el recién venido, al tiempo que interponía su caballo nervioso, entre el último guerrero de Aguilar y Marcos Ramírez.

Ante la llegada de aquel nuevo jinete, el atacante de Ramírez, viéndose perdido, clavó las espuelas en su animal y, en alto el sable, acometió al caudillo que lo esperaba de pie, lanza en la mano.

Piafante el caballo embravecido por la espuela, acercábase veloz hacia el caudillo, cuando la lanza de Chengo abatióse rápida en rudo golpe que desgarró el poncho y el hombro del de Aguilar, cuyo sable cayó a los pies de Ramírez, y él corría sobre los llanos. Bajo la clara luna, el jinete perseguido y Chengo, eran como dos sombras huyendo hacia las sierras cuyos pesados contornos levantábanse en el cercano horizonte.

Pocos instantes después, doblado de dolor sobre el caballo cuyas riendas cogía Chengo, el guerrero de Aguilar tornaba, herido y prisionero, a la carpa del Coronel Marcos Ramírez.

Cuando a las pocas horas del combate se hizo el día, la columna de Ramírez emprendió la persecución de Aguilar, llevando prisionero a un sobrino del caudillo, aquél a quien detuvo Chengo en el instante de lanzarse, sable en mano, sobre su jefe. El arrojo del muchacho impresionó fuertemente el ánimo de Ramírez y así fué cómo, contra lo que todos esperaban, conociendo el antagonismo de los dos guerreros, más que su presa de guerra, fué un amigo a quien tributáronse en la carpa del jefe solícitos cuidados a sus heridas.

No mostraron las sierras las huellas de Aguilar a los hombres de Ramírez, quienes se alejaron hacia el sur llevándose

consigo el prisionero, hasta que un atardecer junto a un monte, el muchacho, aprovechando la confianza puesta en su lealtad por el jefe blanco, desertó de la columna para volver a la Sierra de Ríos.

Tal era la razón de la gratitud que por siempre obligó a Franco Aguilar con Marcos Ramírez; y fué por ella que, conocida de los paisanos, pudo su caballo airoso galopar al solo arbitrio de su jefe, por los pagos blancos.

Era suave la noche luminosa de estrellas.

En el silencio de los campos levantábanse de pronto las voces de los payadores cantando sus querellas de amor o romances heroicos en medio de la rueda de los paisanos; relinchaban los caballos en las sogas, despertando a los teru-terus en las cuchillas, o mugían los toros en las dormidas lejanías.

Junto a la mesa jugaban los caudillos, en tanto Ricardo, vencido ya del sueño, sumíase en los múltiples recuerdos de aquel día.

Sobre el tumulto de voces de la fiesta, gozaba en detener en su imaginación el recuerdo de aquel carruaje donde, entre las señoras, vió los ojos negros de Maruja y jugó en sus labios rojos la gracia de una sonrisa.

El hubiese querido hablar a solas con Chispa para oir de sus labios cómo pasaban las horas de la estancia; hacia donde miraban las ventanas de Maruja; si acaso era hacia el sur que ella veía todos los atardeceres volverse violeta el horizonte; cómo eran de alegres los patios con la silueta suave de la joven. Pero el viejo asistente permanecía silencioso, acodado a la reja, fijos los ojos en las cartas que Aguilar dejaba caer sobre la mesa, y en los movimientos de la mano de su caudillo que le daba entonces la espalda.

Indiferente a las reuniones de las carpas, reconcentrado el gesto, Chispa vigilaba la suerte de su caudillo, doliéndose de sus desaciertos y gozando en sus ganancias.

A veces una mirada de odio asomaba a los ojos del gaucho, cuando la suerte protegía a Aguilar a quien él jamás perdonaba el ser colorado y merecer, aún así, el afecto de Marcos Ramírez.

¡Oh, en ésto sí que su coronel no esperase nunca su complacencia! ¿Podría pedirse algo más indigno de un caudillo como Ramírez, que el hecho incomprensible de dar su amistad a un «salvaje» como Aguilar? ¿Entonces, para qué eran los partidos y las guerras?

Y los celos de Chispa producían hondo rencor en su alma leal y sencilla.

Atento al rostro del caudillo blanco, Ricardo buscaba en sus gestos, en su palabra y en sus ademanes, algo que le recordase a su hija.

Sin que él pudiera saber a punto fijo la razón, cierto era que entonces sentíase, también él, atraído hacia aquel gaucho de hablar reposado y firme, en cuya presencia parecían evocarse heroicos entreveros y duras andanzas por lejanas tierras en pos de aquel hombre que daba la sensación de una total seguridad de regir su vida y sus destinos.

Impasible al halago y a la desventura; distraído de la admiración de aquellos gauchos que se agrupaban para llenarse los ojos de sus más pequeños gestos; pareciendo que hasta en sus afectos tenía puestas las riendas de su voluntad, Marcos Ramírez era para Ricardo el hombre libre de toda emoción exterior; seguro, absoluto, dominando sus días para hacerlos cumplir, fatalmente, quién sabe qué fuertes destinos.

No recordaba entonces ninguna hazaña suya. Era sereno el gesto y afectuosa la palabra; pero la sola presencia de aquel hombre, dábale la certeza de que era el más fuerte de cuantos hasta entonces hubiese conocido.

La curiosidad de su juventud deteníase ante aquella cabeza de rasgos firmes dibujándose bajo la blanca melena y la barba rizada, y delante de aquel pecho recio anunciándose bajo el poncho de verano.

¿Qué pensamientos iban por la frente de oscuros ojos? Ricardo estaba seguro de no sospecharlo, siquiera; pero él podía afirmar, que eran bien distintos de cuantos ocupaban la mente de los demás. Y sin que se lo propusiese, notaba cuán espontáneo y singular era el respeto con que atendía a la menor palabra de Marcos Ramírez. Esa noche el joven comprendió la fé de los gauchos en sus caudillos.

Era ya próxima la madrugada, cuando se levantó la rueda de la pulpería.

En los campos se había hecho el silencio. Sobre las cabezas de los pocos gauchos que aún restaban en la reja, las estrellas fulguraban, límpidas en el cielo sereno, mientras la brisa del amanecer refrescaba el ambiente del negocio. Cuando las siluetas de los caudillos perdiéronse al doblar la esquina en pos de Don Zenón que les ofrecía hospedaje, Ricardo permaneció unos instantes en la puerta recibiendo el aire fresco de la noche.

Lejos, curvábase el cielo con la profusión de sus puntos luminosos, sobre las calladas cuchillas; en la limpia profundidad del azul, se destacaba, magnífico el camino de Santiago; del bajo venían a intervalos murmullos de voces de alguna carpa en que aún continuaba el juego; más cerca, brillaba la rojiza luz del fogón de los carreros, que sorbían su mate antes de iniciar el viaje.

El joven miró hacia el norte. Apenas si veía un pequeño trozo del camino y luego, curvarse el cielo sobre los campos en que se alzaba la estancia de Marcos Ramírez.

¿Cuándo le sería dado tomar aquel camino y viajar hacia el cerro que en los atardeceres veía desde la reja tornarse azul en el horizonte?...

Ya en el lecho, resonaban en su pensamiento las visiones y las voces de aquel día de fiesta gaucha.

¡Qué alegres entonces eran aquellos campos con su caudillo; los payadores; las carreras; el sol sobre el verde de las gramillas; el camino animado con el paso de los viajeros; los ganados reunidos en las lomas; el canto de los pájaros en los eucaliptus de la pulpería y el relincho de los caballos!...

Resonaban en su mente los múltiples recuerdos de aquella sinfonía de los campos, y sobre ellos, Ricardo sentía destacarse la clara sonrisa de Maruja.

CAPÍTULO VIII

EL invierno, sacando de su cauce a los ríos del contorno, quitaba al camino Nacional su habitual alegría. Apenas si de la Cuchilla Grande se veían adelantar bajo las cerradas garúas a los peones de las estancias en busca de surtido, y con muchos días de interrupción llegaba la diligencia cubierta del barro que había chapoteado durante el camino.

Bajo aquel constante gris del cielo que parecía apoyarse pesadamente en las curvas de las próximas cuchillas, sólo el pampero iba por los caminos de los que ahuyentó a los gauchos recogidos entonces al calor de los ranchos.

Asediados por la lluvia, viendo desde la reja el mismo y breve paisaje, los pobladores de la Azotea compensaban con el calor de una afectuosa intimidad, la desolación del ambiente que les rodeaba.

En tanto Don Manuel dejaba la atención de la pulpería al cuidado de Ricardo, para estarse junto al fogón donde la morena Liberata alternaba sus quehaceres con las caricias ofrecidas ruidosamente al amante gallego, el joven y Don Zenón, sentados detrás de la reja, recordaban crónicas lugareñas o hacían propósitos de porvenir, hasta que la noche comenzaba a hacerse en la tienda.

Así iban los días ordinarios, vacíos y monótonos frente a la reja, compensados sólo para Ricardo por la amistad de Don Zenón y las veladas junto a la mesa sobre la cual extendíanse los enseres de las labores de Doña Lolita, hasta que al llegar las mañanas del domingo, comenzaban a agruparse en la reja los gauchos que a despecho del pampero cargado de garúas, iban a reunirse protegidos bajo los arcos de la pulpería.

Eran siempre los mismos; idéntico el asunto de las conversaciones, como si gustaran repetirse lo que era de todos sa-

bido, e igual la actitud de reserva huraña de unos hacia los otros, como si a pesar de aquella amistad, fuera por debajo de la cordialidad del ambiente un viejo rencor que a cada instante podría llevar las manos a los puñales.

Sentados junto al mostrador alineábanse Ricardo, Don Zenón y el Comandante González, frente a los que en la parte de fuera jugaban a las cartas o escuchaban a los payadores.

En rueda de valientes y de otros que simulaban serlo, el Comandante González, hombre leal y bondadoso, estaba siempre dispuesto a salir en defensa de Ricardo cuya rectitud de espíritu y ánimo resuelto habían conquistado desde el primer momento la adhesión simpática de aquel guerrero ingenuo y fuerte.

Formaban en la rueda, Candinio Viraré, gaucho de «pa dentro» recién llegado a la comarca y a quien se atribuían imprecisas hazañas de coraje. Alto, fornido, de enmarañada y renegrida barba, tenía en los ojos una mirada aviesa en armonía con su hablar siempre oscuro, como si guardase para sí la última intención de sus palabras. El Tuerto Narzo, cuyos desplantes de hombre de coraje lo hacían ridículo en aquella rueda en que era de todos conocida su cobardía. Isabelino Quiroga, Timoteo Centurión y Lorenzo Rivero, criollos del mismo pago; sobrios en el hablar; graves en la actitud, eran, bajo los gruesos ponchos de invierno y con sus rasgos firmes y severos, los tres por igual, el tipo del gaucho valiente y humilde, que mostraban aquellas duras miradas sobre las barbas negras y espesas, el tosco ademán de las manos y la arrogancia de los cuerpos fortalecidos en la ruda vida de los campos.

Juntos hacían los domingos el camino de la pulpería, para estarse en silencio oyendo las narraciones y los cantos de los payadores, sin buscar ni rehuir la pendencia, y volver luego a sus ranchos que formaban círculo en torno de la estancia del caudillo, como si en las noches de paz velaran el sueño de Marcos Ramírez, ellos que en la guerra mostraban sus siluetas vigorosas en la escolta que comandaba Bernabé.

Viéndoles de pie junto a la reja, Quiroga, Centurión y Rivero, más que hombres de paz, semejaban guerreros gauchos descansando de una larga jornada en la rueda de la pulpería

en espera del ejército al cual se adelantaron en busca de enemigos.

Singular en la rueda, Patricio, como todos los gauchos, creía en el valor; pero desde el día en que desertó de las columnas revolucionarias de Timoteo, fingiéndose loco, se dedicó a ponderar el valor con el homenaje de su admiración ofrecido a Marcos Ramírez y hablando con cuidado respeto a los bravos de la reja. De las virtudes gauchas, él había escogido para sí aquella que amoldábase en mejor modo a la debilidad de su carácter enemigo de todo riesgo.

¿Cómo no sentirse expuesto a las burlas de los gauchos, si era de todos sabida su cobardía; si nadie le vió jamás montar un potro y huyó siempre del peligro en los días de la guerra como en las rudas labores campesinas? Y Patricio, sin hazaña para lucir su recuerdo en la rueda de la pulpería, se hizo payador. Se decía que un correntino, breve huésped de su estancia, de ello hacía largos años, le había enseñado el secreto sentido de la décima de Jauricaragua. Desde entonces, el inocente Patricio tuvo su virtud y su décima.

Con los ojos pequeños y vivaces; el hablar bullicioso, Patricio había encanecido en las lomas de sus campos y en las rejas de las pulperías, cantando siempre con inocente orgullo de que nadie acertara a traducir su sentido, la décima de Jauricaragua.

Era infaltable los domingos en la Azotea, y cuando en la pulpería aburríanse de oir el extenso recitado del Pardo Gil acerca de las desventuras del Buey y el Caballo, Patricio, después de vivas instancias que bastaban a su orgullo, apoyaba en las rodillas la guitarra, echaba hacia atrás el busto y, puestos los ojos en los arcos de la reja, comenzaba, ante el silencio de aplauso de los otros, aquella décima que constituía todo su caudal de payador. Con gesto del más simple arrobamiento, el cantor modulaba su incomprensible décima a cuyo final los gauchos respondían los mismos comentarios de asombro por aquel habilidoso embrollo de palabras. Y entonces Patricio, colmado de dicha, empinaba un vaso de ginebra y pasaba, con ademán de triunfo, la guitarra al Pardo Gil.

Con su barba en cruz; los grandes ojos negros de fiero

mirar; el Pardo Gil había llegado a la pulpería un atardecer de verano, colgada a la espalda la guitarra, y el trabuco luciendo por debajo del poncho.

Misterioso; mostrando grave respeto por los que se hallaban en la rueda; contenido en la palabra, Gil fué recibido con honda curiosidad por los parroquianos de la pulpería, cuando por vez primera allí detuvo su caballo. Respondió con severa cortesía a las preguntas de Don Zenón acerca de su vida; aludió vagamente a su pago lejano y dejó flotando en sus palabras como un pudoroso deseo de ocultar el trágico motivo de su viaje.

Tenía en el cuerpo los signos todos de un valiente, y fácil fué lograr el ajeno respeto, al gaucho que en la mesura de la voz y la palabra, de tal modo comenzaba por respetarse a sí mismo.

Aquella tarde de invierno, mientras iban sobre las lomas las garúas, el Pardo Gil, grave la actitud, ceñudo el gesto, hacía ya largo rato que templaba las cuerdas de su guitarra, en medio de la rueda habitual de paisanos.

Como siempre, entre grandes bocanadas de humo del cigarro de chala, había anunciado al coger la guitarra:

Señores voy a contar,
Si escuchan como es de ley,
Lo que en su modo de hablar
Le dijo el caballo al güey.

Aunque era por demás conocido aquel diálogo versificado ingenuamente, que a la puerta del corral sostuvieron al volver transidos del trabajo el caballo y el buey de un labriego, acerca de las desventuras de su suerte, los de la reja prestaron atento oído al payador. Pero, sea que los dedos entumecidos de frío se hubieran vuelto incapaces de templar la prima, o porque al músico le pluguiese la atención con que esperaban sus palabras, lo cierto es que iban ya dos primas que reventaban sobre la guitarra, cuando al romperse la tercera, el Pardo Gil con voz de hondo enojo, se dirigió a Ricardo:

—Diga, pulpero: ¿Usté quiere ráirse de la gente con estas primas fallutas?

—Las primas son de las mejores y no es mía la culpa si usted no sabe tocar.

No se esperaba de seguro el payador aquella réplica, a juzgar por el gesto de asombro con que la escuchó. Pero repuesto pronto y con intención de mostrar al joven su osadía al ser el primero en desafiar su coraje, el Pardo Gil dejó sobre el banco de piedra la guitarra y con voz bronca, dijo:

—No he conocido al varón que le responda a este gaucho; y a usté, cajetilla, si le gusta, puede dir saliendo...

Antes que en las palabras, en el gesto violento de Gil comprendió Ricardo el efecto de las suyas. No había él hablado bajo el impulso consciente de la ofensa; pero sus labios, instrumentos espontáneos de un sentimiento que él jamás había juzgado fríamente, dejaron escapar las palabras mortificantes, que resumían su juicio sobre aquel hombre cuya altanería no disimulada al hablarle, él recibía como una violenta humillación.

El prestigio de Gil; la destreza de su fuerte brazo; el largo puñal en la mano decidida, mientras él sólo podía oponerle la pistola rudimentaria que llevaba al cinto sin haber pensado nunca esgrimirla en contra de nadie; la crueldad bárbara con que sería tratado; lo pensaba todo, con claridad y sin esperanza, cuando Gil se quitaba el poncho para dirigirse al patio descubierto.

El Comandante González, movido por los mismos sentimientos, se interpuso pretendiendo contestar al desafío. Pero Ricardo, que jamás había pensado en la posibilidad de un acto suyo de arrojo, apartó con breves palabras al amigo y se dirigió hacia la puerta del camino.

No sentía odio, ni las violentas sacudidas del coraje; clara en su pensamiento la noción del instante dramático, avanzaba guiado por el impulso irremediable de conservar, por encima de todo dolor, el sereno orgullo que entonces mostraba su rostro ante la rueda amiga.

De pie, quitado el poncho, el puñal en la mano, el Pardo Gil lo esperaba bajo la lluvia, cuando él dobló la esquina del edificio y se dirigió al centro del círculo que formaban los otros. El Tuerto Narzo y Patricio se hicieron a un lado prudentemente, en tanto Quiroga, Rivero y Centurión, se alineaban jun-

to a la pared de la reja, con los ojos puestos en los ojos del joven como si quisieran penetrar el estado de su ánimo en el grave trance que corría.

Una extraña voz se levantaba en la conciencia de Ricardo, apagando los ecos del ambiente exterior. El corazón no daba un latido más; su pensamiento fijaba estóicamente las desventajas de la lucha; el puñal en manos de Gil se levantaría con segura rapidez para golpear y hundirse en su cráneo. En la mano de aquel hombre extraño iba a entregar toda su trabajosa vida de pulpero, todos sus sueños; a padecer dolorosa muerte, sólo porque Gil había creído fácil hazaña el humillarlo, para lucir un episodio más en su vida bárbara de guapo. Así, en la tarde indiferente, había dispuesto su destino que terminaran tantos afanes.

Sin odio y sin esperanza, avanzaba poseído de un sentimiento más inquebrantable y trágico: seguro de que se acercaba a recibir la muerte, ya en el ánimo dada su vida, ninguna prudencia ni dolor detendrían a su débil cuerpo cuando él sólo se ocupara en cobrar por la suya, la vida del otro.

Con el rostro tan rígido como su alma; reseca la garganta; dura la mirada; seguro el paso, no sentía la lluvia que le golpeaba ni el barro que pisaban sus botas.

Temeroso por la suerte del amigo, Don Zenón le seguía, e intentando volver la paz a los espíritus, dijo:

—Amigazos, no es la cosa como pa que se maten dos hombres.

Pero casi a un tiempo mismo, replicaron Viraré y González.

Dijo el uno:

—Vamo a ver cómo se porta el pulperito.

Replicó el otro:

—Pa mí que ese pardo tiene flojas las tabas.

Gil oyó en silencio la afrenta, puestos los ojos en los del joven.

Ya estaba Ricardo cerca suyo, y nadie de los de la reja había dado un paso más pretendiendo evitar la pendencia.

Un pensamiento de tragedia tenía en suspenso a todos los espíritus al ver frente al gaucho de arrogante audacia, al

joven que, sin jactancia y sin miedo, le apuntaba con su pistola.

Gil sentía sobre sí las miradas interrogantes de los otros; se agolpaban a su frente los recuerdos de las repetidas veces en que hizo alarde de su coraje en presencia de aquel pulperito pueblero, y una angustia torturante iba invadiendo su espíritu, mientras sus ojos atónitos estaban puestos en la pistola con que una mano segura apuntaba a su pecho.

De los dos, era él quien debía comenzar la lucha. Así se lo imponía la defensa de su fama y la audacia con que insultó al joven, seguro de humillarle; pero en sus manos sintió aflojarse el mango del puñal bajo la mirada ardiente de Ricardo cuyos labios se contraían con firme resolución.

Y ante el silencio que zumbaba en sus oídos, el misterioso payador debatíase angustiosamente por levantar del fondo de sí mismo un impulso de coraje, cuando el joven dió un paso hacia él y le increpó:

—Si sos tan malo, ¿por qué no pegás?

El pecho de Ricardo estaba al alcance de su puñal; en la mirada de todos había la misma ansiedad por lo que iba a ocurrir.

—¡Aura Gil!;—gritó Candinio Viraré.

Pero de los ojos de Gil se habían borrado todas las visiones, para ver solamente el cañón del arma de Ricardo.

Un paso más y, ante el asombro de todos, la mano del pulpero asía bruscamente el puñal del payador, y con gesto de desprecio lo lanzaba, sin decir palabra, lejos de sí.

Gil permaneció atónito ante aquella afrenta, mirando sin poder precisar lo que pasaba delante suyo, cuando le llegó a los oídos la carcajada jovial del Comandante González, y sus palabras:

—¡Oigalé el duro! Se disgració como gallo dormido!

Y el eco de las otras risas cayó cruelmente sobre sus hombros.

Agobiado de vergüenza; desnudo ya el gesto de la antigua altivez con que cubría su fama, el Pardo Gil dió la espalda a Ricardo y fuése en busca de su puñal, sin volver la cabeza hacia aquella reja junto a la cual se había hecho una cruel claridad sobre su alma, cuya cobardía tornábase entonces visible a los

ojos de todos. Montaba ya para marcharse, olvidado de su guitarra y el poncho, cuando Patricio, su adversario en las payadas y a quien él siempre despreció su décima de Jauricaragua porque sabía que el infeliz no podría defenderla de sus burlas con el puñal, corrió hacia él y le entregó, con gesto de piadoso cariño, las prendas.

Ya trotaba el vencido payador sobre el camino enlodado, cuando el Tuerto Narzo aún le hirió con crueldad cobarde en su humillado orgullo:

—Adiosito, amigo Gil. ¿Va tan despicao ese gallo, que ni se despide?

Gil, terciada a la espalda la guitarra, sobre la cual golpeaba sonoramente la lluvia, galopó en silencio hasta perderse detrás de las cortinas tendidas por las garúas en el camino.

Ricardo guardó su pistola y volvió a la rueda de la reja, en donde se comentaba con estupor el arrojo suyo y la cobardía del Pardo Gil, de cuyo valor nadie hasta entonces dudara.

Al extender su vaso para que de nuevo el joven le colmara de ginebra, Lorenzo Rivero díjole cordialmente:

—Más ginebra, pulpero; que es mano de guapo la que sirve.

—No es que yo sea guapo, Rivero, sino que Gil resultó un maula.

—Ansina es;—asintió Timoteo Centurión.—No se compriende cómo el amigo Gil, sabiendo que no aguantaba el tirón, se quiso jugar la fama con este mozo.

—Por eso mesmo, ¡qué canejo!, lo vió pueblero y se aburría ya de tener fama y no probarla. En la rueda le pareció el más flojo Ricardo, y por eso quiso como comprarle los vicios.

—Ta bien, Comandante; pero la verdá es que se topó con el horcón del medio,—dijo Quiroga.

—El hombre no era malo,—opinó Patricio.—Pero ¿pa qué le habrá dao por hacerse el corajudo en esta ocasión? ¡Y era un güen cantor!

Centurión echóse hacia atrás el poncho, cogió la guitarra y, como terminando el comentario, dijo:

—Deme otra copa, pulpero... ¡Qué diantres con don Gil...!

—Al Pardo Gil nadie hasta áura, lo había llamao a que

mostrase el coraje; pero el hombre andaría con el alma atravesada, y pareciéndole la ocasión güena pa una hazaña, quiso asustar al amigo Ricardo. Pero pa su desgracia, le pasó lo del sapo: cuando dijo ¡erré!, ya era tarde.

Como si despertara de un sueño, Ricardo volvía a sentir las voces amigas; a ver pasar las garúas por el camino; los pequeños baches del patio descubierto; los muebles del despacho, y su trabajo de pulpero, un momento interrumpido. Fugaces, volvieron a pasar delante de sus ojos, igual que en la bruma de un lejano recuerdo, todos los episodios de la disputa... Libre de todo orgullo, sólo un sabor amargo sintió en su espíritu. Por eso deseoso de desviar la conversación, pidió a Don Zenón que explicase el sentido de sus últimas palabras, a lo que accedió el bondadoso anciano, comenzando de este modo:

—Aquellos habían sido días de un temporal más fiero que éste de áura. No había zanja que no juera un arroyo, arroyo que no juese un río y bañao que no pareciera un mar. Pa cualisquier lao que usté mirase, todo era un blanquiar de agua, como si las nubes se hubiesen deshecho todas en aquel pago y no hubieran dejao más que el caminito de la cuchilla. Los animales que maliciaron dende un principio lo que iba a pasar, juyeron pa las alturas y allá estaban amontonaos los caballos con los ñanduces, las vacas con los zorros y los venaos... Ocurrió que las ranas que se habían pasao cantando contentas cuando comenzó el aguacero, se hallaron de golpe con que las zanjas salían campo ajuera y allí nomás se iban a ahugar todas o morir duras con la helada. Así jué que salieron campiando hasta dar con una cuchillita, adonde hicieron campamento, contentas de aquel seco que se habían agenciao pa mientras bajase la creciente.

Pero aconteció que una mañana de sol, vieron que una carreta venía viniendo cargada hasta el techo, rumbo a la cuchillita en que estaban. Carcularon los sapos que el hombre los iba a echar de aquel terrenito seco, y comenzaron a envitar pa largarse al agua. Mas ahi jué el llorar de las ranitas y el rezongar de las escuerzas.

Hicieron una riunión pa ver el modo de salvarse, y un sapo propuso:

—¿Y si juéramo y le dijiésemo al carrero que se ladée un poco pal costao y nos deje tranquilos?

Al óirlo, las gargantas de los sapos se sacudieron a carcajadas.

—¡Gué...! ¿Adónde viste, sapito, que un carrero se ladée pa dar paso a naides? ¿Habrá bicho más emperrao que un carrero?

El sapito se largó al agua avergonzao de su inocencia, y las ranas volvían a llorar viendo que había que juir pal frío de las zanjas. Un escuerzo que estaba en la riunión, pegó el grito y dijo:

—Ta bien; naides se mueva que yo vi'a parar la carreta.

—¡Bárbaro, mirá que te va a aplastar! ¿No ves que viene muy cargada?,—le decían los sapos. Pero las ranas, contentas, le gritaban:

—Vaya, Don Escuerzo, usté que es el más corajudo, y ladée la carreta.

Ta claro que el viejo no necesitó más pa hacerse de coraje, y carculando por adonde pasaría la carreta, clavó las patas en el suelo, hinchó la panza y esperó con el lomo arqueao y saltándole los ojos.

Las patas del primer güey le anduvieron raspando, cuando las ranas le gritaron:

—¡Aura, Don Escuerzo; hinche el lomo y ya está.

Los sapos repitieron dispacio y convencidos:

—Abrite, Escuerzo, mirá que te revientan...

Pero él, hinchao de coraje, contestó:

—¡Apriendan, maulas, a volcar carretas!

El guapo estaba tan contento de ver la hazaña que hacía, que ni pensaba en la carreta, cuando en un redepente un pedazo de barro le chicotió el lomo y le hizo cerrar los ojos.

Ya habían pasao los güeyes, cuando una ranita le gritó asustada:

—¡Dispare, Don Escuerzo!

Pero él se quedó hinchao hasta que, al cáir la rueda, dijo muy dispacito:

—Erré...

Y le saltaron las tripas.

La fábula regocijada de Don Zenón, cuyo sentido humano advirtieron los de la rueda, les hizo olvidar al Pardo Gil, y la charla desvióse hacia cuentos populares, hasta que en la reja comenzó a hacerse la noche, y los parroquianos se alejaron por el camino fangoso bajo el azote de las garúas que el pampero tendía sobre los campos.

CAPÍTULO IX

BAJO los paraísos el viento cantaba, rústico, en la boca del barril; unas veces con largos sonidos broncos, otras estridente, sobre el murmullo de las ramas que se golpeaban sin cesar, deshojándose. Frente a la reja pasaban grandes nubes grises como en una migración de cielos.

Sentados en los bancos de piedra empotrados bajo los arcos de la reja, dos paisanos hablaban, lentos, con el aburrimiento de la tarde en la charla.

—Sigue mal este tiempo pa las majadas.

—Bicho ruín la oveja, ¿no?

—Sí, maulote pa los fríos y el agua; pero muy güeno en los rindes.

—Yo no me podría hacer a lidiar con él.

—A todo se aquerencia el hombre.

—Sí señor, pueda ser...

Apoyado en el mostrador, Ricardo escribía distraído en una libreta, oyendo sin atender trozos de la charla, o desviándose su atención hacia el rumor de los pensamientos que pasaban por su frente, imprecisos, fugaces, como las nubes que iban sobre los campos callados. Pensaba en su vida de pueblo. En el recuerdo se levantaba una voz amiga, que ya borraban el vivo color de unos rizos de muchacha, la silueta de un carro recortándose en el filo de una cuchilla del camino frente al dorado horizonte...

De nuevo le distrajo la charla de los otros.

—El finao Juan no créia que cuidando ovejas un hombre pudiera juntar plata.

—Es verdá, sí señor.

La voz de uno era alegre, vivaz, de cambiantes sonoridades; la del otro, monótona y opaca. Vestía el primero grueso poncho de invierno; sombrero de alta copa, tal como si recién lo hubiese

sacado de la pulpería y así, virgen de toda huella de los dedos, se lo sujetara en lo más alto de la cabeza; sedoso pañuelo en el cuello y fino rebenque en la mano.

Remangada la camisa sobre los brazos nervudos que el poncho dejaba ver; descolorido el pañuelo y en la cabeza un sombrero cuyas alas quebradas por los vientos y las lluvias sombreaban el rostro anguloso, así el otro.

Uno hablaba cordial; el otro respondía humilde.

La atención de Ricardo se detuvo en Don Teodoro El Carrero que ya contaba entre verdades e invenciones de su imaginación, las opiniones del finado Juan sobre las ovejas, a Cuchilla Grande que le oía benévolo y atento.

Don Teodoro El Carrero venía sólo de tarde en tarde a la pulpería; cuando había apilado ya muchos cueros en sus galpones, tenía cerda bastante como para cambiarla por yerba o tabaco, o cuando siguiendo las comparsas de esquiladores llegaba con su sopanda repleta de sandías. Después, difícil era que él abandonase las lomas de su pequeño campo sobre las cuales siempre lo encontró el sol al salir, tirando surcos o curando ovejas, sin enterarse de las fiestas gauchas, sin visitar a los amigos, ávido de las horas de sus días, por mejorar su hacienda, rodear de altas arboledas los ranchos, atento a la indolencia de los vecinos para extender una cuchilla más allá sus alambrados. Ya blanqueaban los cabellos y todavía no había logrado más que doblar la pequeña extensión de campo que recibiera de su padre. Sí, había empezado muy tarde en sus años.

Su memoria más lejana lo mostraba una madrugada brumosa corriendo a pié entre las chircas que le mojaban el rostro y las ropas, detrás de los bueyes que se resistían con lenta terquedad a arrimar las testas humilladas a los yugos que sostenía, paciente, su padre. Después, vino el viajar sin tregua por los caminos, mientras él crecía sobre el lomo del caballo.

Su espíritu se maravillaba ante el espectáculo diverso de los pagos y los hombres que iba conociendo al lado de la carreta. No recordaba cuántos años habían hecho juntos aquel viaje de sur a norte y de norte a sur con su padre; hasta que un atardecer, quebrada la voz de éste por la fiebre, le anunció que le dejaba solo en esa marcha y partía para el rancho del cual Teodoro nunca más lo vió volver.

Entonces vino la soledad. Los soles y las lunas marcaban sus marchas cuando, abandonando la ingenua plaza del pueblo estrellada de fogones de los otros carreros, cruzaba las cuchillas de Laguna del Negro, bajaba al Frayle Muerto, volvía a subir a los Cerros de las Cuentas y así, una noche desuncía en Tupambaé, otra en la Ternera, siempre hacia el sur, hasta que al cabo de lentos días comenzaban los plantíos alegres de Canelones y las huertas florecidas de Montevideo.

Los matreros; los policías; los payadores; los turcos cruzacampos; los contrabandistas; la sociedad gaucha toda se cruzó con él en los caminos bajo las lunas, y junto a la culata de la carreta se detuvo una hora en la cordialidad de su mate y de su charla sabia en historias lejanas.

Confiados a su honradez, bajo el techo de la carreta llevó de Cerro Largo a Montevideo los signos del trabajo, y de la ciudad al campo lo necesario para la vida material de los hombres. En cada pago recogió una historia que luego, mientras los bueyes adelantaban al paso por el solitario camino, él iba enriqueciendo en su imaginación para volcarla en la reja de la pulpería cercana; mantuvo en sus labios, con breves mensajes, la amistad de los caudillos lejanos, y espoleó el ardor valeroso del matrero de Cerro Largo con las hazañas del conocido en Florida. Y así, en la vida pasional de los pagos, él pudo cruzar la carreta cargada de frutos, pacífico y bondadoso, sin más arma contra el malevaje y la ambición violenta de los hombres, que su fresca bondad saltando en la regocijada charla y ofreciéndose, generosa, en el mate.

¡Bella vida cambiante para su juventud!

El sol al salir, extendió la sombra azul de su carreta en la llanura, y lo vió esconderse apretado entre unos cerros; una mañana viajó con cielo claro, y al anochecer se hundió en la tormenta; la huella que en su boca unos labios dejaron en Sarandí, la borraron otros en Mansavillagra.

Para la curiosidad de su espíritu, el camino era una ancha cinta de renovadas sugestiones delante de los ojos; había empezado el viaje en las soledades de Cerro Largo, pobladas sólo de romances heroicos, para terminarlo en Montevideo después de haber visto cómo los hombres aplicaban a la tierra el esfuerzo que la erizaba de arboledas azules y ponía rubias cabelleras

a las lomas. Su espíritu se enriquecía de vidas, tanto como los ojos de cielos diversos; y mientras sus paisanos de Laguna del Negro exprimían una historia cien veces para burlar el silencio monótono de una tarde en la reja, sus labios manaban historias y crónicas renovadas sin cesar, alimento de su espíritu inquieto y jovial.

A los pueblos conmovió con los cuentos heróicos de los campos, y a los pagos asombró con las visiones imposibles de la ciudad.

Pero vinieron los años y el cansancio.

Un atardecer, la verdad de su vida apareció, desconsoladora, en su alma. Aquellos paisajes cambiantes le eran ya tan familiares y vacíos como las cuchillas íntimas de su comarca; y en los caminos, como en las rejas, no había visto más que rostros diversos y hombres desconocidos, pero moviéndose todos por simples impulsos en la vida. Perdió su espíritu con el andar de los años la curiosidad ávida que transfiguraba en bellas sugestiones los hombres y las cosas, y en el reposo de su alma conoció la desolación de los caminos. Como si estuviera sobre la más alta cumbre de su pago, así fijaba la atención en los recuerdos, y divisaba llanos, arroyos, cuchillas y sierras, envueltos en luz o en las sombras azules de la tormenta, desde Melo a Montevideo, sin misterios ya para él, cruzados por hombres que eran sólo sombras adelantando al galope a su carreta.

Había perdido entonces la frescura de espíritu de aquellos primeros viajes en que, mirando desde el fogón la carreta vacía, creyó llevarla cargada de cielos; perdió sentido aquel tenaz empeño de unir horizontes sin advertir que sobre el surco del camino iba él sembrando, al paso tardo de los bueyes, civilización. Un vago sentimiento de desgano y de inutilidad comenzó a surgir en su ánimo, mientras viajaba bajo la luz de las estrellas al costado de su carreta cargada con las mercancías ajenas, pensando que su vida era como la de sus bueyes, fatigosa e incambiada, vendida a la prosperidad de los otros. El estaba también uncido a la riqueza ajena, y por ella desgarraba con su picana las gasas grises de las garúas en los caminos.

El recuerdo de aquel atardecer había quedado impreso en su ánimo para llenarle de tristes sugestiones.

En las ramas de los árboles comenzaban a subirse, entre gritos, las gallinas; de los bajos llegaban mugiendo las lecheras en la hora íntima del anochecer; en los ranchos sentía levantarse las voces alegres de los hombres al finalizar la labor. Unciendo los bueyes delanteros, él veía las sombras confusas en la claridad del patio reunirse en apretado círculo frente a la luz del fogón, y adivinaba una tranquila dicha envolviendo la rueda familiar.

En el murmullo del viento sobre los pastos le llegaron las voces de una guitarra; y el canto de un hombre se alzó en los patios, llegó al camino, y se alejó en el aire sonoro...

¡Si él pudiera quedarse a oir aquellas canciones en la paz sosegada de la rueda familiar!

—¡Naranjo... Alegría... Alegría... Vamos güey!

Y se hundió en la quebrada oscurecida siguiendo, como en una obsesión de monotonía y cansancio, el tintineo de la campanilla con que el buey corneta pretendía ir despertando el sueño de los campos a uno y otro lado del camino.

Entonces sintió que él no tenía hogar en cuyos patios corrieran los hijos en la luz de las mañanas; recordó el recogimiento de su familia bajo la sombra del ombú en los anocheceres como aquel que había herido a su alma cuando, sentados a la orilla del fogón, escuchaban en atento silencio las canciones de los payadores llegados sobre las lomas sin huellas de los cuatro horizontes.

Su vida había andado al tranco de la carreta; atravesando pagos y más pagos, sin mezclarse en sus amores ni en sus pasiones, indiferente al dolor que dejaba en un rancho, sin poder detenerse en una reja a oir el final de un relato, ni en una cuchilla para ver cómo terminaba la historia de valor entre dos hombres, que los demás quedaron viviendo. Como los bueyes que en la mañana recogían en sus ojos llanos que al anochecer borraban sierras, así iba él también, frente a los abiertos campos, sin poder apartarse nunca de aquellas leves barreras de alambrados que se extendían cerrando el camino y dejando sólo abierta para el ardor de su espíritu una distancia: hacia adelante, adelante, en un caminar estéril y sin tregua.

De los años mozos, sólo le quedó la alegría de su charla flo-

reciendo sobre la indiferencia de los días de viajar, de fogones improvisados un mediodía y abandonados un atardecer, sin detenerse nunca, mientras el ambiente familiar le llamaba desde las alturas donde quedaban las casas mirándolo pasar y todavía, desde las vueltas lejanas del camino, veía alzarse en los cielos el índice extendido de un álamo señalándole la paz de un prolongado reposo.

Una mañana, mientras los bueyes se miraban en la corriente de un río, le detuvo una partida armada de lanzas. Era la guerra.

Cortaron alambres; abandonaron el camino seguidos de su carreta. Poco días después se unieron al ejército que se agitaba en la pasión heróica de una lucha recién iniciada; pero él no había hecho más que torcer el rumbo. Al ejército siguió lento, indiferente, al paso de sus bueyes; un verano y un otoño a través del país sirvió, sin sus pasiones, a la guerra que iba exterminándolo todo, así como había servido al progreso sin mezclarse en sus bienes. Hasta que otra mañana, enflaquecidos los bueyes, le volvieron a dejar solo en el camino.

Y siempre al tranco, cansado el hombro de apoyar la picana con la que iba trazando semicírculos en el cielo, continuó la marcha sin vanos apuros, como una fatalidad cumpliéndose en su vida.

Frente al bobo asombro de la luna llena que se levantó sobre el monte para alumbrarle el camino callado; hundido en el fango donde rechinaba el eje de la carreta sacudida por el esfuerzo de los bueyes para arrancarla hacia el suelo propicio; bajo la mirada húmeda del lucero de la tarde, su alma adquirió la heróica resignación de seguir, tenaz vencedor de distancias, aquel viaje siempre comenzado que ya sólo esperaba terminar en el anochecer de la muerte. Hacia el sur o hacia el norte, lo mismo importaba marchar, ya que él no tenía otro fin que hundirse con el verde ingénuo de su carreta y la mancha alegre de sus bueyes en uno y otro horizonte, entre los cuales tendía el arco de su silbido impasible.



Como el cielo de lejanos horizontes que ve extenderse desde la cuchilla, Teodoro siente vacía a su alma.

Restallan sobre los leños encendidos las gotas de grasa del asado frente al cual el carrero se ha sentado a escuchar las voces oscuras que van por debajo de su frente desde que una voluntad más alta que la suya, matando a su padre cuya sepultura él vió aún húmeda esa mañana al llegar, le hizo torcer el rumbo de su viaje y le detuvo allí, en la soledad escondida, en un alto al fin sin madrugada. Al dolor de la muerte, unióse el de un desengaño en el alma de Teodoro. Cuando volvía de la ladera en donde los vecinos dejaron a su padre, vió, en la aridez de la potente luz de la mañana, la cuchilla donde se había criado y a la que tantas veces en los caminos deseara volver a acogerse al calor cordial de sus patios. La casa; la huerta florecida; los árboles creciendo y levantándose a mirarse con los de las cuchillas distantes; la sonora alegría familiar sobre la tierra sin la extensión fugitiva de los caminos, cercada como para que él pudiera poseerla todos los días con el surco de su arado; nada de todo ésto encontró al acercarse al rancho que encogía su pequeñez bajo la sombra de los dos viejos ombúes; sin una voz ni un ruído el patio que se ahogaba entre los altos tréboles. El mismo silencio hostil de los caminos halló en el pago para su alma afectiva. Y Teodoro casi había resuelto esa mañana vender el campo heredado, estéril para su esfuerzo, indiferente para sus instintos sociales, e irse hacia el sur en donde las huertas se unían por breves senderos a los pueblos hacia los cuales iban de contínuo los mansos hombres del trabajo a comerciar los frutos de sus labores.

La pequeña sombra de una golondrina en el anochecer, pasaba y repasaba frente a sus ojos, visión tenaz y fugitiva como la de un pensamiento difícil. Sentado junto a los ombúes se siente envuelto en el húmedo aroma del trebolar; desde el palenque parte el sendero con la emoción de que ha de perderse ahogado en las lomas desiertas sin alcanzar al camino; más allá, el horizonte pone un lienzo dorado en el arco de su carreta empinada. Aunque entonces pueden ir a pastar en las laderas lejanas, los bueyes rumian unos, acostados junto a la cadena de los

yugos que él dejó olvidados sobre los pastos en actitud de marchar, mientras otros, con sus largas lenguas mojadas lamen, lentos, imperturbables, las coyundas del pértigo; desnuda del bozal la cabeza, el caballo pace sin embargo allí cerca, sujeto por la soga invisible de la costumbre. Aquel anochecer como los de todos los días anteriores, mientras en los campos va cayendo el silencio, los animales le esperan a que monte y, cargada la picana, marche con ellos alargando el silbido en la brisa.

Bajo la ensanchada intimidad de los cielos abiertos, el recuerdo del padre comenzó a avivarse en su espíritu y un impreciso remordimiento por las dudas de esa mañana, asomó a su frente. Abandonar el pago; aquellas anchas sombras de los ombúes sobre la apretada rueda del patio; el callado rancho, e irse por el sendero hacia las lejanas tierras de los hombres puebleros que en sus viajes él había ido admirando, laboriosos y mansos frente a la altanera indolencia de los paisanos amigos de su padre, fué en el alma de Teodoro como un renunciamiento traidor.

Allí habían sido los últimos años de forzosa quietud de su padre, cuando el frío de los caminos le inmovilizó las piernas; sobre aquellas lomas se habían ido sus pensamientos de vencido en las calladas tardes en que esperó en vano que se alegrara el sendero con el paso de un amigo cordial.

En el silencio de la hora el paisaje fué poblándose de antiguas voces íntimas que despertaban en su alma recuerdos familiares borrados hasta entonces por las extrañas visiones de sus viajes. En la dorada luz del crepúsculo se levantaban en cada trozo del patio, en la curva de la loma, sobre la sombra alargada del rancho, las imágenes de su infancia como si le hubieran aguardado largos años escondidas entre los altos tréboles y ahora, cuando por fin había torcido el rumbo de su carreta, se levantaran nítidas a su alrededor para ocultarle, en alegres coros, los nuevos caminos de su vida. Y Teodoro se dejó ganar por estos simples pensamientos que extendieron en su alma una nueva esperanza, mientras cortaba el asado junto a los labios y se tendía luego sobre el recado al abrigo de la carreta.

En los tréboles temblaban las alargadas sombras de los bueyes; tenaz, en la frente de Teodoro estaba el recuerdo de una

mañana en que, mientras con su carreta al coronar una cumbre le iba poniendo puertas al cielo, en la llanura próxima un arado trazaba un surco de luz sobre la tierra violada...

Hasta que, sin advertirlo, sobre el paisaje familiar se le cerraron los ojos cansados de llevar horizontes.

Desde entonces nadie vió ya más a Teodoro por los caminos largos. Gozoso de esperanzas, sobre la cumbre achatada de los ranchos lo encontraron los soles guiando a los bueyes mientras él hundía el surco de su arado, inadvertido en la grandeza del paisaje, que era como el de su voluntad de fecundar la soledad hostil. Vió crecer las tempranas plantas; el tesón de su amor protegió hasta verlos levantar por encima del rancho las altas copas, a los paraísos; y cuando ya sus majadas pacieron con los lomos blancos de la primera esquila, él volvió una mañana al rancho con la que iba a ser madre de sus hijos. Sordo a la burla de los paisanos que no alcanzaban el nuevo sentido de su vida; alejado de las carpetas tanto como de los fuertes trabajos de las domas y de los rodeos, él continuaba en la mansedumbre de su huerta, cuidando las ovejas cuya ruindad los otros despreciaban, hasta que ya le fué preciso buscar el auxilio de peones para atender la multiplicada hacienda.

Desfiguró la monotonía del paisaje con la mancha azul de sus árboles; dobló la extensión del campo heredado, sobre la propiedad de un vecino indolente; poblaban sus patios las infantiles risas, y en el galpón había empezado, hasta extenderse en el pago, el Don con que ahora le llamaban. Y sin embargo, nuevamente en el alma de Teodoro volvió a oscurecerse la colmada alegría de la vida presente. Un insospechado sentimiento de avaricia fué insinuándose hasta fecundar y dominar en su espíritu como fruto de los afanes de sus años. La soledad continuaba siéndole hostil; a pesar de los esfuerzos redoblados, a él le era imposible apresurar o detener los plazos de la vida: mientras lentos eran los años para el crecer de los árboles, lijeros pasaban para su cuerpo cuyas fuerzas sentía perder. Y sus ojos se volvían cada vez más de contínuo hacia la vieja carreta que permanecía olvidada en el patio con el pértigo rígido hacia los anchos cielos.

Entonces los alargados caminos de sus antiguos viajes volvieron a tener en su imaginación el fresco encanto de la juventud y el recuerdo de aquellos días de viajar no desapareció ya más de su charla. Parecíale que recién advertía el significado de las vidas que se cruzaron con él en las mañanas y los atardeceres en los lejanos pagos; y sus labios se convirtieron en la historia viva de aquellas horas, ilustrada con expresiones extrañas al ambiente, que él usaba, ingénuo, para señalar la distinción civilizada que había adquirido en la ciudad distante.

«Las personitas y los individuos», como dice Don Teodoro, aludían risueños los hombres en la reja, nombrando a las ovejas y carneros. Pero ninguno de ellos advertía que, por debajo de aquella charla pueril del antiguo carrero, manteníase el impulso tenaz de su egoísmo.

—Aquí tiene, Don Teodoro, su libreta. ¿Usted mismo va a llevar sus compras?

Dijo cordial Ricardo, que sentía por el carrero una mezcla de piedad y admiración.

—Sí señor, yo mesmo nomás; mi caballito está acostumbrado a llevar las maletas pesadas.

Cuchilla Grande, que miraba al camino, dijo:

—Parecen los baguales de Claudio. ¡Lindo el azulejo!

Al tranco, dispersos por el camino sobre el cual había comenzado la garúa, seis baguales adelantaban distraídos, daban un mordisco sobre las más altas matas, deteníanse a mirar, atentos, las lejanías grises, y volvían a avanzar guiados por el bagual azulejo que inquieto, en alto el cuello de flotante crín, se acercaba resoplando, en un contínuo erguir y agachar las orejas, al claro frente a la pulpería.

—Sí, allá viene el hombre. Siempre bien montao.—Contestó Don Teodoro.—Voy a esperarlo pa apretarle la mano. ¡Paisano alegre y caminador!...

En el alto de los eucaliptus, en un bagual pampa cuya cabeza, más blanca aún por la fina garúa, pretendía esconder entre las patas delanteras que apenas parecían en su andar nervioso tocar la franja del camino, vieron adelantar a un jinete erguido bajo el grueso poncho, acompañado por otro que sacudía al rit-

mo de su lento petizo las largas piernas como para hostigarlo en la marcha.

—Güenas tardes;—dijeron a un tiempo cuando ya estaban bajo los arcos de la reja.

—Güenas...

Claudio Corro, hombre de treinta años, no lo parecía con su rostro cetrino sobre el cual apenas sombreaba un lacio bigote; afilada la nariz de vibrantes aletas; fuerte el pecho sobre el que caía pesado de lluvia el poncho, fué extendiendo la mano a los amigos mientras blanqueaban entre sus labios los pequeños y apretados dientes, inclinaba los ojos grises de miradas lejanas, y la otra mano movía el sombrero que se sujetaba sobre la melena renegrida. Detrás suyo El Maldito oscilaba entre las dos muletas.

Claudio Corro y el carrero eran antiguos conocidos de los caminos. En los viajes lentos del uno, el otro lo había alcanzado muchas veces, sus baguales por delante. Con él se había detenido las horas de sol junto al fogón y luego, cuando la brisa llegaba en la tarde, Don Teodoro lo había visto partir, alegre y vivaz como un pájaro, apartándose de aquel camino que él seguía cansado mientras el domador se perdía libre, hacia cualquiera de las cuatro distancias, hollando las cuchillas con su galope, y poblando los callados cielos con sus gritos épicos sobre los baguales.

—Siempre caminando, amigo Claudio.

—Es verdá, don Teodoro; usté es que ha juído de los caminos. He óido que se va haciendo estanciero.

—No crea, se trabaja duro y nunca se sale de un ser.

—Mas me dicen que también usté alambra sus campos. ¿No le parece Cuchilla Grande, que estos hombres con esas costumbres de áura, no nos van a dejar ya libre más que el cerco de los caminos pa nuestras domas?

—Pueda ser... como no.

—La ambición les ha dao por ahi aura. Como si maliciasen que los pobres les vamo a levantar en peso las cuchillas que tienen, van atando los campos con sus alambraos. — Comentó Martín.

—Se va haciendo preciso, amigo Claudio; se perdían con los zanjaos muchos animalitos.

El Maldito no se dió por advertido de que no se le había contestado, y concluyó.

—Cualisquier día a los miseria se les va a venir a la idea alambrar también, sólo pa ellos, la luz del sol. Pero ya vendrá una guerra y dará con todo eso en el suelo.

—Siempre habrá pacencia pa levantarlos.

—Si también no le cortan a los dueños el cogote.

Se hizo un silencio de disgusto. Cuchilla Grande, grave, tercamente, clavaba la mirada en las cinchas y encimeras que colgadas de los tirantes el viento movía dentro del despacho; se diría que por primera vez advertía allí aquellos objetos. Claudio Corro disimulaba su silencio sacando despaciosamente de abajo del poncho lo necesario para armar un cigarro. Don Teodoro colgó en un brazo las dos maletas que le alcanzaba Ricardo y estaba ya de pié, en actitud indecisa.

Martín sacó un trozo de tabaco y ofreciéndoselo al carrero, dijo:

—Dése el gusto de un cigarro.

—Gracias, no fumo.

—Pique nomás, que es mío el naco; va ganando eso en el envite.

Iba don Teodoro a contestar, cuando Cuchilla Grande cortó el diálogo ásperamente:

—¿Es suyo el azulejo, Claudio?

—Y suyo, amigo Cuchilla.

—Gracias, Dios se lo conserve.

—Amigo Ricardo, sirva pa la rueda una copa de ginebra.— Volvió a decir Martín.—Claudio Corro convida a don Teodoro... A ver si así pierde, aunque más no sea, la sed.

—Güeno... me voy diendo. Adiosito camaradas.

—Yo le hago de aparcero un rato, don Teodoro; mis baguales se me deben haber adelantao. Güenas tardes, amigos.

—Yo voy pal mismo rumbo... si no incomoda mi compaña.—Dijo Cuchilla Grande.

Bajo las garúas que el viento golpeaba sobre el camino, partieron los amigos mientras en la reja se cruzaba un silencio hostil entre Ricardo y El Maldito.

CAPÍTULO X

—¿DAREMOS vuelta?

—Sí, está lavado.

—Podíamos darle un calor al agua, si quiere.

—Como gustes; yo no tengo sueño... Y eso que este murmullo de la garúa convida a acostarse.

—Es que usted durmió toda la tarde.

—¿Qué más iba a hacer? ¿Estarme ahí, viendo caer la lluvia sobre los árboles, siempre igual hora tras hora y agregarle a ese aburrimiento las historias de finados de Don Teodoro, siempre las mismas?

Mientras Ricardo preparaba de nuevo el mate, se agudizó el zumbido de las moscas sobre el silencio que guardaron un instante el joven y Don Manuel, en el despacho de la pulpería. Débil, la luz de la lámpara ponía sombras borrosas en la pieza. Sentados junto a una esquina del mostrador los dos hombres parecían impulsados a protegerse en una cordial intimidad, en el perdido refugio de aquel techo, mientras fuera silbaba el viento en su tránsito veloz desde largas distancias.

Como resumiendo su juicio sobre el cliente que esa tarde ocupara su atención, Ricardo dijo:

—Sin embargo, Don Teodoro es uno de los pocos hombres que no pierden sus días; ni los años le hacen detener el afán de trabajo.

—Para poco le sirve. Mira, Ricardo; está visto que en estos lugares da lo mismo el mucho trabajo que la holgazanería.

—Pero usted trabaja.

—Yo sí, aunque ya me siento vencido por estos pagos. Te voy a decir: antes, cuando recién vine, me pasaba el día en la reja y el mostrador, como tú lo haces ahora, con la esperanza de que a fuerza de trabajo multiplicaría los ahorros que había lo-

grado en el comercio de mi tío en Montevideo, y sería pronto dueño de un capital. Las otras pulperías están muy lejos; los hombres de por aquí, rara vez van a Melo; por fuerza tenían que llegar a mi casa a hacer sus compras. Yo vine a América sin otra cosa que la voluntad de hacerme rico; una voluntad de gallego... ¿Sabes? De buen gallego. Tu padre también fué inmigrante; pero él era de familia rica en España, y era vasco. Yo nací de pobres y traía la resignación de mi pobreza para luchar contra todas las privaciones. A poco de estar aquí, fuí comprendiendo que no era la miseria con la que iba a tener que luchar. Al contrario, si hubiera más miseria, mi negocio habría ido mejor.

—No entiendo bien eso, Don Manuel.

—Ya verás, muchacho. Solo, refugiado detrás de esa reja, mirando salir y ponerse el sol sin nadie con quien poder explicarme esta vida, me la he ido explicando a mi modo, y veo que si estos gauchos no tuvieran en cualquier galpón de estancia un pedazo de carne para asar, trabajarían más por tener plata y, moviéndola, yo tendría verdaderas ganancias.

—Sí, es verdad; los ricos y los pobres, apenas se diferencian en la reja. Son igualmente generosos y sobrios.

—Cuando yo llegué y me ví solo, creí que no tendría más que emplear mi voluntad en el trabajo, para multiplicar en pocos años mi capital. Puse aquí todos mis ahorros. Como ahora, cuando tú viniste, los gauchos llegaban a la reja a gastar su dinero, sin importarles gran cosa de la cuenta que se iba agrandando en la libreta. Ellos no saben escribir, me decía yo, y vigilarán poco mis apuntes. Pero me equivoqué; porque no saben, son desconfiados hasta la insolencia; creen siempre que tú, «el gringo», los robas.

—Pero desconfiados y todo, no embrollan nunca, Don Manuel.

—Sí, no te embrollan; pero en cambio, ¡qué esfuerzo constante tuve que hacer para mostrarme siempre humilde a todas sus palabras! Desde el banco de la reja ellos eran los que mandaban y yo el sirviente, para que no montasen a caballo enojados, y desaparecieran de aquí. Tú lo ves: a veces hay que caminar toda una tarde, para llegar a la casa de un cliente. Si ese

se va, ¿dónde encontrar quien lo reemplace? Y «el gallego» debía doblegarse ante cada uno que llegaba, todos los días, todas las horas, estuviera aquel sano o estuviera borracho, para que hiciese rodar por los barrotes de la reja su dinero que mi humildad le arrancaba. Sin embargo, yo trabajaba contento. ¡Cuántas noches como ahora, después de levantar el postigo, contando las ganancias del día, me sentía alegre al ver cómo mi tesón de gallego daba sus frutos. Ellos se irían al trote por los caminos, guapos, altaneros, despreocupados, sin sospechar que yo, humildemente, iba a cada hora realizando mi esperanza de inmigrante. Pero un día, uno de ellos tenía una cuenta demasiado grande, y me atreví a hablarle delante de los otros. Ese me hizo ver claro todo lo que me despreciaban. ¿Y cómo contestarles? Hay que ser guapo como ellos.

—Sí, ellos desprecian a quien se hace matar por la plata.

—¿Qué saben ellos todo lo que uno podría con el dinero? ¿Cómo hacerles entender que en España se dejó la aldea, los padres soñando con nuestro regreso enriquecido, la envidia de los amigos de la escuela que no se atrevieron a aventurarse en estas tierras desconocidas, las mozas garridas?... Para ellos, el dinero se va a las patas de un parejero, a la figura de una baraja o a los puñales de un gallo. ¡Dar la vida por la plata! Les parece mezquino; y no advierten que ellos la dan, en cualquier momento, porque uno lleva al cuello un pañuelo blanco y otro uno rojo.

—Pero usted debió hacerse respetar, Don Manuel. Bien ve Vd. como desde que me hice cargo de la pulpería, ya no traspasan la puerta sino aquellos a quienes lo permito.

—¿Pero cómo quieres que me hiciera respetar? Yo vine a América a ganarme una vejez de holgura en mi tierra y no a dejar mi vida en la punta de sus puñales. Bien he querido muchas veces contestar con un insulto a la insolencia de un borracho. ¿Pero tú crées que se puede estar toda una vida en ese juego violento del coraje en que ellos viven? Si todavía supieras que una vez, aún con el más diestro, te la juegas para siempre, pues vaya, que la sangre hierve en uno y bien desea que se la lleven o lo dejen hacer sus días tranquilos. Pero no; no es así. Es preciso estar siempre con la voluntad rígida, inquebrantable, y el coraje pronto como una pistola cargada, para soltarlo

en cualquier momento en defensa de la vida y de la hacienda. Si una vez cediste, porque tu aspiración no es esa, que te tengan por guapo, la fama de tu humildad es el cuento que hace reir en otras rejas y en los fogones. Entonces, ¿si ya dicen que tú eres cobarde, quién se dejará mañana detener por tu amenaza?

—Pero la autoridad le ha servido, sin duda.

—¿Tú has visto cuánto vale aquí la autoridad? La autoridad va colgada, amigo Ricardo, en la cintura de tus paisanos. Quien no tenga fuerzas para emplearla, que no fíe ya más, entonces, que en el desprecio de los guapos. Aquí no hay respeto si no para las palabras del Coronel Ramírez.

—Y al Coronel Ramírez yo lo ví tratarlo a Vd. con cariño la noche de las carreras.

—Sí, el Coronel me trata con amistad; pero él no viene a la reja. Además, él es honrado, hace su cuenta y la paga; pero éso le basta. Los que vienen aquí, son sus soldados cuando las guerras. Por guapos los tiene, y no va a ser él, gaucho también, quien les sujete el coraje si quieren corregir la audacia de un gallego.

—Lo que Vd. dice es verdad; pero yo creo que si uno logra la amistad de los paisanos, puede vivir entre ellos sin recelos. Después de todo, viéndolos llegar todos los días a la reja a hacerse los mismos cuentos y a oir las mismas canciones, a mí me dan la impresión de que tienen algo de niños grandes, despreocupados, como Vd. dice, de que mientras pasan las horas y los días en sus charlas de pulpería, nosotros estamos detrás del mostrador, atentos a su generosidad, para irnos enriqueciendo con sus dineros que sólo algunos, muy raros, buscan guardar y multiplicar.

—Sí, Ricardo, niños dices tú, de hombres que de pronto ves sacudidos por un impulso violento y salvaje que les llena los días y les roba el sueño de las noches mientras no alcanzan a dejar tendido a alguno en la cuchilla. ¿Su amistad? Bien quiso ganárselas el humilde gesto mío al servirlos. Pero cuando me vieron conservar las costumbres de mi tierra, parecía como si creyeran que uno les despreciaba el país, y te negaban participación hasta en sus charlas. Quise ser como ellos, tocar la guitarra, jugar al truco, montar caballos ariscos; y entonces me vol-

ví ridículo a sus ojos y era el tema de sus risas. ¿Y todo para qué? Para que despacio, muy despacio, vayan aumentando tus ganancias; y así hasta la vejez en que te has de morir aquí, en la soledad de esta cuchilla sin haber logrado volver a tu tierra enriquecido como uno soñó al cruzar el mar.

—Pero Don Manuel; nadie le hace a usted la competencia; ¿por qué no salimos a recorrer las estancias, aumentamos los clientes, y aún mismo los pedidos de los que ya le compran? Es que Vd, al menos desde que yo estoy aquí, vive como con desgano, con el gesto agrio, entregado a sus amores con Liberata. ¿Cuántos gallegos como Vd. están ahora haciéndose ricos en el campo?

—Es verdad. Mi ambición se ha ido poco a poco achicando; ya no tengo más aquellas alegres esperanzas del primer día cuando bajé el postigo de esa reja y ví salir el sol sobre la estancia del caudillo. Por la historia de los otros gallegos, llegados y enriquecidos, todo nos parece fácil a los que nos lanzamos al mar, después de ellos. ¡Pero qué dura paciencia es preciso tener! La mía se ha ido perdiendo. Me parece que por más esfuerzos que haga, todo va a ir igual; despacio, despacio, en este campo que te envuelve en su indiferencia. Cuando yo llegué, en esa estancia de ahí cerca, había un níspero y un espinillo; Doña Antonica vino desde la Cuchilla Grande a comprarme unos metros de zaraza blanca con florecillas moradas, y Patricio cantaba ese embrollo de su décima de Jauricaragua. Ya van de ésto muchos años, y todavía, en la estancia no ha crecido otro árbol más que el níspero y el espinillo, y Doña Antonica sigue viniendo de la Cuchilla Grande y no te compra otro género si no es la zaraza blanca con florecillas moradas, y Patricio sigue cantando su décima de Jauricaragua. Ellos tienen sus fiestas alegres, sus bailes; pero son para ellos, no para nosotros. El gallego que se desmonta en el rancho donde bailan tus paisanos, debe esperar que un borracho quiera lucir su insolencia en su persona o que algún bárbaro lo espere con una broma cruel, reída por todos, porque eres «el gallego», al montar para irte. Pocas son las mujeres que tú puedes enamorar; y si alguna te gusta, y piensas en traerla para acompañarte en esta soledad de trabajo, no faltará un guapo, payador, guerrero o jinete audaz, que se te cruce

en el camino y entusiasme a la mujer que al fin criolla, con ellos se entiende. Liberata vino para hacerme de cocinera, y hoy es casi dueña de casa. ¿Qué quieres que haga? No me han dejado en el pago más que esta negra, y con ella me quedo. Yo no sé, Ricardo; pero si pedí que te trajeran cuando supe tu necesidad de trabajo, es porque bien veía que en mí cada vez algo se me va aflojando por dentro y me faltan ya las ganas de seguir en esa reja detrás de la cual me parece hallarme emparedado.

Y después... hasta estos cielos, estos campos enormes, callados, te van llenando el alma de una pereza lenta, irresistible, que cada día va deteniendo un esfuerzo tuyo. Si adviertes cómo hoy has perdido el día, se te atrasan tus libros, la tierra se amontona sobre tus muebles, al principio lo sientes y te prometes para mañana poner a todo arreglo. Pero viene el otro día, y nada ni nadie nota tus libros, ni tu suciedad. El campo sigue igual; el mismo sol que te afloja los músculos o la misma lluvia que te duerme sentado; los mismos gauchos a la espera de las barras del día para levantarse a tomar mate y el anochecer para tenderse en el sueño... Tú quisieras trabajar, ordenar tus libros, limpiar tu casa y tu cuerpo; a eso has venido. Pero aquel día, y el otro, y el otro, siempre iguales, indiferentes, parece que te dicen: ¿para qué? ¿para qué?

Ricardo sonrió con benévola burla en el rostro.

—Vd. ha perdido, Don Manuel, toda esperanza en la pulpería, y aumenta su desazón con esos pensamientos.

—Se me han ido apareciendo poco a poco como te los digo, en los largos años que aquí llevo solo. Y sin embargo este campo no será siempre así; un día aparecerán, quien sabe cuántos y venidos de dónde, los hombres pacíficos que lo trabajen y se adueñen de él, mientras los gauchos pierden su vida cantando en las rejas o preparándose para sus guerras. Pero ¿cuándo va a ser éso? A lo mejor esperamos largos años y cuando ésto vaya a cambiar y vengan los hombres como uno, la vejez ya nos habrá quitado las fuerzas para el trabajo. Gracias, ya está frío tu mate.

—Dejamos, si le parece.

—Sí, ha de ser tarde... Sigue el mal tiempo... Una lluvia como ésta, caía cuando descubriste a Gil. Ya ves, ésa es nues-

tra vida. La caña es de lo que más ganancia nos aporta; pero cuando los gauchos se reúnen, uno está deseando y temiendo que le pidan muchos vasos. Si los toman, vas ganando la tarde; pero estás pensando si con ella perderán el sentido y en la borrachera se les ocurrirá armar pendencia contigo. Ese perro estará aullando de frío.

—Parece que el viento silba del pampero; tal vez esta lluvia sea para limpiar.

—A estas horas es capaz que El Maldito esté caído en alguna zanja del camino. Como no lo encuentren duro mañana... Buenas noches.

Dijo desde la penumbra de la trastienda, Don Manuel. Encorvado sobre su lecho extendido junto al mostrador, contestó Ricardo:

—¡Qué hombre! Buenas noches.

A intervalos, en la oscuridad de la pieza, escindía la viva luz del cigarro junto a los labios de Ricardo. Sobre el murmullo de las garúas, el viento llevaba el aullido de un perro hasta multiplicarlo en los eucaliptus de la cuchilla.

¿Fué la intimidad de la tarde de apretados horizontes, o la entristecida confidencia de Don Manuel, de costumbre tan silencioso, que puso en el espíritu de Ricardo aquel estado de inquietud vaga que le hacía permanecer con los ojos entornados bajo las pesadas sombras, oyendo pasar la lluvia sobre el tejado y sus pensamientos bajo la frente?

Iban ya largos meses que él había llegado a la pulpería, sin voluntad propia y sin esperanza, dejándose guiar la vida por los impulsos venidos de fuera. ¿Se quedaría allí para siempre, o no era aquel período de su vida, más que un instante de espera para luego emprender nuevos esfuerzos en ambientes propicios? Se lo había preguntado ya muchas veces, sin intentar una respuesta que él sentía lejana en su espíritu. Pero la conversación que acababa de tener con Don Manuel había avivado en su ánimo sentimientos hasta entonces advertidos vagamente por él, cuando en la reja oía a los gauchos o Don Zenón daba en un breve cuento la historia de aquellos hombres. Mientras Don Manuel hablaba, él sólo quiso con sus breves respuestas mitigar la congoja de aquel hombre que encanecía envuelto en la bruma de

un sueño que desaparecía después de haber puesto tan conmovedora audacia en su mocedad de la aldea. Pudo decir algo más, sin duda; pero aparte de no sentir él la arrojada necesidad espiritual de convertir a los demás a sus propias ideas, que en la modestia de su ánimo sólo creía dignas de regir su vida, era también que él, al sentir el fatal alejamiento de Don Manuel, se preguntaba qué sería de su vida en aquella soledad que el gallego sentía tan cruelmente hostil.

Como si delante suyo quisieran defenderse de las amargas inventivas del gallego, acudían los gauchos a la imaginación del joven, en lento desfile, envueltos en una lejana tristeza, desnudos los conocidos rostros de la insolencia con que la palabra de Don Manuel los iluminara, a mostrar sus almas a la de Ricardo, de ellos paisano, cuya veloz inteligencia los comprendía para acogerlos con amistad tierna en su corazón. Y los veía sencillos, hechos sólo de acciones y silencios, desmontarse y llegar a la reja. Algunos, gozando de la total dicha simple de ir sobre el caballo o estar bajo los arcos propicios, viendo pasar el sol sobre los cielos, correr las azules sombras de las nubes en las llanuras, sentir llegar desde el monte el canto del sabiá en el silencio atento del atardecer, oir los cuentos de los hombres; sin preguntarse nada; sin esperar nada; libres de todo afán; felices con que el día de mañana fuera idéntico al de hoy, como el de hoy lo fué al de ayer. Otros, cuya vida parecía concentrarse toda en los violentos ejercicios del cuerpo, y que en los descansos del anochecer, permanecían, como los cielos, callados, tal como si el alma gozara tan sólo en el lento reposo de los músculos.

Ricardo creía, con lo que ya llevaba visto en la reja, poder dar la cifra moral de cada uno de los que allí se reunían. Un episodio, un cuento, un amor, un odio, definían para siempre a los hombres en el concepto de los otros y en el de ellos mismos. Nada habría ya de cambiarlos en la extensión de la vida, calificados imperturbablemente en los ajenos labios, o consumidos por el fuego de una pasión que sólo apagaría la muerte. Excepcionales eran Don Zenón, con sus labios siempre florecidos de fáciles cuentos y fábulas, y el caudillo, silencioso, pareciendo que sólo él conocía los caminos por los cuales su voluntad guiaría la vida.

Mientras alrededor de Marcos Ramírez se agrupaban los hombres cuyas almas se mostraban en el gesto o en la palabra, el caudillo era para Ricardo como la cumbre del paisaje moral de su pago. Igual al Cerro Largo que en los amaneceres sostenía en sus lomos los cuerpos graciosos de las nubes, era de un gris luminoso en los mediodías, de un violeta sombrío en las tormentas, cambiante en la tonalidad de su superficie pero siempre igual a sí mismo, así el caudillo; uno y otro, emulando las curvas de las lomas y los esfuerzos de las almas, sólo ellos erguidos entre lejanos horizontes, imprimiendo fisonomía al paisaje; impasibles como un destino cumplido.

¿Cómo Don Manuel no había advertido la simplicidad de aquellas almas?

Las desabridas palabras del gallego, le recordaron las quejas igualmente amargas de Doña Lolita. Por soberbia no había querido el uno ni podido la otra, explicarse aquel ambiente en cuya soledad vivían perdidos y al que acusaban de su propio hastío inacabable. ¿Por qué, si los dos sentían la hostilidad del aislamiento, no se habían buscado para hacerse recíproca compañía, pareciéndoles al contrario, que el uno era igual a todos los otros? Es que las ansias que la soledad ponía en el alma de uno, no hallaban eco en la del otro. Doña Lolita sufría la congoja de los años vividos; Don Manuel la de los tiempos que soñó vivir.

En cambio, ¡cuán justa aquella heróica humildad de Don Teodoro, o la alegría con que Don Zenón había situado su regocijada mansedumbre en el medio bravío! En las notas lentas del estilo como en la queja prolongada de la vidalita, Ricardo había encontrado la misma larga tristeza que envolvía el rostro de los gauchos cuando sus silencios en la reja.

—Es verdad; una lluvia como ésta caía cuando mi disputa con el Pardo Gil.

Y el pensamiento se detuvo en reproducir la escena bajo la fría garúa, solos los dos en medio del círculo de las otras figuras, erguidas y atentas. En su recuerdo no había el más leve rencor. Olvidado de la injuria que los duros labios del pardo le lanzaron, sólo volvía ahora a verlo, humillada la antigua gallardía, triste la figura empequeñecida al pasar frente a los altos eucaliptus, después de la despedida insultante del Tuerto

Narzo que le anunciaba el tratamiento que desde entonces el antiguo valiente iba a merecer. A solas, se lo confesó: a la aversión que Gil provocaba en él, sucedió después de aquella tarde, la gratitud por haber sido el instrumento con que él descubrió ante los ajenos ojos y los suyos un sentimiento que sus recuerdos de la infancia le hacían creer ausente de su alma; el del sereno valor. Y lejos de envanecerse por ello, sintió que podía prodigar generosamente su bondad, sin que la enturbiara el pensamiento de que era el temor el que impulsaba sus actos. Desde entonces el Comandante González no había vuelto a sentarse a su lado, detrás del mostrador. De seguro estaba en su rancho lujoso de aseo, calentando las manos ateridas de frío, en el sobar de los tientos que su paciencia anudaba en ceñidos lazos...

Bajo el peso de las sombras se entornaban los ojos de Ricardo; y mientras en la mano olvidada la ceniza apagaba la viva luz del cigarro, en sus labios se extendía una sonrisa con que el cariño de su alma regocijada veía pasar la vida simple de los amigos.

Generosos, el dinero no tenía para ellos el prestigio lleno de dolorosos afanes y ocultos renunciamientos que tenía para los hombres como Don Manuel. Y Ricardo que sólo esperaba por él ser el dueño de su vida humilde, sintió admiración por aquellos hombres ignorantes de avaricia, de los cuales unos vivían conformes en la trabajosa oscuridad de sus vidas, y los inquietos lo eran por conquistar prestigio en el noble desarrollo de la personalidad. Los más ostentaban la bella libertad de derrochar bajo el arco de la reja, la plata como el coraje.

Otra vez el recuerdo de Don Teodoro, sin orgullo, sin gestos románticos, tenaz en su oscuro esfuerzo, volvió a su memoria. El se había apartado de los caminos para fijar su esperanza en el reducido campo, mientras Claudio Corro, libre como sus baguales, seguía paseando por las cuchillas distantes sus luchas despreocupadas y bellas. Pero aquellos hombres, apagados por el brillo de los valientes, blandos en el orgullo, eran sin embargo como los duros mojones que en las lejanas distancias separan un campo de otro; así ellos con el tenaz esfuerzo señalaban los lindes de la época que se iba, de la que por ellos mismos habría de venir.

Cuando Ricardo llegó a la reja, el primer conocimiento de aquellas duras vidas llenó a su alma de asombro rayano en el temor. Si entonces Don Manuel le hubiera hecho su dolorida confesión, sin duda él hubiera deseado volver a la monotonía gris de Melo.

Pero la vida para él era hasta entonces un alegre espectáculo. Tan ágil como su inteligencia para advertir los ajenos defectos, era su bondad para excusarlos de modo que no pusieran valla al impulso de su amistad generosa. Limpio de todo orgullo que ninguna virtud suya podría explicar a sus ojos, Ricardo sintió en el ambiente sobrio de las desiertas cuchillas y los cielos inmensos, que la humildad de su alma nada más precisaba para realizar la esperanza de cumplir con su vida, que el incesante trabajar en el medio íntimo y cordial del pago.

Las oscuras angustias del vivir cotidiano que él recordaba de su casa sin padre, y luego la austeridad del paisaje donde se fijaba su vista en las soledades de la reja, le dieron prematuramente una serena resignación a su alma, estremecida unas veces en presencia del caudillo cuya vida historiaban cien hechos heróicos, enardecida por la lectura de los periódicos que registraban los avasalladores discursos de los políticos en la ciudad, y, sin embargo, conformábase con que su vida fuera así, humilde, sin gallardos episodios, llena del contento trabajar y de las vidas y cuentos que verían sus ojos y oirían sus oídos mientras él detrás de la reja, iba realizando la suya con estóico renunciamiento a todos los sueños de juventud para cumplir un destino honrado, sentido por él como la única necesidad moral.

De niño perdió las horas asombrado por los diálogos de su padre con el abogado del pueblo, admirando sin alcanzar sus límites, la capacidad de aquellas inteligencias ilustres para él por el estudio; se recordaba sentado en un banco de la plaza sintiendo las voces de un piano alzarse en la noche, y reir en sus juegos a las niñas. Música serena del aire aromado por los naranjos; música en el cielo luminoso de estrellas; música en el dulce desfallecimiento de su alma en sueños. Bella la vida de heroicidad del caudillo a quien rodeaba la admiración de la multitud mientras aquél, indiferente, tenía puestos los ojos en distantes días del pasado o el porvenir; oscuros estremecimientos habían sacu-

dido a su cuerpo hasta fijarse en las sienes, cuando de entre la diligencia vió saltar, ligeros como la brisa el vestido y el paso, a una mujer ciudadana que soltó a volar sobre el camino los pájaros sonoros de su voz.

Sí, él amaba todo ésto; pero también las sencillas gentes, la amistad cordial y el bondadoso dar de su generosidad.

Y en la modestia de su alma, no le torturó la ambición de aquellos sueños y conformóse con ir, puesta en ello toda la voluntad, edificando su honrada vida, prisionero de sus esperanzas detrás de la reja, mientras veía salir y ponerse los soles, ennegrecerse y reverdecer los campos, y despedir a las golondrinas del alero de los arcos para verlas retornar cuando en las cuchillas los tímidos macachines pusieran manchas rosadas.

Había cesado la lluvia; en el silencio del campo, fueron primero temerosas, luego en pequeños coros, hasta que en el camino, en el bajo, junto a los paraísos, por fin en toda la extensión cercana, las ranas sonaron en incansables coros sus campanillas de cristal.

Indiferente a los alegres coros, imperturbable en la monotonía de su canto, un grillo enronquecía bajo los arcos de la reja.

En la oscuridad del despacho que ya no rasgaba la chispa del cigarro olvidado, la atención de Ricardo se detuvo oyendo el ruido de un ratón que golpeaba y hacía correr bajo los estantes un objeto en su afán de roerlo. Precisos, los finos dientecillos martilleaban sobre la dura corteza, y el despacho le respondía con multiplicados ecos. Bajo el silencio herido por ellos; por horas inacabables; solos, tenaces, cantaba el grillo bajo los arcos frente al camino, trabajaba el ratón en la pieza.

Largo tiempo distrajeron la atención de Ricardo; y sintiéndolos aún, como de oscuras distancias, no advirtió que su pensamiento se iba en el sueño.

CAPÍTULO XI

IBASE ya el sol de las cuchillas, cuando los de la reja volvieron curiosos la mirada hacia el camino en el que Don Zenón detenía la jardinera acompañado de una joven vestida con humildes géneros oscuros.

Candinio Viraré, adelantándose al encuentro del viajero dijo, fijando sus ojos inquietantes en la morocha que bajó los suyos ruborosa.

—Parece que trái adornada la sopanda, Don Zenón. Güen viaje habrá hecho con tan güena compaña.

—¡Qué cuala, amigos, si esta muchacha parece que viniera ennoviada, de tan aburrida como ha hecho el camino.

Camila miró con sus brillantes ojos negros al busto del compañero, y tornó a bajarlos al sentir sobre su cuerpo las miradas de todos los de la reja.

Por más que fuese tímida su actitud, la muchacha se sintió orgullosa en su instinto de mujer, al ver cómo su presencia ponía en los rostros de todos el deseo de serle gratos; incapaces de pronunciar la palabra de elogio por aquella fresca juventud, los rudos hombres suplieron el silencio con el gesto cordial y la mirada audaz.

Sentada junto a Doña Lolita, viendo pasar frente a la ventana las sombras de los que ya entrada la noche se alejaban de la pulpería, Camila recordaba aquel instante de su arribo a la Azotea, y un vago pesar se anunciaba en su espíritu al recordar el rancho dejado sobre una loma de los bañados del Tacuarí, allá, bajo el ancho cielo florecido de estrellas, para servir de compañía a la anciana en quien había pesado duramente la soledad del último invierno. Aquella mudanza en su vida parecía conformar a todos, .sin que ella acertase a comprender cabalmente, ni el secreto deseo de Don Zenón al mostrarse tan empeñoso por

traerla para acompañar a su prima en la Azotea, ni el placer de su madre aceptando aquel desprendimiento definitivo, como si sólo hubiera estado aguardando el pedido del anciano para enviarla lejos de sí.

Camila no sabía, aunque más de una vez hubiese sentido rubor al escuchar los requiebros del anciano, la razón de la cortesía con que la avergonzaba al llegar de visita al rancho de sus padres.

Nadie ignoraba en el pago la simple costumbre suya de vaciar el surtido de sus maletas en el rancho donde las criollas le tenían trastornado el seso, para lograr la correspondencia del afecto que él mostraba de tan ingénuo modo. Por eso en el rancho de Camila, siempre se recibieron sus visitas con ruidosas muestras de gratitud por parte de la madre, que entre el mucho lamentarse por la invencible indolencia del marido, expresaba su esperanza porque un día la muchacha, cuyas excelencias exaltaba con calculada insistencia, fuese el sostén de su miserable vejez. Y Don Zenón, seguro de que una vez despertado el interés de la madre, sus astutos galanteos le darían el favor de la moza, no esperaba el ruego para desensillar los rocines de la jardinera y pasarse los días levantándose antes del sol y sentarse a acompañar en el mate y la charla a la madre de Camila, mientras sus ojos estaban puestos en las movibles caderas y el cuello de la joven, cuando ella, en el centro del patio, esparcía en dorados círculos el maíz que las gallinas picoteaban a sus piés.

Así, solícito y tímido, el dueño de la Azotea cercaba a Camila con su absurda pasión, sin animar en la moza sino el cariñoso respeto que su bondadosa ancianidad merecía.

Muchas tardes, al trasponer en su jardinera los lindes del bañado en cuya loma se levantaba el rancho de Camila, Don Zenón, recordando los más nimios incidentes de esos días, pensaba haber sorprendido en ella algún signo de que entonces comenzaba a perder la timidez con que escudaba a su doncellez, y mesándose la blanca barba, como si el mentón de la criolla acariciase, se decía convencido:

—¡Pacencia... Pacencia... que vale más, maña que juerza...!

No fué por ello preciso a Doña Lolita insistir en demasía en su deseo de que una joven le hiciera con su presencia menos vacía aquella soledad que entonces harto ya le angustiaba el espíritu, para que él, por solicitud cariñosa hacia su prima, tanto como por creer llegada la hora de conquistar el amor complaciente de Camila, montase en su jardinera y fuése en busca suya, con gran regocijo de los padres, pues así lograban un asilo seguro para la muchacha, al tiempo que explotando el amor de Don Zenón, tendrían cuenta abierta en la pulpería.

En nada consultaron, pues, la opinión de Camila quienes pudieron disponer entonces de su vida; pero la muchacha, no bien fué llegada a la Azotea, y se hubo familiarizado con el ambiente, se sintió allí más a su placer que en el rancho solitario donde se criara.

No se ocultaban a sus seguros instintos, los deseos contenidos de los gauchos que en las mañanas la saludaban al encontrarla barriendo las losas de la vereda junto al camino, ni el murmullo de admiración con que la seguían sus voces cuando al volver del corral, pendientes de sus brazos los baldes rebosantes de espumosa leche, el viento jugaba en sus faldas descubriendo las fuertes pantorrillas.

Quiso la poca ventura de Don Zenón, que para Camila fuese su llegaba a la Azotea, el instante primero en que comprendió el oscuro sentido de su ser.

Viendo cómo los rostros de los gauchos se tornaban extraños en su presencia; asediada cada día más por los interesados favores del anciano, y avisada de las ansias de aquellos hombres fuertes, por las bromas procaces de los peones cuando ella les alcanzaba la cena, Camila se vió de pronto dueña de un tesoro, por cuya posesión los hombres depondrían todo su orgullo y olvidarían todo amor o amistad.

Oyendo los relatos de Liberata, cuando solas en el cuarto la morena hacía alarde de su imperio sobre la voluntad de Don Manuel, o se complacía en recordar los lances amorosos gozados desde la adolescencia, a la sombra de los mimbres o sobre los duros terrones de las huertas escondidos entre los altos maíces, Camila se sentía dichosa al notar bajo las sábanas las seguras formas de su cuerpo joven que ella guardaba con altivo

recato, segura de que en cualquier instante por ellas sería la preferida de los gauchos.

Se sabía la única mujer codiciable en el pago y ésto, unido a la solícita mansedumbre de Don Zenón ante sus caprichos, la llevó a pensar en que la vida de los parroquianos de la reja, no tenía más fin que la satisfacción de instintos como aquellos que ella creía despertarles con la sola presencia de su lozana virginidad.

En el deseo de los gauchos comprendió Camila el valor de los encantos de su cuerpo, crecidos con la misma descuidada inocencia de las margaritas en las lomas; y como a la simplicidad de su conciencia faltaba toda otra noción de su honra, era feliz con pensar que sólo las cigüeñas en su vuelo sobre las lagunas del Tacuarí, sorprendieron la desnudez de su cuerpo secándose al sol de las mañanas.

Sólo uno, de todos los conocidos, indiferente y extraño, turbaba a su seguro orgullo.

Ricardo había sido para ella desde el primer momento de la llegada a la Azotea, el único hombre ante cuyos ojos quiso ver bien apreciado el valor de su honra. La contenida firmeza de su carácter; la desenvoltura con que la recibía siempre, como si su presencia no le impresionara en lo más mínimo, unidos al placer recibido oyendo la palabra fácil de aquel joven tan netamente diferenciado de los demás de la comarca, movieron siempre a Camila a empeñarse en agradarle, tanto como él continuaba descuidado de su coquetería.

En los mediodías, cuando terminado el almuerzo los moradores de la Azotea se recogían para la siesta, Camila escapaba al celoso cuidado de Don Zenón, que vencido de sueño se dormía en el sillón de Doña Lolita junto a la ventana del camino, y corría al comercio donde contaba encontrar a Ricardo ensayándose en la guitarra, o mirando hacia el cerro de Medina, gris en la luminosa lejanía.

De pié, apoyada en lós estantes donde se alineaban pocillos sobre cuyas losas blancas veíanse ingénuas escenas de niños impresas en tintas de verdes claros, azules y rojas; los juegos de naipes y las cajas de los acordeones, la joven contaba a Ricardo los más pueriles incidentes del día, o se quedaba en sus-



penso oyendo los relatos de su vida en el pueblo, con los ojos puestos en èl conjunto abigarrado de cinchas, encimeras y riendas, pendientes del techo, movidas apenas por la débil brisa que entraba por la reja.

Pero cuando envanecida por la espera humilde del anciano, Camila daba en hablar de sí, Ricardo sentía una secreta hostilidad hacia aquella muchacha de campo tan segura del poder que sus frescos encantos tenían sobre los hombres; tan orgullosa de su doncellez, que daba la sensación de que sólo buscaba con las constantes alusiones a su cuerpo, despertar sus deseos, para solazarse luego viéndole padecer por sus altivas esquiveces. Gozando la certidumbre de hallar en cualquier instante abiertos y tendidos hacia ella los brazos del altivo y el humilde, si un día quisiera en ellos apretarse, ninguna inquietud podría turbar a su alma, mientras mantuviese la virtud de su honra. Y como esperaba que jamás el amor abatiría aquel orgullo, escudo de su virtud, se sentía tan dueña y segura de sí, que no ocultaba su desprecio por las mujeres como Maruja, a quienes suponía dispuestas a obedecer a la voluntad de aquellos a los cuales amaban. Astuta para presentir los deseos de los hombres, vivía tranquila y sin temor; si el amor llegaba, sería humilde y tímido ante su erguida soberbia.

Bajo la mirada firme de Ricardo, Camila sentía el extraño placer de detener sobre sus formas vibrantes de juventud los pensamientos del joven que acaso estuvieran antes en el cerro coronado por el altillo de Maruja.

Sabrosa de cuerpo; con los senos temblorosos al reir, como dos frutos escondidos bajo la bata de claro percal; los ojos audaces; de seguras redondeces el vientre cuya curva apretada y pequeña señalaba la cinta del delantal, Camila excitaba entonces los deseos de Ricardo hasta el punto de hacerle sentir embotado el cerebro y tener sólo la sensación de su mirada ansiosa puesta en el cuello húmedo de la joven, cuando en las ramas de los paraísos se peleaban las calandrias agitando las alitas anhelantes por envolver a la hembra en celo.

Aquel mediodía, sobre la tierra de claridades resplandecientes, pesaba el silencio. Extendidas sobre la tierra removida a la sombra de los paraísos, abiertos las alas y el pico, se

fatigaban las gallinas; puesto el hocico sobre las patitas delanteras alargadas cuanto podían, para sentir en el vientre el fresco de la tierra sin sol, dormitaban los perros. Sonaban en el despacho los cansados compases de una milonga que Ricardo ensayaba en la guitarra.

A veces, en el silencio asombrado, escindía el griterío de las cotorras, hurtando el maíz que en las primeras horas de aquella mañana de octubre fué dejando caer en los surcos de su mano hacendosa, Don Zenón.

Nadie iba por el camino callado; y hasta el caballo del piquete parecía dormitar en la quinta, con el cuello inclinado hacia el suelo, mientras temblaban sobre sus lomos las manchas circulares de sol, caídas de las copas de los naranjos, cuando Ricardo vió a Camila encorvarse junto a la estaca, y con el rostro encendido de calor dirigirse a la reja, balanceándose entre su mano y el caballo que la seguía, la onda invertida de la soga.

—Te vengo a invitar pa dar una güelta.

—¿Una vuelta?;—preguntó el mozo sin entender el extraño capricho de la muchacha.

—Sí; una güelta por el campo. En las casas todos duermen la siesta, y Liberata va a decir, si preguntan por mí, que estoy lavando en los mimbres.

—Pero yo no puedo dejar sola la pulpería.

—¿Y quién va a venir con este sol que raja la tierra?

—Es que además, si Don Zenón se entera de que andamos solos por el campo, se puede disgustar.

—¡Puff! dejá ese viejo que duerma tranquilo; se le ha vuelto una fija que yo tengo mi honra pa él. Si quiere mujer, que rumbée pal Tacuarí, como cuando anda por allá, y aquí van cayendo los gurises con encargues pa las chinas que él roncea.

—¿Estás celosa?

Camila rió con soberbia y dijo:

—¿Yo? Bien sabés vos que no me deja ni lavar los platos tranquila; se sienta en el banquito de ceibo y se está las horas en la cocina con los ojos de un lao pa otro, asigún sea lo que yo esté haciendo. El se crée que no veo cómo hace que se limpia

con el cuchillo las botas, cuando me mira las piernas si me agacho a juntar leña. Parece perro viejo que ande uno se sienta allá va él a echarse. Güeno; ¿y vamos al campo?

—¿Y qué vamos a hacer con este sol?

—¡Güe... a galopiar un poco; ésta es la única hora en que a una la dejan libre.

—Bueno; andá ensillando, mientras tanto yo cierro y voy a buscar mi caballo.

Poco después los dos jóvenes trotaban por las cuchillas que van subiendo hacia Frayle Muerto. Al principio trotaron en animada charla junto al alambrado del camino, recordando Camila los días en que olvidada del paso de las horas, se perdía, al galope de su caballo, entre las bruscas quebradas del Tacuarí. Pero cansados de la monotonía del paisaje se internaron en las cuchillas solitarias del campo, sobre las cuales apenas si una débil brisa ondulaba en la falda de la muchacha, puesta a horcajadas sobre el recado.

Bajo la plena luz del sol, cuyos rayos parecían haber ahuyentado hasta las más débiles nubecillas para dejar limpio el azul clarísimo del cielo, no se oía un solo canto ni ruído en la extensión ondulada de los campos. Sólo la brisa del mediodía iba por sobre las tiernas gramillas, refrescando la frente de Ricardo cuyas sienes latían bajo el sombrero.

A medida que se apartaban del camino, la presencia de la soledad fué acallando las palabras de Camila, que entonces azuzaba de contínuo al lerdo caballo del piquete, mientras subían y bajaban cuchillas en dirección a la Laguna del Negro.

Así anduvieron largo rato en silencio, pasando junto a las majadas protegidas en temblorosos grupos en las sombras de las zanjas, y a los ganados que en las laderas pacían dispersos y como olvidados de los toros que estiraban el cuello queriendo recoger en sus temblorosas narices, todo el olor de las terneras cuyos lomos acariciaban largamente con la roja lengua humedecida de deseo.

Ricardo iba como sujeto por los ojos al costado de Camila, en el que el viento débil de la tarde levantaba la falda, permitiéndole ver un trozo de muslo moreno que en rápida visión le llenaba los ojos entre el blanquear de las enaguas.

Al principio, ella gozaba al advertir el gesto suspenso de Ricardo a la espera de que el viento de su caballo al galope le mostrase aquel trozo de su pierna. Pero, poco a poco, fué ella misma sintiendo un oscuro placer en aquella huída por la soledad, junto al amigo.

Si en un principio apretó presurosa sobre el recado la falda, luego, cuando la brisa sonaba en sus oídos dándole la sensación del bello galopar, sintió sin sonrojos la caricia tibia del sol sobre su morena pierna. Y sin intentar explicárselo, se vió sorprendida por la desconocida sugestión que la abierta soledad ejercía sobre su espíritu, olvidada de todo pudor, como si no fuera la mirada de un hombre la que ella sentía posarse en su muslo desnudo y en sus senos temblorosos por el galope del caballo. Parecíale que ya otras veces habían estado en la misma intimidad; desde largo tiempo antes eran amigos así, libres de todo recato, ellos solos entre los hombres extraños.

Nada en verdad, que no fueran palabras triviales, habían dicho desde que los caballos se alejaron de los paraísos de la Azotea; sin embargo la alegría, primero, de verse galopando libremente sobre las cuchillas; la emoción de aquella soledad, hicieron a Camila sentirse unida en aquel instante al compañero con quien se había perdido en la abierta extensión de los cielos y los campos.

Así llegaron a la más alta cumbre del contorno; envueltas y perdidas en la luz las copas de los eucaliptus de la Azotea, asomaban por detrás de la lejana cuchilla. Camila miró hacia los cuatro horizontes; sobre las lomas cercanas y distantes, sólo el sol cayendo sobre el silencio extendido. Tuvo la sensación de la soledad rodeándola, y de que acaso estaba a merced de su amigo.

—Aunque yo diera un grito, naides me podría oir ahora...

—Es verdad;—dijo Ricardo.

Y callaron, porque las palabras, recordándoles las distintas y cotidianas posiciones de uno frente al otro, ahuyentaban, como bandada de atemorizadas palomas, los pensamientos de entonces.

Volvieron a poner al galope los caballos y así bajaron y

subieron cuchillas, gozosa Camila de cansar el vuelo de las perdices cuyo batir de alas hacía ondular las gramillas, y sintiendo Ricardo que sus labios volvíanse a cada instante más secos, mientras los ojos perdían la sensación del paisaje, fijos en las blancas ropas sobre el muslo moreno.

¿Camila, como él, sentiría los impulsos violentos del instinto y el deseo de besar, escondidos en el abierto paisaje; o al contrario, ni siquiera advertía los rayos del sol sobre las piernas a cada instante más desnudas por el viento del galope, feliz con sólo gozar del libre correr sobre los campos?

Y temeroso de que sus deseos le hiciesen ver en la joven un estado de ánimo que sólo era suyo, no se atrevía a decir palabras que pudieran alarmarla y hacerla tornar a la Azotea.

Ella, por su parte, continuaba galopando sin atender al vuelo de las faldas, acostumbrada ya, con un inconsciente impudor, a mostrar sus piernas a Ricardo. El sol que hacía latir con violencia las venas de la frente; el aire fresco con el aroma suave del campo florecido de primavera; el cálido roce de los cojinillos en las piernas sudorosas, y la caricia de las ropas sobre los senos sacudidos por el galope, despertaban en ella oscuras voces sin palabras precisas, sin claros pensamientos, haciéndola hostigar al lerdo caballo; olvidada de las distancias y el tiempo, sintiendo sólo que Ricardo galopaba a su lado en la íntima soledad. Al llegar a una hondonada, cuyas tupidas gramillas semejaban húmeda alfombra, advirtió el desarreglo de su recado, producido por la carrera.

—¿Quieres que te lo acomode?,—dijo Ricardo desmontándose.

—Güeno; si no, soy capaz de rodar.

Ya estaba él de pié junto al caballo de ella, cuando la misma sensación de lo que podría ocurrir, les dejó en suspenso. Por fin, más seguro de sí, Ricardo propuso:

—Si deseas bajar, no tendrás después cómo subir; echa, si te parece, las piernas para adelante, y así podremos apretar la cincha.

—¿Así?—dijo la muchacha, sintiendo sobre su pierna el calor de la cabezada de plata del recado.

—Eso es.

Con mano temblorosa el mozo desprendió primero la hebilla de la sobrecincha, y cuando hubo de levantar los cojinillos para desatar el corrión, sintió que el dorso de su mano tocaba la pierna desnuda de Camila. Trémulo, llevó más alto la mano simulando estar ocupado en arreglar el apero, mas, en verdad, ya incapaz de resistir a sus impulsos. La tibieza de la pierna de la joven parecía traspasarle la piel y, anhelante por recibir en lo más sensible su caricia, dió vuelta torpemente el brazo, mientras sobre la palma de la mano recogía una porción de aquella carne tibia y combada.

Débilmente; angustiado por el temor y el deseo de que ella comprendiese su ardor, oprimió los dedos temblorosos, y esperó.

Camila creyó sentir en todo el cuerpo aquel temblor de su pierna; sus deseos y su instinto la advirtieron, esta vez con un goce vago de que así fuese, de las ansias incontenibles de Ricardo; y poseída ya toda ella de una extraña laxitud, se afirmó sobre los estribos a fin de permitir que aún la mano continuase más alto acariciándola.

Ambos parecían tener toda la sensibilidad de su ser, concentrada allí donde la mano anhelante iba oprimiendo la fina piel morena.

Hasta que enardecidos ya por aquel contacto, él le abrazó los muslos, sintiendo en las sienes saltar violentamente las venas, mientras ella, olvidada del altivo orgullo con que escudaba su doncellez, soltó las riendas de su voluntad y esperó de la audacia del joven la culminación de aquel instante, cuando de pronto, su mirada percibió la sombra de un cuervo que en tranquilo vuelo describía grandes círculos sobre la llanura.

Serenamente, el ave inclinó las abiertas alas y hendiendo el aire tranquilo de la tarde, trazó una vertical hasta posarse en un poste del alambrado.

—Ahí viene Doña Antonica!;—exclamó Camila, enrojecido el rostro, como si acabaran de sorprenderla. Ricardo siguió su mirada y sin advertir la presencia del cuervo, preguntó, al tiempo de quitar las manos del recado para que ella se sentase:

—¿Por dónde la ves venir?

—¿No viste el cuervo volar dando vueltas y posarse en

aquel poste? Seguro que Doña Antonica ha de venir subiendo la cuchilla, y él la espera. Y ya ha de ser tarde; yo me voy adelante, después llegás vos.

Puso al galope el rocín, mientras Ricardo la veía alejarse y observaba al cuervo posado cerca suyo. Poco después, sobre la afilada curva de la cuchilla, asomaron casi simultáneamente la cabeza blanca del caballo tubiano, y la mancha violeta del pañuelo anudado sobre el cabello de Doña Antonica. Cuando el grupo hubo terminado de coronar la cuchilla, el cuervo volvió a volar lentamente y sosteniéndose frente a su dueña, la seguía desde la altura unos instantes, para luego describir sus círculos y lanzarse perpendicularmente sobre otro poste cercano.

El joven, distraído su pensamiento de Camila ante aquella extraña amistad de Doña Antonica y el cuervo, los seguía a corta distancia, observando cómo el ave esperaba en medio del camino, erguida con arrogancia la cabeza y recogidas las alas, a que el tubiano se acercara llevando sobre sus lomos a la pequeña viejecita, para elevarse luego en los aires y subir, subir siempre, hasta empequeñecerse; y allá, quietas y abiertas las potentes alas, balancearse en un fantástico columpio, bajo el azul profundo de la tarde.

Otras veces, como un niño travieso que se adelanta al paso tardo de la abuela para dejarse alcanzar distraído por el paso de un insecto, el cuervo simulaba dormirse en la cuchilla a la espera de la lenta llegada de los amigos por la franja tendida del camino y ya ellos cerca, volvía a elevarse, dejábase caer sobre el extremo de una de sus alas, y continuaba trazando con su sombra violada sobre el rojo sendero, los círculos en que encerraba el trote del tubiano.

Así los vió seguir el rumbo de la pulpería; hasta que instantes después el ave se sostenía sobre la cuchilla, anunciando a los de la reja la llegada del grupo familiar de sus otros amigos.

Cuando Ricardo desensilló el caballo junto al tubiano de Doña Antonica, maneado bajo los paraísos, vió al cuervo adormecido sobre una de las torres de la Azotea, esperando la hora del crepúsculo, que era para él la del regreso de su dueña.

CAPÍTULO XII

—ALLA va la diligencia. Audacia del mayoral tirarse en la Laguna del Negro.

—Es verdá; pero si espera a mañana, ya no pasa. La laguna debe seguir creciendo con las aguas de la Cuchilla Grande.

—Primavera mojada vamos a tener.

—Sí señor; hace ya tres días que llegué y no ha parado una hora la lluvia.

—No va a poder dirse mañana.

—Si calmase un poco me iría.

—El bañao está campo ajuera y si usté no sabe nadar, por más güen caballo que lleve siempre es peligroso.

—No señor, yo nado algo. De todos modos me llego hasta el canal; si es muy fuerte la corriente, doy vuelta.

—Es lo justo; no debe apeligrar su vida al ñudo. Aquí todavía no le hemos echao los perros.

Ricardo sonrió complacido por las últimas palabras de Marcos Ramírez y dijo:

—Muchas gracias, Coronel. Es que tengo la obligación de llegar hasta el rincón del otro lado.

Y la conversación volvió a cesar en el zaguán.

Por el Camino Nacional, andando lentamente por los campos enlodados, perdidos los contornos en el ambiente gris del agua que cerraba el horizonte sobre la cumbre cercana, iba la diligencia hacia Melo, con una fuerte sugestión de pesadez y tristeza en el paisaje de soledad.

Del fondo del zaguán llegaban los acordes que Zacarías Peñaflor arrancaba de su guitarra al templarla, mientras él disimulaba su presencia en la rueda donde le habían admitido para que distrajese las horas de lluvia con sus canciones y sus cuentos. Había llegado al pago sin más bienes que la música

de su guitarra y el encanto de la palabra siempre fácil para la narración fabulosa o regocijada. Y entre los hombres sencillos que no se apartaban nunca de las cuchillas de la comarca sino en las guerras, siempre hallaba el payador lugar atento para las invenciones de su ingenio, que nadie preguntaba si eran ciertas o no, satisfechos sólo con que fuesen extrañas y emocionadas. En las fiestas campesinas, por su melena rubia, los ojos azules y la gallardía del cuerpo, las criollas le miraban con ojos enternecidos, mientras estrujaban hasta ajar cruelmente el pañuelo bordado que momentos antes mantenían, cuidadosas, acariciados por las toscas manos sobre la falda. Pero Peñaflor contentábase con darse discretamente por aludido por aquellos desfallecimientos ingenuos que provocaban su presencia y su música, y prefería ofrecer al primer gaucho que veía padecer por encontrar una palabra dulce y veraz para jurar su amor, uno de sus "compuestos" en que prestaba el acento afelpado de la voz y la exaltación hiperbólica de su pensamiento, para que el amigo lo ofreciese como la imagen misma de su estado sentimental. Y así encendía en las otras mujeres el deseo de oirle contar al oído sus propias angustias amorosas, y conquistaba la amistad agradecida de los hombres.

En las ruedas de las rejas, el payador llegaba con aire cordial y prestaba de inmediato atento oído a la palabra de los amigos. Al principio sus comentarios eran breves y humildes; hasta que de pronto, y ésto siempre ocurría, sin que él ni los otros lo notaran, tenía la palabra; y entonces por toda la tarde, entre el sostenido silencio de los otros. Si deseaban oir su música, Peñaflor accedía sin los requiebros de vanidad de los otros payadores, tal como si en vez de complacer a la rueda, fuera por su propio solaz que empuñara la guitarra. Era feliz con poder usar la guitarra y la palabra fácil, para dar curso a la despreocupada alegría de su alma y a la espontánea amistad que sentía hacia los demás.

Leal, bondadoso, sin ambición; colmaban sus días que nunca conoció agitados por un plazo cumplido, una rueda atenta para su música, mientras iba entre ella, por horas interminables, el mate amargo.

Marcos Ramírez que le conocía, mandaba soltar al campo

su caballo apenas se desmontaba frente a los patios; y Peñaflor quedábase por largos días en la estancia cuyo hospedaje pagaba agradecido y orgulloso con el ánimo siempre dispuesto para llenar el atardecer de música o alargar las veladas, terminada la cena, con sus narraciones.

Sonaba entonces la guitarra sobre el silencio de la pieza que el murmullo del viento con lluvia en el patio contribuía a hacer más denso.

A pesar de su deseo, Ricardo sólo lograba mantener por instantes la conversación, que pronto decaía entre respuestas precisas y breves de los otros.

Frente a él, la luz fría de la tarde amenguaba los rasgos del caudillo a quien él miraba con toda la atención que la prudencia permitía. Vestido de bota ancha y rugosa; bombacha y saco negros, esparcíase la mancha blanca de la barba sobre el pañuelo oscuro. Ocultos los ojos por la sombra del sombrero que conservaba puesto como si fuera o acabase de salir, Ricardo notaba los grandes y lentos planos del rostro en silencio, que le daban la impresión de un pensamiento en reposo. Entrelazadas sobre la falda, las manos en las que el lazo y la lanza pusieron noble rudeza.

Van ya tres días que vive bajo su techo, acercados por la lluvia que despobló los caminos y apretó sobre el cerro los horizontes, y el caudillo sigue siendo para él algo lejano, sin intimidad, en la mesura constante de las palabras y los gestos.

Se diría que bajo la frente tiene como un terco pensamiento oculto que mantiene alerta a su voluntad. ¿Cómo habrá sido la juventud de pobreza de este hombre de tan severo orgullo, sobre quien parece que no pudiera ejercerse ninguna humana autoridad? Ricardo siente su altiva indiferencia hacia la impresión que sus palabras y sus gestos pudieran producir en el ánimo ajeno.

Y sin embargo hubo un tiempo en que fué joven y pobre...

A su lado el hijo mayor, Bernabé, tiene una imperturbable adustez en el ceño.

Oye reconcentrado y grave cuando habla el caudillo; pero no le mira, como si quisiera aislarse en sí mismo para juzgarle

o pesar, sin la sugestión de la presencia, las enseñanzas que recibe de labios del padre. Así como es sereno el gesto de Marcos Ramírez, es de contracciones bruscas el de Bernabé; se diría que ha heredado sólo las violentas tempestades que han sacudido el alma del caudillo. Su espíritu nació envejecido de pasión, sintiendo desde niño la dramática tarea de soportar sobre los hombros todos los odios que rodean a su padre a través de los años y de lejanas distancias. El no pudo distraer la juventud en juegos inocentes; debió aprovechar ávidamente las horas en adiestrar el alma para el duro destino que voces oscuras y tenaces le señalan en su vida de hijo del caudillo. Por eso es huraño en el gesto y violento en la palabra, aunque hable con la más leal amistad. Ricardo sólo ha advertido que una ráfaga de ternura, como la brisa sobre arisco pajonal, pasa sobre su ceño adusto, cuando dirije la palabra a Maruja.

En silencioso respeto ante aquellos espíritus más sabios en vida y más fuertes, Antolín, hijo menor de Ramírez, permanece sentado junto a Ricardo, fijos los ojos de juvenil curiosidad en las lejanías grises que el anochecer va tiñendo de azul.

Bajo el peso de los silencios austeros, tan extraños para su espíritu, Ricardo crée que su presencia prolongada en la estancia ya molesta a los huéspedes. Pero piensa también en la graciosa hija del caudillo, que de pronto asoma por las puertas que comunican al zaguán con el comedor y el dormitorio, y transforma el ambiente con la alegría de un rayo de sol sobre la espinosa y oscura copa de un tala.

Entre los rostros severos, ella deja salir su risa de claridad de mañanas.

Y siente entonces, que de aquella casa entre cuyas paredes se pasea la figura corpulenta del caudillo como ahogada por la falta de largos horizontes y grandes cielos, él ya no puede irse sin vaciar su pensamiento en los oídos de Maruja.

Si ella le fué amable en las carreras por la sola gracia de la voz y el brillo de los ojos negros, más ansioso de su amorosa intimidad se siente ahora, cuando después de tres días de vivir bajo su techo, sólo ella parece libre de aquel peso como de un grave pensamiento de algo dramático próximo a ocurrir en aquel ambiente de severas voces y gestos atentos.

Pensaba en ello Ricardo, cuando Peñaflor, seguro de no interrumpir a nadie con su palabra, comentó el reventar de una cuerda sobre la guitarra.

—Me he lucido... ya estoy como Gil, reventando las cuerdas. Menos mal que no me va a dar por echarle la culpa a don Ricardo.

—Pero amigo—dijo el caudillo—resultó que Gil no tenía fiera más que la cara.

—Parece que el hombre vió la muerte en el caño de la pistola de Ricardo, y se le aflojaron los garrones;—dijo Bernabé.

—Sí, yo creo que el hombre vió que tal vez yo lo matase, y por suerte se asustó.

—Por suerte pa él—dijo Bernabé.

—Y para mí.

—Pa usté no; al fin y al cabo mataba un mal bicho. ¿Pa qué sirve ahora ese maula?

—Será así, Bernabé; pero hoy me sería muy doloroso haberlo muerto. Si el pobre Gil vale poco, ya tiene bastante desgracia con ello.

—Si lo mataba con razón, no colijo de qué se iba hoy a arrepentir.

—Ya vé que no era necesario. Después... será tan difícil convencerse uno de que ha tenido razón para matar un hombre. Al cabo de los años puede que sus razones se le olviden, o no le aparezcan tan claras, o le parezcan falsas; y el otro ya está muerto y no queda esperanza de deshacer tanto mal. Preferible es que haya sido así.

El caudillo, que observaba con complacida atención a Ricardo, intervino al fin, impresionado por la digna modestia del mozo.

—No es más que esa la verdá. Cuando uno no ha conocido de cerca a la muerte, se siente como una bárbara curiosidá por llegar hasta el fin después que se ha sacao el puñal; pocos son los que como el amigo Ricardo pueden tantearlo hasta el último momento y dejar con vida al indino que se tiene por delante. Los más aprendemos ésto al cabo de los años y cuando hemos cometido la primera barbaridá, sin remedio.

Bernabé miraba a su padre con la actitud violenta del hom-

bre que tiene pronta la respuesta en los labios, pero a los que cierra el respeto. Marcos Ramírez continuó, mientras Peñaflor, cuidadosamente, descruzó las piernas y apagó la vibración de la guitarra extendiendo sobre el encordado abiertas sus largas manos.

—Cuando yo era mozo, apenas si pasaba los veinte años, apareció en el pago un negro de apelativo Clarín. Era un tipo chicuelo; pero membrudo y ágil. Al principio todos lo tratábamos como a un camarada; pero el hombre parecía que le incomodaba ser como cualisquiera, y comenzó a hacer diabluras. Una vez jué a un pobre turco que lo saqueó en un camino y como el otro amenazó con la polecía, lo enlazó a la cincha y lo hizo trotiar hasta dejarlo sin resuello. Armaba pendencia en las carpetas y no había taba sana pa él si le ganaban la plata. Como lo jueron dejando, Clarín se jué dando a guapo, y en eso se pasaba de reja en reja. Al hombre no le había llegao la hora de encontrarse con el que le iba a enfrenar tanto coraje, y seguía ansina sin que le hicieran mayor caso. Hasta que una noche, llevao del Diablo, golpiaron, él y un amigo, en la pulpería de un gallego que vivía allí cerca de donde está ahora la Azotea. El gallego, un alma de Dios, abrió una rendija alumbrándose con una vela. No había terminao de preguntar quienes eran, cuando Clarín lo tiró pa adentro de una puñalada en la ingle. El compañero, asustao después de aquella noche, desapareció del pago. Pero Clarín creía que al fin había hecho una gauchada, y se quedó pa dir dejando entender en las rejas cuando se mamaba, que él era el de la hazaña. Al principio ganó el monte; pero cuando pulseó que al comisario le faltaba coraje pa prenderlo, ya no se cuidó de naides, y se dió a hacer fechorías con las mujeres. Los paisanos no podían quedarse juera o en la reja después de entrada la noche, porque Clarín se les presentaba al rancho a judiarles las mujeres. El hombre se había hecho, al fin, de fama. Si avanzaban los perros pal lao del monte, la gente se trancaba en los ranchos porque iba llegando Clarín; si disparaba la majada en el rodeo, los hombres se acomodaban las armas, porque andaba rondando Clarín; si un caballo relinchaba asustao en la soga y se despertaban los teru-terus, era Clarín que iba pasando. El negro estaba en todas partes, y

naides conseguía prenderlo; aunque él juraba en las rejas haber acompañao al propio comisario en un camino. Cansao de tanta pellejería, un día el Coronel Don Alejandro se puso la autoridá que allí faltaba, y salió a rondar con dos gauchos. La cosa jué fácil. Llevaron unas hachas y se hicieron pasar por monteadores en el Tacuarí. Y Clarín cayó en las guascas. Justamente yo estaba en la estancia de Don Alejandro; y como él no quería dir al pueblo, me preguntó si era capaz de llevar al negro. Cuando vió que lo soltaban de las estacas pa entregármelo, la señora pedía llorando que no me dejaran solo con aquel negro diablo capaz de hacerme alguna mala jugada en el camino. Don Alejandro se réia y yo me hallaba ya con rabia de aquella desconfianza...

—Tata, vamos a traer luz. Ya no se ven ni las caras;—sonó con desconcertante alegría la voz de Maruja sobre el silencio atento de los hombres.

—No mi hija; déjenos así.

Y la palabra pausada, de acento llano, casi indiferente del caudillo, volvió a continuar en el zaguán, en el que apenas se distinguían ya los bustos de los otros cuatro hombres, estirados hacia adelante con el ansia de oir el relato que a veces parecía perderse entre la blanca barba.

—Güeno: al principio trotiábamos callaos. Clarín llevaba las manos atadas por atrás de la espalda y el cabresto del caballo prendido en la cincha del mío. Pero cuando vió que viajábamos ya solos, comenzó a insultarme, diciéndome maula; que por qué no me había ofrecido pa dirlo a prender, como me había ofrecido pa llevarlo después que estaba en las estacas. Me dijo guacho, que como a todo comedido a mí tampoco me iba a dir bien, pues cuando él se escapara de la cárcel me enseñaría que yo no era hombre pa Clarín ni pa otros más desgraciaos. Yo lo aguantaba callao porque si hablaba, alvertía que aquel negro no llegaba entero al pueblo, y seguía trotiando con él de tiro, deseando subir la cuchilla de adonde ya viese el caserío de Melo. Pero el negro era insolente y emperrao. Y después, él había asesinao a un hombre, asustao a un comisario; había matreriao, armao pendencia en las rejas. El era Clarín, y yo era un mocito trabajador y nada más. Ya no me gustó cuando

lo dijo la señora de Don Alejandro; el negro me lo iba gritando a la espalda, y me iba dando rabia de que yo mesmo lo juera pensando. Parecía que en vez de llevarlo de tiro, era Clarín el que me iba arriando con sus insultos pal pueblo.

Así llegamos al anochecer. A nuestra izquierda se abría un bañao rodeando el monte; no había camino cerca. Yo rumbiaba como baqueano por un sendero de los animales que bajaban a la aguada del paso. El rancho más cerca, era un bultito negro en la cuchilla, a dos leguas.

Yo iba cansao del trote incómodo de mi caballo que sólo a sacudones hacía andar al matungo lerdo de Clarín. Habíamos viajao todo el día con un sol bárbaro, y todavía aquel negro me seguía insultando de atrás.—¡Qué canejo: la verdá es que yo nunca había matao a naides, ni había sentido en las carnes la hoja de un puñal; no sabía lo que era el coraje ni dar la muerte a otro. Y al oir de gurí los cuentos de los veteranos, había sentido curiosidá por saber cómo era aquello que tantos podían contar. Domar a un potro no es domar a un hombre, aunque con los dos se arriesgue la vida.

Ya íbamos por el medio del bañao... Clarín era Clarín; yo no era naides. Si él se escapaba y contaba aquel viaje, todos iban a creer que le había tenido miedo. Y del pueblo no iba a ser el primero en escaparse. Después, ¿a cuántos más iba a judiar aquel alma atravesada?

Me desvié hasta un albardón clareando entre las pajas. Al llegar despertamos y voló un Juan Grande que se había dormido parao, mirándose el pecho. Cuando me apié, sentí la risa de un zorro que nos estaría bombiando de lejos. Manié mi caballo y sin hablar, bajé al negro que también se había callao. Saqué mi puñal y el suyo que llevaba pa entregarlo en la Jefatura. El negro me miró cortarle la soga de las manos y parecía no entenderme. Al zorro le había dao por ráirse de nosotros.

—Güeno, máistro enseñame tu cartilla.—Le dije cuando le alargué el puñal.

Pero él me miraba como si quisiera darse cuenta de que pa ser libre, no le faltaba más que tenderme en el pasto como al gallego. Yo estaba con rabia y con curiosidá por lo que nos iba a pasar.

Volvió a ráirse el zorro. Nosotros lo sentimos, frente a frente, con el puñal en la mano.

—Vamos, Clarín, mostrame cómo se mata a un gallego.

Me empezaba a dar asco aquel negro de mala entraña que me seguía mirando como si no me oyera, cuando en un redepente encogió el brazo y lo largó con juerza hasta mí. No sé cómo hice; pero solté un revés, sentí pesao el puñal, y vide que la cabeza de Clarín se cáia pa un costado con los ojos y la boca abiertos. Se le atropelló la sangre al pescuezo haciendo borbotones, y saltó en un chorro largo, mientras el negro dió también dos saltos en el aire, se metió, y cayó aplastando las pajas. Yo quedé un momento parao. Las pajas se habían vuelto a levantar y sólo alvertí a Clarín por el sonido gangoso.

Le solté el caballo, desmanié el mío, y me volví al trote.

Cuando ya subía la loma que cierra el bañao, el zorro aquel me soltó otra carcajada.

La llama de un fósforo que el caudillo encendió para dar fuego a su cigarro, descubrió los rostros angustiados, rígidos, de los otros hombres vueltos hacia él.

Bernabé disimuló su silencio haciendo correr la silla al descruzar las piernas; Ricardo miró la noche ya llegada en el campo. Antolín permaneció inmóvil.

—Sí señor;—dijo Zacarías Peñaflor con acento humilde, como si contestara a alguien.

Marcos Ramírez volvió a hablar:

—Cuando llegué al pago, Don Alejandro conoció la verdá y me creyó. Se dijo que Clarín se me había escapao. Y entonces comenzó la gente a mirarme de otro modo, porque yo había librao en güena ley al pago de Clarín. Aunque ladraran los perros, ya sabían las mujeres que Clarín no volvería de allá adonde se me había juído. Pero yo no estaba contento. Jué el que mató a Clarín, decían en voz baja cuando en mi trabajo llegaba a las rejas; gracias a él estamos libres de Clarín, repetían las mujeres. Así andaba otra vez, como aquel día, siempre acompañao de Clarín, pero en un viaje de días, de meses y años, en el comentario de la gente. Y no era pa tanto. Aquello jué un momento nomás. Yo no había aprendido nada, como no juera saber que cuando uno tiene valor, no hay pa qué andarlo luciendo

en la primera que se presente, como un apero. Después vinieron las guerras. Cuando uno tiene veinte años, crée que ya ha pasao mucho tiempo y no vendrá más el momento de ser como se quiere. De áhi esa curiosidá y ese apuro. Sólo los años le enseñan que el coraje no envejece y si está cuando joven, puede reservarlo tranquilo pa usarlo una vez cuando viejo, si es preciso; o acaso nunca, que eso es lo mejor... Al fin y al cabo, desde aquella tarde hasta hoy han pasao tantas cosas, que bien veo que aunque Clarín se hubiera escapao y me hubiera echao fama de maula, no hubiese demorao mucho en desmentirlo. Pero cuando el negro me insultaba, era sólo un mozo trabajador, no sabía nada de ésto...

Vamo a ver, amigo Peñaflor, no le he dejao darnos su música; toque algo.

Alguien, que en la sombra no se hubiera podido precisar, dejó escapar un suspiro de alivio.

—¿No toma un mate, tata?—preguntó Antolín.

—Sí, pida un mate.

La guitarra comenzó a apoderarse del silencio, primero en tímidas voces de la bordona, luego en los rápidos estremecimientos de la prima; unas voces sucedían a las otras cada vez más claras y audaces, hasta alijerar con su música el ambiente del vaho de angustia que había dejado la narración del caudillo; y entonces Peñaflor, seguro ya de que el silencio era de atención para él, golpeó gallardamente las cuerdas que vibraron a un tiempo y se apagaron bajo la presión de la mano del payador, quien tosió y dijo:

—Este estilo lo compuse, Coronel, pa una novia que tuve hace mucho tiempo.

—Vamo a óirlo.

Sonó con prolongado acento la bordona; le siguieron, vivaces, como dos ecos, la segunda y tercera; volvió la bordona a hablar y en la lejanía la voz de la prima repitió el eco. De pronto la cuarta, melancólica, viril, alzó la voz en un canto sereno, que las otras cuerdas repetían en apagado murmullo. Como si el lenguaje de la guitarra no bastase a su alma colmada, Zaca-



rías Peñaflor inició el canto con acento cálido, extendiendo las palabras, en un ritmo ingénuo y bárbaro:

Muda la noche estrellada,
Dormido el campo en las sombras.
Pero mi alma enamorada,
Crée que el silencio te nombra.

Las luminosas lejanías; el rayo de luna clareando en los altos pajonales; el balido entristecido de las majadas; el chorro de luz de la Vía Láctea arqueándose entre los horizontes; el murmullo de las hojas del ombú, eran voces infinitas a las que el corazón enamorado de Peñaflor oía pronunciar el nombre de la novia.

Fuera, el viento había callado y todo era silencio bajo la voz del payador, que se elevaba en el zaguán, salía a los patios y detenía la charla de los peones en el galpón cercano.

Peñaflor enviaba su canción enamorada a la novia esquiva y lejana. Sentimental y pueril unas veces, volvíase de pronto enérgica y ruda la queja; hasta que al fin, en un arrebato de despecho, calló de pronto la voz del payador, mientras la cuarta levantó otra vez largamente su nota a la que respondieron las otras cuerdas en un eco apagado.

Animado por las breves palabras de aplauso, el payador apenas si guardó silencio el instante preciso para que se aquietase en los otros el estado emocional que su estilo había producido, y de nuevo pulseó la guitarra, jugó un momento como distraído con los dedos sobre las cuerdas, y comenzó los compases rápidos y llenos de fresca picardía de una milonga.

Pero Ricardo ya no lo escuchaba; mientras la música se elevaba en el zaguán oscurecido, espontánea, regocijada, su pensamiento se sumía por grados en el asombro que le produjera la narración del caudillo. Los años habían pasado largamente, fecundos en episodios de violencia y de dolor sobre el recuerdo de aquella tarde cuyas visiones habían quedado en la memoria de Ramírez como sucesivas imágenes a las que faltaba ya el nexo de la emoción de los primeros días.

De sus labios de hablar lento, habían salido las palabras

con no disimulada monotonía, tal como si estuviera Ramírez narrando un vulgar episodio venido a conocimiento de su alma ya desgastado de verdad al trasmitirse de labio en labio por largo tiempo antes de que él llegara a oirlo.

Entonces pudo ver Ricardo, que desde el primer día de su llegada a la estancia una amistad cordial le había acogido. Después de aquella confesión del caudillo, brotada espontánea y descuidada en sus labios, sintió que en su trato no había faltado intimidad para él; sólo que él no había sabido advertirla preocupado por encontrar entre el alma de Ramírez y la de los demás hombres, extrañas diferencias que colmasen su fértil imaginación de joven. Ahora lo veía como un alma sencilla y recta, diferenciándose de las otras por la fuerza con que recibía los choques de la vida y con que actuaba en ésta. Pero, ¿cuál era la medida de esa fuerza? He ahí lo desconocido para Ricardo.

¿Cuál era la razón de esa fuerza? ¿Acaso bastaba para explicarla la voluntad tenaz al servicio de un certero instinto moral? ¿Acaso eran las inmensas potencias morales de su alma, que necesitaban esa vida de acción heróica para desarrollarse armoniosamente, tal como su cuerpo necesitó emplearse en duras labores para adquirir aquella total plenitud de los músculos? He aquí lo que Ricardo deseaba saber en aquel instante sin lograrlo. Pero lo veía desarrollado íntegramente, como un árbol crecido hasta levantarse solo en medio de los cielos hondos y lejanos. Observado en la austera intimidad del hogar, a través de la conversación y de sus actos más simples, Marcos Ramírez afirmaba en Ricardo los conceptos que la fama gaucha había creado sobre su contextura moral. Lo veía amar los corazones sencillos y honrados, y darles su amistad sin reservas. Despreciaba la astucia como arma de los débiles; leal hasta la temeridad, no comprendía otra vida que la de la verdad, y estaba en ella, sin oscuras incertidumbres. Cuando él afirmaba o prometía algo, aún al más humilde de los hombres, luego lo mantenía sin que ninguna conveniencia pudiera insinuar en sus actos públicos un asomo de negación, ni siquiera de limitación de lo que había pronunciado en la intimidad. Y bien se advertía que en ello no entraba el mezquino cálculo de mantener

adictos a él a los que pudieran serle útiles; sino que respetaba aún en el más humilde, la dignidad humana. Por eso desde lejanas distancias acudían en demanda de su consejo, las almas honradas en sus momentos de tribulación y de lucha.

Ricardo había leído en su aprendizaje en Melo y oído de labios de otros hombres, la historia de otros caudillos; pero éste parecía distinto. A pesar de ser el primero en medio de la sociedad en que actuaba, se conservaba modesto en los hábitos y en los gestos; y si bien ya no seguía apoyado en la mancera del arado la línea oscura de los bueyes en la huerta, sobre el caballo diestro en la labor continuada, dirigía el cuidado de su hacienda en medio de la admiración de los peones por aquel brazo que había llegado ya a los límites de la ancianidad con la fortaleza de los primeros años en el manejo certero del lazo.

La admiración de unos y el interés de otros, hubieran siempre hallado palabras con qué justificar cualquier acto del caudillo que significara una desviación del camino árido de fiera virtud en que había vivido. Pero advertía Ricardo que Marcos Ramírez después de haber conquistado con una vida de sacrificios y heroísmo la admiración de las muchedumbres, era capaz de la estóica resolución de renunciar a todo y llegar, solo con su alma altiva, a la tarde de la muerte, antes de negarse en una claudicación. Acaso, sí, su prestigio estuviera cimentado en violencias y hasta en algún bárbaro episodio; pero lo que nadie podría negar a aquel hombre rudo y bondadoso que no conocía ni amaba otra cosa que la serena soledad de los campos, era la pura sinceridad con que había vivido y ya sólo esperaba desaparecer de entre sus paisanos, a los que dejaría como viva enseñanza el ejemplo de su fé en la virtud.

La voz de la esposa del caudillo llamando para la cena, calló a la música de Peñaflor.

En el rectángulo de luz que la lámpara del comedor avivaba en el zaguán, Ricardo vió avanzar al caudillo con pesado paso...

En la intimidad reveladora de la casa, como en la palabra emocionada de los payadores, Marcos Ramírez conservaba los mismos rasgos morales que extendieron su fama desde la cuchilla de su primera hazaña, hasta los pagos remotos.

CAPÍTULO XIII

HA cesado la lluvia. Van hacia el norte, veloces, en fuga precipitada que las hace adelantar a unas sobre las otras, mientras las más débiles se deshacen en lluvia, las nubes que el pampero, como un pastor celoso, recoge dispersas en las llanuras del cielo y conduce hacia otros horizontes.

En la limpia mañana florecen en luz los arbustos sobre cuyas hojas mojadas cae el claro sol.

Llámanse en la cercana loma los teru-terus; en el ombú la alegre humedad del ambiente está cantando en el pico de una calandria.

¿Cómo ha podido ser este encuentro de los dos solos, junto a la ventana enrejada frente a la cual tiembla la enredadera interrumpiendo la visión del bañado, extensa llanura azul en cuyo centro, como una imprevista y verde colina, se va, ondulando sobre las aguas, el monte del Tacuarí?

Durante los días pasados en la estancia, en la intimidad de la lluvia de cerrados horizontes, Ricardo había deseado muchas veces levantarse de la rueda del zaguán en donde oía la voz del caudillo, para ir hasta la penumbra del cuarto cercano en que sonaba la clara voz de Maruja. Entonces sabía las palabras que pronunciarían sus labios y la audacia de su mirada deteniéndose en los ojos negros de la joven, limpios y alegres como su canto entre los labios rojos.

Su espíritu descansa de la rudeza del ambiente, en presencia de la joven; y se aviva la voz, y una esperanza de imprecisos pero ciertos goces se anuncia en la desolación de su vida de pulpero.

Toda la sequedad que los días solitarios han puesto en su pensamiento; la hostilidad de las cerradas paredes del negocio en las noches de invierno en que ido de sus ojos el sueño nin-

gún recuerdo ni esperanza feliz acortaba los insomnios, se han borrado de su memoria desde que aquella figura delgada y suave, de negrísimo cabello dividiéndose en dos sobre la frente curvada, anda a su alrededor con la alegría de su juventud entre el áspero hablar de aquella morada de caudillos.

La palabra de Ramírez y su presencia, llenaban la casa, los patios, los tiempos del pago; a los hombres y las cosas, daba su cercanía un aspecto dramático, que se avivaba en los ojos de Bernabé y se recogía en los silencios de Antolín.

Dura la vida, entre las pasiones incontenidas, los gestos huraños; el trabajo cansado en su inalterable sencillez; las calladas noches, o pobladas de la música salvaje del pampero. En las lomas y los valles, la espera de un galope de carga o de una mancha de sangre.

En las escasas mujeres jóvenes que había ido conociendo en sus visitas, la misma aridez borrando los signos de la feminidad. Martirizadas las robustas formas bajo el traje de fiesta; entornados los ojos con un pudor lleno de tristeza; sobre la falda las manos estrujando el pañuelito de seda de un rosado pueril; juntas las rodillas y cruzados los pies por detrás de las patas delanteras de la silla, como si temieran caerse, así se estaban delante suyo toda la tarde; cerradas almas con las que era imposible toda afectiva comunicación. Si él hablaba, contestaba la madre, y respondía la última palabra, con apagada voz de eco, la hija.

Sus rostros no eran ni alegres ni tristes; parecían no haber amado nunca ni sufrido; eran un silencio blanqueado de polvos de arroz.

Bien distinta la joven que entonces le acompañaba en el mate. La pesada tristeza de la virtud en las otras, desaparecía en ella iluminada por la gracia. En el ambiente austero que la sola presencia del caudillo producía, Ricardo sintió sonar durante las horas de lluvia en la estancia, la alegría inocente de su voz.

Desde que la viera, el campo se reveló a sus ojos con una ternura en sus líneas que antes no le conociera. Ya no recordó el pampero, sino la brisa aromada por las yerbas de pajarito de los montes, sonando como una desmayada sinfonía sobre las

suaves curvas del paisaje azulado de luna. Entre las losas rojas del camino; en las sombras de los mimbres; en la pluma reluciente de los teru-terus; en el canto de los cardenales, un nuevo sentido de su alma descubría un lenguaje de escondida dicha entre el luchar de los hombres.

Sentado frente a ella, siente que todas aquellas voces están en la voz de Maruja; que aquellas luces están en la luz de sus ojos. Y quisiera decírselo; pero, como en la soledad de sus paseos, advierte que su alma sólo es una caja de resonancias de todas aquellas músicas, sin ninguna propia para poder expresarse.

Y callan los dos, sobrecogidos en un dulce temor.

Porque ella también, ahora en que por fin está sola a su lado, quisiera oir la palabra animada por los bellos pensamientos que ella adivina bajo la frente vibrante. Sí; él conoce todas aquellas vidas recordadas con su padre; él vive entre los hombres rudos que se reúnen en la reja de la Azotea; pero también, ella sabe que detrás de sus ojos pardos que miran con firme lealtad, hay otros pensamientos acaso sólo por ella presentidos en aquel rostro de labios finos, blanca piel y firmes rasgos.

De pié, ella lo vé viril y tierno, a un tiempo mismo. Aunque viste botas y bombachas; a pesar del pañuelo blanco anudado a su cuello, del rebenque colgante de su mano, Maruja siente que sólo él es distinto en el pago; y por eso se ha quedado sentada largo rato esperando la palabra que ella no sabe provocar.

Y a hurtadillas le miraba los labios, como si ellos guardaran todos sus dulces sueños de los anocheceres, cuando miraba desde el altillo enrojecerse los cielos en los lejanos horizontes.

Las palabras eran tímidas, pues sólo querían huir del silencio que los delataba:

—¡Qué crecido se ha puesto el bañado! ¿Vé usted aquel mimbre del que no aparece sino la copa sobre las aguas?

—¿Cómo ha podido crecer tan solo, entre las aguas que quieren ahogarlo?

—En el buen tiempo está lejos del canal del río. Piense todo lo que deberá usted nadar en la creciente. Si esperara una noche, el bañado bajaría.

—Bien quisiera hacerlo, Maruja; pero debo continuar el viaje interrumpido hace tantos días por la lluvia.

—Sin embargo, un día más... ese bañado es peligroso para quienes no lo conocen.

Ricardo se sonrió y dijo:

—Si me ahogara en él, las aguas no guardarían mis huellas... ni el pago mi recuerdo.

—¿Por qué dice eso, ahora que va a arrojarse al peligro? Es el placer de hacer daño.

Un instante se encontraron las miradas, y huyeron temerosas hacia el campo.

Maruja había dejado escapar una verdad que Ricardo no se atrevía a preguntarle, y se calló avergonzada. Ahora no tenía ya la seguridad con que oía los tímidos elogios de los gauchos; pero es que aquéllos nada decían a su alma.

Hija de Misia Adela era, sin embargo, bien distinta a la madre. Una, criada en la rudeza de su tiempo, amó al gaucho altanero, de recia figura, cuyas proezas en los combates y las hierras glosaban las décimas de los payadores y las palabras de los caudillos.

Arrullaron sus sueños cuentos de gesta; y en su infancia muchas veces detuvo en el patio los juegos de niña, para quedarse mirando pasar por las cuchillas los escuadrones de lanceros marchando a la guerra. En el rancho se guardaban las lanzas del padre y los hermanos, iguales a las que veía arrinconadas en las estancias cuando iba de visita. Más temible que todas aquellas, era la del mozo de rizada melena cuya voz de caricia sintió en las ruedas de los pericones, pensando cómo sería de viril en los entreveros. Y amó desde temprana edad a Marcos Ramírez, porque él era el tipo de la belleza varonil de su tiempo.

Maruja nació cuando ya habían pasado los fuertes trabajos de la pobreza. Su padre era entonces el caudillo, y se le educó en el pueblo entre gentes de vida tranquila; oyendo relatos de la ciudad; entre la amistad tierna de las niñas y el homenaje emocionado de los jóvenes. De la guerra no recordaba sino una madrugada en que los relinchos de los caballos detenidos junto al ombú despertaron su sueño. Por la ventana del

altillo estuvo largo rato viendo andar en la confusa claridad de la hora, a hombres extraños, envueltos en el poncho, entre el sonido de sables y los relinchos de sus caballos contestando a los que venían del bajo donde sonaba el galope de una tropilla. Después recordaba distintamente, aún ahora a través de los años, los pasos de su padre subiendo a su pieza. Y le vió entrar, blanqueando la barba en la penumbra, y dirigirse a su lecho. Había conservado cada una de las breves palabras, y parecía aún sentir el calor de los labios cuando le dejaron en la frente el beso de la despedida. Ella no pudo reprimir la congoja y lo despidió con el llanto. Poco después sintió agitarse a los caballos bajo el ombú, y partir al trote por el cerro.

Educada en un colegio de religiosas, ella no conoció el encanto varonil que amó su madre viendo a Marcos Ramírez saltar frente a los cielos sobre el lomo de los baguales, y el orgullo de oir glosar en la alegría de una décima la hazaña de su hombre en un combate. Sobre su roja sangre de hija de caudillos, la educación volcó la desmayada palidez de las leyendas cristianas. Y cuando volvió a los campos, tuvo la pena de ver que no la distraían los dramáticos cuentos de los hombres, ni nadie oiría sus tiernos pensamientos de colegiala.

Ricardo era para ella, un sueño de sus sueños.

Volvieron a hablar, temerosos de que alguien llegara sin haber podido decirse antes de la despedida aquello que los dos estaban pensando.

—¡Qué lejos parece estar la pulpería en aquella cuchilla!

—Cierto. ¡Y qué sola!

—¿Se aburre Vd. viendo siempre las mismas caras y oyendo a los gauchos contar las mismas cosas? ¿Verdad que es triste el campo?

—Cuando los gauchos están en la reja, su amistad y su charla me hacen olvidar el trabajo. Pero cuando vienen las tardes, y todos empiezan a montar para irse, y Don Manuel se duerme sobre los ponchos en el mostrador, entonces sí, la soledad se vuelve angustiosa.

—Sin embargo, Vd. ve llegar a la diligencia; conoce gentes de la ciudad; habla con ellas. En cambio, yo sólo puedo verla pasar por aquella cuchilla, de Melo a Montevideo, siempre al

galope sus caballos, como si los hombres llevaran apuro en huir del silencio del campo.

—Pero a la estancia llegan contínuamente los paisanos.

—A mí no me distraen estos gauchos. En cambio, ellos se ahogarían en la alegría de la ciudad. Hablan siempre como enojados y tristes; no hacen sino recordar los tiempos pasados.

—Es verdad; tal vez por eso tiene esa tristeza su conversación. Los muertos siguen viviendo en sus narraciones, y les llenan los diálogos con la gravedad de sus tumbas.

—Por eso vivo encerrada en el altillo. Me distraigo, muchas veces, viendo cómo se hace la tarde allá en la Azotea. Se empieza a poner el sol, y el horizonte se cierra todavía muy lejos, allá sobre los Cerros de las Cuentas; después se viene acercando, hasta que cae el cielo sobre la pulpería, y la esconde. Después, más cerca, se pierde la Laguna del Negro, el bañado, el camino. El Cerro Largo parece una nube azul caída en la llanura.

Hasta que por fin ya no quedan más que la playa del corral y el cerro. Otras veces, cierro los ojos, y me gusta oir cómo llega la noche durmiendo los cantos, los ruídos, las voces. Hasta que la lechuza grita asombrada, y entonces abro los ojos y miro las estrellas.

—¡Qué curioso, Maruja!; ¿sentiremos de igual modo?

—¿Vd. también ha jugado a no ver la noche y sentir que está llegando?

—Para distraerme, un paisano me enseñó a tocar la guitarra. Y de tanto sentir esas voces, quise tocar en ella esa queja de estilo que está sonando en la tardecita. Pero yo soy muy torpe; y la música de las cuerdas es demasiado fuerte para dar esa música, tan débil que hasta la brisa la turba. Es como un canto en silencio. Me parecía la pena extendida del campo; pero ahora veo que no es así.

—¿Por qué crée que no es así?

—Porque ahora que estoy a su lado, recuerdo esa queja como la de mi pena por no haberla vuelto a ver desde aquel día de las carreras.

Los ojos de Maruja se entornaron ruborosos, y no contestó. Pero Ricardo sintió que ya no podría detener las palabras

y habló sin medida, cálida la voz, nerviosas las manos, frente a los labios sonrientes de la joven. Hasta que le llegó la voz de Antolin indicándole que los caballos estaban prontos para el viaje.

Entonces, impaciente, dijo:

—¡Maruja, la mañana está clara; yo sé cómo podremos hacer alegres a los días; se lo digo y usted se ha puesto triste.

—¿Qué tonta, verdad? ¿Vendrá pronto?

—Cuando Vd. quiera, Maruja.

—Sí; vuelva pronto. Ahora ya no será como antes. Llegaba la tarde y yo me adornaba cuidadosamente, como si esperara a alguien. Y un día tras otro, siempre igual; adornándome por la tarde para esperar a la noche.

De pronto, sin transición, levantó la voz como si temiera que alguien la hubiese oído y ella quisiera engañarle con palabras indiferentes.

—Mire cómo blanquea el bañado.

—Es verdad. Tiene una luz más viva que el cielo.

—Cuando llegue a la orilla, antes de nadar, mire para el altillo que yo lo saludaré despidiéndolo.

—Vd. no podrá notar si miro, ni yo podré ver su saludo.

—Sí, lo veré. Dé vuelta hacia acá el caballo.

—¡Bellos ojos de tan buena mirada!

Ella rió de su error.

—No son mis ojos. A Tata le trajeron unos anteojos de larga vista; pero él dice que no necesita usarlos. Yo me entretengo con ellos, desgarrando esa gasa gris que tiene el campo lejano. Me gusta ir mirando cómo se levantan los árboles y blanquean las casas, allá donde un momento antes nada había. Con ellos lo miraré.

Aunque estaban llenos de palabras, la despedida fué un mudo apretón de manos; y se separaron.

Sobre los caballos nerviosos por el ambiente fresco de la mañana, Ricardo y Antolín comenzaron a descender hacia el bañado, extendido como una inmensa superficie sobre la cual parecían colocados arbitrariamente algunos mimbres cuyos troncos ocultaba el agua.

Golpeaba sonoramente el trote de los caballos sobre las

gramillas empapadas, mientras Antolín indicaba al amigo el lugar por donde habría de comenzar la travesía a fin de cruzar la parte más angosta del río.

Con sus pelajes lavados por la lluvia, los ganados pacían en las lomas, asustados de contínuo por los ñanduces cuyos charabones ensayaban breves carreras abriendo al aire el blanco reverso de las alas.

Distraído por las palabras de Antolín, Ricardo esperaba quedarse solo para reunir en su pensamiento, y gozarlas, todas las horas de dicha transcurridas en la estancia que entonces el cerro ocultaba.

Así, oyendo sin atender las palabras amigas, andaba lentamente, pasando entre pequeñas lagunas, olvidados espejos en el verde, junto a las cuales dormían las cigüeñas.

Un olor a campo mojado refrescaba las narices de los caballos, cuando sorprendidas por el chapoteo de sus cascos en el agua huyeron en bandadas las bandurrias, poblando el ambiente con su tonto vocerío.

Al llegar sobre una pequeña loma se detuvieron los amigos. Mientras Ricardo se había bajado para ajustar la cincha, Antolín le indicaba el rumbo que debía seguir sobre las aguas.

—¿Es güeno pal agua su caballo?

—Después que empieza a nadar, sí.

—Entonce, si va a cruzar arriba de él, aflójele nomás las riendas, que él solo buscará salida tirando pa la querencia.

—¿Debo tirarme derecho a aquel mimbre?

—Eso es. Cuando pase el canal, tírese rumbo a los sarandises aquellos que agatas si les vemos unas ramitas.

—Muy bien; muchas gracias.

—¿Por qué no se saca las botas?

Ricardo se quitó las botas, las sujetó con los tientos al recado, y montó. Pronto ya para internarse en las aguas, torció el caballo y lo colocó dando frente a la estancia. Pensando en que Maruja lo vería a pesar de la distancia, se quitó el sombrero saludándola.

Desde el altillo, a través de los campos, ella lo despidió con un rayo de luz.

Ricardo había olvidado la cercanía de Antolín, que dijo:

—Ya está zonceando la muchacha, con un espejo.

—Adios, Antolín.

—Hasta la vista, amigo. Yo lo voy a bombiar mientras usté cruza.

Hostigado por el rebenque, el caballo comenzó a andar cauteloso abriendo una huella en la superficie ocre de la resaca. A su frente se extendía la llanura de luz del bañado, bajo la que desaparecían los caraguatás y los pajonales.

Al principio anduvo sobre la superficie sucia del remanso; después se acercó a la franja de aguas corriendo veloces y encrespadas sobre las que pasaban, dejándose llevar como pequeños botes sin gobierno, los patos salvajes. Ricardo veía a uno y otro lado pasar las aguas sobre las ramas abatidas de los pequeños sarandíes, mientras los más fuertes, como en un anhelo de aire, levantaban al cielo sus brazos desnudos.

Hasta entonces el caballo andaba sobre tierra firme; a causa de lo llano del terreno llevaba ya gran parte adelantado en la travesía sin que el agua le hubiese mojado el pecho. Aún le quedaba por andar lo más peligroso de aquella jornada cuando, ya muy distante, llegó junto al mimbre.

Allí se detuvo a observar el río que pasaba bajo sus piés. Lejos sentía el quejido de los árboles bajo el peso de la masa de aguas corriendo hacia el Paso del Sauce.

Desde la orilla le llegó la voz de Antolín, apenas inteligible. Pensó, oyéndola, que estaba solo y sin esperanza de ayuda en su cercana lucha contra la corriente.

—¡Tírese a la izquierda!

Agitando en la mano un pañuelo, el amigo, empequeñecido por la distancia, le indicaba el rumbo. Más allá, blanqueaba el altillo de Maruja. ¿Acaso estaba ella mirándolo arriesgarse en aquella extensa llanura blanca?

El no sería ya más que una manchita oscura nadando hacia la orilla lejana; ella no podría sentir la emoción de su lucha sobre aquel abismo en el cual remarían ardorosamente las patas del caballo.

El río estaba allí, con sus aguas luminosas y limpias; ahogando los pequeños árboles, desgajando a los otros; callado a sus piés, con roncas voces más lejos.

Una sensación de angustia oprimía su pecho, mientras la mano sostenía, firme, la rienda del caballo cuyo hocico temblaba junto a las aguas.

Del mimbre se lanzó un martín-pescador, golpeó con su cuerpo la superficie del río, y fué un arco invertido cuyos colores avivó el sol en sus plumas mojadas, volando hasta la rama de otro mimbre cercano.

No era posible la duda. Aunque supiese que las aguas habían de arrastrarlo hasta esconderlo en un oscuro rincón del monte, él no podría dejar de lanzarse ahora en aquella franja movible sobre la que se iban los rayos del sol. Volver hacia la dejada orilla, significaba el oprobio sobre su vida futura. Maruja no le había dicho que amaba el valor; sólo le había contado sus sueños de dichosa vida borrando con la alegría de los días tranquilos la dramática tristeza que ella sentía en el campo. Por servir los intereses de Don Manuel, olvidados por el propio gallego en su desesperanza, él iba a arrojar su cuerpo sobre el vértigo de las aguas; y Don Manuel no habría de agradecérselo siquiera. Allí en donde nadie mostraba prisa por cumplir ningún trabajo, él no podría retornar a la estancia a esperar un día más a que el bañado bajase.

Sobre la franja irisada del canal adelantaba un grupo de camalotes meciéndose en los altos tallos sus flores moradas; pasaron junto a él, y se alejaron.

Al sentir sobre las ancas el rebenque, el caballo dió un pequeño brinco y llegó al borde de la barranca que aún dejaban ver las aguas. Allí se detuvo tembloroso; estiró el cuello y el aire de su hocico resoplante formó pequeñas burbujas sobre el río.

Ricardo miró a los sarandíes limitando el ancho del río. ¡Qué lejos parecían estar ahora!

Más allá, el campo abierto donde los hombres estarían, indiferentes, viendo pasar las horas, sentados a la orilla de los fogones o en la reja de la Azotea. Le irritaba el absurdo de su valor en aquel momento.

Inútil temeridad de arriesgar la vida, sin ningún objeto preciso, por sólo no parecer cobarde.

Volvió la cabeza hacia la otra orilla. Antolín continuaba

allí, junto al caballo, como un pequeño bulto sin forma; más allá, la estancia en donde estaban el caudillo y Maruja...

Era la dura ley del pago.

Golpeó el rebenque con fuerza sobre el caballo, y cayeron en el río.

Fuerte en su voluntad, aflojó las riendas, se agarró con ambas manos a las crines; respirando con dificultad por una extraña opresión que le dolía el pecho, comenzó a nadar.

Abiertas con ansias las fauces; respirando con fuerza por las anchas narices; extendido como una proa cortando las aguas, el cuello; echadas hacia atrás las orejas, el animal cortaba en línea recta la franja clara del bañado, mientras sobre la superficie jugaba la corriente con las cerdas de su extendida cola.

Desde la distancia Ricardo veía acercarse los troncos secos que sobrenadaban ligeros describiendo las ondulaciones del canal, y pasaban junto a las narices de su caballo.

Confundidos en un mismo anhelo por tocar la orilla distante, el caballo mantenía rígido el cuello extendido, mientras el jinete estirábase hacia adelante, asido fuertemente a las crines y puestos los ojos ansiosos en las ramas de los sarandíes entre las cuales brillaba el sol sobre las aguas.

Mientras adelantaba esforzadamente el caballo en cuyos flancos golpeaban las olas para rodearlo describiendo círculos que otras ondas borraban a la distancia, Ricardo sentía la angustia de aquel nadar lejos de toda orilla, librado sólo al ardor de su animal para hendir felizmente la extensa superficie blanca, sobre la cual estirábanse los rayos del sol como si los llevara la corriente.

¡Qué débil y pobre cosa sería su solo esfuerzo para luchar con aquel caudal que corría cercándolo, si faltaran las fuerzas a su caballo!

Entonces su cuerpo sería llevado por el torrente con la misma facilidad con que llevaba sobre sí a los troncos; por encima de los pajonales abatidos, de las rojas ramas de los sarandíes, sin que sus brazos pudieran detener un instante el ímpetu fatal de las aguas sobre las cuales sólo produciría su batir breves círculos, hasta que, rendido al seguro destino, se hundiese

su cuerpo para levantarlo de nuevo el capricho del río, llevarlo sobre su blanco lomo, y echarlo, muerto gajo, en la sucia quietud de un remanso!

Por sobre su cabeza sintió pasar el sedoso batir de las alas de una cigüeña, cuya sombra vió alejarse, serena, sobre el bañado.

A instantes, parecían desfallecer las fuerzas del caballo y comenzaba a dejarse desviar bajo el impulso de la corriente. Entonces Ricardo le palmoteaba la quijada haciéndole torcer la cabeza y volver al rumbo. De pronto se detuvo dando un fuerte resoplido; ya pisaba de nuevo la tierra firme.

Aún debieron andar largo trecho, firmes las riendas por temor a cualquier sorpresa del bañado, antes de pasar frente a los pequeños sarandíes y detenerse sobre la loma en donde terminaba la llanura inundada.

Bajóse allí Ricardo para arreglar sus ropas empapadas, mientras el caballo se ponía a pastar ávidamente.

Por la ladera del cerro trotaba ya Antolín hacia la estancia en donde narraría en la rueda familiar la hazaña suya.

Acaso los labios del caudillo, dispensadores de fama, hicieran el comentario entusiasta de su hecho, frente a Maruja que recogería en el espíritu alborozado las palabras del padre.

¿Ella le estaría mirando aún?

Montó y, como antes de aventurarse en el río, se volvió hacia la estancia y quedó mirando hacia el altillo de Maruja.

Por encima del cerro, del campo, del bañado, ella lo despidió con un rayo de luz.

SORDAS voces despierta en los cardales el viento. Regulares, precisos, suenan sobre el suelo oscurecido los cascos del caballo que al tranco va siguiendo el camino.

Una cuchilla, un bajo; una cuchilla, un bajo; así, aburrida repetición del paisaje. Callado vuelo de un pájaro desde abajo casi de las patas del caballo; apretadas sombras de las majadas en las laderas. En todo lo ancho de la tierra cuya abierta extensión adivina el espíritu donde los ojos no alcanzan, muda y pavorosa espera de algo que está por suceder en el cielo en donde brilla, encendido de asombro, el lucero, mientras va solo Ricardo avanzando de regreso a la Azotea.

En el cielo y en la tierra, silencio; lejano silencio pleno de una sugestión potente de agüerías y almas en pena que pasearan sus tormentos eternos sobre el sueño de los hombres cuyos fogones ya apagaron. Empalidece la clara luz del lucero que va a caerse en la onda del alto cerro; sobre una cuchilla en el otro extremo, alguien enciende un trágico resplandor sangriento.

Una cuchilla, un bajo; una cuchilla, un bajo. Altas voces del viento en los cardales y en las siete cuerdas sonoras del alambrado; murmullo de lejanos ecos en el ala del sombrero.

Absortos los ojos doloridos de fijarlos tercamente, va Ricardo viendo deshacerse una nube frente a la luz, hasta que, como un sol frío y adverso, el disco enrojecido de la luna se levanta en la cuchilla lejana y extiende largas sombras sobre el camino y el campo.

Ahora, su pensamiento está fijo en la cercana casa que blanquea entre las pesadas formas de los árboles; el caballo mira atento a su sombra acompañándole sobre el camino negro

y torturado, cuando de pronto en el ambiente lleno de resonancias, les llega el eco de otro jinete, que hace volver la cabeza a Ricardo y erguir las orejas al caballo.

Galopa el otro mientras él va al tranco; pronto se hallarán juntos. Así andan una cuchilla más. Ricardo acorta el paso esperando; pero el tranco del otro responde como un eco al suyo.

Comienzan a cruzar una cañada donde el camino se ensancha. Entonces suenan el enérgico latigazo del desconocido y el galope del caballo. Ricardo se ha llevado la mano al revólver y oprime la segura rienda de su caballo que intenta volver la cabeza.

—Güenas noches.

—Buenas noches.

Alguna distancia resuena el acompasado trote, mientras los hombres se hablan.

—¿Caminando?

—Es verdad. ¿Vd. también de viaje?

—Sí señor. ¿Va pal pueblo... si se puede saber?

—No, señor; voy hasta la Azotea de don Zenón.

—¡Hombre güeno...! ¿No verdá?

—Así es.

—¿Usté es de por allí?

—Soy uno de los pulperos.

—¡Canejo, si es verdá! Usté es don Ricardo; ya me parecía conocerle la voz. En el tiempo que va que no nos vemos, tal vez ya no si acuerde de El Macho.

—¡Tiene razón! ¿Cómo no lo conocí? La verdad es que había desaparecido del lugar. ¿Cómo lo han tratado los brasileros?

—Mal, don Ricardo; pa mí ya no hay más vida que ésta perra que voy llevando.

Lejos de olvidarlo, el joven recordaba como un ensueño doloroso la figura de El Macho desde aquella noche en que lo conoció en la Azotea. Desde entonces no habían vuelto a encontrarse; pero en las ruedas de la reja más de una vez el relato de las duras andanzas del matrero mantuvo largo espacio la charla de los paisanos.

Desarmados ya de toda prevención, acercaron los caballos que se extendieron los hocicos intentando reconocerse, y el diálogo se hizo fácil mientras clareaba la luna sobre los cardos y en las curvas de las cuchillas manchadas por las sombras deformes de los ganados.

—¿Piensa quedarse por aquí?

—Ni sé, don Ricardo. Lo que es por el Brasil ya me es costoso mantenerme.

—Sí; en la reja contó Claudio Corro que por allá se decía que Vd. había muerto a un compañero suyo llamado Guerrilla.

—¿Y cómo lo contó Claudio? ¿Que lo maté mal?

—El no sabía bien; se lo dijeron en el Brasil y no le dió mucho crédito.

—Yo se lo voy a contar, don Ricardo... A usté lo persiguen, lo hacen malo a la juerza y dispués, no sólo buscan acorralarlo pa darle fin, sino que todavía lo hacen hasta maula y asesino en la fama que le echan. Y uno, ¿cómo se va a defender si vive de día en los montes y de noche solo en los caminos? ¿Usté no halla?

—Ya lo creo; dura la vida suya.

—Cansao de llevarla maté a Guerrilla; y en vez de mejorar, a los males antiguos les agregué otro mal. Yo me juí de aquí aburrido de esperar la ocasión de encontrarme con ese maula de Carreras. Inválido; sin poder trabajar en otra cosa; mal visto por la polecía, crucé la línea confiao en mi habilidá en las barajas. Unas pocas leguas de la frontera, en un boliche adonde había llegao pa orientarme, me encontré a Guerrilla. Era un hombre gordo, petizón, muy tomador, que hablaba a los gritos y gastaba la plata entre la brasilerada que lo seguía. Tomé callao unas copas y volví a montar. Ya iba por el camino cuando Guerrilla me alcanzó. Con que nos pusimos a hablar. Tenía facha pa todo; pa comilón, güen chupador o amigo de mujeres; menos pa ser hombre de mucha coraje o capaz de cometer un asesinamiento...

Con que el hombre me ofertó formar en su cuadrilla de contrabandista. ¿De qué más me iba a ocupar con esta pierna inválida? Jugador o contrabandista... ¿Usté no halla?

Aceté y empezamo a trabajar. Con que no habíamos an-

dao mucho juntos, cuando ya vide en la que me había embretao. Era un hombre como no he visto otro; tenía una madre rica; estancia grande, y amistá con algunos de la autoridá. ¿Por qué diablo a aquel gordo tan amigo de comer y chupar a gusto le había dao por meterse a contrabandista? No demoré en saberlo. Guerrilla era un alma endiablada. Uno de sus brasileros me contó una noche que veníamos de bomberos abriendo la marcha a la cuadrilla con un contrabando, que porque uno le había dudao en una pulpería, lo había concluído por la espalda en una picada. ¡Mal hombre aquel gordo tan amigo de ráirse! La gente lo soñaba...

—No se andaría muy a gusto con semejante compañero.

—Ansina es, sí señor. Pero a mí me trataba con miramientos; y como amigo, lo era, mesmo. Generoso con la plata y el coraje, dende el principio le ganaba a uno la amistá con su modo tan bonito y la lealtá con que se jugaba al lao de uno. Con que yo me juí comprometiendo en nuestras encontradas con la polecía.

—¿No le tendría miedo?

—¡No señor!; el hombre era guapo mesmo. Dispués... tenía una créencia ciega en una oración pa las heridas... La verdá es que nunca le habían agujereao el cuero. Muchas veces hablamos de eso con los otros; yo me réia de su créencia, y ellos seguían convencidos.

Con que, una vez Guerrilla resolvió desparramar la gente y quedarse sólo conmigo, porque nos tráian muy mal.

Una noche veníamos viniendo a cruzar la línea. Hacía un frío que nos endurecía las manos abajo de los ponchos; ni hablábamos por no abrir la boca en la que no dejábamos apagar el cigarro. En eso vimos una luz en un rancho y sentimos risas. Guerrilla quería llegar; pero me mostré tan negao a comprometernos al ñudo, que seguimos andando. Con que el hombre puso mala cara y entonces sí que no dijo una palabra en el camino.

En una de esas vimos venir, en la noche clara, a un negro al tranco del petizo. Guerrilla se le acercó a conversar. Con que, dispués de saludarlo, le preguntó pa dónde iba. El negro dijo que iba pa aquel rancho a tocar la música.

—¿Pero cómo, moreno, vos tan viejo y todavía tenés alma pa salir a los caminos con este frío pa dir a un baile?

—No voy pa divertirme, amito; yo soy la música y en ésto me voy ganando la vida.

—¿Pero no tenés frío, moreno?

—Cómo no, mi amito. Ya tengo las carnes duras como los huesos y me lastima el caballo... ¡Cuanti más con estos frios! Pero soy viejo, nunca pude juntar un rial pa cuando llegara a esta edá y áhi tiene, mi amito, que voy arrastrando mis años de músico aunque el frío me endurezca en los caminos.

Guerrilla hablaba como con lástima; yo se la tenía a aquel disgraciao.

—¿Y no te gustaría dejar de una vez esa acordeón y quedarte a dormir en estas noches de helada?

—¡Ya lo creo, mi amito. Pero si no voy con mi acordeona no tendré qué comer al otro día.

No había terminao el moreno cuando sonó un tiro y Guerrilla dijo:

—Güeno, negrito, quedate a descansar.

El cuerpo del moreno se echó pa adelante; cayó, sonando, la acordeón. Dió un paso el petizo; por el pescuezo se le acostó primero el moreno y dispacio, pesao, jué resbalando callao hasta cáir al camino.

—¿Y usted no dijo nada?

—Yo no tenía ninguna idea; no hacía más que mirar pa dir comprendiendo aquello. Guerrilla dió de rienda al caballo, se agachó sobre el muerto y me dijo con la misma calma:

—Güeno, ya está bien dormido; les va a faltar la música a los del baile.

—Pero Vd. no habrá permanecido así, delante de un crimen de esos.

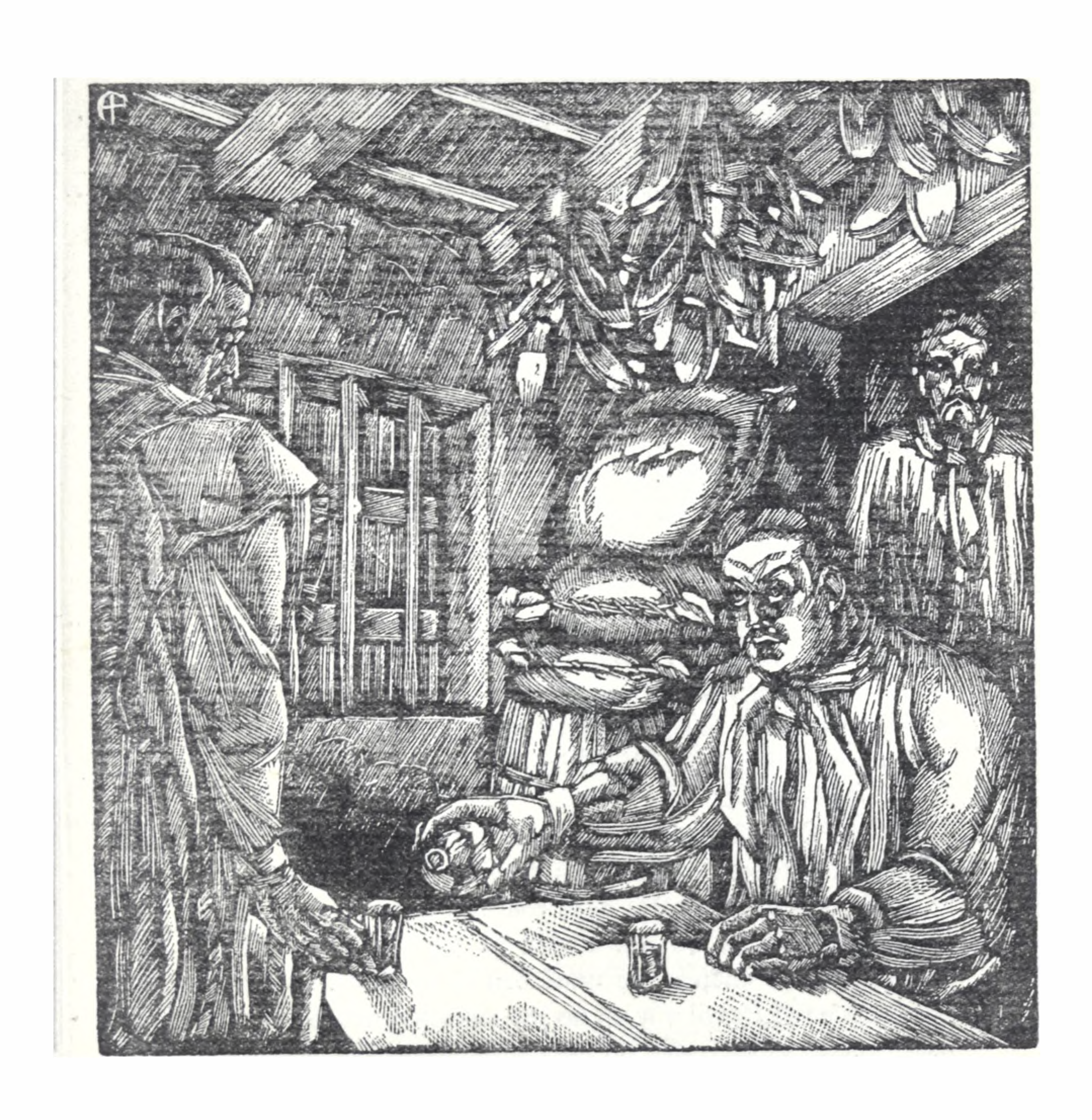
—Àhi jué mi mal, don Ricardo. Cuando me juí de aquí llevaba una cansera invencible de la soledá en que vivía. No podía quedarme con un amigo a mi lao en la reja, ni con una mujer en su rancho toda la noche. Por ese bandido de Carreras yo había cáido en matrero; primero, cosa de mozo, créia que el asunto iba a ser sólo con él; pero bien pronto vide que. Ca-

rreras, porque era comisario, tenía a todos de su parte. Y me encontré solo. Escondido en los montes o en las sierras a las horas de sol, cuando los hombres trabajan en los rodeos o se reúnen pa contarse historias o pa oir un payador en las rejas, me era preciso esperar la cáida de la noche en el campo y entonce, como los carpinchos que salen a pastar en las barrancas del río, montar a caballo pa dir de un pago a otro a la hora en que las sombras limpian de comisarios los caminos. ¡Cuántas veces, duro de frío o cansao del zumbido del silencio, tuve la tentación de dar de rienda al caballo y enderezar al galope, sin pensar en más nada, sino en que allí estaba ardiendo el fogón que yo véia desde la llanura, y orillándolo, al calor de los trasfogueros estarían sentaos los hombres hablando tranquilos, entre mate y mate, sin hacer caso de los ladridos de los perros que sentían el trote de mi caballo en la noche! Por eso me juí al Brasil.

Aquella tarde que encontré a Guerrilla, lo vide tan camarada de todos, sentao echao pa atrás contra el mostrador; conversador ladino; ruidosa la carcajada; gordo de llevar güena vida; respetao por el pulpero y rodeao de tantos que le buscaban la boca pa que les contase historias, que me dieron ganas de quedarme yo también a óirlo. Con que cuando me alcanzó en el camino, no tuvo mucho que hablar pa juntarme a su pandilla. Usté mesmo hubiera pensao que el hombre rejuntaba compañeros pa andar siempre en reuniones alegres, que no pa tener pendencia con la polecía. Y me juí con él.

Con que anduvimos solos muchos días. El tenía dinero; amistá con la gente; conocía el pago; ansina no era nada raro que él juese mandando y yo lo siguiera. Y a eso nos juimos acostumbrando. Pero al fin yo colejí que poco a poco, como quien dentra en un río, había sentido el primer frío al meter los piés, me acostumbré a eso y metí las rodillas; dispués, otro poco, y así juí hundiendo la voluntá propia pa dir cumpliendo la de él.

Con que un día vide que nos buscaban con ganas; pero ansina como él jué en un principio pensando por mí, pal final, el hombre era juerte y déspota, también jué sintiendo por mí. Sus amigos eran mis amigos, y sus odios mis odios. Yo sabía



que no era ansina en el fondo; pero en los hechos y pa la gente yo no era más que la sombra de Guerrilla. El movía un brazo o torcía el rumbo del caballo, y yo respondía los mesmos movimientos o seguía el mesmo rumbo.

—Tiene razón: hay ciertos hombres que por su voluntad, o más probable es que sin ella y sí por la sola fuerza del carácter, si se unen a nosotros es para ir, poco a poco, pero de una manera fatal, atándonos a su destino sin consultarnos. Lo mejor es separarse de ellos a tiempo.

—Sí, don Ricardo; ¿pero quién puede adivinar al principio que el amigo generoso y valiente va a ser, con el correr del tiempo, uno de esos hombres? ¿Quién puede decir el momento fijo de la madrugada en que ya no es más de noche y se ha dentrao en el día? Y el día es bien claro, y la noche negra. Mesmo, cuando lejos se alvierten ya los primeros resplandores, que uno nunca ve empezar, parecen tan débiles que el peso de la noche los va a ahogar. Ansina están, indecisos, como apretaos, hasta que la vista se acostumbra de tanto mirarlos, cuando en un redepente nos sorprende ya el sol saliendo en la cuchilla. Pero si no hubiéramos visto pasar ésto ansina tantas ocasiones en la vida, ¿hubiéramos podido colejir que aquel resplandor miedoso iba a sostener primero y a empujar dispués a la noche hasta hacer sobre el campo y el cielo todo claridá? ¿Usté no halla que nó, don Ricardo?

—Es verdad.

—Y dispués... todos tenemos nuestro orgullo. Si yo me iba ¿no era tenerle miedo a su dominio? ¿Por qué iba a ser él y no yo el primero de los dos? Pero no pensaba que aunque yo juese más juerte, no era ansina pa los otros. Estábamos en sus canchas; y cuando me junté con él, él era Guerrilla, cargao de fama en el Brasil y a mí no me conocían más que por ser su compañero. ¿Qué valía mi coraje pa convencer a los otros de que la cosa había cambiao entre él y yo?

Guerrilla comenzó a ver que no llevaba en mí al hombre pa que le obedeciese en todo. Nunca nos dijimos nada de todo ésto, que al fin yo tampoco véia muy claro; pero, eso sí, él y yo véiamos que no había yo echao juera mi alma pa ponerme la suya. Hasta que vino el asesinamiento del pobre moreno.

Con que jué entonce que recién yo carculé claro lo que aquello podía ser. ¿Lo había matao Guerrilla, por el solo gusto de terminar a un infeliz que nada le había hecho y ni llevaba nada encima más que la música de su acordeón?

—Algunos hombres matan así, Macho; a ese moreno, o a Vd., o al primero que en ese momento se atraviesa en su camino; el caso es matar, no importa a quién.

—Colijo que áhi no lleva razón, don Ricardo. ¿No habría sido pa echarles a perder la fiesta a los del baile, faltándoles la música?

Al fin, yo no lo había dejao que se los juera a estropiar de otro modo. Pero, ¡qué diantres! se me vino otra idea más juerte y más justa: ¿No habrá matao al pobre moreno, pa atarme con la complicidá de aquel hecho? Yo creo que esa jué su idea endiablada. Y ansina pasó pa todos; juimos los dos, los que terminamos al moreno. Dende ese día, aunque yo juese incapaz de pensar las fechorías de Guerrilla, nos buscaban con las mesmas ganas a los dos; y el trato o la muerte que me esperaba, no iba a ser menos cruel que la suya. Entonce me hubiera separao. Pero ¿pa adonde rumbiar? Si me hubiese presentao a la justicia declarando que estaba asqueao de las cosas de Guerrilla y quería llevar una vida tranquila, ¿quién me hubiese créido? No es costumbre de la justicia creer en palabras de promesas, si uno trái atrás unos hechos que parecen desmentirlas. De la justicia ni de naides. Con que, vide que estábamos solos, él y yo, entre los hombres enemigos. Y aunque estábamos juntos y solos, íbamos separándonos poco a poco; yo por el odio que comenzaba a sentir al verme dominao cada vez más; él, por el rencor de saber que en el fondo yo no lo aprobaba ni lo temía.

—¿Por qué no se vino entonces, Macho?

—Y yo que sé, don Ricardo; quien sabe no jué el orgullo... Unicamente la muerte de alguno de los dos, ya me había hecho a pensarlo sólo ansina, podía cortar la coyunda que nos ataba. Con que una tarde veníamos juyendo de la polecía, por entre las quebradas de la sierra. Hacía largo rato que ninguno de los dos hablaba. En eso se volvió, y me dijo:

—Mirá Macho; en aquel rancho entre las palmas, hay dos

mujeres, la madre y la hija. Vamo a llegarnos y pasamos una noche macanuda.

—¿Con las mujeres?

—¡Pues ta claro! Yo me quedo con la hija, vos con la madre.

—¿Vos ya tenés rilaciones?

—No, ¿y pa qué las precisamos?

—Entonce no, Guerrilla.

—¿Tenés miedo?

—¿Cuándo me lo conociste?

Y nos volvimos a callar. Caminamos ansina yo ni sé cuanto tiempo. Tan pesao pa mí como nuestro silencio, sólo era el del anochecer.

—Mirá: si querés, vos te quedás con la hija.

—No, Guerrilla; no porfiés porque no judeo mujeres.

—Pa mí que tenés miedo.

—Probáme, si te parece.

Por primera vez nos habíamos dicho lo que andábamos pensando uno del otro. Y nos volvimos a callar. Abajo véiamos nacer el arroyo Ceibal entre las sierras azules y venir, herido de flores, arrastrándose en güeltas apretadas a morir entre los bosques de palmas del Yaguarón.

—¿Entonce no vas?

—Ya te lo dije, Guerrilla.

—Ta güeno. Vamo a arrimarnos al monte pa churrasquiar.

Y otra vez callaos, comenzamos a bajar hasta las palmeras. Nos había llegao la hora; yo sabía que iba a ser allí, dentro de un rato nomás...

—¿Pero él le dijo algo que se lo hiciese notar?

—No; pero lo pensaba con tanta juerza, que me parecía que él lo iba a óir; y créia que también sentía alto el mesmo pensamiento en los ojos de Guerrilla.

Llegamos a una güelta del monte y mesmo, donde hay unas cuatro o cinco palmas que con los troncos separaos y las hojas de arriba juntas parece que se hubieran apartao un poco pa conversar en voz baja, allí nos apiamos. Dispués que desensillamos nos sentamos al lao del fogón. El de un lao, yo del

otro. Disimulao me senté en un tronco de mataojo, de manera que quedaba casi parao. Usté ve que soy inválido y tenía que tratar de pararme rápido. Guerrilla me entendió pero no dijo nada. Comenzamo a comer. El lo hizo como siempre; a mí se me atragantó y dejé. Pa no guardar el puñal, agarré una rama y me puse como a hacer palitos pa los dientes. Guerrilla me miraba por abajo del ala del sombrero; yo también con los ojos casi tapaos por el mío, lo véia del otro lao del humo del fogón.

—¿Y no se decían nada?

—Nada; yo no hacía más que pensar; ¿va a ser ya, enseguida?

Y esperaba. Pero él no tenía apuro; sabía que igual iba a pasar aquello, cuando envitase.

Comió, limpió el facón, y sin mirarme, lo tiró lejos. ¡Confiao el pardo!

En una me dijo:

—¿No comés más?

—No me apetece.

Entonce agarró el asador y con carne y todo me lo tiró a la cara:

—Comé, muerto de hambre.

Salté con el facón en la mano; pero él, como un gato, me patió la muleta, y cayó arriba mío con las dos manos añudadas en mi garganta. Me ladié como pude y le encajé el facón en el pecho; pero el arma se me dobló sin entrar. Recogí el brazo y se lo volví a querer hundir; mas se hizo un arco el acero, mientras Guerrilla seguía apretando. Otra vez, con toda la juerza que me quedaba, se lo llevé al medio del pecho. Entonce me acordé desesperao de la oración de Guerrilla; el facón se cimbraba y él seguía apretando, apretando, sin hacer caso de mi arma. La tiré lejos; no podía nada con ella y me agarré, casi ahogao ya, a las muñecas de Guerrilla que apretaba, sin sacarme los ojos de los míos. ¿Cuántas güeltas nos dimos sobre los mataojos? Yo ni sé. En una de ésas, casi vencido, más por la idea de que nada podría contra su oración, al abrazarle la cintura le encontré el revólver. Se lo arranqué de un tirón y le puse el caño al lao del pescuezo. Apreté el gatillo. Dentre el hu-

mo, sentí a Guerrilla saltar y volver a cáir arriba mío. Quedé como atontao. ¿Iba a ser ansina? ¿Ni el acero, ni el plomo, me servirían contra su oración mientras él seguía apretando hasta dirme ya nublando la vista? Pero el coraje volvió a subírseme dentre el espanto, y apreté otra vez, con el caño contra el pecho. Guerrilla dió otro salto y volvió a cáir. Y sus manos añudadas, apretaban, apretaban....

Yo había peliao con hombres como yo, don Ricardo; pero aquella oración...

Y apreté otra vez, con el caño puesto en su vientre. Ni un quejido de Guerrilla; sólo mis ronquidos de ahogao. ¿Cuánto demoré pa ponerle otro plomo? Ya se me iba la cabeza...

¿Sería verdá aquello? Era, don Ricardo. Los dedos de Guerrilla comenzaron a aflojar, aflojar; se abrieron un poco; dispués cayeron las manos al costao de mi pescuezo y recién entonce lo bajé despacito de arriba mío. El roncaba a mi lao, revolviéndose; yo roncaba también, sin mirarlo, sin moverme; volviéndome las juerzas. Tuvimo un momento acostao uno al lao del otro. Pal final me levanté, ensillé sin dar güelta la cara pal lugar de donde me venían los ronquidos, envainé mi facón y monté. Vine a mirarlo; ya se había callao, con la boca y los ojos entreabiertos. Me agaché un poco y le dije:

—Usté lo quiso.

Y me juí al tranco, sin que él pudiera ya contestarme.

Nuestro mal estuvo, yo colijo áhora, en habernos juntao. No está bien que dos hombres de alma juerte se ayunten pa andar de aparceros; aunque no quieran uno dominará al otro, o terminarán como Guerrilla y yo.

Cuando miré las sierras, del lao que se había dentrao el sol, vide sobre la altura a dos polecías que iban al paso, como dos pájaros grandes y feos que jueran haciendo equilibrios pa no cáirse del filo de la sierra.

Así jué la cosa, don Ricardo. ¿Usté crée que cometí un asesinamiento?

—No, Macho; pero ha sido muy dolorosa esa vida que usted llevó y esa muerte que tuvo que dar. Usted es joven; sus paisanos lo aprecian. ¿No habrá modo de que ya termine sus

andanzas de matrero? Ahora que se vió libre de Guerrilla, debiera cambiar su manera de vivir. ¿No ha pensado en ésto?

—¡Cómo no, don Ricardo! Aquella mesma tardecita, me dieron ganas de poner al galope mi caballo, subir a la sierra y alcanzar a los polecías pa decirles que ya estaban libres, como yo, de Guerrilla. Pero hice bien en seguir rumbiando por entre las palmas. Cuando supieron el hecho, jué pa pior, pa mí. Ellos lo buscaban pa matarlo, porque él no hubiera dejao de cometer fechorías. Por librarme de él, obligao a defender mi vida; con asco de su oferta de judiar unas mujeres; lastimao por la muerte de aquel moreno infeliz, yo libré a la gente de Guerrilla.

¿No había hecho bien? ¿No era eso lo que querían, verlo muerto? Pues no, mi amigo. Entonce dieron en cobrármelo como güeno. Yo no podía matar a Guerrilla como ellos. Porque llevan un saco con botones de escudo, o a veces unos aficionaos que se rejuntan cuando el perseguido puede peliar; sin saber la causa, ni haberlo conocido nunca, lo persiguen sin descanso hasta acorralarlo como a un zorro y terminar con él. Un sable que se cuelgan o un poncho patrio, vuelven güena la muerte de un paisano, aunque lo hagan sin rabia, sin miedo y sin necesidá. Pa eso son la polecía. ¿De adónde sacan que por ser polecía ya se vuelven justos y honraos? ¿Acaso no los reclutan entre nosotros, tan bárbaros, o más por el calor del sable, como cualisquier paisano, pa dispués dejarlos que ellos digan quién es el güeno y a cuál hay que matar?

Concluyó con Guerrilla, dicen; él debe ser pior. ¿Por qué? ¿No pude haberlo concluído porque era mejor? ¿Y ellos, por qué lo hubieran concluído? Parece que se hubieran puesto celosos porque contra mi gusto les gané de mano. ¿Usté no halla que son injustos los hombres, don Ricardo?

—Tiene razón, Macho; pero a usted no le queda otro camino más que el de alejarse del pago. Aunque dijera a los hombres que no peleará más, ellos no se lo creerían hasta después de haberlo castigado. La justicia no conoce la esperanza de una vida mejor; cuando juzga y condena, sólo piensa en el pasado; y crée que no hay más camino para el arrepentimiento de un hombre, si no es el del sufrimiento en las cárceles que ellos han levantado. Usted debe irse, Macho. Ahora que su nombre

se ha rodeado de fama después de haber muerto a Guerrilla, todos lo perseguirán encarnizadamente sin preguntarle ni escucharle si usted fué justo o nó, matando al matrero que ellos buscaban. Puede ser que haya algunos que lo busquen para condenarlo con justicia; pero los más a la fecha ya se han echado al campo atrás suyo, por despecho, porque son guapos y quieren probarlo enfrentándose con usted, o por perversa compadrada. El que termine con su fama, Macho, de un sólo golpe la cobrará para su nombre. Y aunque los hombres fuesen mejores, ¿cómo convencería usted a los jueces de que la primera vez mató porque le habían insultado a su madre, después peleó obligado, y ahora acaba de matar por defenderse y creyendo hacer un bien? Para la justicia, los muertos tienen un precio, que es la cárcel; y en esa moneda hay que pagárselos.

Se hizo un silencio emocionado. Los caballos golpeaban, lentos, distraídos, el suelo enlosado que la claridad de la noche coloreaba de ocre. Los hombres miraban atentos hacia la cuchilla próxima, sobre la cual blanqueaba la Azotea de don Zenón, entre la masa oscura de los paraísos; rígida, la aguda aguja de un álamo parecía desgarrar las frágiles nubes que pasaban por el cielo caído detrás de la cuchilla.

Ricardo pensaba en la admiración que El Macho le produjera la primera vez de su conocimiento; y ahora, después de oída su queja, no podía reproducir en su espíritu aquella fresca adhesión que sintiera entonces por el matrero. ¿Era que sus años posteriores en la reja, le habían mostrado el dolor de aquellos hombres condenados a un incesante matrerear por los montes y las sierras, con el tormento inacabable de ganar cada día la vida, exponiéndose a la muerte? ¿O era el alma de El Macho la que había envejecido en la prolongada tortura de sus andanzas con Guerrilla?

Al abrigo de la ladera, en el camino ensanchado, dos carreros guiaban sus bueyes con cansadas voces, hacia las carretas envueltas en la luz azul de la luna.

—¡Buenas noches!

—¡Güenas noches!

—Viajan temprano.

—Es verdá, sí señor... aprovechando la noche clara.

Cuando los hombres se detuvieron, un largo relincho del caballo de Ricardo, ahuyentó el silencio frente al arco de la reja y se fué a los campos.

—¿No quiere quedarse, Macho?

—Gracias, don Ricardo; bien quisiera, pa prosiar otro rato... Pero no me queda más remedio que marchar...

—Présteme entonces una maleta.

Diósela el matrero en silencio, y Ricardo entró en la pulpería, de donde reapareció con ella cargada de alimentos.

—Lleve, por si tiene mucho que andar sin encontrar casa amiga.

—Gracias, don Ricardo. Salúdeme a don Zenón. Hasta la vista.

—Buen viaje, Macho.

Mientras volteaba el recado junto al galpón, Ricardo continuaba pensando en el amigo cuya silueta escondieron las sombras de los eucaliptus.

Apenas murmuraba la brisa en el álamo tembloroso; en líneas suaves se extendían las lomas hasta la llanura abierta donde dormían las estancias recogidas entre los árboles; sola, la luna avanzaba en un cielo propicio, limpio de nubes. Con la tranquila dulzura de la noche, se extendió la vidalita que uno de los carreros se iba por el camino silbando.

Ricardo había soltado el caballo, y oía las apagadas resonancias de la hora, sentado junto a la reja.

Sobre el sueño de paz de los campos, iría El Macho solo con el dolor de su vida huyendo de los hombres cuyos ranchos se empequeñecían, íntimos, bajo el cielo profundo. ¿Por qué aquellos hombres, desde el caudillo hasta el matrero, consumían sus vidas en la hoguera de esa pasión de valor soberbio, deshaciendo el encanto suave del paisaje campesino, con sus luchas cruentas?

El valor, arrastrándolos al crimen contra otro o contra ellos mismos. ¿Acaso por sí mismo, por el placer de su solo ejercicio, sin un fin duradero, merecía el valor gastar tantas nobles vidas? En la indiferencia de la soledad campesina, tal vez las potentes energías vitales de aquellos hombres, sólo en

él encontraran el cauce para desarrollarse. Pero ¿adónde conduciría a sus paisanos aquel pensamiento de la virtud de una vida trágica?

A unos convertía en caudillos, a otros en matreros. La guerra y el crimen, pasando siempre sobre las lomas graciosas, bajo los anchos cielos. Y de tanta energía perdida; de tanto dolor sufrido, no quedaba otra cosa más que una mancha roja, como tímidas margaritas, sobre las verdes gramillas, y un relato emocionado en la reja, azuzando a los otros. Así por siempre, doloridos y miserables.

¿Cómo encontrar una esperanza en la cual ellos creyeran con el corazón alegre, y para lograrla empleasen esas fuerzas enormes de las almas que el pensamiento de una oscura fatalidad gastaba trágicamente?

Como la más débil voz de la noche, todavía sintió Ricardo al cerrar la puerta, que le llegaba la serena queja de la vidalita que el carrero se iba por el camino silbando.

CAPÍTULO XV

—DON Ricardo, un rial de yerba.

—¿Cuánto me va a llevar por este par de botas, pulpero?

—¿Quiere servir otra ginebra pa la rueda?

Sin dar tiempo a que hubiese atendido la voz de uno, le llamaban los otros, hombres, muchachos, desde la reja y junto al mostrador cuya distancia recorría el joven con azuzada inquietud.

—¡Animesé, Comandante...!

—Oigalé...

—¡Ja ja ja!

Irrumpían de pronto las voces de los que sentados junto a una mesa continuaban la jugada del truco.

La llegada de los días de primavera, de clara luz en los caminos, volvió a agrupar al paisanaje en la pulpería. Estaban otra vez, desde el principio de las mañanas hasta el caer de las tardes, reunidos en despreocupadas ruedas los amigos de Ricardo, contándose los viejos relatos o historiando el único episodio que quebró el pesado hastío del invierno en los ranchos lejanos.

Alegre el sol entre las ligeras nubes; alegres las cuchillas de un verde brillante en el primer plano visible, más sombrío a la distancia, hasta confundirse en un tono gris azulado los límites del campo y el cielo, más lejos. Jubilosos balidos de las majadas dispersas; saltaban persiguiéndose entre regocijadas voces los chingolos desde el anca de los caballos hasta la tierra sombreada; erguido el cuello, airosa la rosada cresta del sol, el gallo lanzaba al aire diáfano su canto tranquilo y soberbio. La broma más ingénua; una carta al caer sobre la mesa de los jugadores, provocaban altas carcajadas en la pulpería

entre cuya sombra fresca un claro rayo de sol saltaba sobre los vasos. Colmada alegría de vivir en los hombres, los animales y las cosas.

Y sin embargo, Ricardo sentía en el espíritu una extraña inquietud. No cesaban sus manos de hundirse en los panzudos tercios de yerba; de correr las pesas en la balanza, anotar cantidades en las libretas o hacer sonar las monedas en el cajón del mostrador; impaciente, como si temiera que el tiempo fuera a faltarle para despachar los pedidos de aquellos que una vez expresado su deseo acomodábanse, olvidados, a oir la charla de los otros. Pero no; no era de la atención del negocio de donde le venía aquella oscura inquietud que le hacía andar entre los amigos indiferente a sus voces, extraño a su alegría.

Ya otras veces en la soledad, le había sorprendido aquella misma ansiedad de algo lejano, impreciso, que ninguna palabra o idea podría expresar y que, no obstante, adquiría en él la fuerza emocional de un hecho.

Su cuerpo estaba ágil y limpio de toda pereza, como aquel claro rayo de sol que danzaba frente a sus ojos; pero más hondo que el pensamiento cambiante que animaban los otros con su palabra, la sombra de una idea tenaz parecía nublar a su espíritu.

Sí, él ya conocía aquellos estados de su alma. Los cielos, los campos, los hombres y las cosas, se vaciaban de pronto de todo contenido espiritual, y se tornaban en áridas superficies extrañas, con las que su pensamiento no podía comunicarse. Se diría que de él mismo se había ido su alma, y sólo quedaban los ojos mirando sin comprender, los oídos sintiendo llegar, sin eco alguno en la conciencia, fragmentado el canto de los pájaros, y los brazos y las piernas moviéndose por impulsos mecánicos cuya voluntad él no registraba. Mientras tanto, la imaginación lo volvía a los días de la infancia, simples y claros como la canción que oyera todas las noches al dormirse; iba entre figuras ciudadanas evocadas por el último libro llegado en la diligencia y que él leía por la noche para descansar en la actividad del alma la fatiga del cuerpo. O las más de las veces, nada veía ni oía, y sin embargo su pensamiento se iba por largas horas hundiendo en un sentimiento vago, extenso, como

un limpio cielo de atardecer de otoño, sin nube que lo interrumpa; sin sol que lo encienda; tan cercano o tan hondo como nuestra vista alcance; sin canto que nos distraiga de la pura presencia del azul pálido que nos envuelve, indefinido y sin límites como un pensamiento místico. En esos momentos una lejana angustia se apoderaba de él; era como si los deseos repetidos y breves que en los días ordinarios lo detenían en su afanoso trajín, desbordaran al fin en su alma y fuera preciso detener la vida hasta que aquel extraño movimiento declinase para someterlo entonces a la segura voluntad de cumplir el destino trazado.

¿Podría decir cuáles eran las ansias que así lastimaban a su alma? No; sólo sabía que deseaba que la vida cambiase, nuevos horizontes vieran sus ojos y otras almas despertaran la curiosidad de la suya, ya colmada en la contemplación de aquellas simples de sus amigos.

¿Cómo y dónde hallar esa vida? El no lo sabía ni lo buscaba. Acaso grandes potencias del alma, que debió amputar en plena juventud para amoldarse a aquella existencia de pulpero en una perdida cuchilla, aún intentaran retoñar en él, doloridas por la opresión de su voluntad, en esos momentos desfalleciendo en flaqueza.

¿Era la angustia de su amor no gozado plenamente, pues el trabajo le había impedido volver a la estancia en cuyo altillo quizá estuviese Maruja mirando la masa blanca de la Azotea junto a la sombra enrojecida del camino? Sí; su pensamiento evocaba la gracia de aquella niña cuya clara risa deseaba volver a oir. Evocando la delgada figura pensaba en la futura alegría del hogar; y gozaba ya adelantando el tiempo en el regocijo de la casa formada, los hijos alegres y sanos, mientras entre él y la madre se extendía la calma de una vida virtuosa gastándose en el generoso darse a la dicha de los hijos. Si estuviera ahora al lado de Maruja podría el encanto de su risa borrar la angustia de su alma.

Pero no; era algo más lejano y oscuro lo que en él se agitaba. Ricardo no acertaba a explicarse cabalmente aquel estado de ánimo suyo, inusitada disonancia en la sencilla alegría del paisaje y los hombres.

Olvidaba que no en vano un espíritu como el suyo formado en los primeros días por las lecciones del padre; que había soñado luego con la ciudad de cuyos días diversos y complejos traía el eco la diligencia en los periódicos y en los rostros y vestidos de los escasos viajeros; que había desfallecido de dulce tristeza o se había enardecido con visiones heróicas oyendo trozos de música en Melo o la historia de la Revolución Francesa que su padre comentaba; no en vano él había traído aquellas voces de su alma a ahogarlas en la humildad de la vida presente entre los abiertos campos.

Los que le rodeaban entonces, eran sus amigos y él los amaba porque hacia el amor como hacia el sol los árboles, se dirigía espontáneo su espíritu en una incesante necesidad de salud moral. No obstante aquel lenguaje, rudo, áspero, sin matices casi, no era el suyo. Bellos espectáculos los de aquellas existencias colmadas de humilde dicha; pero nadie, de todos, tenía su lenguaje ni semejanza con su alma.

Los más de los días, el afanoso trabajar entre la amistad de los paisanos bastaba para su contentamiento, aumentado por las fábulas o consejos de Don Zenón. Pero de pronto le ocurría como esa mañana, advertir que el mismo trabajo no era más que la repetición de breves ejercicios cuyo principio y fín conocía de antemano; terminar uno para empezar otro; cansancio sólo del cuerpo. Y él bien lo sentía, que hay horas en las cuales el alma anhela emplearse y rendirse en afanes sin límites. Entonces las mismas palabras de Don Zenón volvíanse cansadas y oscuras a sus ojos; Don Zenón, encanecido ya en un destino cumplido, era sólo un recuerdo; mientras él, Ricardo, tenía a su alma sufriendo de esperanzas.

¡Qué esfuerzos dolorosos en esos momentos, para continuar en la humilde vida solitaria mientras aquellas voces oscuras del ser, en la juventud acalladas, se levantaban con sonidos lejanos más allá del trabajo diario, más allá de las palabras amigas, más allá de la existencia física que continuaba indiferente a sus ansias!

¿Para qué tanta lucha?

Su adolescencia lo halló en la pobreza, y aceptó el duro trabajo sin rebelión alguna convencido de que sólo por él ga-

naría un lugar entre los demás hombres. Después conoció a Maruja, y el vago pensamiento de que otros seres recibirían al fin la cosecha de su oscuro esfuerzo, sostenía a su espíritu en todo desfallecimiento, con la esperanza de poder emplear pródigamente la bondad de su corazón...

Dos hombres se acercaron.

Don Teodoro, el antiguo carrero, saludó cortésmente a los numerosos parroquianos y seguido de su acompañante se acercó a un rincón del mostrador y dijo, después de palabras cordiales de saludo, a Ricardo:

—Aquí, con el amigo Gutiérrez hemos hecho un negocito... ¿Yo tengo crédito, don Ricardo, pa sacar hasta quinientos pesos en un año?

—¡Cómo no, Don Teodoro!

—Güeno, ,muchas gracias... capaz que se los pueda devolver con la lana de este año de mis animalitos... muchas gracias... Güeno, entonce el amigo Gutiérrez va a sacar aquí una libreta pa gastar en un año hasta quinientos pesos, que yo pago. El negocito es ése, ¿sabe? El amigo Gutiérrez me vende unas cuadritas de campo.

—Muy bien. ¿Quiere ahora mismo la libreta?

El amigo Gutiérrez habló entonces:

—Si no hay inconviniente... Tome algo, Don Teodoro.

—No, muchas gracias; voy a aprovechar este pedazo de la mañana pa darle un galope a mi ganadito. ¿Quedamos entendidos, Don Ricardo?

—Entendidos.

Y Teodoro saludó cortésmente a los parroquianos, montó a caballo y poco después no era más que un bultito negro entre el polvo del camino.

Frente a la mesa Don Zenón jugaba al truco teniendo por compañero a Fermín Yáñez y en contra a Fernando González y Zacarías Peñaflor.

Patricio mostró un inocente servilismo en el apresuramiento con que ofreció su sitio a Tanico Gutiérrez cuando éste fué a sentarse a espaldas de Fermín Yáñez de modo de mirarle discretamente las cartas.

La presencia de este hombre y lo que acababa de ocurrirle, fijaron en él los pensamientos de Ricardo.

Nacido de padres ricos, Tanico Gutiérrez llegó a la mocedad sin hábitos de trabajo, ignorante del mundo, con un sentimiento absurdo de superioridad sobre los demás, adquirido a fuerza de tratar sólo a los peones que vivían del pan de su padre. Así lo sorprendió la orfandad y con ella una pequeña herencia. Acostumbrado a no tener más voluntad que la de su padre, ni más trato sino con aquellos que a su casa llegaban, raros, pues la notoria avaricia había dejado sin amigos al viejo Gutiérrez, Tanico se encontró de pronto con que estaban abiertos para su libre voluntad, los caminos por los cuales alejarse en los fuertes caballos que antes no hiciera sino contemplar como delicia vedada, a conocer el mundo soñado por su ánimo timorato.

Y un día ensilló y llegó hasta Melo.

El pueblo fué para él un deslumbramiento. Las mujeres de miradas audaces; el hablar cortés de los hombres; los entristecidos escaparates de algunas tiendas en cuya cercanía apestaba el olor a kerosene de la lámpara que daba amarillenta luz a los objetos; las noches de la plaza en donde los ricos, hombres y mujeres, aparecían con su traje nuevo cuya dignidad realzaban con el andar grave alrededor del farol que señalaba el centro de la vereda enlosada y vestían el rostro también de gestos inéditos, olvidados unos y otras de que en los días ordinarios se veían en manga de camisa, los hombres, y ellas desnudas de todo afeite; todo ésto estaba más allá del límite hasta donde la imaginación de Tanico hubiera podido alcanzar.

Cuando volvió de Melo creyó que toda su persona denunciaba el ambiente civilizado en que había vivido unos días. Al sol del camino brillaban las botas de charol; un pantalón gris celeste mostraba en su justeza las redondas formas de las piernas; enhiesto el bigote delante de las mejillas redondas y lustrosas, y en la cabeza un alto sombrero de curvadas alas. Pesado y duro, pareciendo oprimir la frente pura de toda huella de pensamientos, era el jopo que lo asemejaba, a sus ojos, al político mundano que al suyo diera fama en Montevideo. Como a su cuerpo, vistió al carácter. Hablaba apenas; movíase con un suave balanceo de polka; escuchaba gravemente a los hombres importantes y distraído a los humildes. Delante de muje-

res era tal su cortesía, que muchas veces al montar a caballo después de una visita, sintió entumecidas las mandíbulas por la sonrisa imperturbable que conservó en el gesto aunque, mientras las hijas callaban ruborosas, la dueña de casa lo enterara de todos los achaques de su vejez. En el saco no le faltaba jamás un jazmín que el sol y el viento marchitaban en el ojal, y en el bolsillo interior un pequeño espejo y un peine, instrumentos de su donaire indispensables, cuando en la cercana zanja de las casas amigas humedecía y armaba cuidadosamente el jopo. Sin duda Tanico era el mozo elegante del pago.

Cuando Ricardo lo vió por primera vez, pensó que aquel ser tan inusitado en la aridez del ambiente, buscaba enternecer el corazón de alguna hija de estancieros admirada de su gentileza. Y éste era el pensamiento lógico en presencia de aquel en quien eran tan postizos el atildamiento de los vestidos como el de las palabras. ¿Acaso hubiera importado al deslumbramiento ingénuo de una criolla el que en el pago se le conociera no por su nombre, sino por el mote de «caretita de a vintén», la más ajustada definición de su rostro inexpresivo, de mejillas radiantes y de ojitos abiertos con asombro pueril? Pero esta solución, la única salvadora para Tanico, era por él olvidada en presencia de un destino más alto.

Tanico quería ser comisario.

Por azar de la política un amigo de su padre había llegado a Jefe de Policía de Cerro Largo. ¿Cuál posición más alta, más absoluta, que la de comisario de su pago?

Y el deseo no había terminado de expresarse en su ánimo, cuando ya el sueño se apoderó de él alentado por sus costumbres de holgazán y sus mezquinos afanes de superioridad.

¿Cómo había dado en aquella esperanza? Nadie podría decirlo; nadie, sino fuera un muchacho de mirada asombrada que le servía de peón. Al principio Tanico le habló vagamente de su advenimiento al poder; pero como hallara en el otro un espíritu sobradamente dispuesto a creerle, se dió a ir desarrollando delante de los ojos asombrados del muchacho sus visiones de mando, hasta que por fin el humilde compañero sintió también el ardor de la esperanza, y dijo a Tanico, una mañana en que iban como de costumbre hablando de policías por el camino:

—¿No le serviría yo pa asistente? Carece sólo conocer la disciplina... si usté me la enseñara...

Y desde entonces soñaron los dos.

Ya caminaban a disciplinaria distancia uno de otro; las órdenes de Tanico eran breves e imperiosas; y en las rejas, como esa mañana en que Ricardo los observaba, no hubiera osado el peón sentarse al alcance de la vista de su jefe.

Ricardo terminó de señalar la futura deuda de Tanico, que importaría el precio del último retazo de su campo heredado. Poco a poco, en aquella libreta que él miraría sin hojear siquiera, se iría anotando la historia de su segura y próxima miseria.

Sentado a espaldas de Fermín Yáñez, enhiesto el jopo, oloroso de Agua Florida, continuaba grave, severamente digno de las insignias que esperaba lucir. Detrás de la reja, en respetuoso silencio, lo observaba su compañero en el sueño inocente.

Una ráfaga de piedad cruzó por el espíritu de Ricardo en presencia de aquel drama mezquino y ridículo.

Zacarías Peñaflor acababa de dar las cartas. Don Zenón echó el busto hacia atrás, hizo un guiño apenas inteligible a su compañero, y dijo:

—Vamo a ver, Comandante Yáñez, si le gusta esta historia:

Don Juan en un entrevero
Mostró su mucho valor,
Montando un caballo overo
Que era un pingo... de mi flor.

Un coro de carcajadas resonó en la pulpería y en la reja.

Zacarías Peñaflor dijo:

—Dispense, Don Zenón; pero a sus canas yo les viá decir las tres cosas necesarias en la vida.

—¡Cómo no, amigo, haga el máistro a su gusto!

Un silencio de atento regocijo aguardó la respuesta, y Peñaflor dijo:

—Pues...

Para enlazar, un sobeo;
Para peliar, un trabuco;
Y para jugar a ésto,
Contra flor el resto y truco.

Parece un rito, en este juego inocente que hace olvidar las horas a los paisanos en las pulperías y en los galpones, permanecer en sostenida y ruidosa alegría, mientras se cantan los puntos o se cobran las apuestas. Extraño será quien se siente en una mesa de truco y no se crea obligado a aguzar el ingenio en la broma mortificante y a soltar en una hora más carcajadas que cuantas profiere en un mes de vida ordinaria. Los reunidos entonces en la Azotea cumplían gozosos la norma tradicional.

Cuando se hubo callado el comentario ruidoso al desafío de Peñaflor, Don Zenón después de mirar sus cartas y consultar al compañero, volvió a decir:

—Amigo Zacarías: usté tiene fama de güen cantor; pero éso es con la guitarra en la mano. Mas en este juego endiablao, cualisquiera se le anima.

En los ojos de todos estaba asomando la risa. Don Zenón continuó:

—Y de nó, escuche:

Para el monte la calandria
Para el campo el teru-tero.
Para cantarle a sus cartas
Con esta flor yo le quiero.

Fermín Yáñez no pudo ocultar, ante tan airosa respuesta, la expresión de su amor propio satisfecho:

—¡Así me gusta, compañero! ¿Qué miedo les vamo a tener?

Peñaflor dijo:

—Con la palabra nos ganan... Veremos si con las cartas.

Tirando las suyas sobre la mesa dijo Don Zenón, con aire de seguro triunfo:

—Cuarenta y una.

—Son pocas pa mis cuarenta y siete.

Explotó, ruidosa, la unánime carcajada, que se aquietó bruscamente cuando el Comandante Yáñez tiró sobre la mesa sus cartas y dijo con violento enojo:

—¡La ocasión que no mintieron jué pa ensartarnos... yo no juego más!

—No se enoje compañero,—aconsejó Don Zenón;—más corría el ñandú y un sapo le ganó.

Patricio había aprendido en su permanencia invariable en la reja durante largos años, el mecanismo de la conversación del dueño de la Azotea; por eso brillaron sus ojos de curiosidad placentera al advertir detrás de las últimas palabras el recuerdo de una fábula, y dijo:

—Cuente, Don Zenón, ese lance. ¡Debe ser divertido ver a un sapo corriendo contra un ñandú!

—De eso hace como cien años, Patricio; es historia muy vieja.

—Cuentelá lo mesmo, que óimos con gusto;—asintieron los otros.

—Ta güeno. Amigo Ricardo, ¿quiere servir una giniebra pa la rueda? Yo les voy a contar esa historia, ansina nos olvidamo de la pérdida de áura.

—¡Pues claro!

Dijo uno, en tanto todos se acomodaban en los asientos para saborear el relato de aquellos labios florecidos de ingenio.

—Pues sí... ya digo que ésto pasó hace como cien años; de ahi que no deben quedar testigos.

—De juro—comentó gozoso Patricio.

—Aconteció que el Tigre y su sobrino el Zorro, de apelativo Juan, continuaban en guerra, persiguiendo uno y disparando el otro, sin miras de nunca acabar. Pero esa ocasión no faltó un amigo de los dos que se apersonara al Tigre y le dijiese:

—Vea, Don Tigre: yo colijo que está mal que ustedes anden ansina; usté adelgazao de tanto trotiar al ñudo pa dar con Juan, y el muchacho asombrao entre las pajas hasta quedar medio loco de miedo, ya que redepente se le siente ráirse a carcajadas sin que háiga naides con él. Dispués, esta guerra trái el mal pa toda la animalada; son ustedes, es razón, los que pe-

lean, mas todo el mundo sufre con el asunto. Dispués... ya andan los otros animales haciendo mentas de que no haiga modo de arreglar una cuestión de familia, que siempre es feo andar aventando en público. ¿Usté no halla? ¿Por qué no vemos de terminar esta pendencia, pa bien de todos?

El Tigre se hizo el convencido y propuso:

—Ta bien: decile a Juan que le hago esta oferta. Corremo una carrera, yo con mi parejero el ñandú, y él con el que enfrene; si me gana, tenemo dos años de paz; si yo gano, él se entrega allí mesmo.

Y la carrera se ató.

Nunca vido naides un bicherío más grande que aquel domingo, en la costa del Tacuarí. Se había corrido la noticia de que Juan iba a enfrenar un sapo, y cuanto bicho viviente se encontró con algo pa jugar, jué cayendo a la cancha siguro de rebuscarse. Otros, y éstos no eran pocos, caminaron leguas pa sólo darse el gusto de ver perder a Juan. Se contaba de una crucera vieja que se había arrastrao todo un bañao pa darse ese gusto; no le perdonaba a Juan que ella con más coraje no pudiera hacer las hazañas del muchacho, y llegó con la lengua bailándole, contenta de verlo cáir en una zoncera.

Cuando jué pa la madrugada del domingo, Juan cayó al Paso con su parejero y la aparcería. El parejero era un sapo panzón, al que ya le venían saltando los ojos, del viaje. Venían Teru-Tero, bien vestido, de botas coloradas muy lustrosas, copetito parao y un traje que le relumbraba; él tráia la palabra. Lagarto, montao en un moro, y Zorrillo, en un picaso de raya blanca en la frente, andaban callaos; sólo se óia de vez en cuando una carcajada de Juan.

Aunque era temprano, ya en la cancha ni se véian los trillos del bicherío que los rodeaba. Juan andaba de un lao pa otro, de poncho envalijao, golilla blanca en el pescuezo, con cara de risa al óir los comentarios de la riunión sobre su parejero.

Ya calentaba el sol cuando cayó el Tigre rodeao de su aparcería; no hubo bicho maula que no se le rejuntase en el camino, y lo venían siguiendo entre gritos pa que él los oyese y los tuviera de allí pa adelante por aparceros.

Se hicieron a un lao los carreristas y trataron de enfre-

nar. Juan pidió que se pusieran de banderas a dos animales de pacencia y probaos como incapaces de hacer un mal juego pa naides; dos de quienes naides recordase una sola malicia ni picardía. El Tigre acetó. Se nombraron entonce al Burro y al Güey. ¿Quién con más güena pacencia pa estarse cuatro horas al rayo del sol ordenando las partidas?

Juan pidió que se pusieran de sentenciadores a dos animales serios y de respeto, que no dieran ganada la carrera ni por miedo ni por conviniencia. El Tigre acetó.

—Malo cuando un poderoso se muestra tan confiao...! —comentó Patricio.

—Se nombraron dos toros; el muchacho sabía que nunca habían andao bien con su tío y que no le tenían miedo. Pal último pidió que la concurrencia quedara medio lejos de los trillos, porque su parejero se asustaba y a más, podían pisárselo en algún remolino que se armase. Llamaron al sargento Lechuza que estaba a cargo de la polecía de perros y le dieron la orden.

Se enfrenaron los parejeros. Allí nomás pegó un grito la oveja como pa que el Tigre la sintiera:

—¡Me juego lo que llevo al tordillo, y doy luz!

No precisó gritar dos veces, porque Zorrillo se le acercó haciendo caracolear el picaso de cola alzada y le acetó el envite. Y se jugaron la lana que llevaban arriba.

Aquello era una fija como no se tenía noticia de otra; alrededor de los trillos no era más que el griterío de la aparcería del Tigre dando doble y atropellándose pa acetar los convites de los aparceros de Juan.

—¡Chist... chist... despejen...—gritaba medio ronco el sargento Lechuza y corrían los perros de un lao pa otro ladrando ya de lengua de ajuera.

Frente a los banderas el Tigre miraba al aceituna de Juan, dispués al dueño y, como al descuido, sacaba la lengua y se lambía, dispacio, la baba que se le cáia de ganoso.

En una carpa Doña Pepa la Cotorra, discutía a gritos con los clientes mientras Perico el Loro rezongaba medio dormido pa alvertir que había varón en la casa.

En un redepente se sintieron los gritos de Teru-Tero.

—¡Se vinieron...!

Y el bicherío se apiló en los trillos.

El tordillo, abiertas las alas, alargao el pescuezo, trataba de no perder tiempo en gambetas y corría firme, de boca abierta.

Los más grandes de los bichos eran los únicos que podían ver a cada trecho al parejero de Juan que daba un salto en el aire, y en el silencio de todos, se sentía su voz de aliento.

—¡Hooóoc!

De pronto, parecía que el tordillo corría solo; pero más allá, a un cuerpo de ventaja, relumbraba al sol el aceituna y se le sentía el grito:

—¡Hooóoc!

¿Qué era aquello? ¡Vieran ustedes voltiar la cola a muchos!

Pal final, a un cuerpo de los sentenciadores, iba sólo el tordillo; pero en eso, casi contra el hocico de los jueces, brilló al sol en el aire, el lomo del aceituna que gritó:

—¡Hooóoc!

Y la ganó con luz.

Contra la costumbre, Juan no quiso saber de discusiones y al trotecito, callao, seguido de Teru-Tero que hablaba a los gritos, rumbió pal bañao en compañía de sus otros aparceros, cuando ya cáia la tarde.

Casi termina mal la cosa, porque dispués que perdió el tordillo, Tatú se presentó desafiándolo con un peticito pangaré; y aconteció que no faltó quien dijiese que aquel era un venao con el que Tatú quería hacerse el cascarudo.

—¡Pero amigo, había sido lijerón el sapo! ¿Cómo pudo ganar, Don Zenón?—preguntó ingénuo, Patricio.

—Fácil, amigo; pa algo le han de servir las luces a un hombre. Juan presentó un sapo en las partidas... pero tendió como cien al lao de los trillos. ¿Compriende?

Cayeron las sonoras carcajadas de los otros, sobre el asombro infantil de Patricio.

Sólo Ricardo y Tanico no habían asociado su risa al comentario regocijado con que los otros recibieron la sencilla fá-

bula de Don Zenón. Tanico había esbozado apenas una sonrisa, con atento cuidado de no desarreglar en público su rostro adusto de futuro comisario.

Ricardo había sentido, mientras las palabras de Don Zenón sostenían el silencio en el despacho, levantarse en los patios la voz llena de Camila. Y desde entonces su atención volvió a perderse en imprecisos pensamientos, que le hicieron estar ajeno a la animada charla a la hora del almuerzo y no advertir el momento en que se alejaron todos de la pulpería.

Cansado del cerco de pared que le pesaba sobre el espíritu, Ricardo abandonó el despacho y se dirigió a la quinta, espantando a su paso a las gallinas que, abiertas las alas y el pico, se protegían del sol en las crudas sombras de las casas recortadas sobre la tierra sedienta del camino. En el mediodía, avanzaba envuelto por el aire pesado que escintilaba delante suyo con un temblor de llama.

Caminó luego bajo los árboles. Distraído, su pensamiento se detenía un instante viendo anunciarse una nueva hoja en el álamo tierno, observando los caminos de las hormigas que iban presurosas entre los pastos con sus trocitos de hojas de naranjo, mientras la brisa las balanceaba a uno y otro lado, débiles barquitos con sus verdes velas latinas, o sintiendo junto a las copas blancas de los perales, zumbar las avispas.

El y Don Zenón, cuidaban con amoroso afán aquellos árboles, entre los cuales pasaban horas de la mañana, atentos a sus apretados brotos, a las desgarraduras de los vientos, al daño de las hormigas, condoliéndose ambos en alta voz, tal como si aquellas vidas misteriosas que veían desarrollarse silenciosamente, pudieran sentir sus propias emociones. Aquellos árboles, desde los primeros tiempos de su llegada a la Azotea, eran el signo visible de la recíproca amistad entre el anciano y el joven. ¡Cuántas veces, sus miradas siguieron la línea recta y temblorosa de aquel álamo y, como el árbol, alzaron al cielo sus almas!

Así llegó hasta el bajo, en donde se apretaban mimbres, sauces llorones y eucaliptus, a la orilla del ancho azude, y se tendió en la sombra sobre el verde húmedo de los pastos.

No pensaba nada; fijaba un momento su espíritu en el



verde aterciopelado de los paraísos, cuando ya lo distraían los reflejos del sol en el agua, o una nube pasando por encima de las copas de los árboles. Frente a sus ojos, la brisa llevaba de uno a otro lado a una mariposa celeste, pedacito de cielo caído entre los árboles; sobre el camino florecía un cardo en el rojo de un churrinche; más lejos, el campo descansaba, a trechos, en la sombra de las nubes, del gran sol que caía pesadamente.

Todo dormía en el sopor de la siesta; sólo, en un sauce, el canto de una torcaza acunaba al luminoso silencio.

Por un sendero bordeado de higueras, Ricardo vió avanzar a Camila, desnudos los brazos entre los cuales sostenía un atado de ropa, y brillando el sol en su descote descubierto. Tuvo el pensamiento de alejarse; desde aquel mediodía de su paseo en el campo, no tornaron a hallarse solos en el despacho de la pulpería. Camila se había sentido celosa, y lo mostraba en su grosera esquivez, desde que él había estado en la estancia de Ramírez. El, por su parte, llena el alma de tranquilos sueños provocados por la presencia contínua de Maruja en su imaginación, se regocijaba de aquel alejamiento que le permitía mantener sin mancha de deslealtad su amor a Maruja y su amistad a Don Zenón. Pensó después que si se levantaba para alejarse, ahora cuando ya Camila se acercaba sonriendo, no podría hacerlo sin soportar la impertinencia de algunas palabras en que la muchacha le mostrase la satisfacción de su orgullo al verse temida.

Y se quedó.

Mientras arrimaba la tabla para arrodillarse en ella junto al agua, Camila dijo:

—¿Cavilando con la novia?

—Es verdad.

—¡Ha de ser lindo sufrir de esa peste!

Ricardo no contestó.

Durante largo rato permanecieron en silencio. El esperaba ver pasar las nubes en el trozo de cielo donde se abrían las copas de los árboles; ella cantaba en voz baja, mientras iba extendiendo la ligera espuma del jabón en el agua. Luego Camila comenzó a decir cosas indiferentes, entre largos silencios, y él se sentó frente a ella, a mirarla.

Entre las ropas ceñidas, volvió a ver los muslos morenos, y otra vez sus sienes latieron. Sin que él lo advirtiera, su mirada fuése quedando fija en aquellos muslos desnudos, mientras su pensamiento volvía a estar en cosas oscuras, lejanas, más allá del paisaje, de los árboles, del murmullo de las avispas; como si su alma se hubiese alejado y vagara en la lejanía secular del tiempo.

Inesperadamente, resonó bajo el arco de sus sienes una voz extraña; los escrúpulos morales de toda su vida se sirvieron de los rostros amigos que asomaron, asombrados y adustos, entre la bruma de su pensamiento. Fijos los ojos en los tibios muslos, permaneció absorto viendo las imágenes familiares encenderse atropelladamente como una multitud hostigada por la cruel curiosidad de ver aquel momento fugaz de su íntima flaqueza.

Privado de voluntad, permanecía con la extraña sensación de mirar cómo fuera de él se proyectaba el espectáculo de la lucha entre sus oscuros impulsos y sus sentimientos morales, sobre la llanura de su alma.

Hasta que, como una cerrazón avanza de los cuatro horizontes y desciende del cielo, ocultando montes y acallando ruídos, así, sobre las figuras y voces familiares, se tendió un pesado tul ahogándolas, cuando percibió en las sienes el martilleo violento del deseo.

Se tendió en el pasto, y continuó mirando, reseca la garganta y toda su conciencia ocupada en aquello que no era una idea y, sin embargo, tenía más fuerza y le era más comprensible que la más simple de las ideas. Sentía levantarse desde un lejano lugar de su alma, una verdad desconocida hasta entonces; pero él no la había hallado a fuerza de sumar una razón a otra, anulando el error para que fuese comprendiendo su inteligencia, sucesivamente, la certidumbre del juicio; no, era una verdad simultánea, surgida espontáneamente sin la fatiga de un razonamiento; verdad de presencia como la emoción de un paisaje.

Parecíale haberse despertado en él una conciencia más vidente, certeramente segura, que traspasaba la piel y las palabras de Camila, para adivinar en ella el más íntimo y eterno ele-

mento de su alma. Y no tenía, al mirarla, ningún propósito, ni pensaba si ella lo tendría; sólo deseaba que continuara allí, desnudos los brazos, descubierto el nacimiento del cuello, arrodillada con la falda recogida sobre la tabla de lavar, para que no se le ocultaran aquellos muslos y su espíritu en su presencia siguiese soñando.

—¡Qué ganas tendrás de irte por el camino de Bañado de Medina...!

Aquellas palabras le sonaron a algo extraño y violento, y no contestó. Por suerte, Camila calló, y sus formas volvieron a hablar con un lenguaje distinto a aquel impertinente de las palabras.

¿Cómo era ella? ¿Acaso sus formas tenían un sentido que sus palabras vulgares ocultaban?

A Ricardo le pareció haber pensado una tontería y se sonrió.

Pero recordó de pronto cuántas mañanas de su infancia se nubló la clara alegría de su espíritu al levantarse y ver su rostro todavía cubierto de sueño. Aquel niño de ojitos brillantes, las mejillas infladas, la boca pequeña e inexpresiva, el mentón redondo, la frente ahogada por el cabello amenazando unirse a las cejas, aquel rostro torpe, no era el suyo. Y evitaba mirarse al espejo, con rencor violento, contra aquella imagen en cuya oscura superficie se perdían sin huella los sueños incesantes de su alma.

Otra vez, ya viviendo en la Azotea tuvo esos mismos extraños pensamientos: Atravesaba el bañado de Tacuarí; las pajas levantándose entre los ariscos caraguatás alcanzaban hasta el caño de su bota; la más próxima cuchilla distaba leguas de allí. Y recordaba la súbita piedad que había sentido hacia el sendero por el cual iba su caballo. Aquel pobre sendero oculto entre las pajas, condenado a ahogarse en una laguna o a ser borrado por los caraguatás, sin alcanzar nunca a la lejana cuchilla a enjoyarse de luz en los amaneceres con los rayos que el sol le iría dejando en los pastos humedecidos de rocío, a refrescarse en la sombra de las grandes nubes al mediodía, o mirar en la noche cómo el cielo repetía, inmensa y estrellada, su misma curva sobre la cuchilla.

—¡Mirá qué margarita, Ricardo... Tomá, te la regalo!

El rodeó el azude, y fué a pararse detrás de ella que sonriente, le alcanzó la flor.

Sobre el silencio se oía el canto de la torcaza, péndulo sonoro, marcando el paso de las horas en el lento mediodía.

Inclinada sobre la tabla de lavar, Camila veía temblar en el agua su imagen y la cercana de Ricardo. De pié junto a ella, él creyó desvanecerse. En el blando nido de la camisa blanca, veía recogerse, tímidos y cálidos, los senos de Camila. Angustiado, no alcanzaba a levantar su voluntad en aquella sensación de vértigo que le sacudía las sienes.

Y volvió a sentir que no la que mostraban las palabras, sino aquella dulce y tímida de sus formas, era el alma íntima de la joven cuya revelación se hacía acaso por primera vez para ella misma, ahora detenida en temeroso silencio, y para él que la identificaba a la suya, comunicándose en un lenguaje silencioso y desconocido. Sí, ella era entonces, una mujer que no había sido nunca, y que acaso no volviera a serlo jamás.

Miró su rostro en el agua, y le pareció verla grave, enojada.

Aquellas formas, de apretadas curvas, cuyos límites acariciaba su mirada, ¿tenían en verdad los profundos abismos en que se perdía su pensamiento, o estaban éstos sólo en su conciencia?

Se arrodilló a su espalda, y acarició el cuello con la margarita. Camila continuó en silencio; pero él advirtió cómo se estremecía la piel al paso de la flor. Ella ya no lavaba; vacilante entre el temor y el deseo, le parecía que, por una súbita y extraña revelación, su alma había comprendido a la de Ricardo, que en los días ordinarios le pareciera tan imposible de conocer bajo la palabra ilustrada y el gesto severo.

Adivinaba su pensamiento, sin la oscuridad del lenguaje diario, y esperaba.

El se inclinó algo más, y su aliento cálido como una brisa sobre las gramillas, movió los vellos de la nuca húmeda.

Camila torció el rostro hacia él. ¡Qué cercanos y distantes los labios!...

Callaron los pájaros; en el denso silencio se buscaban los anhelos jadeantes.

El sol se oscureció de súbito; huyó de abajo de los pies la tierra; se perdieron el azude resplandeciente, los árboles, el camino; se aquietó la brisa...

Lejos, en una lejanía de sueño, continuaba sonando el péndulo de la torcaza...



SEGUNDA PARTE

CAPITULO XVI

EL tiempo ha pasado por la vida de Ricardo, como un río en la llanura, lento y tranquilo, sin líneas bruscas ni altas barrancas cerrando los paisajes extendidos. Sólo ha dulcificado el brillo de sus ojos, ahora llenos de una comprensión bondadosa, engordado las mejillas y ensanchado las entradas de la frente. En lo íntimo, sigue igual a sí mismo; generoso en el pensamiento y en la acción; cordial en la palabra; humilde en la esperanza.

Encorvado sobre un libro en cuyas blancas hojas se hace más viva la luz de la lámpara, oye cantar la máquina de coser en que Maruja prepara las camisas de olorosa franela que luego se apilarán en los estantes y vestirán más tarde los ricos y pobres del pago.

A veces, fatigados los ojos de fijarlos sobre los reflejos del papel, los levanta y mira a la esposa.

En el ambiente íntimo de la noche, sólo los dos velando en la soledad del campo, como desde el día en que él partió con ella de la estancia del caudillo cuyos patios llenaban aún de música las guitarras de los payadores en la fiesta, callados, cada uno se abstrae en sus pensamientos de sencilla dicha, sintiendo una el temblor de su vientre germinado, y recordando el otro, qué ha sido de su vida en los largos días que lleva transcurridos en la Azotea.

Vencido por el ambiente que él en su hosquedad no pudo comprender, Don Manuel trató una noche la venta de la pulpería con Don Zenón, y a la mañana siguiente, con la misma serenidad de las acostumbradas charlas, el viejo amigo enteró a Ricardo que ya eran ellos dos los nuevos dueños del negocio. El dinero del uno y el trabajo del otro, harían lo que no logró realizar el huraño espíritu del gallego. Pocos días después, duro

de rencor el gesto, Don Manuel se acomodaba entre las ventanillas de la diligencia que durante tantos años había visto detenerse y partir desde la reja, y se iba del pago hacia la lejana aldea con unos pocos dineros en la mano, mientras sólo Liberata sentía entre la sociedad en la cual él había vivido, el desgarramiento de la ingrata despedida.

Bien pronto se perdió de las conversaciones el nombre del antiguo pulpero, única huella que los campos guardaron del alma encendida de Don Manuel.

Después vino el enlace con Maruja. En la memoria de Ricardo era el recuerdo de estos primeros tiempos, como una prolongada mañana en que los ojos, los oídos, las manos, todo su ser, estaban llenos de la serena gracia de la esposa.

A la luz de la lámpara, brillaban entre los pastos resecos que les habían servido de envase desde Montevideo, las lozas recién sacadas de los cajones; sobre el mostrador, con el desorden de un sumario recuento, se amontonaban los géneros venidos en el surtido; junto a Maruja, dejados sobre el piso, cinchas, bastos, frenos, estribos relucientes, rojas caronas.

Entre las cerradas paredes continuaba cantando la máquina de Maruja en cuyo cabello la luz de la lámpara ponía manchas azules. A objetos nuevos olía el ambiente mezclándose el olor de las suelas relucientes con el de los géneros extendidos y el suave de los pastos secos de los cajones.

Dueño de la pulpería y unido a Maruja, la vida adquirió para Ricardo un significado concreto. Desde entonces, su tesón fué ensanchando el negocio y realizando su esperanza.

En el silencio contínuo bajo los cielos, la voluntad se empleaba sin descanso, alegre el espíritu, mientras a su alrededor parecía que nada cambiase.

La honradez de su palabra; la constante generosidad con que a sus propios ojos se perdonaba en lo posible de las necesarias astucias de pulpero para lograr los dineros de los gauchos; y, sobre todo, porque ellos advertían que sus sentimientos morales eran, en lo íntimo, también los de él, le afirmaron la amistad de todos y la fé con que a su consejo ilustrado ocurrían cuando de otro necesitaban guiarse para las más simples acciones que no fueran las bellas y fuertes de la labor campesina.

Solo por los caminos; sentado a la mesa de los estancieros o detrás del mostrador, Ricardo era el pulpero criollo en quien el oficio parecía cosa pegadiza y pasajera, y verdad sólo, aquel placer por la narración regocijada o el cuento trágico; el perder las horas junto a la guitarra de un payador, o vaciar el cinto mientras se encabritaban los parejeros frente a los banderas. Leal como ellos en la amistad; austero en la honradez; vivaz en la narración, nadie pensaba en la reja que aquel hombre igual a ellos mismos sucedía en idénticos afanes a Don Manuel.

Nada más simple que el mecanismo de su negocio. Dueño de la confianza del pago, y única su pulpería en la extensa región, su sola voluntad marcaba los precios que los criollos debían pagar por las mercaderías y los que él fijaba por las lanas y cueros recogidos en los galpones de las estancias, sin más prenda de garantía que la indudable honradez de su palabra.

En la libreta de cada uno iba él anotando, más por organización de sus propios intereses que por exigencia de ellos, la deuda de los clientes que éstos saldaban espontáneos, sin que apareciera nunca en las palabras o los hechos, la lucha de intereses entre aquellos hombres sencillos y su generosa paciencia.

Así iba la vida, entre un comercio de honradeces y la paz extendida en su espíritu por la serenidad moral de Maruja, cuando de pronto aparecieron hombres de extraños sentimientos que él advirtió que en no lejano tiempo iban a cambiar la fisonomía del pago, a pesar de las tímidas actitudes primeras, detrás de las cuales fueron dejando ver la soberbia de una voluntad dispuesta a cumplirse.

Una oscura fuerza había comenzado a actuar llegada de los horizontes del sur; cautelosa, sirviéndose de los hombres de vida más gris, se iba realizando en signos visibles.

En las lejanas cuchillas se sorprendieron un día los ganados chúcaros al notar empequeñecido el paisaje para sus libres carreras, por los hilos de un alambrado.

Despreciable para todos era el dueño; brasilero enriquecido por la herencia del padre, quiso hacer cierto su dominio, y lo cercó. Sobre el Cerro de los Cuervos un tropero humilde,

desconocido en los escuadrones guerreros, había terminado por hacerse dueño de la estancia de su patrón, que huyó a ocultar en una casa del pueblo su perdida libertad de no pensar en nada. Más cerca, aquel "guacho" criado a golpes, había sorprendido a todos casándose con la viuda del estanciero cuando aún no se habían secado los pastos de la sepultura de quien lo recogió en su casa. Y así fué dueño de la mujer y el campo, el maula ladino que sólo parecía haber nacido para hacer mandados y recibir golpes.

Estos eran los hombres esperados por Don Manuel; él no los supo ver, y se fué cuando ellos ya estaban sobre las cuchillas del pago.

Ellos, que hasta entonces nada habían sido entre la clara vida de los fuertes en las luchas físicas, se ataban en un nuevo lazo de intereses que una mano invisible y tenaz iba trenzando a través de largas distancias.

Entre las hojas de los libros de Ricardo, aquella nueva vida se patentizaba a su vista. En las líneas simétricas de las cuentas, iba él recogiendo la historia económica del pago, así como de los labios de Don Zenón la historia moral.

Nuevos valores, tímidos al principio, se anunciaban ya en la comarca.

Los gauchos, valientes y fuertes, eran sin duda capaces de dar la vida en el violento impulso del brazo adelantando el puñal; pero eran en cambio incapaces de aquel esfuerzo tenaz que Don Teodoro anunció entre ellos y se iba haciendo preciso para realizar la vida.

Acaso los contínuos pamperos de odio y coraje de las revoluciones en que había nacido el pago y ellos habían crecido, les dejaron el sentimiento dramático de la brevedad de sus vidas y, por lo mismo, de la esterilidad de todo extenso esfuerzo. ¿Para qué oscurecer los días en el trabajo humilde, si a la noche tranquila habría de suceder, impensado, el vendaval?

Y así no les quedó ninguna larga esperanza que, como palenque, les sirviera para atar a ella las violentas pasiones de las almas.

Frente a ellos, como ocultándose, los sentimientos egoís-

tas iban creando con dura voluntad sobre la indiferencia del paisaje, una nueva sociedad.

Los gauchos lo advertían vagamente; ya no estaban todos los ojos fijos en el cerro donde blanqueaba la estancia del caudillo; muchos miraban ahora, en largos días, hacia las líneas violetas de los surcos, y en prolongada esperanza aguardaban ver fructificar el esfuerzo en los dorados maizales; otros, comprendían el lenguaje oscuro de los diarios de la capital, y hacia ella arriaban las majadas por los caminos.

Sí, cambiaban el pago; reducían las distancias amojonándolas con sus arboledas.

¿Pero cómo detener aquel impulso?

Y los hombres fuertes se dejaban arriar en el tiempo, como una tropilla de bravos baguales por el cencerro de la yegua madrina de una anticipada resignación.

Surgían ya los ricos, y por ello los pobres se hicieron más pobres.

Cesó de cantar la máquina de Maruja. Afuera resonaba el silencio.

—Parece que empieza a levantarse viento.—Dijo la esposa atendiendo al sordo murmullo que llegaba desde la quinta.

Ricardo dejó de escribir y miró a la joven cuyos ojos tenían entonces la ternura de una caricia.

El mugido de un toro se alargó por el camino, y en un lento llamado se oyó un silbido acercándose. Ladraron los perros desde los paraísos y les respondieron, más lejos, los de Don Zenón.

Desde el bajo venía la voz de un hombre llamando:

—¡Vamos... vamos... síiiga!...

Sonaron con agria melancolía las lentas palabras llamando a las sombras.

—No es el viento, Maruja; va llegando una tropa. ¿No sientes la voz del puntero?

—¡Qué tristeza tienen, ¿verdad?

Relinchó un caballo asustado al pasar frente a la reja. Con el rumor del pampero lejano llenaba el silencio el sordo andar de la tropa por la ladera. Luego, violento, sacudió el piso del camino en la cuchilla y sus ecos se multiplicaron bajo los arcos de la reja.

Ricardo y Maruja abrieron una rendija y pegaron el rostro juntò a la puerta viendo pasar durante largo rato, bajo la clara noche de estrellas, a aquellas sombras sonoras. De pronto, de la confusa multitud se apartó un jinete y dirigió el caballo hacia el hilo de luz que salía por la rendija.

—Güenas noches, Don Ricardo. ¿Está velando? ¿No le incomoda despacharme una copita?

—Es verdad, amigo Claudio. Bájese, nomás.

Recostado ya junto al mostrador, Claudio Corro, alegre la palabra, sorbe su caña mientras conversa con los dueños de la pulpería, y la luz de la lámpara se estira sobre los renegridos mechones de su melena.

—Había desaparecido del pago.

—Es verdá, sí señor. Andaba caminando por áhi.

—¿Siempre domando?

—Es ansina, sí señor. Siempre de un lao pal otro; es mi gusto, y mi oficio.

—¿Es largo este viaje que va haciendo?

—Sí señor; voy pa adentro acompañando a estos hombres. Carece conocer aquellos pagos. ¿Cuánto le debo Don Ricardo?

—No es nada, Claudio.

—Muchas gracias. ¿Va diendo bien el Coronel, Doña?— Ya despidiéndose, preguntaba el domador.

Mientras desataba el cabestro de su bagual, dijo a Ricardo que lo despedía desde la puerta:

—Mis acuerdo a Don Zenón. Hasta la vista.

—Buen viaje.

Lejos, sobre el murmullo de viento de la tropa, aún sonaba la voz llamando a las sombras:

—¡Vamos... vamos... síiiga...

Cansados del ambiente cerrado del despacho, los dos esposos salieron a refrescarse las sienes en el aire de la noche. Cogidos del brazo llegaron hasta la esquina del edificio desde donde veían el amplio cielo. Maruja sintió por todo el cuerpo extenderse una dulce laxitud que la hizo apoyar tiernamente la cabeza sobre el hombro de Ricardo, y dijo:

—Debe ser muy tarde; se me entornan los párpados.

—Vámosnos, pues.

Las Tres María eran ya una flecha azul cayendo en el horizonte.

Junto a la esposa dormida, Ricardo recuerda olvidados días, abiertos los ojos de los cuales ha huído el sueño.

La presencia de Claudio Corro ha avivado en él los estados dolorosos de su alma que siguieron a la posesión de Camila junto al azude, borrados más tarde de su pensamiento por la serena dicha de su hogar habitado por Maruja.

En la oscuridad de la pieza, volvía a sentir el rubor que la traición al bondadoso amigo había puesto en sus palabras y en sus gestos cuando se encontraba con Don Zenón después de aquel minuto de flaqueza, pasado el cual sintió dentro de sí el más doloroso derrumbamiento.

¿Qué habría sido de Camila?

Después de aquel mediodía tan breve o tan largo, nunca pudo saberlo, pero sí que partía como un tajo en dos su vida, el destino de ella se hizo claro y cruel.

Mientras él le huía lacerado por el remordimiento de haber traicionado a la amistad y al amor, ella estaba a cada instante junto al mostrador, esperándolo en la sombra de los árboles, envuelta por el agrio olor de los cueros apilados en los galpones; hostigada por una insaciable voracidad de hembra que lo acorralaba entre sus brazos y lo agobiaba con la exuberancia de sus formas desnudas.

Hasta que por fin, sin ninguna transición, la encontraron un anochecer revolcándose con un gaucho grosero y mal oliente entre los maíces.

Ricardo sintió entonces una nueva angustia en su espíritu; por soñar una hora, bajo el canto de los pájaros, había abatido el edificio del orgullo donde Camila guardaba su paz y su honra.

¡Cuánto no sería de justo el odio de ella hacia él!

Y evitó su encuentro obstinadamente. Pero ella no le conservaba ni amor ni rencor. Viéndola ofrecerse, impúdica, al goce de todos, se diría que en su alma ya no cabía otra cosa sino el látigo del deseo precipitándola con dolorosa rapidez en una completa insensibilidad moral. Nada recordaba entonces, en la

procacidad de las palabras, en la sensualidad de los movimientos, a la muchacha arisca llegada una tarde a la Azotea entre el tímido deseo de los hombres. Viéndola pasar indiferente a su lado, Ricardo piensa que ningún hecho, ni aún el de la posesión del cuerpo, le hicieron suya a Camila. Como su cuerpo, que entre sus brazos fué aquel mediodía de apretadas curvas y ahora se había ensanchado hasta perder la unidad de las formas, así seguramente en ella había muerto el alma de entonces para renacer ésta, que él no sabe si está colmada de despecho o de desolación.

Su destino, después de aquel mirarse orgullosa en su honra, no hacía sino repetir el de tantas mujeres que, como ella, se habían fundido trágicamente en el medio de brutal sensualidad de los galpones.

Sin duda él fué quien derrumbó en aquella vida el único y deleznable muro que guardaba su tranquilidad. Acaso, también, pudo no ser nada más que el viento animador de la hoguera de deseo, escondido bajo las apretadas formas de Camila. Pero ésto no bastaba para su justificación.

Si, nada más triste que esas almas encerradas bajo las bellas formas encendidas, debiendo esperar a que el acaso de los vientos traiga desde ignorados horizontes la semilla del amor y del placer para fecundar la llanura desolada de sus vidas. Ser fruta sabrosa, y saberlo; ser margarita en la soledad verde; ser agua clara en el monte; y sufrir el drama de continuar en el gajo, bajo el sol de fuego, corriendo hacia el pantano, si un hombre no siente el deseo de la carne dulce, del aroma ténue, de apagar en fresca agua la sed. No poder ofrecerse a los labios y a las manos, sabiendo que fatalmente se pudrirá la carne; se borrará el color; llegará, agua escondida, a perderse en la suciedad de la resaca.

¡Almas sin más destino que el darse; y aún así, sólo cuando la mano se extiende para arrancarlas!

Estar bajo los cielos y apretar duramente los ojos cuando nacen los soles; reverdecen los árboles; cantan los pájaros. Mu-

da y ciega piedra manchando el paisaje, si una mano extraña no viene a levantar los párpados. Así, por todos los días hasta caer en el pozo de la muerte.

Trágica virtud de estar muerta en la vida, sin la cual sólo se tiene el desprecio de los hombres. Y hacer de ella el orgullo.

Por olvidarla, rodaba la muchacha infeliz sobre los recados tendidos en las enramadas; bajo las cina-cinas; al abrigo de las culatas de las carretas; llama consumiéndose de placer o de dolor, cuando Claudio Corro soltó sus baguales en los campos de Don Zenón.

La belleza de aquella vida libre y solitaria; el reposo de la mirada; la alegría de la palabra ágil como el cuerpo sobre los potros, detuvieron a Camila en su despreocupado darse a todos, para guardar amorosa fidelidad al domador.

Se acallaron sus cantos en la cocina; dejó de oirse su voz gritándose con los peones encogidos bajo el vientre de las lecheras en la rueda del corral; se volvieron tímidos sus movimientos como el mirar de los ojos.

El amor era en ella una dulce tristeza.

Hasta que una tarde sorprendióse Ricardo y detuvo la música de su guitarra, al ver pasar frente a la reja a los baguales de Claudio. Aún estaba con la pregunta en la frente, cuando apareció el domador, vestido de viaje, con el gesto de la despedida.

—¿Qué hay, amigo Claudio? ¿Se va del pago?

—Sí señor; antes de que me ate a la soga de su cariño esa china. Hasta la vista, Don Ricardo. Voy a alcanzar a mis baguales.

En los árboles se había dormido ya el canto de los pájaros; ni una nube en el cielo; ni un ruido en el campo.

Por la loma callada se iba el domador en lento trote siguiendo a sus baguales. De pronto un grito sonó en el atento atardecer:

—¡Claudio!

Suelto a la brisa el cabello; extendiendo los brazos queriendo alcanzarlo, Camila corría detrás del trote indiferente del ji-

nete, ensuciando la limpia serenidad de la tarde con los gritos de su dolor.

Así corría por la ladera, mientras el silencio turbado le devolvía con repetidos ecos sus voces.

Abiertos los brazos; echada hacia atrás la cabeza, Ricardo la vió coronar la primera curva del paisaje.

—¡Claudio!

Gritó aún, y se quedó crucificada sobre el rojo horizonte.

CAPÍTULO XVII

—¿ES allí?

—Sí, señor.

—¿Entonces usted crée que es un daño echado por los vecinos?

El guardia-civil miró con asombro a Ricardo, como si quisiera descubrir en su rostro la sinceridad de la pregunta, y contestó:

—Usté va a ver la prueba.

—¿Cuál sería la prueba?

—La locura de la moza, pues.

Ricardo sintió en el tono de rencor con que el otro hablaba, la inutilidad de su intento por convencerle de que era aquello un absurdo, y volvió a callar. La honradez de su vida conquistando la confianza del pago, habían hecho que el caudillo le indicara para juez de paz de la comarca. Y aunque en la humildad de su ánimo quiso renunciar, el pedido de todos obligó a su bondad y admitió distraer los monótonos días de pulpero administrando justicia a aquellos hombres que se ajustaban con voluntad espontánea a la conducta de su consejo. Simple función de hallar el juicio equitativo entre los amigos de pronto distanciados; de solemnizar, con el pecho cruzado por la banda celeste y blanca, los raros matrimonios de aquel tiempo. Pero de súbito se volvió grave esa mañana al ser llamado para negar con su juicio la imperturbable convicción del pago.

Iba en ello pensando, bajo la mirada atenta del guardia-civil, cuando llegaron, cansados del fuerte sol recibido en largas horas de viaje, a un rancho escondido entre las curvas de las laderas.

Una pesada sensación de tristeza le invadió el espíritu al desmontarse en el patio de crecidos malvariscos, descoloridos de sol y suciedad, entre los cuales subía, ahogándose, la flor roja de una achira.

Avanzó por el sendero hasta el único rancho que constituía la morada del paisano Paja Brava. Era un largo galpón cuyo techo de paja, erizado por los vientos, se sostenía en tres gruesos horcones de troncos de mimbre.

Grave, con los necesarios aires de autoridad que su petulancia exigía, el comisario se puso de pié al ver llegar al juez, y se adelantó extendiéndole la mano, seguido de otro hombre.

Uno era Carreras; el otro Paja Brava.

Ricardo no pudo reprimir una mirada de asombro cuando oyó el nombre del último; tal como si no hubiera comprendido bien.

Y no obstante, aquel era Paja Brava. Alto, de grandes volúmenes el cuerpo, había en todo él una sensación de invencible cansancio que le volteaba la cabeza, los párpados bajo las cejas hirsutas, los brazos, y parecía desplomarse hasta los piés por los pliegues perpendiculares de la bombacha. Bastaba mirarle a la boca de gruesos labios caídos; a las manos; a la encorvada espalda; en cualquier momento de su cuerpo se recibía la misma impresión de un inextinguible abatimiento.

¡Y le llamaban Paja Brava !

Ricardo le había oído nombrar. Solitario, morando junto a la portera de una estancia sobre un camino perdido; sin comunicación con la vida social del pago, había sido para el pulpero, por la sugestión del nombre y la soledad, algo huraño y bravío; acaso matrero audaz, pendenciero violento; todo, menos aquella cansada masa de humildad.

¿Por qué el apodo?

Tal vez cuando niño fué así; espíritu suelto corriendo por las cuchillas en la anchura de los campos y los días, libre de los trabajos de la vida; en los juegos con sus amigos, confundidos en la dichosa ignorancia de quiénes eran los ricos y los pobres,

su alma acaso tuvo las rebeldes arisqueces de la paja brava, crecida sin huella en la llanura de los bañados. Pero las miserias de la vida, acorralándolo en aquel rancho cuyas paredes atravesaba el viento silbando; un hijo más cada año para mantener con la mezquina carne que se asaba a la sombra del mimbre del patio, el único que conservaba en el ambiente de suciedad la pureza de su color bajo los cielos; extendidos sus días en las líneas oscuras de los surcos, y alargados los anochecereses en el silencio del mate amargo; perdidas bajo la indiferente grandeza de los cielos hasta las más pequeñas esperanzas, los años quebraron las tajantes aristas de su alma por las cuales mereció el apodo. Y ahora sólo él le quedaba como una crueldad más de los hombres que aún seguían llamándolo Paja Brava, para que al verlo las gentes extrañas enmudecieran viendo deshacerse la imagen creada por la sugestión del nombre, ante su presencia, montón dolorido levantado sobre los piés.

O acaso él fué siempre así; temprano dolor irredimible. Los hombres lo motejaron Paja Brava con la misma arbitraria despreocupación con que bautizan a sus bueyes. Calandria, Golondrina, Ceibo; ¿qué importa recordar la música, la clara vida del pájaro o el árbol, sobre la mansedumbre oscura de un animal o de un hombre? Y mientras el buey y el hombre rumian su tristeza, van, obedientes, trabajando bajo la voz que les hace saltar sobre el lomo la alegría de sus nombres.

Sobre troncos de mimbre apenas desbastados, sentáronse los tres, y el comisario habló:

—Le he mandao avisar porque según colijo, el delito está aprobao. En esa pieza está la muchacha dañada y áhi tenemos, pa lo que usté ordene, a los culpables.

Ricardo siguió con la mirada el rebenque del comisario, extendido a manera de índice, y se fijó en dos figuras, hombre y mujer, que de pié junto a los horcones simulaban, con la cabeza hundida en los hombros, dolientes cariátides sosteniendo el peso del galpón mientras miraban con ojos aterrados al grupo. Frente a ellos, un soldado los guardaba con la misma mirada infantil con que los rodeaban los sucios niños de Paja Brava.

Por una de las oscuras puertas del tabique que dividía un trecho del galpón cerrando los cuartos de los padres y los hijos, salió la madre y, sin mirarlo, como si estuviera fuera de ella la voluntad que guiaba sus pasos, llegó hasta Ricardo y le extendió la mano, áspera y rígida. Como un llanto le caían por el cuerpo los vestidos negros; el pañuelo anudado en el cuello, apenas si dejaba ver el dolorido rostro.

Nadie podría decir si es joven o vieja; si sufre o sólo calla; cómo son las formas perdidas bajo los pesados géneros.

La miseria ha borrado en ella todos los signos de la feminidad para convertirla en un ser sin definición ni raza; sin más lenguaje que aquel que expresa la resignación impasible de su rostro.

Ricardo interroga al hombre:

—¿Usted también crée que su hija está dañada?

—Sí señor. ¿Quién va a dudarlo?

—¿Quiére contarme cómo ocurrió?

La palabra del paisano tenía la misma pesadez de su cuerpo:

—Aconteció que la muchacha estaba ennoviada con ese mozo. Pero él un día, por no sé qué diabluras que le hizo al padre, juyó pal pueblo y despareció por un tiempo del pago. Ocasiones la muchacha sabía de él por algún camarada venido por estos laos, y guardaba sus esperanzas.

Aconteció un día, muerto ya el padre, que ese indino cayó al pago acompañao por esa mujer; venían acollaraos. La muchacha se anotició de éso, y comenzó a perder las carnes y dirse quedando que era un silbido. El no vino más por el rancho porque ésa lo tiene como atao a las enaguas. Hasta que aconteció una tarde, que la muchacha no pudo resistir más la tristeza y, dejuro pa saber la causa, jué al rancho de él a averiguar si era en deveras que tuito entre ellos había concluído. Dice que la recebieron con zalamerías y le cebaron un mate con unos mejunges adentro. Volvió desconocida de contenta contándole yo ni sé que historias a la madre. Y aconteció que cuando jué a la mañana del otro día, la muchacha se nos recuerda ya ida.

Mientras el hombre hablaba, Ricardo sentía que la seguridad de espíritu con que había montado a caballo para terminar aquella diligencia de su investidura de juez le iba abandonando bajo el peso de las palabras definitivas de Paja Brava juzgando los hechos.

En la esperanza de recuperarse y hallar la palabra sencilla que apagase el odio de aquellos padres hacia los infelices a quienes acusaban, pidió para interrogar a la enferma.

Estaba ya sobre el umbral de la puerta, cuando desde la oscuridad de la pieza surgió un grito que él pareció recibir como un latigazo en el rostro:

—¡Ay... ay... pobre de mí!

Nada podía ver, encandilado por la potente luz del campo, en aquel rincón en donde lloraban en apagado rumor las sombras. Junto a él todos callaban con los ojos absortos.

Poco a poco comenzó a percibir los contornos de algunas sombras recortándose en la oscuridad. Junto a la pared del fondo se agitaba un cuerpo de mujer sobre un catre; a su lado, se empequeñecía otra arrollándose en un banco.

—Dentre;—dijo el padre. Y mientras adelantaban a tientas, continuó:—Mi hijita: aquí viene el juez pa que usté le diga lo que le acontece.

Ricardo no tenía palabras para expresar la ternura y el horror que aquella escena de pesadilla producía en su espíritu.

Arqueada violentamente; en alto las rodillas, escondía entre ellas la cabeza que se sacudía con el temblor del llanto, derramando sobre la mancha blanca de la sábana los cabellos negrísimos. Alzados los brazos en arco, entrelazadas las manos, fingían un nimbo de dolor sobre la figura humillada. La voz era clara, gritando:

—¡Ay, infeliz de mí que he perdido mís días! ¡Pobre, pobre de mí que para siempre he perdido mis días...!

Sólo el comisario conservaba enhiesto el busto, que a los otros hundían en terror aquellas palabras.

Ricardo ensayó consolarla y dijo:

—Escúcheme: ¿por qué llora así si nada le duele y pronto estará sana?

Ella le oyó, quién sabe desde qué distantes abismos, y contestó:

—¡Ay, señor; yo no podré curarme, porque perdí el sentido de los días. Se curan las locas. Pero yo no lo soy... Ellas son malas... no conocen a nadie...! ¡Ay, ay, pobre de mí, que no estoy loca y no puedo ver pasar los días!

—¿Por qué dice que perdió el sentido, si habla tan bien?

—Sí; yo sé, yo sé. Usté crée que lloro por el novio. No, no es por él que lloro. Es por los días... por ellos que se perdieron para siempre y que nunca más volverán a pasar para que yo los vea... Antes, cuando era chica, ¡qué lindas eran las semanas que pasaban... y pasaban... con sus cosas...! ¿Por qué me quitaron el sentido, si yo era buena?

La dramaticidad del acento daba un tono trágico a las palabras pueriles.

—Usted no puede creer que le hayan hecho daño. Está apenas enferma y pronto se curará; consuélese.

—Sí, yo sé, yo sé... Al principio comencé a no acordarme de nada, y después comencé a entristecerme, entristecerme... tanto, que nada me hacía reir ya. ¡Pero todavía tenía sentido!

El llanto ahogó de nuevo a la voz; entre los otros continuaba la angustia del silencio.

—Una noche me acosté con sentido, cuando me levanté y ví el día, fuí corriendo adonde estaba mama y le dije: ¡Mama, mama, este día no pasará nunca más! Ella no créia, y entonce yo me eché a llorar y grito: ¡Sí, mama, este día no pasará nunca más! Ahora ya se fueron los días, se fueron mama, para siempre, para toda la vida... ¡Mama, protéjame que soy una desdichada sin sentido!

Detrás de Ricardo sonaba el rumor de un llanto ante la evocación de aquel instante.

—¡Ay, infeliz de mí que no llegaré a vieja, ni moriré, porque este día no pasará nunca más! Yo no quiero a mi novio;

quiero morir. Pero este día no pasa para que yo muera. ¡Ay, ay, desdichada de mí!...

¿Qué palabra encontrar para detener aquel río de dolor?

El grito de la joven levantándose sobre la pesada tristeza que le envolvía desde que él se hallaba rodeado por la familia de Paja Brava, adquiría una extraña fuerza dramática capaz de lastimar a cualquier espíritu de bondad como era el de Ricardo. Parecía que de todas las almas habían subido hasta la boca, y se habían hecho palabras en los labios de la joven, los sufrimientos del padre, de la madre; de toda la raza que aún habría de llegar para padecer miseria sobre la belleza del paisaje.

—¡Ay... ay, pobre de mí!

Gritaba la voz del rancho en la ladera, y se perdía en la primera loma sin esperanza de alcanzar jamás al camino para que la oyesen los demás hombres.

Ante la vanidad de cualquier consuelo, Ricardo se alejó de la pieza con la congoja de aquella vida aterrada por hallarse perdida en un día inacabable.

En el galpón dos nuevos personajes se agregaron al grupo. Eran un gaucho viejo del rancho vecino y su hijo, a quienes el comisario había enviado a llamar para que prestasen testimonio de lo que allí se actuara.

De nuevo sentados en los troncos de mimbre, todos rodearon al juez con viva curiosidad por oir su fallo.

Humillados, continuaban los presos con el cuerpo pegado a los horcones y los ojos fijos en el suelo.

El comisario fué el primero en hablar.

—¿Qué le parece el caso?

—¡Pobre niña; será preciso llevarla a un médico.

—¿Y qué tiene que hacer un médico en estas ocasiones? Yo colijo que debemos obligar a esos sabandijas a que le echen ajuera el daño a la moza.

—¡Es razón!—afirmaron los otros, de manera definitiva.

Ricardo sintió que aquellas palabras del comisario enunciaban lo que todos esperaban de él para que autorizase desde en-

tonces el suplicio de los infelices, hasta hacerlos confesar el supuesto delito. La sinceridad de su alma deseaba expresarse con igual firmeza a la de aquellos ignorantes; pero la piedad dominaba a su ánimo y le impedía herirlos con el desprecio que él sentía por sus convicciones. Para que ellos mismos advirtieran la verdad, desde allí interrogó a la mujer.

—¿Usted le dió mate a esa joven el día en que estuvo en su casa?

—Sí señor.

—¿Le echaron algo en el agua para hacerle daño?

—No, señor juez; si también lo tomamos nosotros. Ella lo puede decir.

—¿Usted no se enojó por que ella fué a su casa?

—No la vide de güena gana, no señor. Pero juro que no jué de intento si alguna mirada mía le hizo daño. ¿Qué sabe una, infeliz, si tiene algo en los ojos que no conoce?

Sugestionada, ella también, por el ambiente de superstición que pesaba en el rancho; sintiendo los gritos de la loca; viendo la inconmovible seguridad con que la acusaban, y recordando el odio de su celo cuando creyó en peligro a su hombre, aquel pobre espíritu cedía también y comenzaba por admitir una culpa misteriosa en sus ojos.

—¿Lo vido, señor juez?—Dijo Paja Brava.

Primero con palabras vagas, Ricardo comenzó a hablar. Intentaba ir distrayendo a los espíritus, con sus elementales conocimientos y sencillos juicios sobre la imposibilidad de daños y supercherías como el que los tenía allí reunidos. Buscaba alejarlos de la idea fija de la culpa, para entonces iniciar el dictado de su fallo que sería, sin duda, de absolución.

Las caras de todos se alargaban hacia él, con el terco deseo de advertir la línea simple del pensamiento que movía sus palabras, muchas de las cuales ellos no comprendían. Pero cuando, animado por el silencio tanto como hostigado por la sensación de que estaba siendo cobarde para ser justo, adelantó su resolución de absolver a los culpados, advirtió cómo el gesto de Paja Brava se iluminaba de estupor y de odio.

Calló un instante y esperó. El gaucho viejo llamado para dar su testimonio, comentó:

—Usté, don juez, habla como un libro. Pero yo conozco la verdá de estas cuestiones, porque las vide una vez.

—¿Está seguro de que vió algo semejante a ésto?

—Sí señor, y se lo voy a relatar, si usté quiere óirme. Yo venía una tardecita cayendo al paso de arriba del Bañao de Medina, montao en un bagual que andaba arrocinando, cuando me salió al encuentro una viejita alta y flaca, y me pidió que la pasara pal otro lao. El arroyo estaba campo ajuera, y mi bagual era asustao y bravo. Con que le pedí que me dispensara, pues no podía hacerle aquella comisión; si consiguiera montarse, allí nomás el bagual la iba clavar de cabeza. Ella debía alvertirlo en los bufidos con que el animal la cuerpeaba de sólo verla cerca; pero no quiso atender a razones y se retiró con cara de enojada, diciéndome:

—Dios se lo pague.

Ahijuna, yo no soy de los que me ando lomiando por cualisquier zoncera; pero aquellas palabras me hicieron correr un frío por el espinazo. Eché el matungo al agua y atravesé el arroyo sin mirar pa atrás. En una de ésas, cuando ya subía la barranquita, el animal resopló con juerza y se me cayó de entre las piernas como partido por un rayo. Aquello no podía ser sino la vieja. Me dí güelta a mirarla, y la vide sentada en una piedra del otro lao, bombiándome. Yo no sabía ni una oración. En una se paró; parecía más alta y más flaca que antes. Agarró dispacito derecho al paso, y comenzó a caminar por arriba del agua rumbo a los álamos de la otra orilla; yo la miraba atontao. Pasó por dentre los juncos y llegó a los árboles. Ansina anduvo unos pasos hasta que de pronto, yo ni sé cómo, se me perdió de vista. Me pareció que era un álamo más en el monte. ¿Y cómo no voy a creer en las cosas del otro mundo dispués que vide lo que cuento? ¿Usté no halla?

—Es razón,—dijeron todos.

Cuando los bustos volvieron a erguirse, finalizada la na-

rración del viejo, Ricardo sintió la inutilidad de toda palabra. Aquel hombre anciano, ¿era un charlatán vanidoso que había imaginado el absurdo embuste para poner un silencio de horror en las ruedas del fogón de los atardeceres? Le miraba la blanca barba; la dulzura de los ojos serenos; la honradez del gesto; y comprendía que aquel hombre no hacía sino repetir la creencia llegada a su alma inocente, quién sabe por qué oscuros caminos, que le rodeaba desde la infancia y lo acosaba en las misteriosas voces de la noche en el monte y los graves silencios de los mediodías.

Espera aún encontrar una mirada de duda en alguno de los rostros. Pero todo es vano; las razones golpean sobre la dura piedra de los espíritus enceguecidos en la ignorancia, y se pierden sin eco en el galpón. Bien sabe él que si cede ante los rostros que lo miran con terca espera de su última palabra, en el pueblo los hombres civilizados pondrán en libertad a los reos. Pero esta resolución sería indigna de la sinceridad de su alma y del amor verdadero que en su miseria aquellas almas le mueven.

Creyó ver una mirada de amistad en el joven, y con la esperanza de hallar un eco para sus palabras, le preguntó:

—¿Usté no crée que su padre se haya equivocado cuando le pareció ver a la vieja caminando sobre las aguas?

—Usté es el juez... está bien. Pero yo me he criao en esa créencia, y creo.

Estas palabras resumían la ley de la vida moral de todos. ¿Cómo cambiar ese ritmo de desolación, por el de la esperanza de edificar otra vida?

El juez siente subir un vaho de miseria física y moral, una visible sugestión de crimen, que de pronto borró en él la bondad tranquila de todas las horas y espoleó su ánimo hasta hacerlo ponerse de pié y decir:

—Señor comisario: ese hombre y esa mujer están en libertad.

Pareció que el silencio se ahondaba para oir sus palabras. En las miradas todas asomó el estupor y el odio como respues-

ta. Sólo el comisario parecía pasear el aplomo insolente de su ignorancia, sobre la angustia del minuto.

Ricardo siente que está allí, rodeándolo, acosándolo, toda el alma de la ardiente superstición del pago.

Caída sobre el pecho la cabeza, los dos culpados comenzaron a alejarse por el campo abierto. Van callados; hundidos ellos también en el terror del misterio; cogidos de la mano, como dos niños protegiéndose bajo el cielo inmenso.

Las palabras de Paja Brava apenas salen por la garganta que la angustia achica:

—¿Es ansina, entonce, su justicia?

—No es mi justicia, paisano; es la verdad que ese hombre y esa mujer no han podido enloquecer a la pobre niña.

—El Coronel no diría lo mesmo.

—Yo no juzgo con el Coronel, sino con la ley.

—¿Y quién hizo la lay? A mí naides me preguntó si era mi gusto cumplirla.

—La hicieron los que deben hacerla; los que saben más que usted y yo.

—Esos sabrán de letras; pero yo sufro, y de ésto naides me enseña.

—Es razón;—dijo el viejo vecino.

El rostro siempre oscurecido de Paja Brava, se iba animando de odio, como su palabra.

El comisario creyó de su deber interrumpir y cortar por fin el diálogo.

En el ánimo de Ricardo se extendía una tristeza resignada por el choque con aquellas almas doloridas, y se dirigió a su caballo para marcharse.

—¡Ay... ay de mí, que he perdido mis días!

Le siguió por el sendero de malvariscos el grito del rancho.

Por las laderas soleadas, Ricardo se alejaba del rancho que en la abierta alegría del paisaje era un pozo de tristeza.

Distraído en el sonoro compás del caballo, su pensamiento huía de las imágenes de dolor y del sentimiento del fracaso de

su bondad recogidos en medio de la familia de Paja Brava.

Cruzó las llanuras del bañado; sobre las lomas sintió silbar la brisa en el ala del sombrero, y escuchó el canto del sabiá pasando junto al monte del Tacuarí.

Pero él no miraba ni oía; rígida la rienda sosteniendo el brioso afán de su caballo por alcanzar la querencia cuyas cuchillas afiladas ya veía desde las lomas, se dejaba llevar sobre el paisaje extraño a su congoja.

Así vió llegar el anochecer alargando las sombras sobre los altos pastos.

Grandes nubes oprimían a los horizontes circulares de las llanuras; a su izquierda, el Cerro Largo era una cumbre de perdido dibujo; en dispersas columnas bajaban a la aguada los ganados. El aire sereno se musicalizaba en la voz de las majadas; más lejos, bajo el silencio violeta, el rancho de Paja Brava era un puntito caído entre las grandes curvas del campo y el cielo.

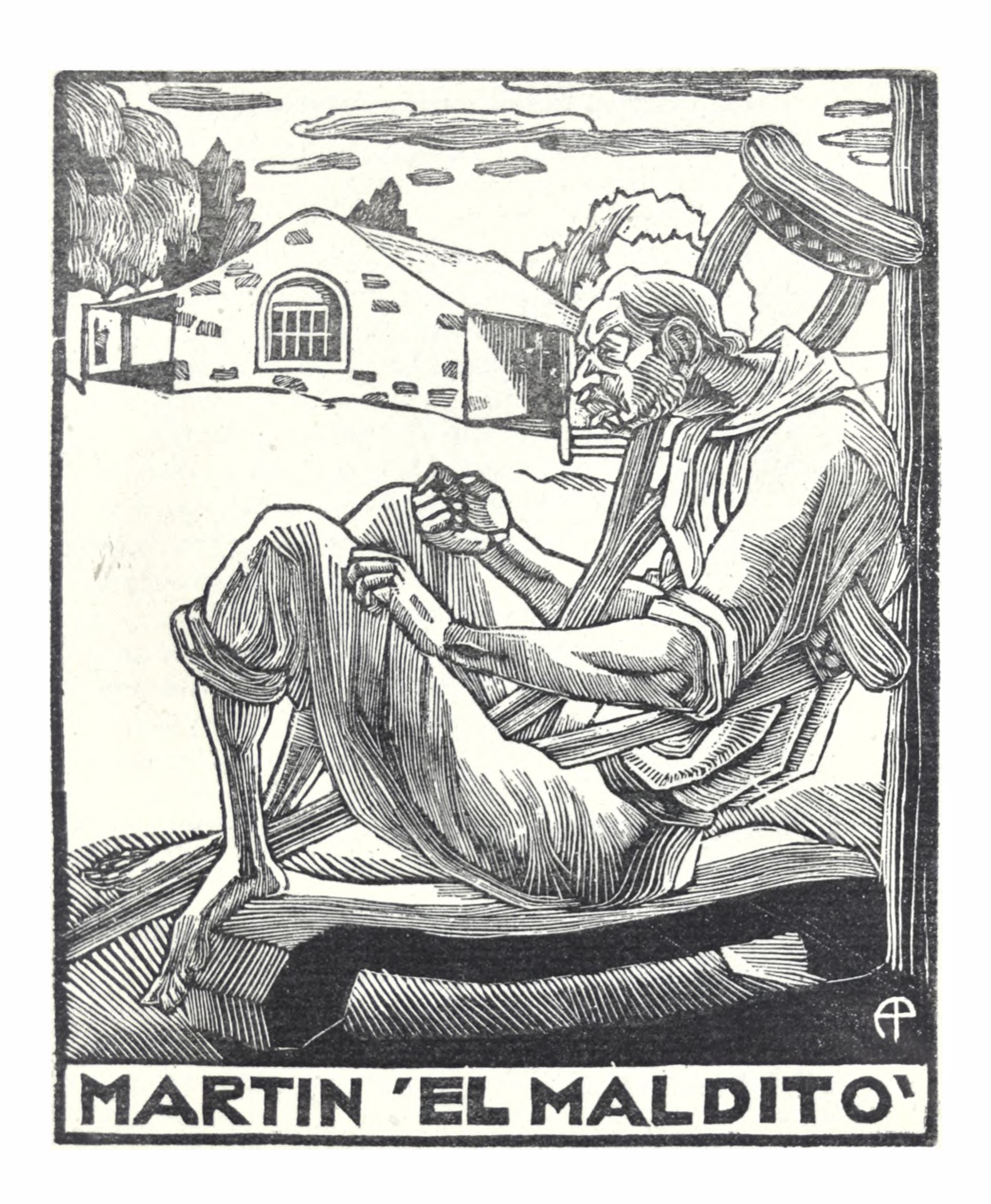
Anduvo aún largo espacio por el camino, cansándose la vista de no encontrar un accidente en qué fijarse, en el paisaje cuyas lomas la noche borraba; así su alma, perdida en angustia sobre la llanura callada, mientras los toros, sólo ellos más fuertes que el silencio, se desafiaban llamándose desde largas distancias.

Cuando se desmontó frente a la reja ya en las lagunas del cielo comenzaban a florecer las estrellas.

Desde el fondo de los arcos de la pulpería, arrastrándose sobre los codos, Martín El Maldito llegó hasta él con un agrio saludo.

Ricardo no pudo evitar el sentimiento de disgusto ante aquella figura que le recordaba el rancho de Paja Brava.

También iba Martín acabándose dolorosamente en la trágica creencia de que la maldición de su madre se cumpliría hasta el fin. Tiene el oscuro pensamiento de que sobre el cuerpo ya casi todo paralizado, aún está su alma viva, por el milagro de la voluntad. Pero sabe que si él un día, borracho, se distrae, o



MARTIN 'EL MALDITO'

si desfallece y no la levanta por encima de todo dolor, entonces se extenderá callada, desde la cintura en donde aguarda, hasta los ojos, la muerte.

Evitando mirarlo, Ricardo corrió a limpiarse el espíritu en la sencilla paz del hogar.

CAPÍTULO XVIII

SOBRE el camino sombreado por los eucaliptus están cayendo las doradas hojas del otoño; hay un tinte morado en las cañadas extendidas hacia Tacuarí; aunque ya es avanzada la mañana, el sol es una luz tibia sobre los rostros de los reunidos en la Azotea.

Centurión, Quiroga, Peñaflor y el Tuerto Narzo, sentados unos en los bancos de piedra bajo los arcos, acodado el último en la reja, hablan con el Comandante González y Don Zenón, sobre cuyos bustos los barrotes dibujan paralelas líneas de sombra dentro del despacho.

Junto al mostrador, orillando un claro de sol sobre la madera brillante, Ricardo y Lorenzo Rivero miran atentos un género extendido entre las manos del gaucho; zaraza azul con florecillas rojas, cuya presencia ha puesto en los ojos de Rivero un gesto reconcentrado.

—¿Le gusta el generito?

—El precio es acomodao; pero, ¡qué canejo!, no lo voy a llevar.

—Piense la alegría de su mujer si usted le cae con este regalo.

La sorna disimulada con que hablaba el pulpero, aflojó otra vez la voluntad del gaucho cuyos ojos se quedaron perdidos en la duda.

—Sí señor; a la patrona le daría un gusto... Pero estas florcitas....

Entre los brazos extendidos de Ricardo se alargaba la zaraza, brillando al sol sus florecillas rojas; entre sus labios apretados se ahogaba una sonrisa. La duda ablandaba el gesto de Ri-

-vero hasta que la voluntad, al fin despierta, se encendió en los ojos y se alargó en la mano con que estrujó un borde del género rechazándolo.

—No, pulpero, no. En mi casa no entra este color salvaje.

El rostro de Ricardo simuló grave resignación ante la negativa esforzada, y comentó:

—Si es así, amigo Lorenzo...

Y los dos se unieron a la rueda amiga.

Ya se levantaban los otros para dirigirse hacia los paraísos bajo cuya sombra Quiroga y Narzo iban a jugar un partido a la taba. Cuando Ricardo alcanzó al grupo, Peñaflor aún comentaba el posible encuentro de El Macho con el comisario Carreras.

—El hombre anda cansao de dormir entre las pajas y en una de esas le va a salir al polecía.

—Y el comisario lo va a peliar, si se encuentra medio acomodao;—agregó González.

—¡Qué va a peliar ese maula; cuando El Macho lo apure se le aflojan los garrones,—comentó Narzo.

—Callate Tuerto; no digás lo que dispués no sos capaz de sustentar cara a cara.

—Decía, nomás, amigo Quiroga.

Contestó el aludido alejándose hacia el barril del agua, de donde volvió con un jarro rebosante con el cual mojó la cancha.

Estaban los dos adversarios colocados en los extremos del pequeño rectángulo sobre el cual tirarían la taba, ajustado el chiripá, en la nuca el sombrero, adelantando un pié hasta tocar la raya desde donde harían la jugada, cuando Centurión dijo:

—Comandante: un rialito a manos de Isabelino.

—Le aceto; siempre es mejor andar bien con estos tuertos. Pa enemigos son bichos de mal agüero.

—¿Jugamos, Don Ricardo, una copa de caña pa la rueda?

—Como quiera, Peñaflor. Me gusta Narzo por la postura.

—Caramba, me peinó el gallo, pero es lo mesmo; la cuestión es engañar el rato.

Blanca al claro sol de la mañana, la taba bailaba sobre la palma de una mano; la oprimían suaves los dedos bronceados, y la arrojaban en abierta parábola hasta caer sobre la línea violada junto al pié del contrario. Una exclamación de burla; un comentario de ligera pena por el tiro errado; un recuerdo de otras canchas en que al clavarse el hueso, arrojado con firmeza por la mano diestra, quitó a uno los últimos dineros o encendió los ánimos hasta sacar a relucir los puñales, iban entre cada tiro entonces, a la sombra de los árboles.

De pié junto a la cancha, toda la atención de Ricardo estaba puesta en sus ojos y en los oídos recogiendo las palabras de la rueda cordial. Olvidado de los afanes de sus días, no recordaba sino aquel momento ligero que estaba viviendo entre la reunión amiga, oyendo el canto de los cardenales repetirse en la quinta, bajo el cielo de un azul transparente por el que iban, lentas, grandes nubes cuyos contornos el sol encendía. Ni el nombre de El Macho trajo a su memoria el recuerdo del dolor extendido de aquella vida en la soledad de los montes. Miraba las cuchillas, y no pensaba que entre ellas se empequeñecía el rancho de Paja Brava.

La mañana tenía una ingénua alegría; su alma también.

Como una brisa, limpia del jadear del pampero arrastrando las pesadas nubes bajo los cielos, sobre los árboles azotados, así la clara mañana había llevado lejos de su memoria los recuerdos de los trabajos desde su llegada a la Azotea. Olvidaba los años como si no hubiera conocido otras horas sino aquellas entre las palabras de los hombres de corazones sencillos. Más allá del muro protegiendo al jardín de los vientos, se adormecía la esposa, oyendo a un chichibirri golpear con su fina garganta al luminoso silencio, acariciada por el aroma de los naranjos florecidos, mientras los ojos se entornaban para ver el sueño de los días próximos del ser cuyos primeros signos de vida sacudían el vientre fecundado en amor. A su espalda, la propiedad de la pulpería; bastante para vivir con su negocio, libre de grandes afanes económicos entre la firme amistad de los hombres.

Encontrada su vida, cuando aún el cuerpo estaba ágil, sin dolor el alma.

Descansaba en un alto del camino. Miraba hacia atrás los pasados años, sin barrancas, sin pantanos, sin hostiles bañados ni abruptas sierras. Ni una huella de los duros trabajos y las oscuras angustias atravesados para llegar. Miraba hacia adelante: igual el paisaje. Visto en lejanía, sólo suaves ondulaciones iluminadas, como el rostro tranquilo con que había encanecido Don Zenón.

Imposible imaginar bajo el cielo limpio de la mañana de otoño, las tormentas del invierno lastimando la gracia del campo; así imposible para él recordar el oscuro dolor de las almas que habían empañado a la suya.

Lejos, cerca, suave color en el campo; luz en el cielo; tierna brisa, cantos en los árboles. ¿Quién puede llorar entre tanta alegría?

Amor en su casa; colmada la mesa; amistad de los hombres; bondad regocijada en su corazón. ¿De dónde habría de venirle la tristeza?

Y en el rostro de Don Zenón, de paz encanecido, mira sus años venideros.

Sobre la curva de una loma surgieron de pronto cuatro pequeñas formas y se fueron alzando hasta mostrar los bustos de unos jinetes levantados sobre la cabeza de los caballos al trote.

Ya bajando la ladera, dos de ellos avanzaban con un rayo de sol sacudiéndose sobre el recado. Peñaflor fué el primero en conocerlos.

—Ahi viene la polecía con unos clientes pa usté, Don Ricardo.

Quedó la taba olvidada junto al pié del Tuerto Narzo, en tanto los otros se dirigían hacia los arcos de la reja a esperar a los que ya atravesaban el camino.

—¡Pero si uno es Patricio!—dijo Quiroga con risa de asombro.

—¡Y de vincha el hombre! ¿Si se habrá hecho domador a la vejez?—señaló Rivero.

—El otro parece Más o Meno, por el costumbre de hundirle la panza al matungo, a talonazos.

En los rostros de todos, estaba asomando una burlona curiosidad a la espera del grupo que entraba en la sombra de los paraísos.

Ricardo y Don Zenón volvieron al despacho de la pulpería, adelantándose las razones de aquel extraño suceso que traía a Patricio guardado por la policía, cuando los otros se desmontaron y encogiéronse a manear los caballos.

Ceñudo el gesto, el comisario Carreras avanzó, golpeándole las botas el sable, llevando a sus costados a Patricio y Más o Meno.

Más pequeño parecía el cantor de la décima de Jauricaragua, hundida la cabeza para no mirar a los amigos cuya broma cruel ha venido temiendo desde que lo prendieron. El mezquino cuerpo se ensancha en los dos arcos de los brazos, por entre los cuales se ven dos pedazos de luz, se oprime en la cintura, y vuelve a ensancharse en las curvas de las piernas que parecen llevaran, aún caminando, el lomo del caballo entre ellas.

—¿Anda domando, aparcero, que se ha puesto vincha?

—Vamo a óirle la décima, Patricio, aura que Peñaflor ha encordao una guitarra nueva.

Pero Patricio ni siquiera levantó los ojos hacia los amigos que lo recibían con bondadosas burlas; por debajo de su escasa barba blanca, se advertía en el gesto un estremecimiento próximo al llanto.

Vestido con un chiripá de alpala, borrado su color por el tiempo; calzando sólo la mitad del pié en las alpargatas que al caminar golpeaban sonoramente; cayéndole en anchos pliegues la camisa de franela, historiada en múltiples remiendos de diversos colores en el pecho, la encorvada espalda y las mangas; perdidas las formas del sombrero sobre la melena lacia y en la mano un lagarto cuya trenza de tan corta más parecía un pre-

texto para llevar colgada la gran argolla, que no para castigar el caballo; débiles las piernas, Más o Meno avanzaba junto al comisario, duros los ojitos en el rostro de pájaro casi cubierto por el descuidado bigote.

Bien raro el apodo del gaucho; y sin embargo definía su vida.

Domador, carrero, peón de chacra, alambrador; cualquier oficio era bueno para aquel paisano de inmutable lentitud en el paso. Con la misma tranquilidad en el gesto y la palabra, aceptaba pialar los toros jóvenes en las carreras épicas del campo abierto, para castrarlos, como empuñar la azada y pasarse el día encorvado entre las plantas del jardín de una estancia.

Domador, sus baguales se arrocinaban; pero desde lejos le conocían los paisanos en los caminos, por los bruscos movimientos de testa de los animales estrelleros y por las contínuas espantadas que iban dando, aún de sus propias sombras en la tierra. Amansaba un novillo bajo el yugo; pero ya buey, se le acostaba en la cuarta del arado antes de terminar la primera melga. Cargada la carreta, él no podría decir la madrugada de su salida del pago y el anochecer en que llegaría al término del viaje; todo iría bien si a lo largo del camino no encontraba una cancha de taba, un reñidero, una carrera, o simplemente las décimas emocionadas de un payador para que, oyéndolas, se olvidara por horas de los bueyes dormidos bajo los yugos.

¿Indolente, cínico?

No; trabajaba siempre, no engañaba a nadie. Pero él no creía que el trabajo ni la vida fueran algo preciso, ordenado, con un fin duradero. Cuando tuvo conciencia de su existir, un día se encontró sobre las cuchillas sin saber para qué estaba, y sólo vió cómo tenía que vivir cada día de su trabajo, pues así lo habían criado. Y aceptó la ley impuesta.

Pero en su cumplimiento él, desposeído de ambición y esperanza, encontró un margen para la libertad, compendiado en las palabras que terminaron por ser su nombre: todo lo hacía más o menos.

Alambrador, trabajaba solitario en los bañados y las cuchillas, desde el amanecer hasta la noche; pero eso sí, sin impaciencias. Cuando ajustaba las cuentas nunca era él quien precisaba el precio; sólo sabía que podían pagarle, alrededor de una cantidad, más o menos.

Bien pronto las crecientes arrastraban los zarzos; las sequías aflojaban sus muertos bajo la tierra; los toros quebraban los postes. Inútil pretender que por ello él perdiera la lentitud del paso, la opacidad de la voz. Desde que cavara el primer hoyo sobre las cuchillas, él había pensado hacer aquel trabajo, como toda su vida, sin amor y sin vanidad.

No tenía ningún orgullo. Claudio Corro se miraba en la dócil destreza de sus baguales; Valerón en las líneas siempre sonoras de sus alambrados; Chingolo llevaba sobre el labio una cicatriz recordando un entrevero en donde había sido el mejor. El no amaba ninguno de sus oficios; iba sólo trabajando y viviendo, así, más o menos.

Había sido peón; llegó a puestero; en el galpón de una estancia presidió la rueda de las madrugadas y los atardeceres, tan humilde como siempre, cuando ya era capataz.

Breve tiempo después se vió descendido a puestero; otra vez a peón.

Ni fué orgulloso durante el pasajero encumbramiento, ni se sintió humillado en el retorno a su antigua humildad. Aceptó el tránsito de la buena como la mala suerte con la misma voz opaca, los ojitos brillantes, la camisa historiada de retazos.

—En la vida, toda cosa es más o meno la mesma.

Y los paisanos lo llamaron con sus propias palabras: Más o Meno.

Pero de pronto la indiferencia se había borrado del gesto; se volvió torva la mirada; salía con el amanecer de su rancho cobijado en la curva del monte, y volvía cuando la noche ya había confundido a los árboles en una oscura colina informe reflejándose en la laguna.

Desde más allá de su resignación diaria, se levantó en él un

sentimiento activo y violento, que le tenía de pié a la sombra del pescuezo de su caballo durante todo el día, en la zanja cercana a la casa de Patricio.

Ni la esperanza ni la miseria crearon nunca en él una voluntad tan despierta como la que el rencor levantó desde la oscuridad de su instinto.

¿Cómo pudo Más o Meno perder la impasibilidad de su vida y Patricio, el bondadoso y cobarde, despertar su odio?

He ahí lo que se preguntaban los amigos de la reja, cuando el comisario se adelantó a informar a Ricardo sobre aquella extraña pendencia.

El rostro del juez tenía un gesto de contenida burla mientras el comisario hablaba.

Momentos después, sentado entre Don Zenón y el Comandante González, testigos de la audiencia, y como distraído de los rostros de los gauchos que se aplastaban contra las rejas de la ventana del camino para ver y oir a través de sus vidrios lo que allí pasara, ordenó traer los presos.

Patricio se adelantó con precipitado paso, se acercó a la mesa, y dijo entre dientes:

—Condéneme a pagar lo que quiera, mas no me mande al pueblo, por favor.

—Siéntese;—respondió el juez.

La palabra severa pareció voltear al tembloroso Patricio sobre la silla.

Más o Meno permanecía de pié junto al comisario. El juez interrogó:

—¿De modo, amigo Más o Meno, que es cierto que usted pretendía coser a puñaladas al paisano Patricio?

Apenas si el Comandante González lograba sofocar la risa asomando a sus ojos, ante la burlesca gravedad del juez.

—Sí señor, es ansina. Pero este viejo pícaro me jué a insultar a la patrona.

Patricio escondía la pequeña cabeza entre los hombros levantados, como si las palabras y las miradas le golpeasen el rostro.

—¡Qué cuála, don Juez...!—exclamó Don Zenón. Y la frase quedó interrumpida para que no se desbordara en risa.

—Está bien. Señor comisario: haga el favor de llevar a Más o Meno, pues voy a interrogar a Patricio.

Cuando los otros hubieron salido, el cantor de la décima de Jauricaragua recién se sentó totalmente en la silla, y volvió a decir:

—Pago lo que quiera, Don Ricardo. ¡Mas no me vaya a mandar pal pueblo!

—Cuente todo lo que le ha pasado y cómo le hicieron esa herida en la frente.

—A la vejez, Patricio, se te sulevó el coraje y te dió por andar atropellando a la gente?—Comentó González.

—Contá dispacio, camarada, y a ver si no se te olvida nada en la rilación. Vamo a buscar el modo de acomodar estas cosas, pues pa las ocasiones están los amigos.—Aconsejaba con acento de sorna Don Zenón.

Patricio miraba con aire asombrado a los tres amigos en el costado opuesto de la mesa, tal como si no los reconociese. En su tribulación ni siquiera sospechaba la burla que cualquier otro hubiese advertido en los rostros.

—Comenzá dispacio y hacé memoria cabal de lo acontecido, sin venirte con arañas por la paré. De no, el juez va a tener que mandarte pal pueblo.

—Güeno, está bien, Zenón, está bien; yo relato todito con tal de que Don Ricardo agencie el modo de no dir a Melo. ¡Qué disgracia sería verme entre la oscuridá de un calabozo... yo me muero ahogao! Usté sabe, Don Ricardo, que Más o Meno es agregao en mi campo dende que se juntó con la muchacha. Como juimos nosotros, mi mujer y yo, quienes la criamos, pa ayudarlos, nomás, le dimos aquel ranchito y permiso pa tener unos animalitos. El hombre es güeno.. sí señor. ¿Por qué lo voy a negar? Es ansina pal trabajo, más o meno como quien dice; pero trabajador, sí señor, y de güenos modos con la moza y la gente.

Aconteció que dende que yo me he quedao solo en la viudez,

tomé el costumbre de dir algunas tardecitas, cuando volvía de la Azotea, a tomar un mate con el hombre. El tiene su guitarra y es hasta medio cantor; pa darles gusto yo les cantaba a ocasiones mi décima de Jauricaragua, pues a la muchacha le agrada dende que era gurisa.

Aura, estos últimos tiempos, aconteció una vez que yo llegué a la casa a eso del mediodía; Más o Meno andaba pal otro lao del Tacuarí tendiendo unos alambraos.

Entonce pasamo el rato con la muchacha en la cocina; ella arreglaba sus ameleyos, y yo cebaba el mate.

—En todo eso no hay nada feo.—Comentó, alentándolo, Don Zenón.—Compaña, nomás, de vecino.

—Ansina jué al principio, amigo Zenón. Mas yo no sé qué diablo se me ganó en el cuerpo mirando a la muchacha, y sentí como hervirme la sangre cuando ella se agachaba pa fregar los bancos. Por entre la bata le véia golpear los senos cuando sacudía los brazos, y a mí me golpiaban las venas de la frente y sentía como si juera a darme un váhido.

—Cosas de la vejez, Patricio.—Dijo González.

—Tal vez nomás, Comandante; era como una flojera en las piernas que me hacía pegar las rodillas una contra otra. Güeno; con que me juí y no pasó nada. Mas de áhi pa adelante, llegaba el mediodía y me daba como una comezón en la sangre que no paraba hasta montar a caballo y rumbiar pa lo de Más o Meno.

—¿Pero la mujer se había enterado de la razón de sus visitas?

—Ahi está lo malo, Don Ricardo. Me dió que la muchacha maliciaba mi zoncera y no estaría muy arisca si yo conseguía hacerle entender. Dispués, como Más o Meno es un cristiano ansina... ¿Sabe?

—Vos le atropellabas la mujer.

—Atropellarle, justamente, no Zenón. Yo créia que prosiando nos íbamos a entender con la moza. Montaba a caballo y al tranco, al rayo del sol, iba con pacencia pensando las cosas

pa decirle cuanto llegara. Pero mal pisaba el patio, y le véia los brazos desnudos, las caderas redondas, los senos golpeándose por abajo de la bata y los ojos brillándole, me volvía a dar como un golpe en los ojos y se me secaba la prosa en la garganta.

—¡Asunto serio, Patricio! ¿Y por qué diablo no rumbiaste pa otro lao?

—¡Y pa dónde, en estos pagos? Güeno: una ocasión llegué con la prosa acomodada y dispuesto a largársela cuanto me apiara, nomás; me la había venido repitiendo de un tirón mientras tranqueaba en el mediodía. Me bajé y de un golpe le dije, casi sin mirarla: Mirá, muchacha; decile a Más o Meno que de vez en cuando carnée nomás una ovejita de las mías pa ustedes dos... Y ya iba a soltar el rollo cuando ella me dijo: Justamente, Padrino, lo estaba esperando pa que me cortara unas leñitas.

—Agradecida la moza.

—¡Canejo! Sudaba a chorros en el picadero repitiéndome por lo bajo la prosiada que iba a tener cuando le llevara las astillas.

—Te vino bien, Patricio, pa cavilar mejor.

—Al principio jué ansina, Comandante. Pero pal final, caduco como ya voy quedando por los años, se me jueron perdiendo las palabras y comenzaron a dormírseme los brazos y darme unas puntadas bárbaras en la cintura. Cansao, no bien le eché las astillas al lao del fogón, rumbié pa mi rancho molido del sol y del trabajo.

—¿Y la prosa que habías cavilao?

—¡Qué prosa, ni prosa! No pensaba sino en llegar a mi casa pa echarme en la cama, adonde estuve toda la tarde como envarao y dormido.

—¿Te resabiaste de ésa Patricio?

—Ahi está mi zoncera, Zenón. Mal llegó el otro mediodía, sentí otra vez la comezón y no pude con mis ganas.

—¡Porfiao el cristiano!

—No era porfía, Comandante; colijo que era como una peste. Cavilando en mi casa y mientras rumbiaba, todo me pàre-

cía tan fácil; pero mal asomaba el rancho a mis ojos ya cerca, se me iban juyendo las palabras y me daban como áhogos. Yo siempre he sido muy poquito.

Con que esa ocasión ella estaba lavando los platos en la cocina y yo sentao casi atrás de ella hablándole de güeyes perdidos. Tiraba y tiraba, y no me salía una prosa acomodada como pa decirle aquello. Pa pior, ella estaba que era un gusto. En una rejunté coraje y me dije: ansina no más, la cuestión es empezar...

—Y te salió el cumplido.

—Mas no jué de palabra. En una en que ella pasaba pal patio con una palangana con agua sucia, pa hacerle ver mi intención medio claro, le pegué una palmada en las nalgas. Ni vide cómo hizo. En un redepente me sentí acostao de un palanganazo en la frente y la sangre chorriándome por los ojos.

Ahi está cómo jué la cosa.

Dispués me puso salmuera, me ató una vincha, y rumbié al trote pa mi casa. Entonce comenzó a ronciarme Más o Meno y yo me gané en mi rancho y desparecí de la Azotea.

Difícil era a los otros contener la carcajada que habría de ahuyentar la simulada gravedad del juicio.

Con la risa temblándole en los ojos, en las mejillas y los labios, Ricardo se dirigió a Don Zenón:

—Si le ajustamos la ley, será preciso enviarlo a Melo. ¿No le parece?

—Ansina es, señor juez...

—¡Pero Zenón, tantos años camaradas...!

—Mas yo creo—continuó el anciano como si no viera el gesto desesperado de Patricio;—que podíamos arreglar aquí nomás las cosas con un poco de güena voluntá. Al fin, el paisano ha sido siempre un vecino sosegao... compañero de truco... güen cantor...

—¡Claro, amigo Zenón! Dispués, que yo pago lo que Don Ricardo mande.

—¿Usted qué piensa, Comandante?

—Yo creo, señor juez, que el paisano lleva razón: ha padecido de alguna peste.

—Es ansina, Comandante.

—Muy bien; traigan a Más o Meno.

El comisario volvió a entrar con el otro detenido.

—Más o Meno—dijo el juez—Patricio confiesa haberle dado una palmada a su mujer; pero ella le hirió con la palangana y usted lo ha querido matar. ¿Es cierto todo ésto?

—Sí señor.

—Por esas causas ustedes tendrían que ir presos a Melo. Pero pensando en que son vecinos tan antiguos en el pago, sosegados y trabajadores, yo podría ponerlos en libertad a los tres, si logramos volver la amistad entre ustedes. ¿Le gustaría tener una chacra para arar?

—Sí señor; sería güeno.

—¿Usted se compromete a cercarle una chacra a Más o Meno?

—¡Cómo no, Don Ricardo; lo que usté diga!

—¿No le vendrían bien dos lecheras para atar?

—No estaría mal, no señor.

—Además, una vaquillona carneada para este invierno. ¿Usted se las dá, Patricio?

—¡Cómo no, Don Ricardo; si pa mí es un gusto. Hoy mesmo podería llevar un tercio de yerba. ¿Sabe? Siempre es güeno estar precavido; vienen las lluvias, crece el bañao del Talavera y a lo mejor se quedan aislaos y no hay modo de conseguir una cebadura. Sí, sería güeno llevar un tercio.

Más o Meno continuaba con los ojos fijos en la sombra proyectada por el juez sobre la pared; tal como si no fuera a él a quien Patricio hablaba.

—Muy bien. Y a la mujer podía mandarle un género para abrigarse en el invierno. ¿Estamos?

—¡Justo, don juez! Vamo a tener un invierno crudo, según va el otoño de llovedor. Mesmo, yo ya había pensao en un regalito ansina. ¡Si siempre hemos sido tan camaradas! ¿No es ansina, Más o Meno?

—Por eso jué a propasarse con la patrona, palmeándola.

—¡Pero amigo Más o Meno! Te aseguro que no había ninguna idea mala. Como de chiquita la había tenido tantas ocasiones en la falda y tantas otras la había palmeao... ¿Alvertís?

Dentro del despacho, contra los vidrios de la ventana, resonaron las carcajadas finalizando el juicio.

El ánimo jovial del juez, ayudado por el empeño unánime de los otros, logró al cabo borrar del espíritu de Más o Meno toda huella de rencor, cuando ya Patricio subía y bajaba cuchillas, al galope tendido de su caballo.

CAPÍTULO XIX

LENTOS, con apagados ecos, sonaban los pasos de Ricardo en la pieza; pronto llegaba junto a la ventana del camino y miraba al campo largamente.

El día había sido lluvioso y sonoro; entonces se alzaba el silencio entre el campo y el cielo.

Ricardo volvió los ojos hacia el rincón de la pieza. Sentado en el lecho, agobiado de fatiga en el esfuerzo tenaz por respirar, Don Zenón desde allí miraba en la luna del ancho espejo reflejarse el paisaje; anochecer azul y verde.

A veces, en la callada hora, resonaba el relincho de alguno de los caballos cuyos jinetes hablaban en la reja.

—Van ya unos días que soy padre, y aún usted no conoce a mi niño, Don Zenón. Voy a traérselo para que me diga si se me parece; apenas si hemos hablado de él desde su llegada.

El anciano volvió los cansados ojos hacia el amigo y con serena voz respondió:

—Déjelo, Ricardo, déjelo, no quiero verlo. El asoma en una punta del camino cuando ya me pierdo en la otra... quién sabe pa donde. El viene entoavía demasiao lejos pa poder ver quién he sido, y yo no puedo retrasarme y esperarlo pa ver quién será.

—No hablemos así, Don Zenón. ¿Para qué llenarnos de angustia?

—Vamos a prosiar sí, amigo mío, en esta hora que entoavía es nuestra. Usté y yo, tranquilamente, como tantas otras nochecitas en los bancos de la reja. No quiero conocer a su hijo, pues a él ya no podré, como antes lo hice con usté, llevarlo de la mano por esas cuchillas. Ansina, sin verlo, él no sentirá no haberme conocido, y yo no sufriré el dolor de dejarlo si no he te-

nido tiempo de quererlo. Que aprenda con usté a llevar una honradez sencilla y porfiada; y en sus dichos halle amigos acuerdos pal viejo Zenón.

Ricardo quiso evitar a los ojos serenos que le observaban, la presencia de su rostro entristecido, y de nuevo los lentos pasos resonaron sobre el silencio.

—Así será; yo no haré sino justicia a su pura virtud.

—Eso no; todos hemos pecao. Mas que no nos deje hasta la última hora, el consuelo de haber sido leales con los amigos, olvidaos con los enemigos, y siempre buscao por la bondá ser mejores. Mi vida ha sido larga y al tranco; no he conocido más que el trabajo y la amistá de los hombres. La suya jué pa mí la última y la mejor; lo he querido como al hijo que no pude agenciarme...

Ahora era Don Zenón quien desviaba hacia el espejo iluminado de anochecer, los ojos entristecidos. Como olvidado de las últimas palabras, continuó hablando:

—Ahi se van Rivero, Centurión y Quiroga; juntos y callaos como siempre.

La débil luz del crepúsculo se oscureció en la ventana, mientras las figuras de los tres jinetes amigos pasaron, lentas y oscuras, por la luz del espejo.

—Mi pequeña parte en la pulpería queda pa su hijo; quiero que dispués de mí, sea él su socio en el trabajo.

—No debe pensar en eso, amigo mío.

—No lo rechace, bien poco es. Sólo espero que nunca la ambición lo hará duro ni ingrato; pues la avaricia empaña las más claras virtudes del hombre... Ahi pasa Claudio Corro...

Los dos fijaron la vista en el espejo viendo pasar el grupo ágil de los baguales y luego la ligera silueta del domador. Por el camino en silencio, sonaba la alegría de una milonga que Claudio se iba silbando.

—¡Cuándo descansará ese pájaro!

Y volvieron, en la pieza oscurecida, a sus pensamientos. Dijo Ricardo:

—Espero que nunca la ambición me hará ingrato.

—También ansina dijo el hombre, y mintió. ¿Si acuerda cómo Don Juan se lo aprobó?

En los atardeceres, desde la mañana de su conocimiento, el anciano y el joven sentados en los bancos de piedra bajo los arcos de la reja, vieron caer la noche mientras Don Zenón llenaba la hora con una de sus fábulas. Como entonces, olvidaron de nuevo el tiempo que se iba en la serena palabra del anciano:

—Hace de ésto cien años, cuando los caminos no habían alcanzao entoavía a ser ni una fina senda en las gramillas y a las picadas sólo las conocían los toros chúcaros, cayó un hombre en el Tacuarí crecido y era juguete de la correntada. Manotiando los sauces y sarandises, apenas si conseguía tenerse a flote, cuando ya se le agarrotaban las manos y se le erizaba el cuero de frío. Dar un grito en la soledá, era al ñudo; a lo largo de la llanura no podía haber voz más juerte que la del río rompiendo los árboles y despedazándose contra las barrancas. Braceaba el hombre cansao y sin esperanza queriendo cortar la corriente, cuando Don Juan el zorro se acercó a la orilla y quedó mirándolo. Sentao sobre una piedra, olfatiando el río, Don Juan véia al cristiano golpiar el agua sucia de la resaca, sin poder adelantar más de un cuerpo en el remolino que lo daba güeltas como a un tronco seco. Pal final, el hombre miró a Don Juan y le gritó:

—¡Salvemé, camarada!

Dispacito, como con miedo, el zorro ganó el río y nadó hasta adonde estaba el desvalido, con la cola extendida por arriba del agua.

—Agarresé hermano y siga.

Se prendió el hombre con la juerza del ahogao y se dejó llevar sobre las güeltas del río, hasta un remanso adonde hizo pié.

Cuando se vido libre, naides jué nunca más agradecido de intención y de palabra que él; ningún precio era caro pa pagar al zorro la vida que le había dao. Pero Don Juan contestó humilde:

—Vea, camarada; ésto no tiene valor ni precio; di áhi que

no me deba nada. Yo soy también un pobre paisano caminador, y quedo muy conforme con haberlo servido en algo. Otra ocasión le acontecerá a usté emprestarme un servicio de esta laya, o mayor.

Pero tanto insistió el hombre ablandao por la gratitú, que al fin Don Juan concluyó por decirle:

—Vea, amigo: ya que pa usté carece mostrarme su amistá, le pido que si de hoy pa adelante en algunas ocasiones encuentra a un finao de mi familia tirao en el campo, lo sepulte como a cristiano. Es favor que me hace.

Prometió el hombre convencido, y cada uno agarró su rumbo.

Pasaron los años y no volvieron a encontrarse en el camino.

Ya el cristiano se había olvidao casi de la juerza del agua, del frío de la tarde, de las orillas perdidas del río, y del valor de Don Juan. Pero había dao la palabra, y sólo por eso la iba a cumplir en cualisquier ocasión.

Aconteció que una noche de luna, como estas que vamos pasando, venía viniendo por el bañao del Tacuarí, cuando vido un bultito atravesao en el camino. Se apió el cristiano y reconoció a un zorro muerto.

Cavó con trabajo una sepultura, enterró al bicho y volvió a montar contento de haber cumplido con Don Juan.

Pero no había trotiao una legua, cuando otro zorro tirao en el camino le espantó el caballo. Se volvió a apiar el hombre y trabajó de nuevo hasta sepultar al dijunto. Y siguió trotiando.

Ya subía la primera loma que cierra el llano, cuando otro zorro negriaba en el campo pelao.

El hombre se apió dudando. Miró cerca, y sólo oyó el ruído apagao de una tropilla pastando; algo más lejos clareaba la luna sobre el lomo de una majada.

—¡Qué pucha; cavar otra sepultura es pesao y al cuete... Siempre pa alguna cosa menuda puede servirme este cuerito. Don Juan está bien pagao con los otros dijuntos que le enterré... A más, quién iba a pensar en esta peste en la familia; ni él mesmo.

Y no dudó más. Le agarró una pata, con el puñal en la mano. Sorprendido pegó un corcovo.

El dijunto largó una carcajada y se le paró atrevido.

—Vea, paisano: bien me maliciaba yo aquella tarde que la vida de un hombre mísero, vale menos que la sepultura de tres zorros.

Y Don Juan se jué riyendo a carcajadas por el bañao, mientras el cristiano redoblaba como un tambor su galope por la loma.

Calló la cansada palabra; pero antes de que Ricardo aludiera a su fábula, de nuevo la voz de Don Zenón se elevó temblando de angustia:

—¡Canejo, amigo Ricardo, nos ha sorprendido la noche en mi cuento.

—Es verdad; en este tiempo cae la noche de pronto.

—Encienda la luz, amigo mío; pronto, apenas si lo veo como un bulto negro. ¡Caramba... cómo se nos vino la noche...!

Las palabras tenían en el espíritu de Ricardo un estremecimiento dramático que le entorpecía las manos cuando pretendía dar luz a la pieza.

Poco después entró un paisano a hacer compañía a Don Zenón, mientras el pulpero iba a su hogar a hacer la cena.

Cuando Ricardo se detuvo en la puerta, su mirada tornóse de súbito endurecida ante la escena que vieron sus ojos. Sostenido por el brazo del paisano que se hundía en las altas almohadas, encorvado violentamente hacia adelante, Don Zenón extendía la boca abierta y rígida hacia la pantalla con que el hombre lo abanicaba lentamente. Al sentir los pasos amigos, los ojos del anciano se fijaron en la puerta con honda y resignada tristeza.

Ricardo avanzó y púsose a pasear. Sobre las blancas paredes la luz de la lámpara repetía en perdidas sombras la escena. Grave, pesada, la silueta del paisano; arqueado el busto del amigo, mientras él veía a su sombra acostarse en el piso, subir con la lentitud de sus pasos, por la pared, y quebrarse en el techo.

Algo irremediable y oscuro se había precipitado en la pieza mientras él cenaba distraído viendo dormir a su hijo.

La mano del peón se sacudía en ritmos pausados delante del anciano, y el escaso aire sonaba secamente en la garganta del enfermo. Ricardo avanzó hasta sentarse junto al lecho, evitando el ruído de sus pasos como si temiera despertar a alguien que amenazaba desde el silencio.

Don Zenón hizo un esfuerzo y preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las diez de la noche.

Apoyados los codos sobre las rodillas, el pulpero oprimía entre sus manos la cabeza con violencia impensada. A instantes levantaba los ojos hacia el lecho en donde respiraba cada vez más sonoramente el anciano. Sostenida en el brazo del hombre, la recia espalda se curva en un movimiento tierno; se agita la blanca barba al impulso del viento producido por la pantalla frente a la boca; y fijos, llenos de un pensamiento dolorido y mudo, los ojos entornados.

La angustia sube incontenida hasta la garganta de Ricardo; siente que su cabeza caería, pesada, si no la oprimiesen violentas, las manos. ¿Quién se lo ha dicho? ¿Por qué sólo en la muerte piensa ahora? ¿No podrá pasar todo ésto y volver, como en el anochecer recién ido, a oir la alegría de una fábula surgir de aquella boca ahora rígida?

Otra vez con pasos apagados sale hacia la puerta; se siente ahogar por la dramaticidad del silencio.

Sobre las baldosas se alargan las anchas sombras de los cuatro arcos romanos sosteniendo la galería del patio. Hay también allí, una muda tristeza acostada entre las paredes, recogida en la sombra del brocal del aljibe.

Fuera, en el campo abierto, sólo así podrá respirar normalmente.

Desde el zaguán ve huir por las rendijas de la ventana la luz del cuarto de Don Zenón. Lejos, los fogones en las cuchillas alargan las distancias. Sobre su cabeza se ahonda la clara noche de agosto, en un silencio de espera.

De pronto el terror sacude a su espíritu; acaso en ese



instante, callado, va a pasar lo que se anuncia en la pieza junto a Don Zenón. Y vuelve presuroso como si pudiera protegerlo con la mirada.

Otra vez los ojos entristecidos del anciano lo esperan a que llegue a la puerta por la cual salen los fatigosos ronquidos que la galería repite en apagados ecos.

—¿Qué hora es?

—Ya es tarde, Don Zenón.

Callaban los tres, y sin embargo a Ricardo le parecía oir resonar un pensamiento entre las paredes.

Apenas si pudo entendérsele cuando Don Zenón dijo:

—¡Qué larga esta noche!

El paisano comentó, grave:

—Es el invierno.

Don Zenón curvóse de nuevo extendiendo la boca rígida en busca del aire que movía su blanca barba.

—Antes de que llegue el día, yo me iré.

—¿Por qué piensa eso, Don Zenón?

—Está escrito que así sea.

Parecía que el silencio de la noche entraba en la estancia.

Bajo las sábanas ahora es todo el cuerpo del anciano que se dibuja con la misma frágil ternura de su espalda.

El pensamiento de Ricardo se va hundiendo lento, acunado por los ronquidos del enfermo. En presencia del bondadoso amigo agonizando, vuelve a sentir el terror supersticioso que le sacudía cuando su mano tímida acariciaba el vientre de Maruja próximo a desgarrarse en el hijo. La misma sensación de su pequeñez impotente ante la fatalidad desarrollándose frente a sus ojos, al alcance de su mano. Acariciaba el vientre de la madre, con una mezcla de ternura y veneración; bajo la bóveda frágil luchaban las aterradoras fuerzas de la Vida y la Muerte, y él nada podría hacer para protegerla ni para cambiar al ser que ella estaba formando. ¿Podría amar a su hijo si él nacía monstruosamente feo? ¿Y si por su culpa nacía para el dolor?

Vencido ante las obstinadas y oscuras fuerzas, sólo tenía la caricia emocionada para la madre dormida, próxima a

germinar con la simple seguridad de un árbol. ¡Qué callados abismos éstos, de donde viene la vida y adonde nos lleva la muerte! ¿Acaso son dos distintos, o es uno mismo?

Como delante de su niño que vive y mira sin poder hablar, y está de pronto alegre sin ninguna causa exterior, alegre hasta reir en sueños, piensa ahora delante de Don Zenón, que vive y mira un punto lejano entre los párpados, y tiene el rostro sereno, piensa si recién venidos o ya en los lindes de la muerte, están viendo las lejanías desde la cual vinieron y hacia la cual se van. ¿Pero habrán visto algo antes? ¿Verán algo después? ¿Qué pensarán en estos momentos solemnes y definitivos?

El peón deja a largos intervalos correr levemente un pié sobre el piso, mientras la pantalla suena, seca y monótona, frente a la abierta boca.

El sigue pensando:

—¿Me habrá perdonado sin dolor? ¿Aún me ve, desde la distancia brumosa de su agonía, gracias al amor con que cuidó de mi vida?

Sobre la angustia de estas preguntas se tendió una pesada oscuridad en su conciencia. Por unos instantes—¡acaso tan largos!—todo su ser quedó pendiente del ronquido inacabable de Don Zenón como un reloj marcando, imperturbable, los minutos que faltaban para la eternidad.

—¡Qué mezquino es todo lo demás en la vida; los amigos; el negocio; sus luchas, frente a la grandeza de este silencio sin hechos y sin palabras! ¡Cómo amaba él la vida y sin embargo, cuán heróica resignación en los ojos entristecidos con que ahora mira! A despecho de la luz de la lámpara no podrá, como lo quiere, alejar las oscuras fuerzas que lo están cercando... Estas mismas, en un día no lejano, tenderán también a Marcos Ramírez. Y nada podrá el valor del caudillo; a su seguridad en la acción, vencerá la fatal seguridad de una hora como ésta. ¿Cómo la recibirá aquél? ¿Podrá verla llegar con la misma paz heróica y humilde del rostro de Don Zenón?

Se sentía un hombre sencillo y pequeño; jamás había

pensado Ricardo en estas cosas; pero el espectáculo que ahora tiene delante de sus ojos remueven, aún en las más sencillas almas, estos graves pensamientos que son los de su vida misma.

De pronto el paisano y él, levantaron los ojos asombrados oyendo una voz dolorida:

Del principio del camino
Amaneciendo llegué.
Por el fin de este camino,
Anocheciendo me iré.

Sobre el silencio pasaba un carrero cantando.

Don Zenón abrió los ojos y dijo:

—¡Qué cansancio... acuéstenme ya!

Con suavidad de madre, entre los dos lo tendieron sobre el lecho.

Ricardo tornó a salir frente al campo; los pensamientos golpeaban con violencia bajo el arco de la frente.

De pronto una idea le detuvo, aterrado:

—¿Por qué no lloro? ¿Acaso no veo que es verdad?

Levantó hacia el cielo los ojos cansados y resecos. El espectáculo simple de las estrellas, le pareció poblado de oscuros y pavorosos misterios de mundos que acaso estuvieran naciendo y muriendo más allá de la luz tranquila de la luna.

Cuando volvió a la pieza el llanto refrescaba sus párpados. Apenas le llegaron las palabras de Don Zenón:

—¿Qué te parece Ricardo, cómo está esta florcita...? ¡Qué silencio hay esta noche...!

Y la cabeza de mirada lejana, cayó sobre la almohada con la grave tristeza de un atardecer.

¡Qué aterradora mudez la de aquellas horas inacabables! Ricardo nunca hubiese pensado, oyendo los relatos en la reja, que la muerte fuese una cosa tan desolada y muda. ¡Qué tremendo silencio...!

—Aún está ahí, sobre la cama, y vive... ¿Si habláramos...? ¡Pero qué torpes y vacías, también, las palabras!

¿Estará aún ahí, o ya nos mira por entre los párpados entreabiertos, desde insalvable distancia?

Ricardo tosió y, como un eco, la tos ahogó el ronquido en la garganta de Don Zenón. Aquél tuvo la violenta evidencia del minuto. Saltó junto al lecho, cogió la blanca mano caída sobre las sábanas y lo llamó desesperado, con la voz y los ojos:

—¡Don Zenón!

Fatales, irreprimibles, los labios se abrieron lentamente, y se cerraron. Volvieron a abrirse cuanto podían, y se cerraron. Más lentos aún, se distendieron, rígidos, y se cerraron. Como el aleteo de un pájaro temblaron los párpados y oscurecieron la bondad de la mirada.

—¡Don Zenón!

Una mano cruel, invisible, tendió sobre el cuello un tul de amarillenta palidez; y segura, inevitablemente, cubrió con él los labios, la nariz, la frente noble, hasta perderlo entre la blanca cabellera.

Los ojos de Ricardo habían seguido extáticos aquel tránsito callado y terrible.

¡Nada más!

Y abrazado a la mano bondadosa, ya fría, cayó quebrado por el llanto.

A través de las lágrimas sus ojos buscaron de nuevo a Don Zenón. Piadosamente el paisano le había ocultado bajo las sábanas el rostro, y le miraba con terquedad las manos entrelazadas.

Extendió Ricardo la suya para descubrir aquella noble cabeza y lacerarse el alma mirándola. Pero apenas la hubo visto, detuvo su ademán, aterrado.

Empequeñecida, una extraña cabeza veía ahora en donde reposara antes la del anciano. ¿Cómo pudo hacérsele aquella burla trágica? ¿Ya no era más él?

De pié, rígido el cuerpo, creyó desvanecerse ante las mezquinas formas que se dibujaban bajo las ropas y dejaban absorta y sin dolor a su alma.

Tambaleante, pesada la cabeza por el ambiente y por el dolor, salió hasta el camino.

Un aire frío lastimaba su rostro.

Se había entrado la luna; amanecía en el llanto escondido de una viudita.

¿Dónde estará Don Zenón? ¿Será la mezquina forma encogida bajo las sábanas, o estará acaso en algún punto lejano más allá de las nubes rojas apoyadas en el Cerro Largo? ¿O se ha deshecho silenciosamente, como esas débiles nubes de gasa que se disgregan delante de nuestros ojos, calladas y sin huellas, en el cielo?

Ya brillaba el sol en las más altas cuchillas, cuando lo advirtió su alma asombrada.

Desde los eucaliptus, le llegaba el regocijo de los carpinteros que construían sus casas cantando.

CAPÍTULO XX

—¡CÓMO pesa un finao!

—¿Marchamos, Don Ricardo?

—Sí, vamos andando.

Sonaban las voces graves entre las cabezas inclinadas sobre los gruesos ponchos. En el silencio iluminado del patio golpeaban las espuelas de los hombres que quitados los sombreros, endurecidos los ojos, rodeaban la brillante caja y avanzaban con ella bajo los pesados arcos de la galería, sonoros de cantos de los gallos en los patios cercanos.

Cuando atravesaron el zaguán, cayó sobre el silencio de los hombres el llanto de las mujeres.

Agitáronse asustados los caballos ante la aparición del grupo sobre la acera, junto a la cual esperaba un carrito tirado por tres rocines sobre uno de los cuales montaba el hombre que habría de guiarlo.

Ricardo levantó los ojos y miró al campo. Era una templada mañana de agosto luminosa y sonora.

Balaban en blancas hileras las majadas en las lomas; mugían, lentas, las lecheras sobre el círculo violeta de la playa del corral; erguidos en un claro del camino, una pareja de teru-teros tenía un limpio grito en el pico; el invierno había quemado el campo hasta volverlo de un sucio tono morado bajo el azul resplandeciente. Sobre el piso endurecido junto a la acera, sonaron los cascos de los caballos inquietos por la cercanía de los jinetes alzando trabajosamente la caja en cuyas manijas el sol resplandecía, hasta depositarla en el carrito que se balanceó sobre su eje bajo la pesada carga. Arrodillóse junto a ella un muchacho y la sujetó entre las manos,

mientras Cuchilla Grande tendía con un maneador un enrejado en la culata para impedirle caer por los saltos del camino.

Sin mirarse entre ellos, cubriéronse la cabeza con el sombrero los gauchos; avanzó con lentitud el carro, y ellos tras él. Alineáronse sobre las losas de la acera las mujeres y así quedaron, mudas, como un relieve dolorido con sus anchas sombras de la mañana sobre la pared.

Jubiloso, el relincho de un caballo asombró al silencio de los hombres.

Alineados de a cuatro pasaron frente a la reja; bajo los paraísos cantaban los gallos.

Iban al tranco, callados, los pocos hombres hasta cuyos ranchos había llegado la noticia de la muerte de Don Zenón. Y aquellas almas solitarias, llamadas por el dolor, partieron de las altas cuchillas y escondidos valles a apretarse junto al carrito marchando hacia el pueblo, que conducía la caja en donde iba, para siempre callada, la historia de toda la comarca.

Hasta la blanca Azotea de Don Zenón el sol aún estiraba sobre la cuchilla las sombras de los paisanos cuando ya ellos se hundían en el primer bajo.

En un eucaliptus un venteveo gritaba su nombre, y en renovados ecos otros le respondían desde el camino y la quinta. Desde las oscuras copas de los naranjos se alargaba la cinta musical de las calandrias; un sabiá guardaba su nido, oyéndose la voz melancólica; gritaban las cotorras sobre el conjunto de los claros cantos repetidos entre los árboles bajo los cuales pasearon, tantas mañanas como aquélla, Don Zenón y Ricardo.

Sobre las lomas continuaban balando las majadas.

Guiaba la dolorida marcha del cortejo una pareja de corre-caminos, entre grititos alegres sobre el sendero.

Ricardo sentía el contraste entre el oscuro dolor de los hombres y la resonante alegría de la luz y los pájaros.

Como en una sinfonía heróica, las voces todas del pago despedían en la mañana azul al paisano que las evocara por largos años en sus fábulas.

Nadie hablaba entre los hombres; sobre el piso del camino ritmaba el tranco de los caballos ya entre el círculo de las lomas que ocultaban el dejado paisaje, y aún les llegaba el canto de la torcaza, campana mojada, sonando bajo la bóveda del cielo.

Eran al principio pocos; los parroquianos de las tardes y de los domingos perdidos junto a la reja mientras entre las décimas de los payadores se oía el cuento regocijado de Don Zenón, los que entonces iban tras él, mudos y graves, como si fueran absortos en oir la extraña voz que salía desde el carrito y sólo a cada uno hablase con las imágenes del recuerdo. Pero a medida que avanzaban, veían salir de las casas cercanas al camino a los hombres adelantando a su encuentro, quitados los sombreros, sombríos los rostros, mientras sobre el claro de los patios quedaban, extáticos, los grupos de las mujeres y los niños con el murmullo de un rezo en los labios.

Hasta las cancelas llegaban los perros ladrando y por un momento distraían sus voces al silencio con que marchaba el lento grupo en la mañana.

Entre los rostros viriles, más duros entonces por el dolor, sin palabras los labios y fijos los ojos en el carrito como si allí encontraran ellos manantial inagotable para su pesadumbre, Ricardo perdía de contínuo la verdad del instante.

Miraba apenas la caja sacudida por las zanjas del camino, y hasta evitaba hacerlo; sentía de pronto subir hasta sus ojos un extraño rencor contra aquellos despojos que con su presencia en las horas en que los velaban, lo distrajeron del más hondo dolor sin palabras y sin lágrimas.

¿Era entonces verdad, como todos lo mostraban en el gesto, que Don Zenón iba en aquella caja brillante y ahogada? ¿O indiferentes al silencio con que las acompañaba aquellas ya no eran más que formas frías y sordas?

Y vencido sobre el caballo; olvidadas las riendas, él era una cosa más que el grupo llevaba por las distancias.

En los bajos resplandecía el camino con el sol avivándose en los cristales de la escarcha; en las cuchillas sonaba un aire frío que apenas agitaba las puntas de los pañuelos.

De los senderos continuaban llegando paisanos y poseídos por la actitud de los otros, apenas cambiaban breves palabras de comentario y aumentaban el apretado cortejo.

A veces, como un grupo de hormigas deformes arrastrando a un insecto bajo el hondo cielo, entraban en la sombra de una nube. Sobre las arenas de la llanura, eran un ceñido silencio viajando entre el silencio extendido del campo.

¿Por qué no lloro?

Preguntábase Ricardo viendo la congoja en el rostro de todos aquellos que acaso no recibieron de la mano del amigo muerto tantas bondades como él. ¿Será cierto, como créen los paisanos, y a pesar de lo que él vió la noche antes a la luz de la lámpara, que Don Zenón seguirá viviendo y sufriendo sobre las cuchillas de la comarca, en las ruedas de la reja, atado aún y para siempre a las luchas de todos? Y si sufre, ¿serán sus sufrimientos de ahora, después del pálido silencio de la muerte, iguales a los de los hombres sobre la tierra? ¿Y si ya nada le importan los mezquinos afanes de los que van al tranco acompañándolo?

No había lágrimas en los ojos de Ricardo; pero la gravedad del misterio le llevaba encogido bajo el poncho, atónito sobre el caballo.

Iban cayendo al paso de la Laguna del Negro; las ramas de los árboles aún deshojados rayaban el azul del cielo.

Dos carreros, guardando entre las rodillas el fogón, miraban desenvolverse y elevarse la cinta de humo.

Al ver al cortejo se pusieron de pié y se acercaron. Uno de ellos dijo a Ricardo:

—¿Quién era el finao?

—Don Zenón, el de la Azotea.

—¡Hombre güeno pa todos... Dios se lo reconozca.

—Así fué.

—Se nos va un antiguo. Y sus historias, con las que dispués acortábamos las leguas recordándolas...—dijo el otro.

Manchóse el claro espejo de la laguna, con las sombras del grupo continuando la marcha.

En lo alto de una cuchilla varios hombres esperaban. So-

bre el caballo de guerra, duro el gesto, Marcos Ramírez se adelantaba a los gauchos.

Como cuando llegaba hasta los ranchos el chasque guerrero, así en la hora de dolor le escoltaban sus hombres. Bernabé y Chispa avanzaban los caballos entre el caudillo y el grupo que iniciaban Quiroga, Centurión y Rivero.

Esperaron con el sombrero en la mano el paso del carrito frente a ellos, y con breves saludos se unieron al cortejo.

—¿Cómo jué la muerte?—Preguntó Ramírez.

—Lenta y sin nada, como un anochecer.—Contestó Ricardo.

Y al lado del caudillo que seguía con gesto de enojo como si culpara a alguien de todo aquello, el pulpero volvía a pensar en el heroismo de Don Zenón, cuya modestia no dejara nunca advertir en su alma tanta estóica resignación en los definitivos momentos.

A su alrededor llevaba Ricardo a todos los hombres del pago, apretados sobre el camino siguiendo a Don Zenón. El caudillo, sus capitanes, sus soldados; el payador, el tropero; los jóvenes y los viejos que sólo así se veían reunidos para la marcha a la guerra, iban ahora rodeando a aquel muerto cuya vida había sido entre la de ellos, violentos, como una laguna de paz.

Por la llanura de Bañado de Medina resonaba el tropel de unos caballos trotando y los golpes de una jardinera.

Cuando estuvo junto al cortejo, se detuvo el andar precipitado, mientras Felipe preguntaba:

—¿Es verdá que es Don Zenón el finao?

—Es verdá;—dijo uno.

—¡Canejo!—Injurió el antiguo mayoral.

Y torciendo la marcha, perdida la alegre charla de sus viajes, continuó al tranco, en silencio, cerrando el cortejo.

¿Dónde está? ¿Dónde está?

Entre el golpear de los caballos al paso sobre las losas de los Manantiales, sentía sonar esta pregunta de obsesión Ricardo, mientras iban con aquella caja por las cuchillas, a enterrar a la bondad del pago.

CAPÍTULO XXI

NO suena la guitarra entre la numerosa rueda agrupada en la reja; todos los labios están quietos; las miradas severas; hasta se olvidan los vasos de caña servidos por el Comandante González que sustituye a Ricardo en el mostrador.

A veces, alguien pronuncia unas palabras que el silencio comenta.

Contraído el gesto, Ricardo trabaja afanoso junto a la mesa de su escritorio, desde muy temprano de la mañana. Por la ventana enrejada el comisario mira al campo, distraído. En la puerta que une la pieza en donde está el juez con el despacho de la pulpería, un guardia-civil permanece con el gesto adusto, sin mirar a la reunión de la reja, por evitar así una charla que nadie entre los otros tendría ánimo de iniciar.

Está sonando en el ambiente del negocio, un pensamiento dramático.

Desde que el comisario llegara al despuntar el día con el preso, Ricardo apenas si se ha levantado de su silla de trabajo, poseído de una actividad febril. Dos sentimientos igualmente fuertes luchan en su espíritu. Quisiera descubrir, entre la terca negativa de los testigos, al autor del crimen que ha conmovido a Melo y al pago. Se lo impone la investidura de juez, cuya gravedad siente con extraña exaltación. Pero cuando las palabras de alguno que no sabe callar lo bastante le han mostrado un resquicio para descubrir la verdad, sus preguntas se han vuelto incisivas, breves, precipitadas; disimulando en la austera decisión de defender la ley, la angustia que le oprime al tener cercana la prueba de que sea aquel hombre cuya bondad no se negó en todos sus años, el victimario del procurador,

alimaña de los códigos, que así pagó con la muerte el despojo de una vida de trabajo.

Desde la reja en donde suenan, lentas, las palabras, todo el pago le mira trabajar ardoroso por hacer justicia. Ellos le hicieron su juez; pero ahora, cuando la vida vacía de todos está llena del asombro de tal muerte, sienten que Ricardo no es su juez. En las palabras de ellos al declarar está el sentimiento de justicia en el cual han vivido siempre; sencillo y trágico. En las palabras de él, interrogándolos, hay el deseo de otra justicia; la de los hombres de la ciudad y sus leyes. Ellos ya han juzgado y absuelven al preso; lo defenderán de aquel a quien ahora desconocen al sentir la severidad de su mirada y la rapidez con que les asesta las preguntas.

Sin levantar los ojos del papel en donde escribe, Ricardo indica al comisario que haga pasar a Chispa.

—¡Chispa!;—gritó el policía.

—Voy, comisario.

De entre la rueda de gestos preocupados se levantó el gaucho, torpe el andar, y avanzó hacia el despacho seguido del murmullo de los otros.

Al llegar junto a la mesa del juez se detiene indeciso, hasta que éste le ordena sentarse. Cuidadosamente, coloca el sombrero en el suelo junto a la silla que le indican, divide su copa en dos bajo el peso del rebenque, como si temiera que, distraído, un viento fuera a llevárselo mientras él declara; tira el cigarro que se pegaba en los labios, y se sienta recogiendo el chiripá en la falda.

El comisario Carreras lo mira torvo; él lo advierte y no disimula su desprecio.

Tiene los ojos fijos en un doloroso gesto de querer comprender el misterio de los signos que Ricardo va trazando en el papel antes de interrogarlo; él fué, muchas veces, el correo de amor entre la Azotea y la estancia; ahora mira al juez y le desconoce.

Por fin éste habla con duro acento:

—¿Cómo es su nombre?

—¡Güe, Don Ricardo... ¿no me conoce?

—Dígalo para la justicia.

El gesto de asombro de Chispa se ensombreció y dijo, resignado:

—Ta bien; dispense. Entonces pregunte de nuevo.

—¿Cómo se llama?

—Félix Nájeres, de apelativo Chispa, pa lo que mande.

—¿En qué trabaja?

Los pequeños ojos bajo las cejas indómitas volvieron a brillar asombrados. Estaba visto que Don Ricardo había cambiado de genio con el maldito proceso. ¿A qué esa pregunta? Y contestó digno:

—Yo no trabajo.

—¿Cómo?

—Que yo no trabajo... bien lo sabe el justicia. Soy el asistente del Coronel Ramírez... lo atestiguan quienes me han visto a su lao en los entreveros y en los caminos.

Se había sentido herido en lo más íntimo de su orgullo y contestó, altanero, sin respirar casi, como un desafío.

—¿Cuántos años tiene?

—Yo ni sé... Colijo que tengo añares; pero cuántos...

—¿Ponemos sesenta?

—Por áhi. Es que soy indio crudo y no se me alvierten.

Y se sonrió cordial.

—¿Jura decir la verdad?

Pareció como si una mano le hubiera tirado una invisible cuerdita que le hizo echar bruscamente atrás la cabeza y le dejó duros los músculos todos del rostro:

—Si juese un embustero, no estaría al lao del hombre que estoy. Eso lo sabe cualisquiera en el pago.

—¿Vd. sabe, Chispa, que Don Teodoro está preso?

—Sí, señor, lo vide esta mañana.

—¿Sabe de qué se le acusa?

—Sí, señor; me dijieron que le acumulan el asesinamiento. ¡Quién iba a carcularlo, ¿no?

—Chispa: Don Teodoro estaba la noche del sábado cenando en una fonda de Melo, cuando llegó un hijo suyo a avisarle que el procurador había echado al camino sus animales y se llamaba dueño de la casa y el campo. Don Teodoro salió de Melo la madrugada del domingo; a mediodía llegó a

su casa. Esa tarde un vecino encontró muerto a puñaladas, en el camino de la cuchilla, al procurador. ¿Vd. tiene algo que decir sobre ésto?

—Pa mí que el justicia anda errao. Esa mañana, mesmo a la hora en que acribillaban al pícaro ése, yo y el Coronel veníamos repuntando unos animales por al lao del Camino Nacional. Yo venía medio rezagao; pero vide al Coronel saludando a un paisano que venía rumbo a la Azotea en carricoche, acompañao por un gurí a caballo. El Coronel me dijo que ese paisano era Don Teodoro; entonce no podía encontrarse en la cuchilla, pues la horqueta de los caminos es muy grande. ¿Usté no halla?

—¿Está seguro de que era Don Teodoro?

—¡Güe... ¿Y quién duda, si el Coronel lo dice?

Carreras interrumpió malhumorado:

—El Coronel pudo haberse equivocado.

Chispa lo miró con firme desprecio y contestó, irónico:

—Pueda ser, nomás. ¿Por qué no va usté que es autoridá a dudárselo?

—Chispa:—continuó el juez—el procurador se apoderó del campo y la casa de Don Teodoro; éste salió de Melo a la misma hora en que el otro salía de su casa. Uno quedó muerto en el camino; el otro llegó con retraso a su rancho. ¿Qué dice de ésto?

—Sí señor; he óido decir éso. Pero el pago entero se hace mentas de que le acumulen a Don Teodoro esa muerte. ¡Un hombre tan manso! Nunca lo vide en un entrevero, ni en una pendencia mano a mano. Me hace acordar siempre que lo veo, a los canarios del Sauce cuando el 70. Habían arao tanto el campo pa sus malditas güertas, que nos redotaron porque no pudimos atropellar a media rienda en una carga de lanza entre los terrones. ¡Echar a perder ansina, una llanura tan linda! Lo mesmo Don Teodoro: no ha hecho sino agachar el lomo toda la vida y andar con sus bueyes hocicando el campo con el arao. ¡Ni parece un paisano, el pobre; es como un güey más en su rodeo! Siempre al tranco en la güerta, apurao por ensuciar el campo con los terrones de los surcos. Solo, entre las polleras de la mujer y rodeao de gurises, ¿quién lo va a

envitar pa algo que no sea cavar la tierra, curar ovejas o enterrar árboles? ¡Hombre manso, el pobre!

—Sin embargo, el procurador le quita el campo, y al otro día aparece muerto en el camino. ¿Cómo se explica Vd. ésto?

Chispa calló un instante; miró con lealtad a los ojos del juez, y comentó:

—Cosa del diablo, ¿no...? ¡O de Dios!

Era inútil continuar interrogando. Como todos los hombres del pago llamados a declarar después del horror de aquella muerte, Chispa callaba con tenaz obstinación, haciendo imposible descubrir la verdad a través de sus respuestas respetuosas, sí, pero invariables en el propósito de ocultar su íntimo pensamiento.

Cuando le dejaron libre se levantó tranquilo, orgulloso de haber sido una vez más fiel a su caudillo.

No quedaba otra esperanza sino volver a interrogar a Don Teodoro; Ricardo y el comisario resolvieron hacerlo nuevamente.

Por detrás de la reja lo vieron avanzar seguido del policía que lo guardaba.

Traía el sombrero en la mano, dejando ver la cabeza encanecida volteada sobre el pecho. Caídos los brazos; el andar vacilante como si llevara sobre los hombros un peso más duro que sus fuerzas para resistirlo. Apenas levantó los ojos cuando los de la reja se quitaron el sombrero saludándolo. Tanto como él tardó en doblar la esquina del edificio, se alargó el silencio con que todos lo miraron pasar.

Acaso por primera vez en su vida Don Teodoro lograba con su presencia detener así la charla de los amigos. No quedaba en ningún labio, ni la lejana huella de la sonrisa de burla con que le oían sus cuentos de finados y la historia de las ovejitas. El, de suyo tan locuaz hasta volverse pueril, pasaba con el dolorido silencio de su alma entre aquellos que durante tantos años le oyeron, humilde, distraerlos bajo la culata de su carreta o los arcos de la reja con sus relatos emocionados. Y al verlo, enmudecieron todos los labios.

En los ojos de unos estaba asomando la ternura; en otros el asombro y la admiración. Le vieron las primaveras y los

inviernos, cruzar su vida a lo largo de los caminos, simple y humilde. Toda su historia iba allí con él: las yuntas de sus bueyes; el canto de los ejes de su carreta, imperturbable y monótono como su vida misma. Dormía bajo los cielos abiertos; los viajeros conocieron todas las horas de sus días encontrándolo en la cumbre o en el valle, agujereando los cielos con el clavo de la picana; con un estilo en los labios, bajo el que se iba durmiendo el caballo; o dramatizando las noches, con el ojo encendido de su fogón. Cargaba en un poblado la carreta para vaciarla en otro; así su alma se llenaba en un pago con una historia para dejarla en la reja de la pulpería lejana.

Nada en ella quedaba.

Después, los trabajos de sus días podían leerse, idénticos, en las oscuras líneas de los surcos que él grababa sobre la cuchilla de su casa, o en la estampa siempre agrandada de sus arboledas.

De pronto se han callado todos los labios, y nadie puede ver lo que hay detrás de sus ojos.

Y el pago, que le miraba con un desprecio suavizado de piedad por su mansedumbre, se ha reunido para defenderlo y le mira de nuevo, queriendo oir su silencio.

Azotado por la injusticia, vencida su terca voluntad de ser manso, un inesperado viento de tragedia sacudió sus días, y ellos lo sienten dignificado a sus ojos.

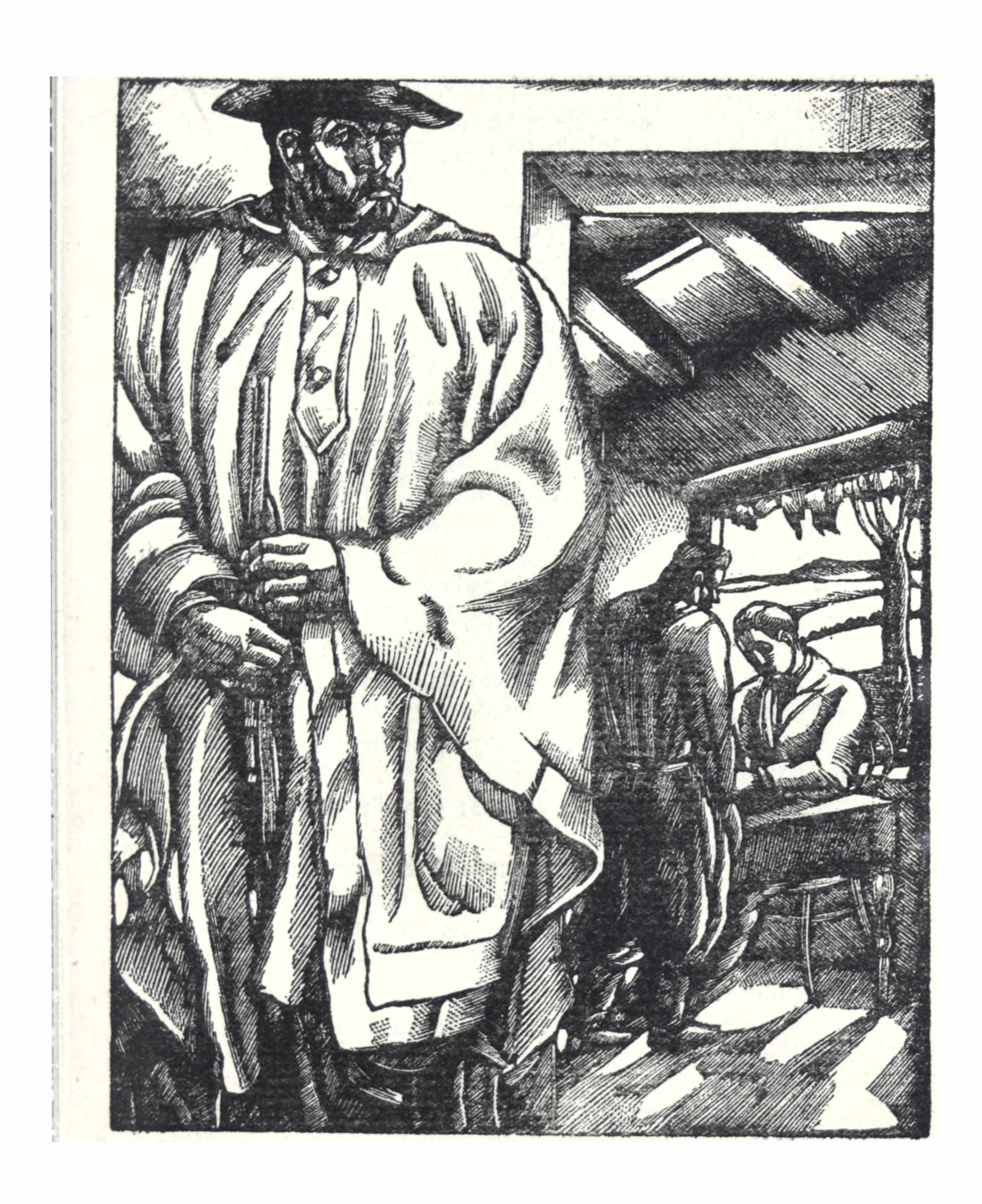
Así entró, tambaleante, empequeñecido de temor, en el despacho de Ricardo.

No había terminado de sentarse, cuando el febril movimiento de sus labios se detuvo de súbito mientras las palabras del comisario sonaron, ásperas, entre las paredes.

—¡Sentate y contestá!...

Las palabras del policía se atropellaban, imperiosas y ultrajantes en sus labios; llenaban el ambiente y golpeaban sobre Don Teodoro que sólo acertó a mirarlo con una larga mirada, como dos brazos tendidos en ademán de súplica, hasta caerse sobre la mano del juez que iba escribiendo las breves respuestas.

Encorvada la espalda; caídos los brazos, Don Teodoro



apenas mueve levemente la cabeza y pronuncia ahogadas palabras entre su barba blanca, mientras el comisario le acosa con el gesto, la voz y las manos.

De pronto, arrebatado de ira ante la inalterable mansedumbre del preso, le oprime violentamente un hombro; sacúdelo, y grita:

—¡Confesá tu crimen!

Don Teodoro es una cosa inerte que parece va a caerse de la silla, frente a la mirada de piedad de Ricardo.

Una, dos, incontables veces, el pensamiento del comisario ha recorrido el camino desde Melo a la casa del carrero, en cuya cuchilla hallaron muerto al procurador. Y hurga, tenaz, implacable, en cada palabra de Don Teodoro, como si sobre el camino anduviera rastreando en el bajo, en la llanura, en la barranca, bajo los árboles, la huella ensangrentada de quien él cree el asesino.

Pero todo es inútil.

Sólo consigue ir hundiendo cada vez más los hombros, encorvando la espalda, apagando la voz quebrada por el llanto apenas contenido, del carrero.

Por fin, rendido al cansancio físico, el comisario se deja caer sobre su silla y dice a Ricardo:

—Está bien, señor juez; no pregunto más. ¿Usté crée que no ha sido este pícaro?

—Todos lo niegan, Carreras; y nada prueba que haya sido él.

—Está bien; por mí que quede libre.

—Vaya, Don Teodoro.

Dijo con no disimulada ternura, Ricardo.

Pero Don Teodoro parecía no haber oído aquel diálogo ni las últimas palabras de Ricardo; recogido el rostro en las manos por entre cuyos dedos desparramábase la blanca barba, lloraba silenciosamente.

El ambiente de la cena ha sido de un molesto silencio en el que sólo sonaron las palabras precisas de Maruja, haciendo los honores de su casa al huésped, con no disimulado acento

de piedad. La humildad de Don Teodoro se ha hecho pesada de tal modo, que parece hundirle los hombros, voltear la mirada sobre los reflejos de los platos, y apagar la voz con que agradece a cada instante las pequeñas atenciones que se le dispensan al servirle.

Ricardo ha intentado al principio una conversación despreocupada para alejar el pensamiento de las ideas que a uno y otro agitaron durante todo el día. Pero ni Don Teodoro ha podido hacer otra cosa que responder con monosílabos, ni él mismo ha hallado el tema que aligere el ambiente de lo que los tres están pensando.

Han terminado por parecer profundamente ocupados en la función mecánica de la cena, recogidos cada uno en sí mismo.

Sólo la mujer que sirve la mesa, tiene el gesto atento; a espaldas de Maruja, brilla en sus ojos toda la ágil curiosidad de su pensamiento. Le mira las manos bondadosas endurecidas por la picana; brillar la luz de la lámpara sobre la extendida melena; los párpados caídos por el cansancio de encerrar tantos largos caminos y los hirientes reflejos de la escarcha enmarcada en los surcos; y observa tercamente, como si temiera perder el instante fugaz en que brillará, sobre la figura vencida de Don Teodoro, el resplandor del odio con que mató al procurador en el camino. Desespera a instantes, y entonces fija los ojos en el rostro severo de Ricardo. Acaso ahora, en la intimidad de la cena, exija el juez la revelación de la verdad; y así sabrá ella cómo fué el momento en la cuchilla solitaria que todo el pago sospecha y aprueba.

Inútiles esperanzas; sólo se dicen palabras indiferentes las almas cansadas. Y así por toda la cena, hasta que los hombres se van hacia la pulpería desde cuyo despacho se siente a poco llegar el eco de la lenta conversación.

Están sentados junto a la esquina del mostrador; entre ellos la caldera del mate.

Don Teodoro ha tomado el yesquero de Ricardo y le da vueltas entre su manos. El juez ha apoyado el mentón en la mano izquierda con firmeza, tal como si tuviera cogido allí el pensamiento que llena sus ojos y pone un surco en la frente. La mano derecha pasea arbitrariamente un lápiz sobre un pa-

pel. Las intrincadas líneas que en él traza se diría un gráfico del estado de su alma. Un trecho sigue recta la línea como si conociera su cercano fin; pero de pronto se corta, vuelve sobre sí misma; describe confusos círculos concéntricos; busca un extremo del papel para elevarse decidida, recta, al fin encontrada. Pero vuelve a cortarse, girar sobre sí misma, y perderse en círculos confusos.

Apenas se miran los dos hombres; pero saben que los une un mismo pensamiento.

De pronto Ricardo levanta los ojos hacia el anciano. El yesquero sigue dando vueltas entre sus dedos; a veces se escapa y queda brillando su metal sobre el mostrador. Pero otra vez lo levanta, y lo oprime; lo palpan los dedos temblorosos; buscan sus aristas; ciñen sus extremos; y así, girando, golpeándolo, guardándolo en la cerrada mano, Don Teodoro más parece luchar que jugar con la pequeña pieza, como si quisiera reducirla a polvo o encontrar su forma definitiva.

—¿No duerme, Don Teodoro?

—No podería, Don Ricardo.

Volvieron los ojos a entornarse; lenta, caprichosamente, volvió el lápiz a rayar sobre el papel; nerviosos, los dedos continuaron haciendo girar el yesquero.

Durante largo rato el mate fué de uno a otro, como la única palabra cordial que entre ellos se cruzaba.

Afuera, en la noche, el canto de un grillo era una heróica tenacidad por no ahogarse en el silencio.

Ricardo volvió a hablar:

—Duro, este oficio de juez.

—Dura la vida, Don Ricardo.

—Es verdad.

—Sólo Don Zenón, ¡pobrecito!, jué como quiso. Güeno era él y ansina lo recebieron los paisanos. Igual de joven, de viejito, y llegó a la muerte, manso y resignao en un mesmo destino.

—En cambio Vd. ha debido sufrir estos días y sobre todo esta tarde con el interrogatorio de Carreras. Pero el hombre es así, ya lo conoce Vd. Y después, frente a un crimen como ése que ha llenado de espanto al pueblo de Melo y tiene de

un lado al otro a los policías, se explica la impaciencia del comisario.

—Sí señor, es razón.

El lápiz se clavó en un punto; el yesquero se quedó apresado entre los dedos.

Ricardo continuó hablando:

—Sólo el pago pudo salvarlo, Don Teodoro; todas las circunstancias lo acusaban de un modo indudable. Ese cuchillo suyo manchado; su encierro en el rancho sin hablar con nadie; la pereza después de ese día en un hombre como Vd., capaz de esperar la luna llena para volver al trabajo; el silencio del niño... Pero el pago entero ha venido a testificar que lo vió a Vd. en el camino de la Azotea a la hora del crimen, y éso lo ha salvado.

—¿De modo que áura estoy libre?

—Para mí, sí; pero es preciso seguir buscando al asesino. Los paisanos aprueban la muerte; lo juzgan una venganza de los hombres sencillos y sin defensa en la ley, contra un pícaro capaz de burlarlos y despojarlos, como hizo con Vd., escondido en la ley. Crean o no que haya sido Vd. el matador, consideran justa la muerte.

—Ellos me vieron crecer entre el pampero de los caminos; trabajando en verano, trabajando en invierno; trabajando de gurí, trabajando de viejo. Y un día, porque no tuve tiempo, ocupao en cruzar el páis cargando la picana, de aprender a escrebir, me confío a un pícaro y toda mi vida de trabajo y la de mi padre, el campito, los árboles, el rancho, se me pierden entre unos papeles. ¡Todo por uno no saber escrebir! Es triste, Don Ricardo.

¿Sería entonces él?

Los ojos severos del juez buscaron la respuesta en los del anciano; pero los pesados párpados volvieron a caer, y la mano temblorosa se extendió esperando el mate.

—Es triste, sí; pero nunca sería justo matar, ni aún por éso, a un hombre. Sobre todo, a lo que nunca se tiene derecho, es a asesinar.

—¿Asesinar?

—Sí señor. Tal como se encontró el cuerpo, lejos la pis-

tola, encogido, acribillado a puñaladas, es clarísimo que ese hombre ha sido asesinado bárbaramente. Cuarenta heridas se le contaron en el cuerpo. Bastaba una sola de las muchas puñaladas que tenía, para dejarlo muerto. ¿Por qué, entonces, lo siguió martirizando? Por el gusto nomás. Ese hombre es un animal cruel, capaz de asesinar así a su mujer y a los hijos. Por éso, y a pesar de todo, yo no creí cuando me lo dijeron, que fuese Vd.

—¿Lo hubiera matao con una sola, Don Ricardo?

—Es seguro que lo ha muerto desde las primeras. Tenía una herida en el vientre, por la cual el cuchillo ha pasado empujado con una violencia bárbara; entró en un costado y salió en el otro. Sobre el corazón se abrían cuatro bocas rojas; tronchados los dedos de la mano derecha; en el cuello, sobre la nuca, le ha clavado el puñal y, sin sacarlo, hundiéndolo más, se lo corrió por la espalda hasta chocar con las costillas. El infeliz estaría ya caído arrodillado, colgándole los brazos, doblada la cabeza; y el criminal lo ha tomado del cuello del saco, lo ha arrastrado sobre los pastos en donde quedó una huella de sangre, y lo ha levantado para seguirlo acuchillando.

Las palabras del juez eran ardientes, como su mirada fija en el interlocutor.

Al oir la descripción que de las heridas hacía Ricardo, Don Teodoro comenzó a erguir el busto, hasta volverlo rígido; una luz tímida parecía encenderse detrás del rostro; brillaban los ojos, fijos en un punto más arriba de la cabeza del otro; en los labios temblaba una palabra dolorosa.

Ricardo continuó describiendo el cuerpo mutilado del procurador:

—Cuando lo ví así, encogido, tirado sobre el camino, no pude creer que fuera Vd., un hombre bueno, capaz de matar con esa saña.

Pero Don Teodoro ya no lo oía. Abrió los brazos como si rechazara algo que le quemaba, hasta cerrárselos, los párpados, y con la voz de un ahogado grito, dijo:

—¡Juí yo, Don Ricardo, juí yo!

Algo se quebró dentro de su cuerpo; lloraron los ojos. Y las manos, el rostro, el busto todo, cayó sobre la mesa como

una cosa inerte y así quedó, humillada bajo la viva luz de la lámpara, la cabeza encanecida.

El juez se acercó al anciano, sosteniéndole los hombros volteados por el dolor.

—¿Cómo pudo ser Vd., Don Teodoro?

Las palabras fueron como agua fresca sobre el fuego de su alma. Desde un rincón de la memoria surgió un recuerdo perdido en los largos años de su vida de carrero, que le hizo levantar los brazos hasta la cintura del juez y recoger la cabeza tímida, como en la falda de la madre la guardaba en los días de la infancia. La escondida semilla que las madres pusieron en el corazón de los hombres, inadvertida entre los espinosos caminos de la vida, florecía entonces en ternura, en la mano de Ricardo y en la cabeza blanca doblada bajo la piadosa caricia. Y sin pensarlo, las almas se distraen en un sueño lejano, más allá de la memoria de sus años; en una mañana sin hombres, sin dinero, sin ambición y sin lucha; todo el mundo encerrado entre dos brazos por cuyo seno corre, lenta, el agua clara de la voz materna.

Cuando volvieron de él, los corazones estaban tranquilos y pudieron hablar.

—Yo venía, sí, por el camino de la cuchilla.—Comenzó con llorosa voz su confesión el carrero.—Dende que mi muchacho me dijo en la fonda lo acontecido en mi casa, no me había podido hacer a la idea de que juese verdad. ¡Tantos años, Don Ricardo, entristeciendo la vida en el apuro de trabajar, y en un redepente, ansina, todo ya no era mío! No sentía rabia ni coraje; venía como atontao; en la mansedumbre del trabajo yo no había sabido nunca levantarle la voz a un hombre, menos la mano. Ansina venía pensando en un desvarío, sin ninguna idea fija pa quedarme en ella cuando, el sol ya crecido, avisté al hombre coronando el alto adonde lo encontraron.

—¿Cómo, entonces, pelearon?

—Yo creo que jué él el primero. Se largó del carricoche con la pistola en la mano; como si juera por mandato de otro, yo me tiré del mío, sin pensar, con la pistola pronta. Nos foguiamos primero de lejos y nos erramo. El segundo

de él me zumbó en la cara y el mío le pegó en la pierna. Yo lo vide correr pal bajo y con miedo de que se escapase mandé al muchacho a atajarlo. Soy viejo y no lo alcanzaría con mis piernas. El muchacho lo atropelló con el caballo, y lo dió contra el suelo de una pechada.

—¿Por qué no lo dejó?

—No sé, Don Ricardo, no sé. ¿Cuándo había sacao el cuchillo? ¿Cuánto caminé pa llegármele? Estaba como ido, entonces. Y lo agarré con una mano, como usté dice y con la otra empecé a pegarle.

—Pero Don Teodoro: ¿cómo pudo herirlo de esa manera bárbara?

—Sí, es razón; jué mucho, demasiao. Aura que usté me contó como eran, ricién las veo y pienso que jué mucho; pero entonces, sólo mi acuerdo que él me decía al principio: ¡No me mate, Don Teodoro, no me mate!...

Cuando lo oí y pensé que por aquel mal hombre yo estaba convirtiéndome en asesino; cuando me hizo ver mis sesenta años de trabajo, de miserias, de bondá, hundiéndose ansina en un momento en el crimen, jué entonces que la rabia y la desesperación me cegaron los ojos y comencé a pegarle sin mirar, sin contar. Yo era güeno, dende chico, toda la vida; y por él la única virtú mía estaba perdida pa siempre. ¡Asesino, asesino!; me gritaban su boca, la mirada de sus ojos. Y mientras tuvo juerza pa hablarme o luz pa mirarme, mi rabia crecía y pegaba sin contarlas, sin medirlas. Pal fin sentí que ya no era más que un bulto que se me aflojaba y cáia de las manos; no miraba ni hablaba. Y lo solté.

—Pero Don Teodoro: ¿Vd. no lo veía ya muerto, y que cada puñalada suya sería un año más de cárcel para Vd?

—No señor. Yo no véia nada, no pensaba nada... Aura compriendo, sí señor; jué una barbaridá, un crimen, como usté dice. Los paisanos no tienen razón.

Pero yo venía por el camino recordando a mis árboles; de chico me castigaba mi padre por cualisquier zoncera; de grande me agaché siempre aunque llevase razón.

Crucé mi carreta por todo el páis y naides pudo hacerme enojar; juí a la guerra y sólo de lejos vide los entreveros.

Quería quedarme en un lugar, levantar mi casa, tener hijos; y ansina, aunque me juese en la muerte, quedarme fijo en la mesa de mis hijos y a la sombra de mis árboles. Y en un redepente, un poco antes de la muerte, se le aparece a uno un demonio de éstos salido quién sabe de adonde, y le hace sentir que todo jué al cuete.

Sí señor; es un crimen, como usté dice. Pero yo no pensaba en la cárcel, ni en nada. Aquello que tenía entre las manos—¡estaba loco, Don Ricardo!—era como toda mi vida de trabajos. Una cosa ansina como mis esperanzas; y al sentirlo pedirme que no lo matara, yo las apuñaleaba más, ciego de rabia por haberme engañao tantos años con aquellas zonceras.

El Maldito tenía razón: ¿Pa qué trabajar? Si hasta la única virtú de ser manso, se me escapaba en una hora.

—Pero cuénteme cómo pudo empezar a matarlo. ¿El se defendía, hablaban algo?

—Yo ni sé, Don Ricardo. Yo no peliaba como un guapo, tranquilo; era un disgraciao cayendo en el crimen. Mi acuerdo que ricién cuando iba llegando a mi casa comprendí todo. Andando entre los árboles me parecía de pronto que iba a encontrar cáido entre los yuyos, muerto, al otro Teodoro, el carrero manso. Aura nunca podería volver a ser aquel infeliz, trabajador y humilde. Entonces cuando cayó la polecía, ricién pensé en la cárcel. Me la merezco Don Ricardo; pero le pido que no me mande encerrar. Tengo miedo, un miedo de maula, no a la infamia de estar preso, pues me lo merecí; pero soy viejo ya; me duelen las piernas del reumatismo; de noche siendo áhogos y tengo que abrir la puerta pa tomar aire; sufro de frío, y ya casi ni sé valerme. Si señor, una miseria; pero es ansina. Dispués de lo acontecido, ésto es lo de menos. ¿Usté no halla? Y, sin embargo, yo tengo miedo de esos dolores que cualisquiera otro en mi caso, despreciaría. Miserias de la vejez...

Por la conciencia de Ricardo pasaban las ideas, galope desatado de baguales, llenando de resonantes ecos las curvas de la frente; unos apagando a los otros, siempre renovados sin poder precisar ninguno de ellos.

¿Lo dejaría en libertad? ¿Pagaría en cambio, la espontánea confesión de un alma colmada, enviándolo preso a Melo?

En un alto del camino volvía a ver el cuerpo del procurador, enrojecido con la sangre de sus cuarenta heridas. La presencia de aquel cuerpo, la exterioridad de los hechos, denunciaban un verdadero crimen.

Pero, ¿y esta alma abatida que está a su lado, quién puede medirla?

El mismo Don Teodoro no sabe decir lo que pasó por él. No tuvo tiempo, en el vértigo de la desesperación, de mirar lo que estaba pasando por su conciencia. Y si lo vió, no tiene palabras, en su lenguaje de toda una vida de mansedumbre, para explicar las fuerzas desatadas del odio. No recuerda los hechos físicos; inútil preguntarle para precisar los detalles de la lucha. Sólo recuerda el fuego de su pensamiento encendido por las palabras de súplica del otro. Y ahora no sabe sino que está allí, caídos los brazos, más tristes que nunca la mirada y la voz.

Desde el pueblo llega el eco del horror producido por la muerte; pero en el pago se apaga y su contenido moral se transforma. Allá esperan a un criminal; y él les enviaría, para que lo condenasen, a este anciano vencido, roto el corazón por el desengaño. La moral del pago, austera y trágica, de la cual creía haberse librado con su vida humilde, lo empujó a dar muerte a otro hombre. Y ahora no será ella quien juzgue si él llega a la cárcel, sino los hombres ciudadanos que no la sienten ni comprenden.

No puede con él ejercitarse la sencilla y buena justicia aplicada a Patricio entre el comentario risueño de todos. Ahora debe adoptar una posición dramática, cualquiera sea su voluntad de prenderlo o libertarlo.

¡Cómo se arrepiente de haber cedido al empeño de todos y haber agitado los tranquilos días de pulpero administrando justicia!

El no podrá, como otros jueces, aplicar la ley como fuera de ella, sin sentir la emoción del castigo. Alma de una despierta sinceridad consigo misma, se siente responsable de la ley y sus consecuencias, tal como si al aplicarla, la justificara

y recrease. Y la ley de los hombres es clara, precisa; tiene el sentido aritmético de sus libros de pulpero; en ella se pesan las cantidades de culpa, infaliblemente, para las que hay un precio.

Frente a Don Teodoro el juez se siente colocado en un punto de angustia, límite invisible pero cierto, entre la llanura de la justicia de los hombres que pretende tener todas las medidas de las almas, y el abismo en que se hundió el terror del carrero al sentir perdida la virtud de su vida.

Los hombres de la ciudad han de condenarlo; los del campo, todos, lo han absuelto.

¿Quién llena esa distancia entre las dos justicias?

Ricardo la mira con religiosa incertidumbre en el espíritu.

Don Teodoro repite en alta voz sus propios pensamientos:

—Hubiera sido mejor, no apartarme nunca de los caminos llevando mi carreta. Cuando uno crée ser dueño de la tierra, acontece que se ha vuelto su esclavo. Pa mejorarla y agrandarla, vive uno en afanes, olvidao de los amigos, de las ruedas de la reja; de que más allá de nuestras cuchillas, hay paisanos con quienes encontrarse en una carrera o en un baile... Claudio Corro tiene razón: galopiando siempre, un día sobre un bagual ajeno, que arrocinao larga al campo pa montar otro; no lo ata ninguna cuchilla ni bajo. No tiene un pedazo de tierra, y por eso es dueño de los horizontes. ¿Usté no halla, Don Ricardo?

Pero el juez no había podido detener ninguna palabra, de réplica ni consuelo, en el tumulto que la presencia del carrero entonces provocaba en él.

Sí, él anduvo caminando siempre por la llanura de la vida, envuelto en las sombras de su destino que no lo dejaron ver, hasta que caía rodando, el pozo de crimen donde se hundió.

Don Teodoro ya vive en la muerte. Nacieron las esperanzas; los afanes de todos sus años las fueron realizando; la casa levantada, los árboles crecidos, la huerta florecida; grandes las majadas, blancas nubes de mediodía caídas en las laderas. El entre su familia, realizado en cada hijo, en cada árbol.

Y de pronto, nada. Sólo puede mirarlo desde el camino, y todo sigue allí, fuera de su apretada mano, imposible para su esfuerzo.

Crecerán los yuyos en los patios, ahogarán a los árboles; quebrará el viento a la casa; la miseria dispersará a los hijos por los galpones; y él no podrá llegar a sostenerlos.

Ahora, en la ancianidad dolorida de mezquinos dolores, después de las duras luchas, ve perdida toda la cosecha de sus años. Quedará solo sobre las cuchillas del pago, ombú desnudo quemado por los rayos, levantando los brazos grises hacia los cielos inclementes.

Ya en él todo se cumplió.

¿Qué esperanza o alegría podrá colmar el pozo de desolación en que ha caído su alma? ¿Cuál prisión más dura que la de su angustia inacabable?

Ricardo no duda ya.

El canto de un gallo despertó al silencio.

—Debe ser la madrugada. Ahí tiene su cama, Don Teodoro. Buenas noches.

—Muchas gracias; güenas noches.—Dijo el anciano, incorporándose.

Y el juez se alejó abriendo las sombras del despacho con la luz de un fósforo, pensando en la libertad de Don Teodoro que ya sólo le serviría para volver de nuevo a los caminos, agobiados los hombros por la picana, pesada en la vejez, llevando de un pago a otro la vieja carreta, cargada ahora con la piedad de los hombres.

De pié junto a la cama, Ricardo siente aligerarse por un instante a su espíritu de los pesados pensamientos en presencia del sueño virgen de su hijo. Pero ya acostado, los párpados le pesan y en la frente ha reaparecido la duda ahuyentando al sueño.

Sobre el alto del camino vuelve a ver el cuerpo encogido del procurador, despojos tirados que mueven su piedad. Cerca suyo duerme quien lo ultimó. ¿El lo dejará libre, y creerá como todo el pago que la justicia está cumplida? ¿No será su fallo un inconfesado acatamiento al fallo de todos?

Su memoria revisa los años:

La despreocupada alegría con que vió salir el sol la mañana primera en que bajó el postigo de la reja, se ha perdido en él para siempre. La serena paz del rostro de Don Zenón también se ha ido, dejándole un asombro en la conciencia y como disperso el significado de los hombres y las cosas, unidos por tantos años en el consejo de la bondadosa experiencia del anciano. En los primeros días creyó que sólo formarían su espíritu los trabajos de su oficio de pulpero, separado de los gauchos por los barrotes de la reja.

Toda la historia suya, gris y sin relieve, podría leerse en la líneas de sus libros de pulpero; cada capítulo se cerraba en la raya roja de un balance; allí quedaban las alegrías y los afanes de quien no quiso ser otra cosa sino un hombre humilde, alegre en el honrado trabajar, recogiendo entre la amistad de todos, los dineros despreciados por la sobriedad de los otros.

Más allá del mostrador comenzaba la vida dramática, como un espectáculo para su espíritu formado por las nociones morales aprendidas en el colegio del pueblo y en las contínuas lecturas de sus noches alargadas de la Azotea.

Entre él y los gauchos había al principio profundas diferencias de lenguaje, de vestidos y sentimientos. Así sería por siempre.

Y no obstante, al cabo de los años él se ve, como ellos, justificando la muerte del procurador.

No han sido grandes sus luchas en un fácil negocio sin competencia; ningún desengaño en el trato con los hombres; no ha sido sino feliz en su esperanza amorosa realizada en el hijo; nada de cuanto le ha ocurrido y pueda contarse, ha podido ponerle la oscura gravedad que domina sus días. El campo es luminoso, aún bajo los pesados cielos de tormenta.

Pero así como el sol del verano y el frío del invierno borraron la palidez ciudadana de su rostro, así el fuego de las vidas entre las cuales ha estado la suya, quemó en él para siempre la alegría de la juventud.

Ahora comprende el lenguaje de los gauchos cuyas palabras han ido, escondido río, volcando sobre su alma las aguas

de su tristeza. ¿De dónde les viene ésta? ¿Qué dolor de siglos ha cansado los corazones en los cuerpos ágiles?

Sobrios, tienen en el carácter la austeridad del paisaje de inmensos horizontes sin diversiones de cambiantes sierras, sonoros ríos o tiernas arboledas escondidas. Por los ojos se les ha volcado en el alma el silencio de los grandes cielos.

El amor, la amistad, hasta el juego, tienen en ellos la gravedad de un rito de una religión cuya expresión nadie ha encontrado ni pronunciado. Su alegría sabe a algo extraño y agrio; luz de relámpago guiando a la tormenta. La música regocijada de la milonga, acompaña a la décima narrando un entrevero.

Sobre la superficie del alma de Ricardo, se proyectaron aquellas vidas manchándola al fin con la huella de su tristeza.

La imagen del cuerpo ensangrentado del procurador, seguía delante de sus ojos...

Sin embargo, contra la opinión de todos, él dispuso la libertad de los acusados por Paja Brava como causantes del daño de su hija. Pero entonces él sabía la verdad; sólo le fué preciso valor para hacerla prevalecer. Don Teodoro está aún bajo su techo; puede levantarse y reducirlo a prisión, a pesar de todos, como juzgó antes a la pareja infeliz.

Pero en este juicio, ¿cuál es la verdad? ¿La vida perdida del procurador, o la de Don Teodoro por aquél arrebatada?

Y agitado por la duda, vencido de sueño, se durmió.

A la mañana siguiente, ya el sol muy alto, volvió a encontrar a Don Teodoro junto a la reja.

—Se le jueron las horas, Don Ricardo.

—Es verdad. Creí que Vd. ya no estaba.

—No señor, no quise dirme sin darle la mano.

Todo lo demás fueron palabras pueriles ocultando los graves pensamientos que uno advertía en el otro, hasta que se separaron.

Por el camino, bajo los eucaliptus, en la mañana resonante, Don Teodoro se fué con el cansado tranco de carrero.

Junto a la reja, Ricardo escribe su renuncia de juez.

CAPÍTULO XXII

¿SERÁ el rumor de un sueño todavía no desvanecido? Incorporado en el lecho, mientras mira entrar por las rendijas los temblorosos hilos de luz, Ricardo atiende con aguzado oído queriendo distinguir entre la sinfonía de cantos que el amanecer ha despertado en la quinta, los imprecisos sonidos que el día mueve en el campo.

Junto a la reja, apagando el canto de los gallos, se elevó un relincho y desde el silencio extendido en el camino, lo asaltaron los ladridos de los perros. Con nerviosos gritos cruzaron sobre la Azotea dos teru-terus y en la ladera cercana levantaron a la majada que ahuyentó su sueño en largos balidos. ¿De ella venía el sordo rumor que se multiplicaba entre los cerrados muros del jardín, o de más lejos, de la cuchilla en donde volvió a levantarse el júbilo del relincho? Maruja se incorporó en el lecho, y mientras arreglaba con el lento ademán del sueño los cabellos, esparcidos sobre los hombros, dijo:

—¿Es muy tarde ya?

—Viene amaneciendo.

—¿Qué habrá hecho madrugar así a los pájaros y la majada? Se siente el silbido de un carrero.

—Parece el trote de una caballada; oye sus relinchos.

Sobre las voces del día vibró, alargada y alegre, la voz de un clarín, y como hostigados por ella, más alto los pájaros y los gallos cantaron; como tronchados ecos, repitieron el canto en las lomas los teru-terus.

—¿Oíste, Ricardo? ¿Quiénes serán?

—Suben ya la cuchilla; ese caballo disparó desde los paraísos de la reja.

Entre las cerradas paredes; bajo los arcos; sobre el camino, sonaba entonces claro el trote de una tropilla avanzando

bajo la voz de los hombres que se gritaban palabras alegres, o extendían hasta las cabezas de los caballos la rienda de un alargado silbido.

¿Era acaso un regimiento que iba pasando, o eran sus paisanos levantados en guerra?

Mientras se vestía presuroso para ir hasta el despacho de la pulpería, recordaba los gestos de los amigos, sus palabras, las extrañas compras, y creía advertir en ellos los signos de esta marcha que ya iban haciendo en el amanecer.

¿Por qué la guerra? Ningún hecho político ni aspiración tronchada la habían vuelto necesaria. No había sido hasta entonces más que un rumor de pampero pasando por el monte lejano.

Cuando bajó el postigo de la reja, desde la claridad temblorosa lo saludó una voz cordial:

—Lo hemos hecho madrugar, pulpero; mas no quisimos dirnos sin darle la mano.

—Vamo a ver, Don Ricardo, una copa de caña pa entonar el coraje en esta güelta.

Entre la luz ceniza de la cerrazón, eran livianas las formas de los gauchos envueltos en los ponchos de verano, como si flotaran en el aire de gasa que envolvía las copas de los eucaliptus y sostenía los horizontes sobre los hilos del alambrado, paralelos caminos por donde corrían las finas luces del amanecer.

Bajábanse junto a la reja; rodeaban la casa; sonaban sus nazarenas sobre la acera enlosada, cuando Ricardo abrió la puerta del camino junto a la cual halló extendida la mano de Bernabé cuyo caballo exhalaba por las anchas narices pequeñas nubecillas de cerrazón.

—Nos vamos, Ricardo.

—¿A la guerra?

—Pues claro. Vinimos a comprarte algunas cosas y a darte la mano.

Ricardo había creído que la guerra no sería ya más en los campos del pago, otra cosa que el tema de las décimas y de las reuniones en la pulpería. Recuerdo romántico avivando las palabras de los viejos; vida cumplida en el caudillo; temor

desvanecido por los alambrados tendidos sobre las cuchillas, fijando el esfuerzo de los hombres en los límites de la extensión cercada. La guerra sucediéndose con la regularidad de los veranos, florecida de heroísmos que los inviernos de los desengaños agostaron sin germinar en un solo fruto duradero, parecía haber desaparecido para siempre de las almas de los hombres cuyos ojos podían ver, en el tránsito breve de cada día, cómo cambiaban las costumbres y hasta el paisaje donde el arado rompía de contínuo la virginidad del verde de sus lomas. ¿Quién pensaba en ella? ¿Dónde su signo visible?

La esperanza de los hombres, se alargaba, como la suya misma, en los días del tranquilo trabajar.

Y ahora, de pronto, resuenan las palabras de los amigos reunidos frente a su casa, los relinchos de los caballos; ha sonado el clarín; con las divisas, círculos de cerrazón, ciñen los sombreros; bajo los ponchos suenan los sables; y el sol nacido se aviva en las puntas de las tacuaras.

A la puerta de su casa él lo está viendo todo y, sin embargo, su ánimo está alegre; no tiene ninguna duda en la frente, porque la sola presencia de ellos todo lo explica, y él lo comprende y los mira como si ya los esperara.

Apenas era un adolescente cuando llegó a la Azotea; no conoció su juventud otra cosa que su tenaz voluntad sostenida por la esperanza que comienza a realizarse en la prosperidad de su casa. Tantos años, toda su vida, buscando afanosamente ser el dueño de los objetos que se apilan a su espalda en los estantes. Y de pronto, desde la oscuridad de su sueño, ha sentido la voz del clarín lejano; se ha sentado a oir el canto de los pájaros en la quinta; la alegría de los relinchos; desafiarse los gallos en los patios. Como todas las mañanas de su vida en la Azotea, ha bajado el postigo de la reja esperando la llegada de sus paisanos para continuar entre la charla tranquila, el monótono negocio. Pero entonces, no llegaron, uno, después los otros; están todos reunidos, con una extraña alegría le piden la copa de ginebra, el par de botas; un trozo de género para la divisa. Todo de una vez, precipitadamente, sin manear los caballos. Tienen una jubilosa prisa para irse, por los caminos sin huellas de la aventura; alegres como nunca.

Todo ha pasado antes de que la brisa termine de recoger las nubes de la cerrazón que aún flota en las cañadas y brilla en las barbas de los viejos. Y él está alegre como ellos, mientras les habla y les alcanza cuanto le piden.

Sólo dos veces, desde que habitaba entre ellos, había visto a los hombres del pago así reunidos; la pasión del juego halló mensajeros que recorrieron el pago llamándolos para reunirse bajo las enramadas, una tarde, cuando las carreras; y volvieron a perderse en sus soledades. Hasta que el dolor espoleó de nuevo a los caballos, y los trajo para guiarlos al tranco por el camino detrás del carrito en que llevaban a Don Zenón.

Pero entonces, una y otra vez, faltaban muchos; ahora ninguno. La alegría de la guerra llegó a todos los palenques, inquietó todos los ranchos cuyos viejos baúles devolvieron de su seno revuelto las guardadas divisas, y encendió, de todos, los fogones bajo los mimbres de Laguna del Negro.

—¿El Coronel no viene?

—Se jué a las carreras del Río Negro.—Adelanta su respuesta Quiroga desde su caballo detenido entre los de Centurión y Rivero, en el camino donde simulan, los tres erguidos bustos sobre los cuellos arqueados de los fletes, un friso sobre el horizonte.

Ricardo no comprende aún.

—¿Por qué se ha ido a unas carreras?

—Pues está claro—responde Bernabé—. En las carreras se largan los caballos o las guerras.

—¿Vd. también, Comandante González, se va?

—Ansina es, amigo Ricardo; menos mal que tuve tiempo pa ver esta última.

—¿Cuánto le debo, pulpero, por esta carona?

—No es nada, Chingolo; llévela de recuerdo.

—Gracias, Don.

—Le recomiendo que vigile a Patricio, no sea que aura le atropelle la mujer de Más o Meno, aprovechando que el hombre nos acompaña.

Resonaron las risas frente a la reja en donde El Macho hablaba:

—Yo voy a ver si me encuentro con Carreras en algún entrevero. Como el hombre me anda campiando...

Fijos los ojos en la lejanía; como caído sobre el recado, pasó Paja Brava, enhiesta la lanza, y sin hablar a nadie se alejó hacia la ladera desde donde llamaban a los guerreros los inquietos relinchos de los caballos.

La melena dorada por el sol, Peñaflor se acercó a la reja:

—Don Ricardo; ¿quiere venderme un juego de cuerdas pa mi guitarra?

Cuando se las alcanzaba, Ricardo dijo:

—Creí que Vd. sólo era cantor.

—Pa eso voy, Don; a alegrarles los campamentos a los amigos. Dispués, que siempre carece ver lo que se canta.

—¿Por qué es la guerra?—preguntó al Comandante Yáñez que hablaba, ceñudo, con Candinio Viraré.

—Y yo qué sé, mozo. ¡Perrerías del gobierno, de juro! Nos calienta, y nos alzamos.

—Pero el Coronel ha de saber la causa.

—Tal vez, nomás.

Iba el sol amaneciendo sobre la curva del Cerro Largo y multiplicándose en los pastos mojados de rocío; sobre las voces de los hombres que continuaban llegando junto a la reja, bajo los paraísos, resonaba la alegría de los caballos en contínuos relinchos.

Por la loma que cierra el paisaje hacia el este, pasó Cuchilla Grande alargando su sombra por la ladera, montado en un manso caballo; pedazos de luz llevaba junto al rostro, entre las manos sosteniendo el clarín con el que se iba su espíritu jugando en los aires de una diana.

Sobre el mostrador se confunden frenos, cinchas, espuelas, géneros extendidos, que las manos nerviosas de los paisanos han ido quitando de los estantes, mientras Ricardo atiende a los que en la reja quieren tomar la copa de despedida. El pulpero ve así desordenar su negocio, y ninguna inquietud turba la extraña fruición con que él mismo desorganiza aquello que es el trabajo de tantos años suyos.

¿Quiere así, frente a los amigos que se van, disculpar su egoísmo al quedarse sin correr los riesgos de la guerra? ¿O

es que esa despreocupada generosidad con que va a perder el fruto de tantos afanes, es la forma de su heroísmo?

La alegría de los otros le envuelve y priva de todo pensamiento, cuando Bernabé, volviendo de las piezas interiores donde ha ido a abrazar a Maruja, le estrecha rudamente la mano:

—Hasta la güelta, cuñao.

—Buena suerte, Bernabé.

La voz de Antolín gritó frente a la puerta:

—¡A caballo!

—Hasta la vista, pulpero.

—Pa usté voy a componer una décima del primer entrevero.—Se despide Peñaflor.

—Amigo Ricardo, siento que le vaya a faltar su compañero de truco; pero el Coronel de juro se aburría de tanto correr sólo animales y se ha soltao a arriar salvajes por el páis.

—Hasta la vuelta Comandante González.

Ya trotaba al frente de los suyos Fermín Yáñez, cuando saludó a Ricardo:

—Hasta luego.

Alineados de a cuatro, sobre los caballos nerviosos, comenzaron a pasar y despedirse los hombres todos del pago, rumbo al Frayle Muerto.

Subían en sonoro tropel los sillares de rosadas piedras de la cuchilla de la estancia del Níspero, precedidos por la nube de polvo que levantaba la inquieta caballada abriendo la marcha, cuando el Tuerto Narzo cruzó al galope frente a la pulpería. Ricardo le gritó con la risa en la voz:

—¿Vos también, Narzo?

—Más seguro si anda en la guerra...

Y el golpear de los cascos de su caballo, apagó el final de la despedida.

Desde la última cumbre antes de descender a la llanura del bañado del Tacuarí, Ricardo vuelve sus ojos hacia la Azotea.

Detrás de los eucaliptus ha caído el sol ahogado por alar-

gadas nubes rojas; su hogar es una pequeña altura azul entre los árboles que agujerean el horizonte. Como su poncho de verano aplastado en los hombros y en el anca del caballo, le ciñe el cielo de grandes franjas rosadas.

Tensa la rienda, el Charrúa aspira sonoramente la humedad del aire que la brisa trae desde el bañado; silencio en las casas distantes; silencio en el cercano monte; absorto silencio en la llanura en donde se está acostando la tarde, mientras corre, callado, el río como una culebra de plata.

Por fin ya está Ricardo sobre su caballo en el campo abierto, buscando las huellas de los paisanos. En su casa estará Maruja mirando caer la tarde sobre el camino por donde nadie pasa; a sus pies, el niño se dará tumbos jugando con la lana del cojinillo que le sirve de alfombra.

Desde la mañana en que los hombres del pago marcharon a la guerra, todo ha pasado para Ricardo como un día dilatado de aburrimiento y oscura congoja. Se perdió la alegre voz de Felipe gritando a los rocines de su jardinera llegando a la Azotea; no se oyó ya más el silbido de los carreros sobre el canto de los ejes de las carretas; desierta la reja a la que por las mañanas sólo los muchachos llegaban a hacer las compras y contar asombrados los ruídos que en los patios de sus casas oyeron en las noches solitarias. Patricio era el único que aún llegaba todas las tardes; pero en vez de pulsar la guitarra y entonar su décima de Jauricaragua, se daba a inventar historias de matreros misteriosos y crueles, poblando los montes del Tacuarí y asaltando a las mujeres.

A veces, arriando sus escasos caballos, llegaba un gaucho desconocido. Desmontábase en la reja a apurar unas ginebras; confirmaba su rumbo; pedía noticias del Coronel Ramírez, y volvía a partir.

A la hora del almuerzo; en los atardeceres mientras sorbían el mate; tendidos en el lecho, entre Ricardo y Maruja siempre estaba el silencio de espera de un diálogo que ninguno de los dos quería iniciar. Ella, que sólo había dicho amar en él la bondad y delicadeza de su alma, ahora cuando su padre, sus hermanos, el pago todo se había ido a la guerra, sentía nacer en su espíritu el orgullo de la raza avergonzándola de

su marido, el único que en la reja había quedado acompañándose del maula de Patricio.

Bien lo advertía Ricardo agobiado de pena.

¿Pero por qué habría él también de formar en aquellos escuadrones, que a esas horas correrían de uno a otro horizonte, ofreciéndose a la muerte sólo porque los chasques del caudillo los habían despertado en los ranchos o encontrado en los caminos?

El tenía su idea directriz: hacer su vida, simple y honrada. Por ella sujetó los impulsos de su juventud y permaneció allí, perdido en el campo, veinte años de duros trabajos. Su conciencia estaba tranquila quedándose. Pero de pronto, mirando los lentos atardeceres, una oscura vergüenza anudaba su garganta.

Y así esa tarde, sin arreos de guerra, abrazó a Maruja, besó al niño y montó en el Charrúa, alejándose por el campo callado.

Por la ladera en cuya cumbre se halla, Ricardo siente subir el trote de unos caballos. Bien pronto asoma un gaucho de divisa blanca en el sombrero.

—Ya créia no alcanzarlo, Don Ricardo. Y me quedaba sin jefe.

Decía Claudio Corro, alegres como su caballo, el gesto y la voz.

—Creí que Ud. no iría, Claudio.

—¿Y cómo nó Don Ricardo? ¿Vamos diendo? En el Rincón de los Matreros están acampaos los hombres.

Las sombras de los jinetes se alargaban por la llanura del bañado, hostigando a los baguales del domador que iban, distraídos y dispersos, iniciando el grupo, mientras los hombres hablaban.

—Yo sí créia que usté no nos acompañara en esta ocasión. Un hombre de su oficio...

—Sin embargo, ya vé; también voy marchando.

Como si se respondiera a un íntimo pensamiento, Claudio comentó:

—Claro... aunque juese un pulpero, es criollo de nuestra laya.

—¿Y a Vd. dónde lo encontró la guerra?

—Yo andaba pal Brasil arrocinando estos bagualitos; en una pulpería me encontré con unos emigraos que me anoticiaron del barullo. Eché mis baguales por delante, y me largué buscando el rumbo del Coronel Ramírez.

—¿Pero por allá se sabe la causa de esta guerra?

—Saber, mesmo, yo carculo que no. Pa mí la cosa jué anoticiarme que el Coronel había alzao el poncho. Y pa algo están los caudillos; ¿usté no halla? Vamo a tener agua.

—No me parece; el sol se entró entre nubarrones rojos como anunciando seca.

—Está de tormenta, Don Ricardo; oiga cómo se entiende clarito el grito del tres-pó.

Lejos, se encendió un fogón y su viva luz, como un lucero, se extendió desde la distancia hasta el bañado.

Claudio lo advirtió y dijo:

—Allá está la división. ¡Confiaos los hombres!

—Están en sus pagos.

—No crea; con ese diablo de Sangre de Toro siempre es güeno estar alvertido.

—A la reja llegó un paisano diciendo que ya había rumbeado hacia Treinta y Tres.

—Pueda ser...

Un momento se distrajeron los baguales refrescándose en el agua clara del Paso del Sauce, hasta que el silbido del domador, como un látigo, les hizo alzar la cabeza y subir galopando las oscurecidas barrancas.

A su izquierda los dos viajeros vieron un jinete que subía la loma próxima azuzando la desordenada carrera de un redomón. Claudio se sonrió y dijo:

—¿No lo conoce, Don Ricardo?

—Ya está muy oscuro.

—Pa mí que es Pedro el Malevo, por el costumbre de galopiar a estas horas sus animales.

Por el silencio del campo se extendían los gritos del jinete corriendo hacia el horizonte sostenido en la loma; así coronó la cumbre y sobre ella, dió un salto el caballo y se cayó en el cielo.

—Cuidao con las zanjas entre los pajonales. Güen lugar eligió el Mayor Bernabé pa esperar al Coronel.

—¿Vd. es baqueano en la entrada?

—Sí señor; he lidiao algunas ocasiones en este rincón.

Iban entre dos filas de árboles casi perdidos en los pajonales orillando la curva del Tacuarí, allí ensanchado en una laguna bordeada de altas barrancas, cuando una voz los detuvo:

—¡Hagan alto!

—¡Caramba, amigo Cuchilla, ¿ya no reconocés, en el susto, a los amigos?

Contestó Claudio a la sombra de un jinete que cerraba la entrada al Rincón de los Matreros.

ESCONDIDO por el círculo arbolado que forman el río Tacuarí y el arroyo de Medina; ocultas las huellas en los altos pajonales; erizado de talas al cerrarse en la llanura, el Rincón de los Matreros sirve de huraño campamento a los hombres del pago en espera del Coronel Ramírez.

Dos días después de la llegada de Ricardo, Bernabé ha anunciado que antes de irse la noche, el caudillo estará entre ellos. Por eso, aunque ya es pasada la hora de la cena, los fogones aún permanecen encendidos animando fantasmagóricos reflejos en las copas de los arrayanes y los chalchales que cubren el espacio rodeado por las pajas bravas, o estiran su luz en la laguna del Tacuarí, sobre cuya barranca se mueven las calladas sombras de los hombres que atienden, en actitud de acecho, los reflejos de las boyas de lata sobre las aguas.

En el centro de la colina que el Rincón cierra, bajo la pesada bóveda de un grupo de talas cuyos troncos aviva la luz y quiebran las sombras, sentados sobre los cojinillos, los capitanes rodean a Bernabé a cuya espalda se alarga en lentos movimientos sobre las pajas, la sombra del cuerpo de Más o Meno, cebando el mate.

El hijo de Ramírez tiene el sombrero puesto sobre los ojos; y así, más fuertes parecen las líneas del rostro que la luz de un trasfoguero destaca. Frente a él, el Comandante González escucha sin mirar la lenta palabra del Capitán Calandria. El poncho de verano que cubre el cuerpo de Fermín Yáñez, forma, por la luz y la brisa, pliegues contínuos y cambiantes sobre el pecho del guerrero entretenido en golpearse las botas con el rebenque.

Candinio Viraré mira con sus ojos torcidos al narrador, por breves instantes, tenazmente, tal como si quisiera ver su pensamiento más allá de las palabras, y luego, sin transición, tuerce el gesto hacia el fogón próximo en donde resuenan contínuas carcajadas.

El Capitán Calandria, de ojos ingenuos brillando sobre la blanca barba, narra viejos episodios guerreros. A intervalos la voz de un borracho que se ha caído en las pajas cercanas, apaga la voz cansada del narrador.

El cuerpo de Más o Meno se abate y se yergue sobre el fogón, como un péndulo silencioso y lento.

Algo distante, Ricardo mira los trozos de cielo reflejarse en la laguna ahogada de camalotes, y escucha la charla:

—Sí señor; aquella ocasión conocí de cerca lo fiero que es un dijunto de esos.

Aconteció que nosotros íbamos adelantaos al Coronel, como una legua, lo menos, cuando llegamos a la estancia, como les venía contando. Había comenzao a cáir una garúa juerte que daban ganas de allegarse a los galpones a secar un poco los ponchos; pero los salvajes iban de a pie y el Coronel nos había encomendao pisarles los garrones. Con que cuando yo alvertí la estancia, me aparté de los muchachos y rumbié derecho adonde había un paisano, casi en la playa del corral, cueriando una ovejita.

—¿Lidiando bajo la lluvia, tan cerca de las casas?

—Eso mesmo me pregunté yo cuando lo vide, Comandante González. Con que me arrimé y le pregunté por el rumbo de los salvajes. El hombre estaba de sombrero puesto, y no se le notaba la güella de la divisa.

—Alguno medio ido; siempre hay en los galpones aleyaos de esos que no sirven pa otra cosa.

—Mesmo. Pero el hombre no parecía zonzo, ansina; dió el rumbo, la cantidá, el estao de las caballadas; todo con certeza. Ansina prosiamos un rato, hasta que, cuando ya daba yo de rienda al caballo, alvertí un poncho tirao en una cueva de toro. Me di güelta pa preguntarle de quién sería, y noté que al hombre le temblaba la boca al contestarme. Entonce le arrimé el

caballo y lo mandé enderezarse. El se paró con el sombrero en la mano y antes de que sintiera, le manotié los pelos y le pegué un hachazo en el pescuezo. Jué rápido, ¿sabe? Dió el cuerpo un corcovo y agarró rumbo a la cueva de toro... colijo que a buscar el poncho...

Bajo la bóveda de los talas resonó la carcajada de los caudillos ahogando las palabras de Calandria, hasta que otra vez recobrada la atención, éste continuó, risueño:

—Cuando miré la cabeza, un pedazo de cuero del pescuezo se le había subido a la boca, y los ojos me bombiaban asombraos de lo acontecido. La bajé dispacito...

—¿Pa no lastimarla?

—Sí señor, es ansina...

Y otra vez la risa no dejó entender las últimas palabras.

Distraídos en ella no advirtieron los caudillos cuando Ricardo se puso de pie y se alejó, acongojado, del grupo.

Se dió a caminar por entre los árboles cuidando de no pisar a los que, apoyados los bastos del recado en las altas raíces, dormían sobre las caronas.

Por debajo de las charlas de los fogones, oía el murmullo de los caballos pastando en los maneadores. Así anduvo hasta encontrar la salida del Rincón; buscaba el campo abierto para aligerar a su alma, bajo el cielo sereno, de la sensación de angustia que el relato de Calandria había puesto en él.

En un claro abierto entre las pajas brillaba la bayeta de un poncho con colores de sangre, a la luz de un fogón. Una voz lo llamó:

—¿No quiere un mate, Don Ricardo?

Claudio Corro distraía con sus cuentos de lejanos pagos, a la rueda en la cual se sentaban el Macho, Juan, Chingolo y el Tuerto Narzo.

Cuando Ricardo se acercó, el último le preguntó con jactancia:

—¿Cavilando?

—No tengo sueño.

A pocos pasos la luz de otro fogón deformaba los cuerpos

de Paja Brava y Cuchilla Grande, sentados uno frente al otro, callados, quietos, como si se hubieran apartado para oir el chillido de la caldera sobre las encendidas brasas.

De pronto, los dos levantaron a un tiempo la cabeza y miraron hacia el pajonal; así estuvieron un instante atentos, y luego volvieron, sin hablarse, los ojos al fogón.

—¿Quién se queja?—preguntó Ricardo.

Narzo contestó:

—El bombero ése que boliaron hoy. Claro que los maniadores de las estacas nunca jueron cama muy blanda.

Movido por la curiosidad, Ricardo se alejó del grupo, pasó junto a Paja Brava y Cuchilla Grande, y fué a buscar entre las pajas el sitio escondido desde donde se había alzado la voz de queja.

Abiertos los brazos y las piernas; caída la cabeza, la pesada sombra de un hombre apenas se levantaba del suelo, sostenido violentamente por las estacas.

Olvidado de la guerra; de los fogones, desde los cuales le llegaba el murmullo de las voces de sus amigos; no sintiendo más que la dolorida presencia de aquella sombra cuya fatigosa respiración parecía repetirse en las pajas estremecidas por la brisa, se arrodilló junto a la cabeza del prisionero y le preguntó con palabra ensordecida por la ternura:

—¿Sufre?

Se detuvo la quejosa respiración, y los ojos de Ricardo sólo pudieron ver cómo el cielo estrellado iluminaba los ojos del otro, agrandados por el dolor.

La vergüenza por aquel suplicio y por su piedad, fué como una mano que puso de pie a Ricardo bruscamente; ahogó en su garganta las palabras y le empujó, tambaleante sobre el piso invisible, sin sentir el filo de las pajas que se prendían a sus bombachas; y le alejó hacia el río de cuyas orillas la brisa llevaba el perfume suave de las yerbas de pajarito en los sauces.

Las breves escenas que han poblado sus horas de campamento, con su desnuda brutalidad, han borrado en él la imagen de los paisanos conocida en la reja. Los vé ahora distintos; animados los rostros y los relatos por una fuerza violenta y

desconocida en las reuniones de la Azotea; decididos y bárbaros, olvidados de aquella sobria dignidad que tenían en los días de la paz.

¿Por qué así dejaron los tranquilos trabajos, los extendidos silencios bajo el ombú de los ranchos, las reuniones serenas de las rejas, para venir a reunirse en el seno del monte, orillando las caronas donde golpean las cartas de la baraja, tendidos bajo las carpas de mataojos, entre los relinchos de los caballos inquietos en las sogas?

A ellos, al caudillo, a todos los paisanos a esas horas guarecidos en los montes o cruzando los llanos, ¿quién los mueve a la guerra? Y cuando vuelva la paz, el luto sobre las calladas mujeres, ¿qué habrán conquistado?

Volverán, tan pobres como siempre, luciendo un grado militar que para nada sirve o acaso, la mayor honra, un apodo logrado en un entrevero.

Bajo la copa de un mimbre, adelantado centinela del monte en la llanura, un nuevo grupo lo detuvo.

El sargento Epifanio, sentado sobre los talones, tenía un trozo de viva luz en el pecho, mientras hablaba con palabra vivaz. Como una estrella de sombras rodeando el fogón vió Ricardo los cuerpos de Centurión, Rivero y Quiroga, tendidos de bruces sobre el recado, sostenida la cabeza entre las manos, estatuas yacentes bajo el hondo cielo, atentos a la charla incesante de Epifanio.

—Aquí estamos, Don Ricardo, engañando la espera con cuentos alegres. Si quiere servirse, ricién lo ensillamos; sientesé.

Dijo el gaucho extendiéndole el mate.

—Gracias; estoy bien así.

—Ta güeno... Risultó que pal final, dispués de mucho andar ronciando, nos apalabramos con la moza y convinimos en que yo le pidiera posada esa noche a la vieja. Media arisca la china, me tendió un catre del otro lao del tabique que dividía el cuarto de ellas, del mío. Ni me acuerdo cuántos cigarros armé y concluí, esperando no sentir más a la vieja revolcarse en la cama; colijo que ya iríamos dentrando en la madrugada cuando le sentí los ronquidos. Entonce me subí a un cajón, pegué un

salto y quedé horquetao en el tirante que divide los cuartos. ¡Canejo, respiraba con tanta juerza que tenía miedo de despertar a la vieja; pa mí que estaba asustao. Pero ansina mesmo, me dejé cáir pal otro lao.

La moza me había mostrao el rincón adonde estaba el catre de ella, y a lo gato comencé a rumbiar. Pa no cáirme y armar barullo andaba con los brazos extendidos, cuando en una toqué un bulto redondo y calentito. Paré las manos y esperé un poco. ¡Otra güelta me había dao por respirar con juerza! Dispacito, como dormida, se movió la china en el catre y me quedaron las manos llenas del calor de las carnes; comencé a tantiarla di abajo a arriba, como pa reconocerla. Y la china, máistra, se lomiaba mimosa ofertándose. Agaché la cabeza pa decirle un cumplido y le recosté, suave, la barba en el lomo. Esperé un poco hasta que se me calmase aquella maldita respiración apurada que me había dao.

De pronto sentí que se daba güelta y reconocí la voz de la vieja que me decía, haciéndose la extrañada:

—¿Qué andás haciendo Pifanio?

¡Canejo; entoavía le tenía la barba contra el cuerpo y las manos agarrándola...

—Y ansina, señora,—dije—como quiera que parezca, ando buscando una chalita pa armar un cigarro...

—¿Y vos te has cráido, Pifanio, que son trojes mis nalgas?

—¿Y juíste, Pifanio?—Preguntó Rivero.

—¡Qué había de juir! ¿Perder ansina una rilación? Di ahi vino, pues, que yo me avecindara en el pago.

—¿Y la moza?

—Eso se compuso otro día, a los tiempos, campo ajuera.

Lejos rasgó el silencio de la llanura el grito asombrado de una lechuza; le contestó un caballo desde la soga despertando a la pareja de teru-terus que pasó volando sobre el campamento.

Los hombres quedaron un instante callados; al cabo comentó Centurión:

—Capaz que ahi venga llegando el Coronel.

—Si no es algún zorrillo que ha salido con la luna—dijo Quiroga.

El viento de la noche avanzada ya había apagado los fogones del campamento, y su murmullo entre los árboles acallado las voces de los hombres, cuando Ricardo llegó a tenderse en el recado junto al tronco de un arrayán.

A su lado dormía inquieto Peñaflor; vencido de dolor, el prisionero dejaba escapar roncos quejidos a los que contestaba con voces de insulto el borracho caído entre las pajas; más lejos, el sordo sonar de los caballos pastando en las sogas.

En las más altas ramas del arrayán, Ricardo veía las flores de luz de las estrellas.

¡Veinte años de duros trabajos, abandonados de pronto para estar tendido bajo los árboles, en el huraño rincón del monte, entre los hombres a quienes el campamento desnudaba las almas hasta mostrarlos con una grosera brutalidad!

Más allá de la curva sobre la cual brillaba el lucero, estaban su casa, su mujer, su hijo; reunidos en los estantes y los libros, todos los días de su vida.

¡Y Maruja, también ella, así lo había querido!...

De pronto Peñaflor se incorporó sorprendido:

—¿Sintió, Don Ricardo?

—Parece la caballada disparando.

Desde los talas sonó, enérgica, la voz de Bernabé:

—¡Arriba todo el mundo!

—¿Ordenamos con el clarín?—preguntó desde la sombra de un mimbre la voz del Comandante González.

Más alto aún debió contestar Bernabé para que no apagasen a su voz el redoblado galope y los relinchos de la caballada disparando por la llanura:

—Sí, ordene enfrenar.

Bajo los árboles, sobre la pequeña colina, junto a las pajas, más lejos, sonaban sables, voces airadas, relinchos de caballos, cuando Peñaflor volvió con el suyo de la rienda y, presuroso, lo ofreció a Ricardo:

—Monte amigo, monte y atropelle aquí derecho.

Desde la curva del monte se elevó la voz de un clarín, y otra le contestó en la llanura.

—¿Pero no será el Coronel?

—¡Qué ha de ser, Don Ricardo! De juro que es Sangre de Toro!

A su espalda, el golpe de unos cuerpos cayendo en la laguna despertó a los pájaros.

En la entrada del Rincón sonó un disparo. Pareció que del monte, del río, del campo abierto, mil ecos le contestaron.

Por sobre el tumulto se alzó de nuevo al voz colérica de Bernabé:

—¡Ricardo!

—¡Aquí estoy!

—¿A caballo?

—Sí.

—¡Atropellá a mi lao! Franco Aguilar nos quiere embretar.

Las imágenes perdidas en sombra se confundían en el pensamiento de Ricardo, con las voces de los hombres, los relinchos lejanos de los caballos que huían, un trabucazo disparado desde la oscuridad espesa de los talas y el galope de los que llegaban, cuando vió que a sus costados se alineaban dos jinetes.

—¡Atropelle su caballo, derecho, rumbo al Sauce!

—¿Nos rodearon, Quiroga?

—Sí señor.

—Esta va a ser fiera—dijo la otra sombra.

—¿Será Aguilar, Rivero?

—¡De juro!

Azuzados por las espuelas, los caballos resoplantes hundieron los cuerpos en el pajonal.

Rivero y Quiroga se habían distanciado un trecho, cuando Ricardo sintió el sonido como de un cuero seco que golpearan a su lado.

Torció el rostro hacia su izquierda inquiriendo la razón de aquel ruído. Le pareció que el caballo comenzaba a levantarse sobre las patas traseras; más alto aún; giró el cielo en

una fantástica rueda de luces sobre sus ojos; una llamarada le quemaba el rostro... Y cayó.

Sobre la oscuridad de la pieza se abre una violenta herida de luz en la pequeña puerta por donde llega hasta los ojos entornados de Ricardo, la visión del claro día de verano que hay en el campo.

—¿Se siente mejor?

A su lado estaba un hombre pequeño, de ojitos vivaces.

¿Quién era? ¿Dónde le había visto ya otra vez? El conoce esa voz, mezclada en un recuerdo que no puede precisar ahora al salir del sueño que aún voltea, desfallecidas y sudorosas, sus manos sobre la cama.

—Agua.

El mismo se ha sorprendido al sentir tan débil a su voz.

El hombre pequeño se puso de pie, se apartó un instante, y volvió con un jarro colmado de agua; pero apenas le dió a beber unos sorbos.

—Y, amigo... es ansina: hasta los hombres como usté tuercen su vida con estas cosas. Destino perro del páis, siempre cruzao por galopes de guerra. Ta bien nosotros...

¿Desde dónde le habla? ¿Está cerca, está lejos? Las palabras le duelen en la frente. ¿Así lo habrá comprendido el hombrecito, que ahora se para y va a recostarse al marco de la puerta echando su sombra a los pies de la cama?...

Se perdió el pensamiento del herido, mientras Franco Aguilar atiende con visible angustia a sus gestos.

—Agua...

El hombrecito no ha oído; envuelto en su poncho rojo, parece una llama que se aviva y se achica en la puerta... Sí, él es niño... ha saltado un muro en el pueblo. ¡Qué suave aroma el de las violetas húmedas que está recogiendo de entre los hinojos para formar un ramo! La novia está en la plaza... Es ella quien ríe. ¡Cuánta agua en el pozo donde cantan los sapos, florecen los camalotes!... ¡Cómo le duele el galope de

esos caballos! Vienen de lejos, ¡tan lejos! Ese hombre está parado en la loma; conduce un arado; los caballos llegan galopando... arrollan al hombre... siguen galopando... se van... ¿hasta dónde?...

La llama en la puerta se aviva, se alarga, se alarga...

Se apagó.

Franco Aguilar, humillada la cabeza, se quitó el sombrero.

Esta obra fué concebida y escrita en Bañado de Medina.—Se imprimió en los talleres gráficos de la «Impresora Uruguaya» S. A., calle Cerrito esq. Juncal, Montevideo, en el mes de Noviembre de 1930.

La ilustró
con grabados en madera
Adolfo Pastor.



EDICIONES DE TESEO

JUSTINO ZAVALA MUNIZ

CRÓNICA DE MUNIZ.
CRÓNICA DE UN CRIMEN.
CRÓNICA DE LA REJA.

EDUARDO DIESTE

BUSCÓN.—Novela picaresca.
LA ILUSIÓN.—Drama en un acto.
LOS MÍSTICOS.—Drama en tres actos.
EL VIEJO.—Drama en tres actos.
TESEO.—Crítica de Arte.
TESEO.—Crítica Literaria.

EN PREPARACIÓN

FARSAS DE IGUAL.—Teatro.
ENSAYO SOBRE POESÍA Y POETAS URUGUAYOS.—Crítica.